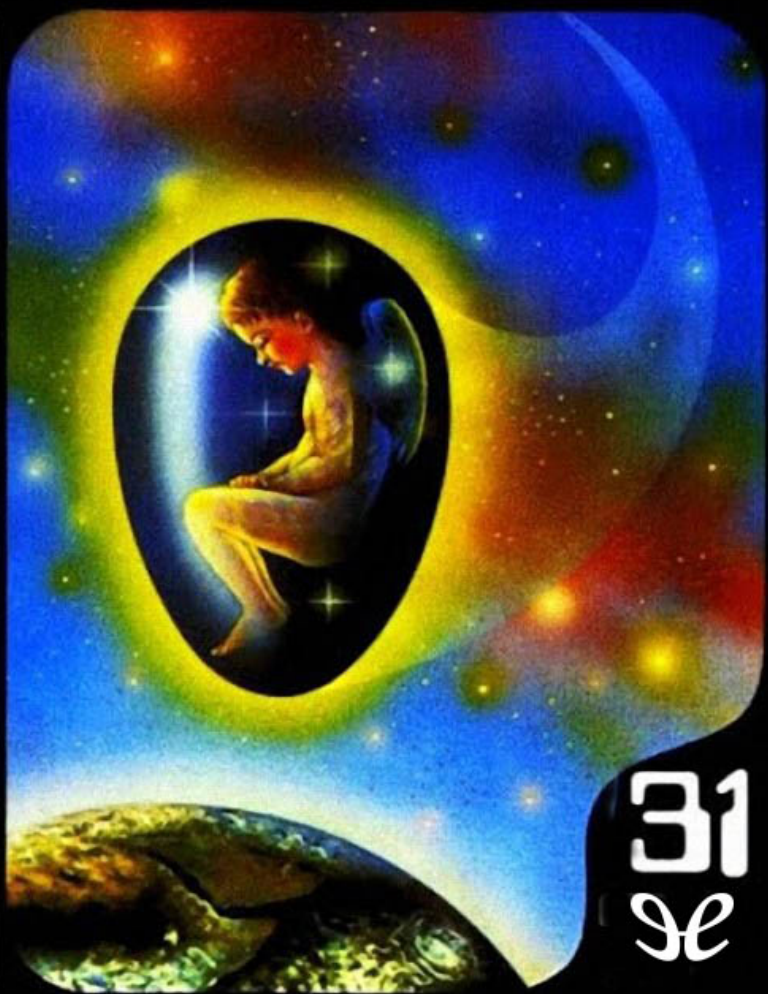


CLASIFICACIÓN

EDGAR PANGBORN
ARTHUR C. CLARKE
URSULA K. LE GUIN

Huevo de ángel



Robert Silverberg y Martin Harry Greenberg han preparado la presente Antología de la Ciencia-Ficción, una obra de envergadura, llena de vigorosos relatos sobre los siglos venideros, un libro de sueños, visiones y fantasías cuidadosamente imaginadas, seleccionadas por su capacidad de deleitar, asombrar y entretener. Cronológicamente esta Antología comprende relatos escritos a partir de 1946 y hasta la década de 1970, y ofrece, por tanto, un amplio panorama de la evolución de la ciencia-ficción. Debido a su extensión, la obra se presenta en cuatro volúmenes y en el formato de esta Colección.

En este primero figuran relatos de autores tan importantes como Edgar Pangborn, Arthur C. Clarke, Robert Sheckley, Cordwainer Smith, Ursula K. Le Guin, Avram Davidson, James Blish y Theodore Sturgeon.



AA. VV.

Huevo de ángel

Antologías de Ciencia Ficción Caralt - 31

ePub r1.0

Titivillus 21.01.16

Título original: *The Arbor House Treasury of Modern Science Fiction*

AA. VV., 1981

Traducción: Jorge Binaghi

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



INTRODUCCIÓN

CORRÍA el año de 1946, la temprana primavera del maravilloso mundo de posguerra en que se nos habían prometido nuevas ciudades de torres que atravesarían el cielo, pantallas de televisión para la sala de estar y el teléfono, y helicópteros por conmutador en cada garaje. El futuro estaba por empezar después del largo y destemplado otoño de la Depresión y el terrible invierno de la Segunda Guerra Mundial. Europa caminaba con pasos vacilantes, Japón todavía luchaba con las horribles consecuencias de Hiroshima y Nagasaki, pero en los Estados Unidos amanecía el mañana. Y en ese año de 1946 se presentaron al público lector dos gruesos libros de cuentos cortos, las primeras antologías importantes de ciencia ficción: *The Best of Science Fiction* (Lo mejor de la Ciencia Ficción), de Groff Conklin y, pocos meses más tarde, *Adventures in Time and Space* (Aventuras en el tiempo y el espacio), editada por Raymond J. Healy y Francis McComas. De este modo, la maravillosa nueva era de sorprendente progreso tecnológico quedó provista de los primeros volúmenes de sus libros sagrados.

La ciencia ficción, por supuesto, no era algo nuevo. Los eruditos podrían trazar su genealogía hasta la época clásica; en el siglo XIX todos habían leído a Julio Verne y a comienzos del XX fue el momento de H. G. Wells; *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, una obra de auténtica ciencia ficción, se convirtió en uno de los libros más ampliamente discutidos de la década de 1930. Pero desde 1926 había existido otro tipo de ciencia ficción, casi de tapadillo, en revistas con nombres como *Amazing Stories*, *Wonder Stories* y *Astounding Science Fiction*. Y de las ásperas y amarillentas páginas de estas revistas tomaron el material para sus dos densas colecciones los antólogos pioneros Conklin, Healy y McComas.

Gran parte de lo que publicaban las primeras revistas de ciencia

ficción era mero fuego de artificio juvenil. Publicaciones con nombres tan pomposos como *Startling Stories*, *Marvel Stories* y *Super Science Stories*, no prometían demasiado en el aspecto de elaboración literaria, y sus páginas estaban repletas de títulos como «Las malditas cavernas de Ra», «Material diabólico para el Planeta X» y «Los hombres-espada de Saturno». Con todo, aquellas revistas contenían mucho más que estas simplezas. Algunas se dirigían abiertamente a los niños que acababan de dejar los tebeos, pero otras —pocas— trataban, al menos ciertas veces, de presentar relatos bien pensados para el joven —y ocasionalmente la joven— que pudieran dar forma a ese mundo dorado más allá del horizonte del tiempo. Detrás de las tapas llamativas, detrás de la tipografía caprichosa, podían hallarse atisbos del futuro penetrantes, meditados, fascinantes, sobre todo en la aparentemente sensacionalista pero en realidad sobria *Astounding Science Fiction* (Asombrosa Ciencia Ficción) editada por John Campbell.

Los lectores de las revistas de ciencia ficción eran apenas unos miles y se consideraban como una élite de visionarios. Los otros, viéndolos llevarse de los quioscos sus descabelladas revistas, los tomaban por chiflados. Poco importaba: las minorías perseguidas generan una extraordinaria cohesión interna, y quienes se sentían atraídos por la ciencia ficción la leían con lealtad apasionada, hacían proselitismo donde se sentían con audacia para ello, publicaban pequeñas revistas mimeografiadas de manera execrable que trataban del tema y, naturalmente, intentaban escribir ellos mismos. No era raro en absoluto ver que un adolescente que contribuía a las extravagantes columnas de correspondencia de la revista era promovido, después de uno o dos años, al rango de autor profesional. Entre los que comenzaron así, en aquellos primeros días, estaban Isaac Asimov, Ray Bradbury, Arthur C. Clarke, Lester del Rey y Frederik Pohl. Otros que carecían de aptitud para escribir, pero que ardían con el fuego de los siglos venideros, se dedicaron a las ciencias y contribuyeron al diseño de los aparatos de televisión, los jets y las bombas atómicas de los últimos años.

En esas horribles pero amadas revistas de ciencia ficción de los años comprendidos entre 1930 y 1940 se plasmaban los modelos del futuro —forjados en un tumulto de infinitivos partidos y monstruos de ojos de sabandija—. Y en 1946, cuando aparecieron

The Best of Science Fiction y *Adventures in Time and Space*, con su contenido tomado casi exclusivamente de aquellas revistas de nombres desconcertantes, la ciencia ficción emergió súbitamente de las revistas «underground» a la luz brillante de la respetabilidad editorial.

Se habían publicado algunas antologías anteriores, especialmente la de Donald A. Wollheim, *The Pocket Book of Science Fiction* (El libro de bolsillo de la Ciencia Ficción), de 1943, y *The Other Worlds* (Los otros mundos), de Phil Stong, en 1941, pero los dos volúmenes de 1946 causaron una impresión mucho mayor. Para empezar, eran libros de tapas duras y de tamaño imponente. *The Best...* tenía 785 páginas de letra muy pequeña; las *Adventures...* 997 páginas aún más densamente impresas. Por si fuera poco, aparecieron bajo los auspicios de editoriales grandes y bien establecidas Random House y Crown. Y —lo más significativo de todo— se ofrecían no a lectores hastiados y fatigados de la guerra, sino a los habitantes de aquel nuevo y resplandeciente mundo de posguerra. «Sabemos que están por llegar el poder atómico, la velocidad supersónica, extraños y maravillosos materiales nuevos, artificios e inventos —declaraba la solapa de *The Best of Science Fiction*—. Estos cuentos nos dan una idea de cómo será eso y lo que significará para nuestras vidas y fortunas. Son una fascinante previsión del mañana».

El efecto fue extraordinario. Los dos gruesos volúmenes se vendieron muy bien —de hecho, *Adventures in Time and Space* se sigue imprimiendo treinta y cinco años después— y fueron seguidos rápidamente por otras selecciones que explotaron la mina de las revistas de ciencia ficción hasta que en 1952 tales antologías llegaban a docenas de gruesos libros y prácticamente todo lo valioso de la primera época de la ciencia ficción había sido editado en tapas duras. Nuevos lectores que encontraban esos libros en bibliotecas o librerías se convertían de inmediato a la literatura futurista, entre ellos muchos que jamás hubieran soñado con hojear revistas llamadas *Asombrosa Ciencia Ficción* o *Relatos maravillosos*.

Los lectores de estas antologías (y esto es particularmente cierto en el caso de *Adventures in Time and Space*), a menudo informaban sentirse cambiados para siempre después de sus experiencias con aquellos cuentos, con la visión de los tiempos por venir

indeleblemente grabadas en sus mentes. Ha pasado una generación desde la aparición de esos grandes libros. La ciencia ficción no es ya patrimonio de una élite subterránea. Se forman largas colas para ver la película de ciencia ficción más taquillera de la temporada, cada año se publican cientos de ediciones de novelas de ciencia ficción en rústica, las librerías mantienen prósperas secciones de ciencia ficción y —algo asombroso para los creyentes más tempranos— las universidades e institutos superiores dictan *cursos* sobre los antaño menospreciados relatos de robots y naves espaciales. Los que tuvimos la suerte de encontrarnos con *Adventures in Time and Space* a los doce, catorce o dieciocho años, nos sentimos entonces abrumados por la novedad de ideas e imágenes que sus historias ofrecían, pero nadie ahora, ni siquiera un niño de cinco años, puede acercarse a la ciencia ficción con esa especie de inocente receptividad ante lo maravilloso, en un mundo donde los paseos por la Luna son ya historia antigua, el transporte en avión supersónico es algo rutinario y las llamadas telefónicas rebotan de un satélite a otro. Sin embargo, la presente antología intenta producir, a los lectores de hoy el mismo tipo de impresión indeleble que *Adventures in Time and Space* y *The Best of Science Fiction* provocaron hace treinta años. Es el libro más voluminoso que la economía de una editorial moderna puede permitirse. Con todo, el que aquí presentamos es un libro de envergadura, lleno de vigorosos relatos sobre los siglos por venir, un libro de sueños, visiones y fantasías cuidadosamente imaginadas, elegidas por su capacidad para deleitar, sorprender, asombrar y entretener. Hemos seleccionado únicamente relatos escritos a partir de 1946, ya que los anteriores caen en el terreno de nuestros distinguidos predecesores. Sólo unos pocos cuentos de los aquí presentados son anteriores a 1950; la mayoría apareció en las décadas de 1950 y 1960, y algunos pertenecen ya a la de 1970, de modo que ofrecemos un extenso panorama de la evolución de la ciencia ficción desde aquellos viejos tiempos maravillosos. *Adventures in Time and Space* y *The Best of Science Fiction*, son volúmenes clásicos, inolvidables y fundamentales para siempre, pero han aparecido docenas de escritores excelentes desde su publicación, y nosotros presentamos aquí una buena muestra de su obra, que confiamos será un adecuado compañero para las enormes y maravillosas

colecciones de ciencia ficción que animaron nuestros días y galvanizaron nuestra imaginación cuando éramos jóvenes.

Robert Silverberg y Martin Greenberg

HUEVO DE ÁNGEL

Edgar Pangborn

CARTA archivada. De Blaine a McCarran. Fecha: 10 de agosto de 1951.

Mr. Cleveland McCarran.
Federal Bureau of Investigation.
Washington, D.C.

Distinguido señor: Respondiendo a su requerimiento, incluyo en ésta una transcripción de los fragmentos pertinentes del diario del doctor David Bannerman, ya difunto. El documento original se guarda en esta oficina hasta que se resuelva lo que debe hacerse con él.

Nuestras investigaciones no han aportado pruebas de que existiera ninguna relación entre el doctor Bannerman y cualquier organización, ya fuera subversiva o de otro carácter. Según hemos podido apreciar, el doctor era exactamente lo que parecía, un inofensivo residente veraniego, retirado, con una pequeña renta independiente... Un poco amante de la soledad, pero bien mirado por sus vecinos y por los comerciantes locales. Una relación entre el doctor Bannerman y el tipo de actividad que concierne a nuestro Departamento, parece muy improbable.

La siguiente información está entresacada de las primeras partes del diario del doctor Bannerman y concuerdan con la investigación

limitada que nosotros hemos llevado a cabo. Nació en 1898 en Springfield, Massachusetts, asistió a la escuela pública del lugar y se graduó en la Universidad de Harvard en 1922, después de haber interrumpido sus estudios durante los dos años del servicio militar. Fue herido en acción de guerra en Argonne, quedando dañada su espina dorsal. Logró doctorarse en Biología en 1926. Efectos retardados de su herida de guerra le obligaron a hospitalizarse durante los años 1927 y 1928. Desde 1929 a 1949 fue profesor de ciencias elementales en una escuela privada de Boston. En 1929 y 1937 publicó sendos libros de texto con el título de «Introducción a la Biología». En 1948 se retiró de la enseñanza: una pensión y una modesta renta procedente de los derechos de sus libros de texto hizo esto posible. Aparte de la deformidad de su espina dorsal, que le obligaba a caminar encorvado, su salud era buena. La autopsia ha mostrado que el estado en que se hallaba su espina dorsal debió de producirle considerables dolores, pero no se sabe que mencionara esto a nadie, ni siquiera a su médico, el doctor Lester Morse. No hay ninguna prueba de que emplease drogas ni que fuera aficionado al alcohol.

Al principio de su diario, el doctor Bannerman se describe así mismo como «un naturalista de tipo perezoso... En lugar de escribir monografías me gustaría sentarme sobre un tronco: el resultado sería mejor». El doctor Morse y otras personas que conocieron al doctor Bannerman personalmente, me dicen que esto da una pequeña idea acerca de su personalidad.

No estoy calificado para hacer comentarios sobre el material de este diario, pero sí diré que no poseo ninguna prueba ni para defender ni para contradecir las afirmaciones del doctor Bannerman. El diario ha sido estudiado tan sólo por mis inmediatos superiores, por el doctor Morse y por mí. Estoy seguro de que usted se dará cuenta de que si le entrego esto lo hago sobre la base del más estricto secreto.

Además del diario, incluyo una declaración del doctor Morse, escrita a requerimiento mío con objeto de guardarla en nuestros archivos y también para la información que le enviamos a usted. Se dará usted cuenta de que dicho doctor dice, con algunas ligeras reservas, que «su muerte no fue incompatible con la presencia de una embolia». Firmó el certificado de la muerte de acuerdo con

esto. Recordará usted que en mi carta del 5 de agosto le decía que fue el doctor Morse el que descubrió el cadáver del doctor Bannerman. Debido a la amistad que le unía con el difunto, el doctor Morse no se sintió con fuerzas suficientes para hacer él mismo la autopsia. Esta fue llevada a cabo por el doctor Stephen Clyde, de esta ciudad, siendo virtualmente negativa en lo que respecta a la causa exacta de la muerte, pues ni confirmaba ni contradecía el diagnóstico aproximado hecho por el doctor Morse. Si usted desea leer el informe de la autopsia en su totalidad, le proporcionaré con mucho gusto una copia.

El doctor Morse me dice que, según sus noticias, el doctor Bannerman no tenía parientes. No se casó nunca. En los último doce veranos ocupó un pequeño *cottage* situado a veinticinco millas de la ciudad, en una carretera de segundo orden, y recibía muy pocas visitas. Su vecino, Steele, mencionado en el diario como un granjero, de sesenta y ocho años de edad, individuo con buena fama en los alrededores, me ha dicho que «nunca tuvo amistad con el doctor Bannerman».

En este Departamento tenemos la impresión de que, a menos que salga a luz alguna nueva información, apenas se justifica que sigamos investigando.

Respetuosamente le saluda,
Garrison Blaine
Capitán de Policía del Estado.
Augusta, Me.

Se incluye el extracto del Diario del fallecido David Bannerman.

También se incluye la declaración de Lester Morse, doctor en Medicina.

Nota del bibliotecario

El documento siguiente, originalmente unido como «documento» no oficial a la carta precedente, fue donado a esta institución en 1994 por una cortesía de Mrs. Helen McCarran, viuda del martirizado primer Presidente de la Federación Mundial. Otros

papeles y documentos personales del Presidente McCarran, muchos de ellos pertenecientes a su juventud, cuando estaba empleado en el FBI, se muestran libremente al público en el Instituto de Historia Mundial, de Copenhage.

Nota personal de Blaine a McCarran. Fecha: 10 de agosto de 1951.

Querido Cleve: Sospecho que no estaba bastante claro en mi otra carta que ese bastardo de Clyde es el responsable de que yo le haya complicado a usted en este asunto. Es un hacha en eso de manejar a la gente. Ocurrió impensadamente. Cuando vino a traerme el informe de la autopsia, ya estaba lleno de sospechas porque ésta fuera tan completamente negativa (posee cierta cantidad de honradez) y echó una ojeada a una o dos páginas del diario que yo tenía en mi escritorio. El doctor Morse se hallaba conmigo en aquel momento. Temo que ambos fuimos contagiados por él. Clyde produce esos efectos; pero, de todos modos, tal vez estábamos ya un poco escamados. Pero él fue la gota que hizo derramarse el vaso, ya que olió algo subversivo. Pertenece a la escuela de los NOW-WOW-WOW... ¿No es cierto? Armó un gran guirigay hablando de una autoridad más Alta, y yo sabía que lo decía por usted. Así que quise adelantarme a la carta que sabía que él escribiría. Supongo que su esfuerzo literario no habrá sido colocado en la carpeta N° 13, por otro nombre el Receptáculo Apropriado.

El puede decir lo que quiera sobre mi carácter, si es que dice algo, pero yo jamás habría supuesto que asestara semejante golpe a su colega profesional. El doctor Morse es lo mejor y nunca habría soñado en escamotearnos ninguna prueba importante, como insinúa en su carta Clyde, según me dice usted. Lo que el doctor hizo fue decirle a Clyde en broma, cuando se encontraban en mi despacho, que se fuera en vuelo hacia la Luna. A mí me habría gustado decírselo también. Así que Clyde se marchó rápidamente para hacer de chivato. ¿Comprende a qué me refería cuando le hablaba de manejar a la gente? Sin embargo —toque madera— no creo que Clyde vea en el diario lo bastante como para tener una noción de lo que se trata.

En cuanto al diario, maldita sea, Cleve, no sé qué pensar. Si a usted se le ocurre algo, quiero que me lo diga, por supuesto. Temo

creer yo también en los ángeles. ¡Pero cuando pienso en el efecto que la cosa produciría en la opinión pública de aquí si se divulgase...! ¡Hermano! He aquí que este viejo Bannerman vivía solo en compañía de un ángel hembra sin estar casado con ella ni siquiera por lo civil. ¡Ay! ¿Comprende usted?... ¡Qué flujo de llamadas telefónicas de personas deseosas de explicarlo todo! Expertos en el cuidado y en la alimentación de ángeles. Métodos para hacer experimentos con los ángeles. «Los ángeles pasaron ante mi ventana hace un minuto». «En vuestras horas libres, haced del asunto de los ángeles una gran empresa»...

¿Cuándo nos veremos? Dice usted que podría tener una semana libre en octubre. Si nos pudiéramos reunir, quizá lograríamos sacar sentido de donde no lo hay. He oído decir que la sidra promete ser buena este año. Inténtela probar. Cariños a Ginny y al otro joven fruto. Y recuerdos a Helen, naturalmente.

Suyo,
Carry.

Postdata

Si encuentra usted ángeles en su camino y no sienten muchos deseos de una administración republicana, ponga todos los medios para que sean investigados por el Senado... Entonces sabremos de cierto que todos estamos locos.

Extracto del diario de David Bannerman. Del 1 al 29 de julio de 1951.

Deben de haber transcurrido por lo menos tres semanas desde que tuvimos todo aquel jaleo a propósito de un platillo volante. Observadores del otro lado del Katahdin le vieron venir hacia este lado, y observadores de este lado le vieron ir hacia el otro. Tamaño: de seis pulgadas a sesenta pies de diámetro... y... ¿tenía forma de cigarro? En cuanto a velocidad, la que queráis. Me parece recordar que los testigos estuvieron de acuerdo en lo de que era de un color rosado claro. Hubo, naturalmente, una explicación oficial concebida para dejar a todos impresionados, tranquilos y defraudados. Yo no

hice mucho caso a la excitación de la gente, y aún menos a las explicaciones. Pensé que se trataba sencillamente de un platillo volante. Pero ahora, Camilla ha empollado un ángel.

Tenía que ser Camilla. Quizás no he mencionado lo bastante a mis gallinas. Durante los últimos dos días he pensado que quizás este diario será juzgado importante por otros ojos que los míos. Yo no soy más que un hombre solitario en los linderos de la muerte. Pero un ángel en la casa hace que las cosas sean distintas. Y debo mostrar consideración hacia posibles lectores.

Tengo ocho gallinas, todas del año, excepto Camilla. Esta es su tercera primavera. La he guardado dos inviernos, que es cuando voy a calentarme mis helados huesos a Florida, en la granja de mi vecino Steele. Y lo he hecho porque aunque sea sólo un ave, posee unos modales que me sorprenden. Jamás habría podido comerme a Camilla. Si el animal hubiese mirado el cuchillo con esa expresión de desaprobación con que a veces me mira, yo habría pensado que asesinaba a una tía querida. Y no hay duda de que me hubiese mirado así. La única concesión a lo sentimental de Camilla era su anual calentura maternal... cosa, por supuesto, natural y normal en una Plymouth Rocq blanca mantenida en cautiverio.

Este año el animal se las arregló con mucho éxito para hacerse a escondidas un nido entre una zarza de moras. Cuando lo localicé, pensé que lo hacía con dos semanas de retraso. Y tuve que contentarme con observarla desde una ventana. Camilla es muy lista y venía a comer al sitio de costumbre y luego se iba al nido. Cuando descubrí el nido, Camilla estaba sentada sobre nueve huevos al tiempo que me echaba maldiciones. La gallina no podía ser fértil ya que allí no había ningún gallo, y yo estaba a punto de robarle los huevos cuando vi que el noveno huevo no era de ella. Era transparente, tenía una coloración profundamente azul y en su interior había puntitos de luz que me recordaron las primeras estrellas de un claro anochecer. Este huevo azul tenía el mismo tamaño que los de Camilla. Contenía un embrión, pero yo no podía hacer nada con él. Opté por colocar de nuevo el huevo bajo la febril y desnuda pechuga del animal y regresé a la casa para beber algo frío y en abundancia.

Esto sucedió hace diez días. Sabía que debía llevar cuenta de los días. Examinaba cada vez el huevo azul, observando cómo una vida

sin nombre crecía dentro de él. El ángel salió de su cascarón hace tres días y hasta ahora no me he sentido con ánimos para enfrentarme con el papel y la pluma.

He sido poseído por una especie de laxitud mental poco frecuente en mí. Aunque lo he dicho mal. No se trataba de laxitud, sino de preocupación, una preocupación que no me permitía saber lo que realmente me preocupaba. Tengo reputación de científico. Pero hasta ahora no he sentido deseos de examinar los datos. Sólo tenía deseos de permanecer tranquilo, dejando que la verdad se aposentara, si quería, en mi mente en reposo. Esto puede ser debido a que me estoy volviendo viejo, pero lo dudo. Los trozos rotos de la maravillosa cáscara azul están en mi escritorio. Los he estado mirando por fuera y por dentro durante diez minutos o más. No puedo decir que los estudiara: mi pensamiento vagabundea al ver ese tono de azul, sin ocurrírseme nada que pueda ser expresado mediante palabras. No me satisface mucho escribir que he experimentado una visión de cielo abierto... y de paz, si tal cosa puede decirse.

El ángel rompió hábilmente la cáscara en dos mitades. Esto fue hecho evidentemente con la ayuda de unas pequeñas protuberancias duras que el ángel tenía en los codos. Tales protuberancias se le desprendieron al segundo día. Me habría gustado ver cómo rompía el huevo, pero cuando yo llegué a la zarza de moras hace tres días, la cosa había sucedido ya. El ser recién nacido sacó su exquisita cabeza de debajo de las plumas del cuello de Camilla, sonrió soñolientamente y se volvió a la oscuridad para terminar su empollamiento. Por lo tanto, ¿qué podía hacer yo más que salvar la rota cáscara y sacar de allí mi torpe persona? Los demás huevos ya se los había quitado el día anterior... Por cierto que Camilla se disgustó muy poco. Yo sentía preocupación por el estado en que éstos se hallarían, aunque era obvio que pertenecían a Camilla, pero en ellos no se había producido la menor perturbación. Los rompí uno a uno para asegurarme de ello. Eran huevos rotos y nada más.

En la tarde de aquel día pensé en las ratas y en las comadreas. Antes tenía que haberlo hecho. Preparé una caja en la cocina y coloqué en ella a Camilla y al ángel, trayendo a éste acurrucado en el interior de mi mano cerrada. Allí están ahora. Creo que se

encuentran cómodos.

Ahora, tres días después de haber salido a luz, el ángel tiene el tamaño de mi dedo índice, digamos tres pulgadas de alto, y todas sus proporciones son las de una niña de seis años, pero en relación a su tamaño. Excepto la cabeza, las manos y probablemente la planta de los pies, el ángel está vestido con una especie de plumón de color marfil. Lo que puede verse de su piel es de un color de rosa tornasolado... digo tornasolado, como el interior de ciertas caracolas de mar. En la espalda, a la altura del talle, tiene dos salientes que yo tomo por unas alas infantiles. No sugieren de ningún modo un par de brazos extra. Creo que son órganos completamente diferenciados. Quizás serán con el tiempo como las alas de un insecto. De todos modos, nunca pensé que los ángeles produjeran zumbido al volar. Quizás no lo produzcan. Sé muy poco sobre ángeles. Ahora, los salientes están cubiertos con una especie de tejido duro, seguramente una vaina protectora, que será desechada cuando las membranas, si es que hay membranas, estén dispuestas a crecer. Entre ambos salientes se ve una especie de hilera de músculos no muy prominente... Supongo que se trata de una musculatura especial. Por otra parte, la forma del ángel es casi humana, incluso en el detalle de dos minúsculos botoncitos mamarios visibles bajo la pluma. Por qué están esos dos botoncitos en un organismo ovíparo es algo que escapa a mi comprensión (entre paréntesis, y para el informe, así es un paisaje de Corot; así es la *Inconclusa* de Schubert; así es el vuelo de un colibrí; así es el mundo exterior helado visto a través del cristal de una ventana). Las plumillas de su cabeza han crecido visiblemente durante los tres días y son de calidad diferente a las del cuerpo... Más tarde, quizás se parezca al cabello humano... lo mismo que un diamante se parece a una piedra de granito...

Ha ocurrido algo curioso. Después de escribir lo anterior, me he acercado a la caja de Camilla. Judy, mi perra estaba ya echada frente a ella, completamente tranquila. La cabeza del ángel surgía de debajo de las plumas de Camilla y yo, con esa fuerza que a veces tienen los pensamientos que no toman forma verbal, pensé: «Aquí estoy yo, un naturalista de mediana edad que nunca se ha emborrachado, observando a un ser ovíparo y mamífero, con plumón y alas, que no tiene más de tres pulgadas». El caso es que el

ángel se echó a reír. Claro que la risa debió de ser provocada por mi aspecto, que a ella le debía parecer algo enormemente grueso y cómico. Pero otro pensamiento se formó en mi mente: «Ya no estoy solo». Y entonces el rostro del ángel, apenas mayor que una moneda de plata de diez centavos, dejó de reír para tomar una expresión de amistosa preocupación.

Judy y Camilla son viejas amigas. Y la primera no parece inquietarse por la presencia del ángel. No me preocupa lo más mínimo dejarlas solas. Debo irme a dormir.

3 de junio

Anoche no escribí nada en el diario. El ángel me estuvo hablando, y cuando acabó de hacerlo, me eché a dormir inmediatamente sobre un catre que me he preparado en la cocina para estar cerca de ellos.

Nunca me he asombrado demasiado ante una percepción extra sensorial. Por suerte, mi mente es capaz de aceptar la novedad, aquello que para el ángel es claramente algo natural.

La pequeña boca del ángel es de lo más expresivo, pero se mueve sólo para eso, o sea para dar expresión a su rostro, o bien para comer... pero no para hablar. Probablemente, el ángel podría hablar a su manera si lo deseara, pero sin duda su voz estaría fuera de mis posibilidades de oyente, y lo mismo le ocurriría a mi comprensión.

Anoche, después de haberme arreglado el catre, me encontraba dando cuenta de mi sobria cena de soltero cuando el ángel trepó hasta el extremo de la caja y señaló, primero a sí mismo, luego a la superficie de la mesa de la cocina. Temeroso de cogerle con mi gran mano, extendí ésta palma arriba, y el ángel se apresuró a sentarse en mi palma. Camilla empezó a protestar, pero el ángel la miró por encima del hombro y la gallina se calmó, sin dejar de observar, pero ya sin inquietud.

La parte superior de la mesa es de mármol, y el ángel se estremeció. Ya entonces doblé una toalla y extendí un pañuelo de seda sobre ella, colocando todo sobre la mesa. El ángel tomó asiento sobre este colchón, sintiéndose, al parecer, muy cómodo, y quedando muy cerca de mi cara. Yo no estaba ni siquiera

asombrado. Posiblemente, el ángel se había cuidado ya de vaciar en cierto modo mi mente. De todos modos, yo lo hice sin el menor esfuerzo consciente por mi parte.

El ángel llegó a mi mente, en primer lugar, por medio de imágenes visuales. ¿Quién puede atestiguar que aquello no tenía nada en común con los ensueños? Allí no existía el peso del simbolismo extraído de mi pasado; allí no existía la menor relación con ninguna de las vulgaridades del día anterior; en realidad, nada que atañera a mi personalidad. Yo veía. Yo percibía visiones en movimiento, aunque no era con mis ojos. Y mientras mi mente veía, también veía dónde estaba mi cuerpo, encorvado sobre la mesa de la cocina. Si alguien hubiera en la cocina en aquel momento, si se hubiera oído algo alarmante en el gallinero, yo me habría dado cuenta en el acto de ello.

Apareció un valle como nunca he visto ni veré en la Tierra. Yo he estado en muchos lugares hermosos de este planeta... y algunos de ellos eran incluso tranquilos. En una ocasión, me embarqué en un barco lento que iba a Nueva Zelanda, y gocé del Pacífico durante muchos días. Pero ahora, aunque no sabría decir por qué, me daba cuenta de que lo que veía no pertenecía a la Tierra; el río que lo atravesaba mostraba que era una cinta azul y plata bajo la luz del sol acostumbrada; había árboles muy parecidos al pino y al arce, y quizá lo fueran. Pero aquello no era la Tierra. Veía que las montañas que se alzaban a cada lado del valle tenían extrañas cimas... de nieve, rosadas, ámbar, de oro... Quizás el color de ámbar sea lo que nunca he visto en la cima de una montaña de este mundo a mediodía.

O quizás yo sabía que no era la Tierra simplemente porque su mente, aquel inimaginable cerebro más pequeño que la punta de mi dedo meñique, me lo decía.

Observé que dos habitantes de aquel mundo se acercaban volando para descansar sobre el campo de soleada hierba a donde me había llevado mi visión sin cuerpo. Eran formas de adulto, tales como mi ángel sería cuando creciese, sólo que aquellos dos eran ángeles varones, y uno de ellos tenía la piel oscura. Este último era, además, viejo, con un rostro lleno de arrugas, sabiduría y serenidad. El otro, en cambio, era sonrosado y parecía lleno de vitalidad. Ambos eran hermosos. El plumón del viejo de la piel de

color castaño era de un tono leonado rojizo. La del otro era de color marfil, con reflejos naranja. Sus alas eran membranosas, con más variedad de sutiles iridiscencias que las de las libélulas. No puedo; decir cuál era el color dominante, porque a cada movimiento que efectuaba se producía una ola cambiante. Ambos se sentaron cómodamente sobre la hierba. Me daba cuenta de que estaban hablándose el uno al otro, aunque sus labios no se movieron durante la conversación más que una o dos veces. Afirmaban con la cabeza, sonreían, y de cuando en cuando subrayaban algo moviendo una mano.

Un enorme conejo saltó cerca de ellos. Supe, me figuro que debido a los esfuerzos del ángel, que aquel animal era del mismo tamaño que nuestro vulgar conejo del monte. Más tarde, una serpiente azul verdosa que tenía tres veces el tamaño de los ángeles, se acercó a ellos arrastrándose sobre la hierba, y el viejo adelantó su mano para acariciar la cabeza del animal, y creo que hizo esto sin interrumpir su charla.

De pronto apareció otro ser que daba saltos rítmicamente espaciados. Se trataba de algo monstruoso, pero, sin embargo, no sorprendí la menor alarma ni en los ángeles ni en mí mismo. Imaginaos un ser de forma parecida al canguro, sólo que de ocho pies de alto y de color verde. Pero, en realidad, sólo la gruesa cola balanceante y las enormes patas se parecían a las del canguro. El cuerpo que había encima de los macizos muslos no era menudo, sino grueso y cuadrado; las patas delanteras y las manos en que terminaban eran casi humanoides. Y la cabeza era redonda, parecida a la de un hombre, excepto el rostro, que tenía una nariz con un solo agujero y una boca vertical. Los ojos eran anchos y de aspecto manso. Recibí la impresión de un ser de alta inteligencia y natural nobleza. Llevaba en una de sus manos, tan parecidas a las del hombre, dos herramientas tan familiares y conocidas por mí que mi cuerpo, junto a la mesa de la cocina, se echó a reír al reconocerlas asombrado. Pero, después de todo, una azada y un rastrillo son herramientas básicas. Una vez inventadas —creo que nosotros los inventamos en la edad neolítica— hay pocas razones para que cambien a través de los milenios.

Este granjero fue detenido por los ángeles y los tres conversaron durante un rato. La gran cabeza hizo signos de asentimiento y

ademanos de agrado. Creo que el ángel joven dijo un chiste; por lo menos, las convulsiones que agitaron la gran cabeza me hicieron pensar que aquello era risa. Luego, aquel amable monstruo, se dedicó a rastrillar la hierba en un cuadrado de pocas yardas, rompiendo el césped y dejando una superficie completamente lisa, lo mismo que haría cualquier competente jardinero de la Tierra... excepto que aquel se movía con la tranquila facilidad de un ser cuya fuerza excedía en mucho a la que se requería para la tarea...

Regresé a mi cocina con los ojos de cada día. Mi ángel estaba explorando la mesa. Yo tenía allí una rebanada de pan y un plato de fresas con nata. El ángel se comió una migajita de pan y pareció gustarle mucho. Yo entonces le ofrecí las fresas. El ángel rompió una de ellas y la probó, pero no pareció gustarle del todo. Yo le presenté un cucharón lleno de nata azucarada; el ángel extendió ambas manos para sacar una poca. Creo que le gustó. Yo había sido muy tonto al no darme cuenta de que necesariamente tendría hambre. Entonces saqué vino del armario. El ángel me observaba intrigado, así que yo eché un par de gotas en el mango de una cuchara. Esto le gustó de veras. El ángel sonrió y se dio golpecitos en su pequeño estómago, aunque creo que aquel jerez no era bueno del todo. Luego le presenté migajas de tarta, pero el ángel me indicó que ya estaba ahíto. Llegó hasta mi rostro y me hizo señas de que bajara la cabeza.

El ángel se estiró hacia mi cara hasta que pudo cogerme la frente con ambas manos —yo sentí bastante palpablemente que sus manos estaban allí— y permaneció así durante un largo tiempo intentando decirme algo.

Era difícil. Las imágenes se me presentaban con relativa facilidad. Pero ahora, el ángel me estaba transmitiendo una abstracción de tipo complejo, y mi torpe cerebro sufría realmente al esforzarse en recibirlo. Algo me quedó, sin embargo.

Tuve la sensación de haber visto algo. Imaginaos un triángulo equilátero; y colocad las siguientes palabras en cada uno de sus lados: «reparar», «congregar», «salvar», y el significado que el ángel quería transmitirme debía hallarse en el centro del triángulo.

Tuve, además, la sensación de que el mensaje era una explicación parcial de la diligencia que el ángel tenía que llevar a cabo en este mundo encantador y execrable al mismo tiempo.

El ángel pareció cansado y se apartó de mí. Extendí mi mano y él saltó a su palma para ser conducido de nuevo al nido.

Esta noche no me ha hablado ni ha comido, pero me ha explicado la razón de ello. Ha salido de debajo de las plumas de Camilla lo suficiente para poderse volver y enseñarme los salientes de las alas. Las vainas protectoras han desaparecido, y las alas le están creciendo rápidamente. Con toda probabilidad estaban húmedas y débiles. El ángel parecía cansado y regresó casi en el acto a la tibia oscuridad.

Camilla debía sentirse asimismo exhausta. No creo que haya dejado el nido más de dos veces desde que la coloqué dentro de la casa.

4 de junio

Hoy el ángel ha volado.

Lo supe por la tarde, cuando vagabundeaba por el jardín mientras Judy se hallaba echada al sol, tal como le gusta.

Algo que no veía ni oía me hizo volver rápidamente a la casa. Vi a mi ángel a través del cristal de la puerta antes de abrir ésta. Uno de sus pies se había enganchado en un alambre suelto que formaba un lazo en el roto de un enrejado. Alarmado, tiró del pie, y el lazo se apretó de tal forma que sus pequeñas manos no fueron capaces de deshacerlo.

Afortunadamente no perdí la cabeza y pude cortar el alambre con unos alicates. El pie del ángel quedó libre sin que sufriera daño alguno. Camilla se mostraba frenética, yendo de un lado para otro con las plumas encrespadas, pero... y esto es muy raro, perfectamente silenciosa. Nada de los conocidos ruidos que hacen las gallinas cuando se encuentran en apuros; si a un pollito ordinario le hubiera ocurrido una desgracia, la gallina habría hecho saltar el tejado con sus gritos.

El ángel voló hacia mí e hizo unos ademanes cogiéndome la frente con las manos. El mensaje resultó claro: «Ningún daño». Luego se dirigió volando hacia Camilla para decirle lo mismo.

Sí, y de la misma forma. Vi que Camilla estaba junto a mis pies con el cuello alargado y la cabeza alta, y que el ángel ponía sus manos a ambos lados de la áspera cresta de la gallina. Camilla se

tranquilizó entonces, cloqueó normalmente y abrió sus alas invitando al ángel a que se refugiase bajo ellas. El ángel lo hizo, pero creo que sólo por ser amable con Camilla. El caso es que sacó un momento la cabeza por debajo de las plumas de las alas y me guiñó un ojo.

Pero el ángel debió ver algo más, pues al poco rato salió de nuevo, voló hacia mí y me tocó la mejilla con un dedo; miró luego el dedo, vio que estaba mojado, se lo llevó a la boca, hizo una mueca y, mirándome, se echó a reír.

Luego salimos al sol, Camilla también, y el ángel me ofreció una exhibición de lo que era el vuelo. Ni siquiera la música de Schubert puede compararse a la alegría que rezumaba el primer vuelo del ángel. Quedaba colgado delante de mis ojos, radiante y encantado, y un momento después era sólo un puntito de color bajo una nube. Imaginad a un colibrí, pero mucho menos torpe y perezoso.

Las alas producían un zumbido. Más suave que el del colibrí, pero más fuerte que el de la libélula.

Era algo parecido, por ejemplo, al zumbido que produce la *hawk-moth*, o sea la *heinmaris thisbe*, el insecto que yo, cuando era niño, llamaba la mariposa colibrí.

Yo me sentí asustado, naturalmente, sobre todo al principio, temiendo que al ángel pudiera sucederle algo. Pero pronto vi que no había motivo para ello. El ángel no tenía nada que temer de los animales salvajes, excepto tal vez del hombre.

Vi que un halcón de cobre descendía oblicuamente hacia el remolino de color en donde el ángel estaba bailando solo; muy pronto, el ángel empezó a describir círculos iridiscentes alrededor del animal, pero cuando éste a su vez empezó también a describir pequeños círculos, cesé de ver al ángel. Pero quizás éste sintió mi miedo, pues se presentó en seguida ante mí, tocándome la frente de la manera acostumbrada. Supe que ángel se sentía divertido y capté la idea de que el halcón era «un personaje perezoso». No es ésta la manera en que yo describiría el *accipiter cooperi*, pero tal era el punto de vista del ángel. Creo que éste estuvo cabalgando sobre la espalda del halcón, y seguramente logró esto colocándole las manos habladoras sobre su terrible cabeza.

Más tarde me asustó el pensamiento de que quizás el ángel no quisiera volver a mí. ¿Podía yo competir con la luz del sol y con los

cielos abiertos? Pero ese terror hizo que el ángel volviese de nuevo rápidamente, y sus manos me dijeron con gran claridad: «No temas nada. No tienes que temer nada».

Durante esta tarde, me sentí triste en una ocasión al percatarme de que Judy tomaba poca parte en la alegría. Me acordaba de que, en otros tiempos, la perrita corría contra el viento. El ángel debió sentir este pensamiento mío, pues pasó largo rato junto a la soñolienta cabeza de Judy mientras la cola de la perra oscilaba alegremente sobre la tibia hierba...

Durante el crepúsculo, el ángel ingirió una buena comida compuesta por dos o tres migajas de tarta y una gota de jerez. A continuación sostuvo conmigo una conversación que casi se podía llamar así. Esta vez la transcribiré en forma de diálogo en lugar de buscar otra forma más exacta. Yo le pregunté:

—¿Está muy lejano de aquí tu hogar?

—Mi hogar es esto —contestó.

—¡Gracias a Dios! Pero quiero decir... ¿cuál es el lugar de donde tu gente vino?

—Está a diez años luz.

—Las imágenes que me mostraste... aquel tranquilo valle... ¿estaban a diez años?

—Sí. Aquel era mi padre hablando contigo a través de mí. Ya era viejo cuando empezó el viaje. Tiene doscientos cuarenta años... nuestros años que tienen treinta y dos días más que los vuestros.

Noté que experimentaba una sensación de alivio. Yo temía, partiendo de los principios en que se basa nuestra biología, que el rápido crecimiento del ángel, después de ser empollado, significaba una vida breve para él. Pero no. Todo estaba muy bien. El ángel me sobreviviría, y por varios centenares de años.

—¿Tu padre está aquí ahora, en este planeta? —pregunté—. ¿Le podré ver?

El ángel separó sus manos de mí para escuchar, según creo. La respuesta fue:

—No. Y lo siente. Está enfermo y ya no le queda mucho tiempo de vida. Yo iré a verle dentro de algunos días, cuando vuele un poco mejor. Él me estuvo enseñando durante mis primeros veinte años.

—No comprendo. Yo creía...

—Más tarde lo comprenderás, amigo. Mi padre te está

agradecido por tu amabilidad conmigo.

Yo no supe qué pensar de aquello. Sólo puedo decir que no noté el menor rastro de condescendencia en aquel mensaje.

—¿Y él me ha estado mostrando cosas vistas por él hace diez años luz? —pregunté.

—Sí.

A continuación, el ángel quiso que yo descansara un poco. Estoy seguro de que él sabe el enorme esfuerzo que un cerebro primitivo tiene que realizar para funcionar de esta forma.

Pero antes de terminar la conversación y marcharse zumbando a su nido, me dijo algo que me pareció oír con tal claridad que no había error posible. Fue lo siguiente:

—Mi padre dice que hace sólo cincuenta millones de años aquello era una jungla, lo mismo que la Tierra lo es ahora.

8 de junio

Cuatro días después, al despertar, me encontré con que el ángel estaba tomando su desayuno y también con que la pequeña Camilla había muerto. El ángel me observó al frotarme los ojos y también observó cómo descubría yo el cadáver de Camilla. Entonces voló hacia mí, y yo recibí esta pregunta:

—¿Te hace esto desgraciado?

—No lo sé exactamente —contesté.

Uno puede querer a una gallina, sobre todo cuando se trata de una vieja gallina quisquillosa y casera cuya personalidad tiene mucho en común con la de uno mismo.

—Era vieja. Deseaba tener un montón de pollitos, y yo no podía quedarme con ella. Así que... —siguió algo oscuro; probablemente, mi mente tenía que realizar un gran esfuerzo para entenderlo—... así que le salvé la vida.

No pude sacar nada más en claro. Había dicho: «salvé la vida».

La muerte de Camilla parecía haber sido natural, excepto que no habían habido contracciones, pues la paja no estaba desordenada. Quizás el ángel había arreglado luego, por decoro, el cadáver, aunque ignoro de dónde podía sacar tanta fuerza muscular para hacerlo. Camilla pesaba por lo menos siete libras.

Mientras me hallaba enterrando el animal en un extremo del

jardín al tiempo que el ángel volaba por encima de mi cabeza, recordé algo que, cuando sucedió, yo rechacé de mi memoria cual si se tratara de un sueño. Se trataba simplemente de una imagen iluminada por la luz de la Luna, en la que se veía el ángel situado en la caja-nido con las manos sobre la cabeza de Camilla y, presionando con su boca gentilmente sobre la garganta de la gallina poco antes de que la cabeza de la misma quedara fuera de mi línea de visión. Probablemente me desperté entonces y vi lo que había sucedido. El caso es que no estoy disgustado... y cuanto más pienso en ello más complacido me siento.

Después del entierro, las manos del ángel dijeron:

—Siéntate sobre la hierba y charlaremos... Hazme preguntas. Te responderé a lo que pueda responderte. Mi padre te pide que todo lo escribas luego.

Así que escribir es lo que he estado haciendo durante los pasados cuatro días. He estado lo que se dice yendo a la escuela, siendo un alumno más bien torpe, pero rebosante de buena voluntad. En lugar de escribir nada en este diario —por las noches me sentía exhausto— iba tomando rápidas notas lo mejor que podía. El ángel se ha ido ahora a visitar a su padre y no volverá hasta por la mañana y yo voy a intentar transformar mis notas en una versión comprensible.

Como el ángel me había invitado a hacer preguntas, yo empecé con una que, como naturalista, tenía lo que se dice en la punta de la lengua. ¿Cómo unos seres del tamaño de los adultos que yo vi en aquel valle podían poner huevos del tamaño de los de Camilla? Y otra cosa. Tampoco podía yo comprender cómo, si surgían del empollamiento casi en condición de adultos y capaces de comer alimentos variados, tenía mi ángel aquellos ridículos, encantadores y al parecer funcionales senos.

Cuando el ángel entendió las preguntas se echó a reír... una risa a su manera, dando un paseo por todo el jardín, despeinándose luego con una de sus alas al pasar y pinchándose al mismo tiempo en el lóbulo de la oreja. Luego se agachó sobre una hoja de ruibarbo e hizo en mi honor una graciosa representación en la que simulaba ser una gallina poniendo un huevo, con cacareo y todo. Yo me tambaleaba de risa, una risa a mi manera, y ambos tardamos algún tiempo en quedar tranquilos de nuevo. Entonces el ángel hizo todo

lo posible por explicarse.

Ellos eran verdaderos mamíferos, y los hijos —no más que dos o tres en toda una vida, cuya duración media era de unos doscientos cincuenta años— eran puestos en el mundo de la misma manera que lo hacían los humanos. El niño es alimentado a la manera humana hasta que su cerebro empieza a responder un poco a su lenguaje sin palabras; esto lleva de tres a cuatro semanas. Entonces es colocado en un medio totalmente diferente. El ángel no pudo describirme esto con claridad, pues en mi almacén de conocimientos no había el suficiente material para ayudarme a comprenderlo. Parece que se trata de un medio gaseoso que impide que el cuerpo crezca durante un período casi indefinido, mientras el crecimiento de la mente continúa. El ángel añadió que habían tardado unos siete mil años en perfeccionar esta técnica: al parecer, no tienen ninguna prisa. El niño permanece bajo este delicado y cuidadoso control durante un período que va de quince a treinta años. La duración depende no sólo de su vigor mental, sino también del tipo de vida que elige en cuanto su cerebro adquiere la suficiente potencia para poder elegir. Y durante este período, su mente es guiada con infinita paciencia por maestros que...

Al parecer, esos maestros conocen muy bien lo que llevan entre manos. Me costó asimilar esto, aunque el hecho quedó demostrado con la suficiente claridad. En su mundo, la profesión de maestro es considerada la más alta y noble de todas —¿puede ser esto posible?— y tan difícil es ejercerla que sólo las mentes más poderosas pueden intentarlo (yo tuve que descansar un poco después de asimilar esto). Un aspirante a maestro debe pasarse quince años, sin incluir el período de la educación infantil, sólo en la preparación, mientras que la adquisición de conocimientos en sí, sin la idea de transmitirlos, lleva tan sólo una pequeña parte de esos quince años. Entonces... si ha podido aprobar, desempeña un pequeño papel en la instrucción elemental de algunos niños, y si esto lo hace bien durante otros treinta o cuarenta años, puede ser considerado como un estudiante prometedor... ¡Y pensar en que hubo un tiempo en que yo luché en clases atestadas intentando meter algunos hechos predigeridos (me pregunto ahora cuántos de ellos eran verdaderos hechos) en las mentes de unos adolescentes aburridos y preocupados, algunos de los cuales incluso me querían un poco! Yo

estaba entonces dispuesto siempre incluso a cambiar apretones de manos y ser amable con sus padres, los cuales, llenos de terribles buenas intenciones, me explicaban cómo debían ser educados sus hijos. La mayoría de nuestros esfuerzos humanos se desperdician en futilidades. A veces me pregunto cómo hemos logrado pasar de la Edad de Bronce. El caso es que lo hicimos, de una manera u otra, e incluso avanzamos bastante.

Cuando termina el primer estadio de la educación de un ángel, el niño es transportado a un ambiente más corriente, y su cuerpo crece normalmente en poco tiempo. Las alas salen de pronto, tal como yo había podido comprobar, y el niño alcanza la altura máxima de seis pulgadas, que es la altura de mi ángel. Sólo entonces ingresa en esa vida que dura doscientos cincuenta años, y es entonces cuándo su cuerpo empieza a envejecer. Mi ángel ha sido una personalidad viviente durante muchos años, pero no celebrará su primer cumpleaños hasta que no transcurra casi un año. Me gusta pensar en esto.

Aproximadamente en la misma época en que descubrieron los principios de los viajes planetarios (aproximadamente hace doce millones de años) esos seres aprendieron también que, mediante el uso de un sistema ligeramente diferente, el crecimiento puede ser detenido en cualquier punto mientras no se haya alcanzado la plena madurez. Al principio se usaba esto sólo para controlar las pocas enfermedades que aún les aquejaban de cuando en cuando por aquel tiempo. Pero cuando tomaron en consideración los largos periodos de tiempo que se requerían para los viajes por el espacio, las ventajas de detener el crecimiento fueron obvias.

Así que, al parecer, mi ángel ha nacido hace diez años luz. Recibió lecciones de su padre y de muchos otros que le instruyeron en la sabiduría acumulada durante setenta millones de años (ésta es la duración aproximada de su historia *archivada*) y luego, el ángel fue convenientemente abrigado y colocado en lo que mi cerebro superamébico tomó por un huevo azul. Su educación no avanzó durante esta época. Su mente tenía que dormir, lo mismo que el cuerpo. Cuando el calor de Camilla hizo que despertara y siguiera creciendo, el ángel recordó lo que tenía que hacer con aquellos bultos duros que tenía en los codos y salió a la luz... en este planeta. Dios le bendiga.

Yo me pregunté por qué su padre había elegido una combinación tan inverosímil como una gallina y un ser humano. Sin duda podía haber dispuesto de excelentes medios para mantener el huevo a la temperatura requerida. Su elección me debía halagar inmensamente, pero no por eso dejaba de asombrarme.

—Camilla era una gallina simpática, y mi padre estudió tu espíritu mientras dormías. Fue un aterrizaje malo, y muchas cosas se rompieron. No se había hecho nunca antes un aterrizaje después de un viaje tan largo: cuarenta años. Sólo cuatro adultos pudieron venir con mi padre. Tres de ellos murieron en ruta, y mi padre está muy enfermo, y hay otros nueve niños que cuidar, según me explicó el ángel.

Sí, yo sabía que el ángel había dicho con el pensamiento que tenía confianza en mí. Si me sorprende, todo lo que tengo que hacer es mirarle y luego mirarme al espejo. En cuanto a la explicación, sólo puedo llegar a la conclusión de que había algo más que yo no acababa de comprender. Me preocupaban aquellos otros nueve niños, pero el ángel me aseguró que todos estaban bien, y yo sentí que no debía preguntar ahora nada más sobre ellos...

El ángel me explicó que su planeta era muy parecido al nuestro. Un poco más grande. Describía otra órbita un poquito mayor alrededor de un sol parecido al nuestro. Tiene dos brillantes lunas, más pequeñas que la nuestra. Sus órbitas están combinadas de tal forma que raramente se ven noches de dos lunas. Esas noches de dos lunas son mágicas, y el ángel tiene intención de pedir a su padre que me muestre una si puede. Su año tiene treinta y dos días más que el nuestro; a causa de su más lenta rotación, sus días tienen veintiséis de nuestras horas. Su atmósfera está formada en su mayor parte por nitrógeno y oxígeno en las proporciones familiares para nosotros, pero es ligeramente más rica en alguno de los gases raros. El clima es lo que aquí llamaríamos tropical y subtropical, pero han conocido los rigores de la época glacial, lo mismo que nosotros en tiempos pasados. Hay solamente dos grandes masas de tierra continental y varios millares de islas grandes.

Su población total asciende solamente a cinco mil millones de habitantes...

Muchas de las formas de vida que aquí conocemos tienen allí paralelo... algunos incluso son exactas réplicas: conejos, ciervos,

ratones, gatos. Los gatos han llegado a tener una inteligencia muy superior a la que poseen en nuestra Tierra. Parece que es posible, según dice el ángel, mantener una conversación intelectual con sus gatos, que aprendieron hace muchos millones de años que si matan, deben hacerlo con gran precisión y sin torturar. Los gatos tienen bastante dificultad para comprender el dolor en otros organismos, pero una vez llegaron a comprenderlo, fue fácil su desarrollo. En la actualidad, los gatos son populares contadores de chismes; hace unos cuarenta millones de años servían ya ocasionalmente como fuerza especial de la policía ayudando a los ángeles con verdadero heroísmo.

Parece que mi ángel desea estudiar la vida animal de la Tierra. ¡Y yo seré su maestro! De todas formas, le doy las gracias de todo corazón por haberme elegido como maestro. Cada noche hablamos de animales durante un par de horas. Esto es un descanso para mí después del esfuerzo mental que significa comprender otras materias más difíciles. Judy ha representado una cosa nueva para el ángel. Ellos, en su planeta, tienen varios deliciosos monstruos, pero desde el punto de vista del ángel, también los tenemos aquí. El ángel me ha hablado de una serpiente de mar azul de cincuenta pies de larga y relativamente inofensiva, que muge como una vaca y que empujada por la marea llega hasta los pantanos para poner allí huevos negros. Yo entonces le hablé de la ballena. El ángel me habló a su vez de un animal diurno con alas de murciélago, mamífero, con cuerpo en forma de pelota, esponjoso grande como mi cabeza y que pesa menos de una onza. Yo le hice la réplica con el tití. El ángel intentó apabullarme con un brontosaurio de muy pequeño tamaño y de color rosa, pero extremadamente raro. Pero yo no me achiqué y le hablé del *platypus* con pico de gato... y esto hizo que cambiáramos varias bromas a propósito de los huevos de los mamíferos; y el ángel se dio por vencido. Todo trivial si queréis. Pero también la más feliz velada de mis cincuenta y tres confusos años de vida.

El ángel se mostró un poco reservado en relación con la especie de canguro que yo vi, pero me habló de él al estar seguro de que yo deseaba que me hablara de él. Parece ser que esos animales son lo más parecido a la vida humana que existe en aquel planeta. De carácter agradable y siempre amistoso —aunque yo estoy seguro de

que a veces no es así—, y en algún sentido con inteligencia más despierta que la que nosotros poseemos, son en su mayor parte trabajadores manuales, pues lo prefieren hoy en día, pero a despecho de esto, algunos de ellos son excelentes matemáticos. La primera nave espacial que dio resultado fue inventada por un grupo de ellos, con alguna ayuda, naturalmente...

Los nombres ofrecen dificultades. A causa de la naturaleza del lenguaje angélico, hacen escaso uso de los nombres, excepto en el archivo descripto, y escribir, naturalmente, tiene muy poco papel en su vivir diario. No hay necesidad de escribir una carta cuando un millar de millas no es obstáculo para una conversación mental. El nombre de etiqueta de un ángel es tan importante para él como por ejemplo, es para mí el número de mi Seguro Social. El ángel no me ha dicho el suyo porque la fonética de su lenguaje escrito no tiene paralelo en mi mente. Es como si pronunciásemos el nombre de un amigo y un ángel proyectara inmediatamente en la mente receptora del amigo nuestra imagen. Eso es más agradable y más íntimo según creo... aunque para mí fue una desagradable sorpresa al principio contemplar mi propia y fea cara con el ojo de mi mente. Se escriben ocasionalmente cuentos, sobre todo si hay en ellos algo digno de ser conservado y sigue estando tal como se contó al principio; pero, en su mundo, el contador de cuentos que lo hace personalmente tiene más importancia que lo que se imprime... El contador de cuentos les ofrece uno de sus más tranquilos y mejores placeres: un buen contador de cuentos mantiene quieto a su auditorio durante una semana sin cansarle.

—¿Qué es ese ángel que hay en tu mente cuando piensas en mí?
—me preguntó el ángel.

—Un ser que los hombres han imaginado durante siglos cuando pensaban cómo les gustaría haber sido y no como eran.

No hice demasiada fuerza para aprender mucho sobre los principios de los viajes espaciales. Lo más que mi cerebro sacó de su explicación fue algo como sigue: «Cohete... Luego, fototropismo». Y eso tiene para mí poco sentido. Según mis conocimientos, fototropismo es un movimiento hacia la luz, un fenómeno orgánico. Uno piensa en ello como una respuesta del protoplasma en algunas plantas y en organismos animales, la mayoría de ellos simples, a los estímulos de la luz; y, ciertamente, no como una fuerza capaz de

mover la materia inorgánica. Creo que sea cual sea el principio que el ángel describía, la palabra «fototropismo» era simplemente la cosa más próxima a mi archivo lingüístico. Ni siquiera los ángeles pueden crear comprensión en la vacía ignorancia. Por lo menos, yo he aprendido a no intentar pasar de los límites de lo posible.

(Pero hubo un tiempo en que lo hice, sin embargo. Todavía me veo, no muchos años atrás, pequeño como un *homunculus*, agachado a los pies de Mr. McKinley y mostrándole dos puñados de barro unidos por mí y gritando: «¡Mire la gran montaña que yo he hecho!»).

Pero aunque yo conociera los principios físicos que trajeron aquí a los ángeles y pudiera escribir sobre ellos en términos accesibles para técnicos parecidos a mí, no lo haría.

Hay algo que temo que no será creído por ningún lector de este diario: esa gente, como ya he dicho, aprendieron sus métodos para viajar por el espacio hace unos doce millones de años. Pero ésta es la primera vez que han utilizado ese sistema para trasladarse a otro planeta. Los cielos se hallan llenos de mundos, según me ha dicho el ángel; en muchos de ellos hay vida, aunque a menudo en niveles muy primitivos. No existe ninguna fuerza externa que prohíba a los ángeles ir a esos mundos, colonizarlos, conquistarlos, hacer de ellos lo que quisieran. Habrían podido poblar una Galaxia. Pero no lo hicieron, y por la siguiente razón: creyeron que aún no estaban a punto. Con más precisión: *que no eran lo bastante buenos*.

Sólo hace cincuenta millones de años, según el ángel, aprendieron como nosotros podemos aprender cualquier día, que la inteligencia sin la bondad es como un potente explosivo en las manos de un niño. Para seres apenas por encima del nivel del Pitecántropo, la inteligencia es una ventaja barata... No es difícil desarrollarla y resulta terriblemente fácil de usar para fines desconsiderados. Pero la bondad no puede ser alcanzada sin un interminable esfuerzo de los más duros, llevado a cabo dentro de uno mismo, y el mayor o menor éxito de ese esfuerzo determina si el ser será hombre o ángel.

Está claro, incluso para mí, que dominar el mal es sólo un paso, pero no el más importante. Porque la bondad, así intentó explicármelo el ángel, es una cualidad positiva muy diferente. La naturaleza viviente que se goza con monstruosidades tales como la

cruidad, la ruindad, la envidia, el egoísmo, no quedará inmunizada como con una vacuna cuando tales horrores desaparezcan. Cuando se expulsa de una habitación un gas ponzoñoso, se intenta inmediatamente llenar el cuarto de aire limpio. La bondad... El que defina a la bondad sólo como una ausencia de crueldad, no ha empezado aún a comprender la naturaleza de ambas cosas.

Pero esos ángeles no aspiran a la perfección: sólo a lo asequible... La época vivida hace cincuenta millones de años fue evidentemente un tiempo de gran sufrimiento y confusión. Guerras y todas las plagas subsiguientes. Se sucedieron varios siglos en los que los adelantos técnicos empeoraban las cosas y aumentaban el peligro de auto destrucción. Pero salieron a tiempo de esto. La guerra fue descartada, de modo que era imposible recurrir a ella, y entonces podía darse comienzo a la idea de desarrollar plenamente los seres racionales. Entonces estaban ya a punto para empezar su verdadero desarrollo a través de milenios de autoinvestigación, autodisciplina, intentando separar lo simple de lo complejo, aprendiendo a utilizar el conocimiento y no ser utilizados por él. Pero aún entonces, naturalmente, retrocedían bastante a menudo. Se producían lo que el ángel llama «eras de fatiga». Durante su lejano pasado, tuvieron muchas edades negras, civilizaciones perdidas, principios esperanzadores que al final se convirtieron en polvo. Anteriormente habían salido de la ciénaga, lo mismo que nosotros.

Pero su período de mayor incertidumbre, de mayor necesidad de firmeza para juzgarse a sí mismos no se presentó hasta hace doce millones de años, cuando supieron que el Universo podía ser suyo con sólo el trabajo de tomarlo. Y decretaron que aún no eran lo bastante buenos.

Los ángeles no tenían más prisa que las estrellas. Al llegar a este punto, mi ángel intentó hacerme comprender algo, cosa que estaba más allá de sus posibilidades, y con mucho más motivo de las mías para comprenderlo. Tenía algo que ver con la idea de que el tiempo (no lo que yo entiendo por tiempo) es quizás el atributo esencial de Dios (tampoco esta última palabra era yo capaz de comprenderla del todo). Al ver que mi mente estaba exhausta, el ángel dejó de esforzarse, y más tarde me explicó que el concepto había resultado extraordinariamente difícil para él... no sólo, según comprendí, a

causa de su juventud y su relativa ignorancia. En suma, hizo una pequeña alusión a que su padre podría no querer que él me hablara de cosas como aquella...

Naturalmente, habían explorado el espacio. Sus pequeñas naves espaciales escudriñaron los misterios del éter mucho antes de que nada parecido al hombre viviera en la Tierra...

Escudriñaron y escucharon, observaron, archivaron datos. Pero sin tomar parte nunca en la vida de ningún planeta, fuera del suyo. Durante cinco millones de años se prohibieron a sí mismos salir de su propio sistema solar, aunque les habría sido fácil hacerlo. Y durante los siguientes siete millones de años mostraron la misma severa reserva, aunque llegaron ya a viajar hasta enormes e increíbles distancias. Pero esta reserva no se parecía en nada a lo que nosotros llamaríamos miedo... Creo que entre ellos el miedo es algo tan extinto como el odio. ¡Tenían tanto que hacer en su planeta! Me gustaría poderme imaginar el cuadro. Dibujaban mapas de todo el cielo, pero jugaban a la luz de su sol.

Naturalmente, yo no puedo explicar lo que es la bondad. Sólo sé, relativamente, lo que parece significar para nosotros los humanos. Creo que, tras enormes dificultades, los mejores de entre nosotros pueden lograr una manera de vivir en que la bondad domine razonablemente, con un equilibrio no demasiado arriesgado, durante la mayor parte del tiempo. A menudo, hombres sabios al parecer han indicado que no hay esperanzas de nada mejor que nuestra condición presente. En otras palabras: sólo una parte del ser humano tiene vida. El resto se halla en la oscuridad. Dante era un amargo masoquista. Beethoven, un delirante y miserable *snob*. Shakespeare escribía engendros literarios hechos sin ton ni son. Y Cristo dijo: «Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz».

Pero esperemos a que transcurran cincuenta millones de años... No soy pesimista. Después de todo, he observado a organismos de una célula en la ciénaga y he escuchado la Cuarta de Brahms. Anteanoche le dije al ángel:

—A despecho de todo, tú y yo somos parientes.

El ángel estuvo de acuerdo conmigo.

El ángel se hallaba reclinado en mi almohada esta mañana, así que pude verlo cuando desperté.

Su padre había muerto, y el ángel se encontró a su lado cuando el hecho ocurrió. Experimenté de nuevo la impresión mental que podía traducirse a algo así como que su vida había sido «salvada». Yo me hallaba aún dominado por el sueño cuando mi mente preguntó:

—¿Y qué harás?

—Me quedaré contigo, si tú lo deseas, todo el resto de tu vida.

Esto dijo el ángel. Ahora bien, la última parte de su mensaje estaba algo confuso. Pero yo ya estoy familiarizado con ello... Parece significar que existe algún otro elemento que escapa a mi comprensión. Claro que no me podía equivocar sobre el papel que me correspondía. Y se me ocurrían raras especulaciones. Después de todo, tengo sólo cincuenta y tres años; aún puedo vivir otros treinta o cuarenta años...

El ángel estaba preocupado esta mañana, pero yo ignoraba si lo que sentía ante la muerte de su padre era algo parecido al dolor que experimentamos los seres humanos. Me dijo tan sólo que su padre sentía no haberme podido enseñar lo que era una noche de dos lunas.

En este mundo queda, pues, un adulto del mundo de los ángeles. Excepto que tiene doscientos años de edad y que ha soportado con éxito un largo viaje, el ángel no me ha contado nada acerca de él. Y también quedan aquí diez niños, incluyendo a mi ángel.

Algo brillaba en la garganta de mi ángel. Cuando él se dio cuenta de mi interés, se lo quitó, mientras yo iba a buscar una lupa. Se trataba de un collar; bajo la lupa, resultaba muy parecido al más fino trabajo humano de artesanía, contando con que vuestra imaginación pueda reducirlo a la escala necesaria. Las piedras eran parecidas a las piedras preciosas que conocemos: brillantes, zafiros, rubíes, esmeraldas... Los brillantes reflejaban todos los colores imaginables; pero había también dos o tres piedras color púrpura oscuro que no se parecían a nada de lo visto por mí hasta ahora... No eran amatistas, estoy seguro de ello. El collar está montado en algo más fino que una tela de araña, y el dibujo de la cadena es tan delicado que ni con la ayuda de la lente de aumento pude verlo. El collar había sido de su madre, según me dijo el ángel. Cuando de

nuevo se lo colocó en la garganta, vi en el ángel el mismo tímido orgullo que siente cualquier muchacha cuando se adorna con algo bonito.

El ángel quiso mostrarme otras cosas que había traído y voló hacia la mesa, en donde había dejado una especie de saquito de una pulgada y media de largo... Aquello representaba para el ángel un gran peso, sobre todo para llevarlo mientras volaba. Pero su traslúcido material resultaba tan ligero que cuando el ángel colocó el saco sobre mi dedo, yo apenas la sentí. El ángel extrajo de él alegremente varios artículos para enseñármelos, y yo cogí la lupa para examinarlos. Uno de ellos era un peine adornado con piedras; el ángel lo pasó por el plumón de su pecho y de sus piernas para mostrarme su utilidad. Luego había una serie de utensilios demasiado pequeños para ser reconocidos; más tarde supe que se trataba de los utensilios de un costurero. Después un libro y un instrumento para escribir que se parecía mucho a un lápiz de metal. Imaginad un libro y un lápiz que podían ser usados cómodamente por manos no más grandes que las patas de una mosca... No puedo decir otra cosa para describirlos. El libro, según tengo entendido, es un archivo en blanco para que el ángel lo use en caso de necesidad.

Finalmente, cuando ya estuve despierto del todo, vestido, y hube tomado mí desayuno, el ángel buscó en el fondo del saquito, sacó un paquete muy pesado para él y me dio a entender que se trataba de un regalo.

—Mi padre lo hizo para ti —dijo—, y anoche mismo lo puse yo en el saco.

Desenvolvió el paquete. Se trataba de un anillo, y precisamente del tamaño de mi dedo meñique.

Quedé desconcertado. El ángel lo comprendió y se colocó en mi hombro, acariciando el lóbulo de mi oreja hasta que de nuevo fui dueño de mí.

Aquella piedra preciosa... No tenía idea de lo que era. Brilló a la luz pasando del tono púrpura al verde jade, y del verde jade al ámbar. El metal en que está montada se parece un poco al platino, pero muestra un tono rosado a ciertos ángulos de luz... y cuando miro la piedra me parece ver... Pero no me hagáis caso. No me hallo en situación de escribir lo que pienso, y quizás nunca lo esté. De todos modos, he de asegurarme.

Nuestra vida en común empezó más entrada la mañana. Yo enseñé la casa al ángel. No es el Cabo Codder, ni mucho menos: dos habitaciones arriba y dos abajo. Todos los rincones le interesaron, y cuando el ángel encontró una caja de zapatos dentro del armario del dormitorio, me la pidió. Siguiendo sus instrucciones, he colocado la caja en una cómoda cercana a mi cama y próxima a la ventana, que ha de estar perennemente abierta. El ángel dice que los mosquitos no me molestarán, y yo no tengo la menor duda de que así será.

Busqué una bufanda de seda blanca para ponerla en el fondo de la caja. Después de pedirme permiso —¡como si yo pudiera negarle nada!—, el ángel cogió su costurero y después de cortar de la bufanda un cuadrado de varias pulgadas, lo dobló sobre sí mismo unas cuantas veces y luego lo cosió, formando una especie de estrecha almohada de una pulgada de longitud. Así que ahora el ángel tiene una cama apropiada y una habitación para él solo. Yo habría deseado disponer de algo menos tosco que la seda, pero el ángel insiste en que la encuentra agradable.

Hoy no hemos hablado mucho. Por la tarde, el ángel se marchó volando para pasar una hora de juego en el campo; cuando regresó me hizo saber que necesitaba una larga sesión de sueño. Ahora está aún durmiendo, según creo. Yo escribo esto en la planta baja, temiendo que la luz artificial pueda molestarle.

¿Será posible que yo pueda vivir treinta o cuarenta años en su compañía? Me pregunto cuánto podrá aprender todavía mi mente. Durante todo el tiempo que pueda hacerlo tendré que asimilar hechos nuevos. Con prudentes cuidados, este desengañado esqueleto puede durar aún. Naturalmente, los hechos, no poseyendo una imaginación sintética, no son más que ladrillos desparramados. Pero quizás mi imaginación...

Lo ignoro.

Judy quiere salir. Le abro la puerta y torno a abrirla cuando quiere entrar. Me pregunto si la vida de la pobre Judy podría ser... la palabra que busco es «salvada». Tengo que enterarme.

10 de junio

Anoche, cuando terminé de escribir, me fui a la cama, pero me

sentía intranquilo, sin deseos de dormir. A primeras horas de la noche —yo tenía la luz encendida— el ángel voló por encima de mí. La tensión nerviosa me desapareció como desaparece una enfermedad y me sentí con la mente capaz de funcionar con cierta calma.

En primer lugar hice constar (creo que el ángel lo sabía ya) que yo no sería nunca un interlocutor fácil y espontáneo para él. El ángel me dio a entender entonces que tenía dos alternativas para el resto de mi vida. La elección, según dijo el ángel, tenía que ser hecha por mí, y yo debía tomarme el tiempo necesario para estar seguro de mi decisión.

Yo puedo seguir viviendo según tengo por costumbre, continuando en todo mi manera de hacer y pensar, y el ángel no me dejará solo nunca por mucho tiempo. Vendrá a aconsejarme, a enseñarme, a ayudarme en todo lo que emprenda. El asegura que se divertirá con esto. Por alguna razón, y como diríamos en nuestro lenguaje, me quiere. Ambos nos divertiremos.

¡Dios mío, los libros que yo podría escribir! Ahora lucho por encontrar las palabras adecuadas, según la costumbre humana. Pero lo que pongo en el papel es una miserable fracción de lo que pienso; las palabras son muy rara vez las adecuadas. Pero bajo la guía del ángel...

Podía representar un papel importante en la tarea de sacudir al mundo. Sólo con palabras. Podría predicar a la gente de mi país. Al poco tiempo de hacerlo me escucharían.

Yo podría estudiar e investigar. ¡Qué pequeños mordiscos hemos dado al montón de conocimientos aprovechables! Supongamos que yo encuentro una hoja del jardín, o bien un vulgar gusanito... A las pocas horas de estudiar ambas cosas yo he aprendido más sobre mi propia especialidad que con una gran cantidad de los mejores libros de texto.

El ángel me ha hecho saber que cuando él y los que vinieron con él aprendan un poco más sobre la naturaleza humana, les será posible mejorar considerablemente mi salud, y, probablemente, alargarán mi vida. No es que yo crea que mi espalda pueda ser enderezada, pero el ángel piensa que harán desaparecer mis dolores, posiblemente sin tener que emplear drogas. Yo podría tener una mente más clara en un cuerpo que no sentiría la fatiga ni me

atormentaría.

Pero ahora viene la otra alternativa.

Al parecer, los ángeles han desarrollado una técnica por medio de la cual cualquier sujeto viviente que no se resista y cuyo cerebro sea capaz de memoria, puede experimentar una total revocación. Se trata de un producto secundario, según deduzco de su manera de hablar sin palabras, siendo reciente su puesta en práctica. Parece que lo han practicado solamente unos miles de años, y como ni ellos entienden el fenómeno por completo, lo han clasificado entre sus técnicas experimentales. En sentido general se puede comparar, en cierto modo, a eso de revivir el pasado que los psicoanalistas llevan a cabo de manera limitada con fines terapéuticos. Pero uno se puede imaginar lo que debe de ser cuando se utiliza de una manera tremendamente clarificada y magnífica, capaz de incluir todos los detalles registrados en el cerebro del sujeto. En cuanto al resultado, es muy distinto. El propósito no es terapéutico, tal como nosotros entendemos el vocablo, sino tal vez lo contrario. El resultado final es la muerte. Todo lo que el sujeto recuerda por este proceso se transmite a la mente receptora, que archiva parte o el total de lo que recibe, según se desea, pero en el sujeto que va recordando se inicia una marcha sin retorno. Esto no es un verdadero «recordar», sino un darse. La mente queda limpia, desnuda de todo su pasado, y al mismo tiempo que la memoria, huye de ella la vida. Con mucha suavidad. Al final, supongo que debe de suceder algo así como permanecer sin hacer resistencia ante las olas del tiempo, hasta que finalmente las aguas le cubren a uno.

Así, según parece, fue «salvada» la vida de Camilla. Cuando finalmente comprendí esto, no pude por menos de echarme a reír, y el ángel, naturalmente, adivinó lo que me hacía reír. Yo había pensado en mi vecino Steele, que albergó a la vieja dama en su gallinero durante dos inviernos. Guardando en algún lugar de los archivos angélicos, debe de encontrarse la imagen reflejada en un ojo de gallina del remiendo de la parte trasera de los pantalones de Steele. Bien... ¡Qué gracia! Y, por supuesto, la visión que Camilla recordara de mí. Espero que no estaría falta de amabilidad... El animalito no podía remediar la expresión de su rígida carita, y yo no creo que eso significara nada.

Por otra parte, tenemos la vida «salvada» del padre de mi ángel.

La tarea de recordar puede ser un largo proceso, según dice él, que depende, en cuanto a su duración, de lo intrincado de la mente recordadora, así como de su riqueza. También dice que en los últimos estadios, el proceso puede ser detenido a voluntad. La revocación llevada a cabo por su padre empezó cuando se encontraban aún en un lugar muy lejano del espacio, dándose cuenta entonces de que no sobreviviría mucho al término de su viaje. Cuando el viaje concluyó, la revocación había avanzado tanto que en su memoria actual poco le quedaba de sus recuerdos del otro planeta. Le quedaba lo que podríamos llamar una «memoria deductiva». Basándose en el material acumulado durante los años que aún no habían desaparecido de sus recuerdos, él podía reconstruir los otros. Y yo supongo que los otros adultos que aún sobrevivían podrían apartarle de los errores que la falta de memoria podía traer consigo. Esto, según infiero, es la razón de porqué no podía mostrarme una noche de dos lunas. Se me olvidó preguntar al ángel si las imágenes que me envió respondían a la memoria de entonces o a la deductiva. Supongo que a la deductiva, pues había en ellos cierta sensación de lejanía que no existe cuando mi ángel me envía una imagen de algo visto por sus propios ojos.

Por cierto que los tales ojos del ángel son verde jade. ¿No estabais preguntándoos cuál sería su color?

Siguiendo ese mismo sistema, mi propia vida puede ser salvada. Cada aspecto de la existencia que yo he tocado o que me ha tocado a mí puede ser transmitido a un perfecto archivo. La naturaleza del archivo escrito se halla más allá de mis posibilidades de comprensión, pero no dudo de su relativa perfección. Nada importante, bueno o malo, se pierde. Y los ángeles necesitan conocer a la humanidad, si han de verificar a fondo lo que tienen en la mente.

La cosa será difícil, según me dice el ángel, y a veces penosa. La mayor parte del esfuerzo tendría que hacerlo él, pero yo también tendría que esforzarme. En su período de educación infantil, él eligió como trabajo lo que nosotros llamaríamos zoología; por esta razón, se le suministró un intensivo entrenamiento teórico sobre esta técnica. Y yo sospecho que ahora sabe con más exactitud que nadie en este planeta no sólo por qué cacarea una gallina, sino lo que se siente cuando se es gallina. Aunque principiante, el ángel es

ya un experto en todo lo esencial. El ángel cree que si yo elijo esta alternativa, él podrá ayudarme... Por lo menos facilitarme las cosas cuando éstas se presenten difíciles, suavizar mi resistencia, sostener mi valor cuando éste decaiga...

Porque parece que esto de la revocación resulta penoso para un intelecto avanzado (el ángel, sin sombra de condescendencia, asegura que estamos avanzados), pues como toda pretensión y todo autoengaño han desaparecido, queda tan sólo la conciencia, que funciona aún de acuerdo con los patrones sobre lo bueno y lo malo que el individuo ha seguido durante toda su vida. ¡Lo que conocemos actualmente sobre nuestros auténticos motivos es un principio tan patéticamente pequeño! Se trata de un principio apenas más fuerte que el primer esfuerzo que hace un recién nacido para mirar con sus ojos. Me figuro que si elijo este camino, una gran cantidad de mi vida me parecerá horrorosa. Ciertamente, la mayor parte de las «buenas acciones» que aún recuerdo, como todos los que, de niños, fueron bien educados, se transformarán en cosas hechas bajo el estímulo del egoísmo, de la vanidad o de cosas peores.

No es que yo sea un mal hombre en el razonable sentido de la palabra. Nada de eso. Me he respetado a mí mismo. No he envilecido ni rebajado mi corazón. No me avergüenzo si me comparo con cualquier representante justo de la especie. Pero ya veis: *soy humano*. Y mirado desde el punto de vista de la eternidad, sobre todo después de la sesión de esta noche, eso me parece una cosa seria.

Sin saberlo a ciencia cierta, creo que esto del recuerdo total es algo así como atravesar un corredor con miríadas de imágenes, ahora oscuras, ahora brillantes, ahora agradables, ahora horribles... sin que le guíe a uno ninguna certidumbre, excepto la seguridad de que hay una puerta oscura abierta al final del corredor. Podrá haber sus momentos agradables y sus consuelos. Pero esto no tiene punto de comparación con el placer y la satisfacción de vivir unos pocos años más en este mundo con un ángel que se me posa en el hombro para hablarme siempre que lo desea.

Tengo que preguntarle al ángel de qué les serviría a ellos archivar toda mi vida. Pero ahora caigo que podría serles de gran

utilidad. Es obvio... que los ángeles no nos pueden servir de nada hasta que nos comprendan del todo, y entonces vendrán aquí a ayudarnos, lo mismo que se ayudan ellos mismos. Y comprendernos, para ellos, significa entender todo nuestro interior de una manera más completa de lo que puedan imaginarse nuestros más esforzados intelectuales. Recuerdo esos doce millones de años: ellos no nos tocarán hasta que no estén seguros de que ningún daño podrá derivarse de ello. Para nuestro torturado planeta, sin embargo, existe el factor tiempo. Ellos saben esto muy bien, por supuesto... La revocación no puede empezar a menos que el sujeto esté deseoso de ello o, por lo menos, no haga resistencia. Para los ángeles, el no resistirse significa querer, pues aquí no existe ningún ser con la suficiente inteligencia para elegir con conocimiento de causa. Me pregunto cuántos individuos estarían de veras deseosos de emprender ese incómodo viaje hacia la muerte sin ningún premio final, excepto la seguridad de que estaban sirviendo a su propia especie y a los ángeles.

Y a mayor abundamiento, me pregunto también a mí mismo: ¿seré yo capaz, aun contando con la ayuda del ángel, de sentir ese deseo?

Cuando el ángel me hubo explicado todo esto, me encareció de nuevo la necesidad de no tomar decisiones precipitadas. Y a continuación, el ángel apuntó lo que en mis pensamientos estaba ya empezando a delinearse: ¿por qué no ambas alternativas... dejando entre ellas, naturalmente, un razonable margen de tiempo? ¿Por qué no podría yo vivir diez o quince años más en su compañía, y luego iniciar la tarea de la total revocación... aguardando, para empezar esa tarea, a que mis fuerzas físicas empezasen a bajar la cuesta de la senilidad? Yo reflexioné profundamente.

Esta mañana tenía ya casi decidido elegir esta solución acertada y consoladora. El cartero no tardó en traerme mi periódico. No es que yo necesitara tal recordatorio.

Por la tarde pregunté al ángel si sabía que fuera posible, en el presente estado de la tecnología humana, que el mundo fuese destruido por nuestra propia locura. El ángel no lo sabía de cierto. Tres de los otros niños se habían dirigido a diferentes partes del mundo para enterarse de lo que pudieran acerca de esto. Pero yo quería que el ángel me dijera si tal cosa había sucedido ya en algún

lugar de los cielos. No tenía en modo alguno la intención de escribir una carta a los periódicos adelantando una explicación de la ocasional aparición de una nova entre las estrellas. A otros ya se les había ocurrido la misma hipótesis sin la ayuda de los ángeles.

Y esto no era todo lo que yo debía considerar. Yo podía morir por accidente o por súbita enfermedad antes de haber empezado a dar mi vida.

Sólo que ahora, en aquel mismo último instante, mientras me frotaba la sudorosa frente y contemplaba las luces de aquel maravilloso anillo, me fue posible reunir algunos de los hechos obvios, formando la requerida síntesis.

Yo no sé, naturalmente, qué formas adoptarán las ayudas que ellos nos presten. Sospecho que los seres humanos tardarán un largo tiempo en ver y oír a los ángeles. De cuando en cuando, sus decisiones pueden ser alteradas y producirse desastres, y los que se creen más responsables no sabrán por qué sus mentes trabajan de aquella forma. Aquí y allá, algún espíritu fácil de influenciar se encontrará impulsado hacia un camino mejor. Algo así. Se producirán súbitos descubrimientos e inventos que tenderán a neutralizar la amenaza de nuestras peores plagas. Pero sea lo que sea lo que los ángeles decidan hacer, el archivo y el análisis de mi vida, una vida no demasiado atípica, será una ayuda. Puede ser incluso el pequeño peso que decide la balanza entre el triunfo y el fracaso. Este es el motivo primero.

Motivo segundo: Mi ángel, lo mismo que sus hermanos y hermanas, con todo su alto nivel de adelantos, están hechos de protoplasma mortal lo mismo que yo. Por lo tanto, si esta pelota de Tierra se transforma en una pelota de llamas, también ellos serán destruidos. Aunque ellos cuenten con medios para emplear de nuevo su nave espacial o para construir otra, puede ocurrir fácilmente que el peligro no les dé tiempo de escapar. Y por todo lo que yo sé, esto puede ocurrir esta misma noche. O mañana.

Por lo tanto, ya no puedo tener ninguna duda sobre mi elección, y así se lo diré cuando el ángel se despierte.

9 de julio

Esta noche no hay revocación... He de descansar un poco. Veo

que ha transcurrido casi un mes desde la última vez que me dediqué a mi diario. Mi total revocación empezó hace tres semanas, y ya he logrado desterrar de mí los primeros veintiocho años de mi vida.

Como yo ya no tengo necesidad de un sueño normal, las sesiones diarias de revocación empiezan por la noche, cuando en el pueblo se apagan las luces de las casas y hay poco peligro de que me interrumpen. De día, hago mi vida normal. He vendido a Steele mis gallinas, y la vida de Judy fue salvada hace una semana; esto, prácticamente, liquida todos mis asuntos, excepto que pienso añadir un codicilo a mi testamento. Lo puedo hacer ahora; aquí mismo, en este diario, en lugar de molestar a mi notario. Creo que será legal.

Para quien le concierne:

Yo, el abajo firmante, dejo a mi amigo Lester Morse, doctor en medicina, natural de Augusta, Maine, el anillo que será encontrado a mi muerte en el quinto dedo de mi mano izquierda; y encargo al doctor Morse que conserve este anillo mientras viva y que cuide de que cuando llegue su muerte vaya a parar a una persona en cuyo carácter tenga la mayor confianza.

Firmado: David Bannerman

Esta noche el ángel ha salido un rato, y yo puedo descansar o hacer lo que quiera hasta que regrese. Pasaré el tiempo llenando algunas lagunas de este diario, pero temo que me salga un trabajo muy imperfecto, que no satisfará a los lectores deseosos del bendito y viejo deseo de que les presenten hechos. Y eso se deberá en su mayor parte a que hay mucho de mi vida que ya no me importa. Es molesto tener que decidir qué cosas serán consideradas importantes por los extraños que se interesen.

Excepto la ausencia de deseo de dormir, y una laxitud no del todo desagradable, no noto hasta ahora ningún efecto físico. No recuerdo absolutamente nada de mi vida antes de los veintiocho años. Pero mi memoria deductiva es bastante eficaz, y estoy seguro de que podría reconstruir la mayor parte de mi historia si me pareciera necesario: esta tarde he estado hojeando cartas de ese período, pero no eran nada interesantes. Mi conocimiento del inglés

no se ve afectado de ningún modo; puedo aún leer alemán científico y algo de francés, ya que tuve ocasión de emplear bastante estas lenguas después de los veintiocho años. Pero las nociones de latín, que datan de mi bachillerato, han desaparecido de mi memoria. También el álgebra y todos los enunciados, menos los más sencillos, de la geometría del bachillerato: nunca necesité echar mano de ellos. Puedo recordar que pensé en mi madre después de los veintiocho, pero no sé si la imagen que recuerdo se parece realmente a ella; mi padre murió cuando yo tenía treinta y un años, así que le recuerdo viejo y enfermo. Creo que tuve un hermano menor, pero debió morir de niño.

La muerte de Judy fue tranquila, muy agradable para ella, según creo. Nos costó mucha parte de un día. Fuimos a un campo abandonado que yo conozco y la perra se echó al sol con el ángel junto a ella, mientras yo cavaba una fosa: y luego arrojaba en ella algunas frambuesas silvestres. Hacia el anochecer el ángel se me acercó y me dijo que todo había acabado. Y añadió que de manera muy interesante. No me explicó cómo puede haber algo desagradable en la muerte de Judy. Después de todo, lo que más nos duele en realidad es que nos quiten los pequeños sufrimientos de cada día.

Como me ha explicado el ángel, los ángeles, sus gatos, sus animales parecidos a canguros, el hombre y posiblemente los gatos de nuestro planeta —el ángel no ha visto ninguno aún— son los únicos seres de entre los que él conoce que son lo suficientemente introspectivos para desarrollar el autoengaño y las afecciones que traen como consecuencia. Yo sugerí al ángel que podía encontrar aquí algo parecido, por lo menos en sus formas rudimentarias, en algunos de los otros animales. El ángel se mostró inmensamente interesado y quiso que yo le explicase todo lo que pudiera acerca de los chimpancés y monos. Parece ser que hace muchísimo tiempo, en el otro planeta, había unos seres torpes y alados que se parecían a los ángeles aproximadamente como el gran antropoide se parece a nosotros. Esos animales desaparecieron hace cuarenta millones de años, a pesar de los esfuerzos que se hicieron para mantener viva la especie. Su media de nacimientos era insuficiente para que la especie continuara viviendo, como si faltara algo necesario para que nacieran normalmente. Fue como si la naturaleza o el nombre que

se quiera dar a lo desconocido, hubiese decretado el fin.

No he encontrado penosa la revocación, por lo menos en sentido retrospectivo. Debe haber habido momentos duros, misericordiosamente olvidados, junto con sus causas, como si el proceso hubiese sido llevado bajo una anestesia. Ciertamente, debían existir dichos incidentes en mis primeros veintiocho años que no habría querido contar a nadie a no ser a los ángeles. Muy a menudo debí mostrarme ruin, egoísta, infame en muchos sentidos, por lo menos así lo deduzco al juzgar todo lo que hice después de los veintiocho. Aquellas viejas cartas aludían a algunas de esas cosas. Para mí, esas cosas no son ahora más que material para un archivo que se halla seguro fuera de mi alcance.

Sin embargo, a las personas que yo pueda haber hecho daño deseo decirles lo siguiente: habéis sido dañadas por aspecto de mi humanidad que dentro de algunos millones de años no serán tan frecuentes entre nosotros. Yo luché, a mi manera humana, contra esos oscuros elementos, lo mismo que hacéis vosotros. El esfuerzo no está desperdiciado.

Durante la semana que siguió al día en que notifiqué al ángel mi decisión de llevar a cabo la revocación, él se dedicó a prepararla. Durante toda la semana, ahondó en mi mente presente mucho más de lo que yo imaginaba que fuera posible: el ángel tenía que asegurarse. Y me hizo preguntas tan profundas que me atrevo a decir que aprendió más sobre mí especie que lo que puede estar archivado en el despacho de un médico. Por lo menos así lo espero. A cualquier psiquiatra que pudiera hacer objeciones a esto le ofreceré una respuesta de naturalista: después de un tiempo de dedicarnos a ello, hemos observado perfectamente todo lo que ofrece a nuestra vista un trozo de terreno. Pero... alterad un poco el punto de vista... ahondad en la Tierra con una pala, por ejemplo, o trepad a la rama de un árbol y mirad hacia abajo... Es un mundo completamente nuevo.

Cuando el ángel no exploraba mi espíritu en este sentido, se esforzaba en hacerme pensar en las satisfacciones y en los millones de experiencias llevadas a buen término de que yo hubiese podido gozar de haber elegido el otro camino. Comprendo lo necesario que esto debe de ser, pero entonces me pareció algo casi cruel. El ángel, por mi propio bien, tenía que hacerlo, y me siento feliz al ver que

de un modo u otro he sido capaz de mantenerme firme en mi primera elección.

Al final, el ángel también se sintió feliz. Incluso me ha dicho que me quiere más debido a ello. Lo que el turbado verbo querer significa para él cae más allá de mis posibilidades de comprensión, y yo me siento satisfecho al tomar la frase en el sentido de los humanos.

Una tarde de esa semana, creo que fue el día 12 de junio, Lester se presentó en casa buscando una copa de jerez y una partida de ajedrez. Hacía mucho tiempo que yo no le veía, y no había podido, por lo tanto, jugar al ajedrez con nadie. Este verano se ha presentado una pequeña epidemia de polio y el hombre anda muy atareado. El ángel se escondió tras unos libros en el estante más alto —temo que habrá encontrado bastante polvo— y se divirtió con nuestro ajedrez. Disfrutaba de la hermosa vista de su calva, Lester; más tarde me dijo que le encontraba a usted agradable. Pero que... ¿por qué no hacía usted algo para perder peso? El ángel me sugirió un extraño método que creo, sin embargo, que ya se le ocurre de cuando en cuando a la clase médica... El método es el siguiente: comer menos.

Quizás no debió el ángel hacerlo que hizo con aquella partida de ajedrez. Durante mis primeras diez jugadas actué con mi manera de jugar habitual. Pero supongo que por entonces el ángel había asimilado ya los principios del juego y con disimulo tomó parte en él. Yo no me di cuenta de ello hasta que no vi que Lester parecía un pato cocido. Me había imaginado hasta entonces que mis asombrosas jugadas eran dictadas por mi propia y maldita inteligencia.

En serio se lo digo, Lester: recuerde aquella tarde. Usted ha tomado parte en torneos de aficionados de bastante importancia. Usted conoce su habilidad en el juego, y también conoce la mía. Pregúntese a sí mismo si yo era capaz de hacer aquello sin ayuda. Se lo digo de nuevo: yo no llevé a cabo ninguna clase de estudio durante el intervalo en que usted estuvo fuera de la sala de estar. No he tenido jamás un libro de ajedrez en la biblioteca, y aunque lo hubiese tenido, ningún estudio me habría colocado a la altura de usted. No he poseído nunca mentalidad de ajedrecista. Sólo puedo ser su humilde compañero de juego derrotado, y me ha gustado

siempre jugar con usted sobre esta base, lo mismo que usted puede disfrutar viendo como un cirujano *prima donna* realiza algún milagro que usted no ha soñado nunca intentar... Aun cuando usted no se encontrara en forma aquella tarde, y no creo que esto sucediera, yo no habría podido nunca, sin ayuda, ganarle a usted tres veces seguidas. Aquella tarde se enfrentó usted con alguien que estaba por encima de su clase, eso es todo.

Yo no podía decirle a usted nada entonces... El ángel se mostraba categórico en esto... Así que sólo podía hacer y hacer jugadas, y derrotarle a usted. Pero el ángel quiere que yo escriba todo lo que se me ocurra en este diario, y yo le digo, Lester, que va a encontrar usted muy interesantes las décadas que aún tiene ante sí. Porque usted es aún joven, unos diez años más joven que yo, y creo que podrá usted ver muchas cosas que a mí me habría gustado ver en el pasado... o que me gustaría ver en el futuro si no estuviera convencido de que he elegido el camino mejor.

La mayoría de esos acontecimientos no serán espectaculares, según creo. Muchos de los cambios que se efectúen en busca de un camino mejor no serán apenas reconocidos por los de su tiempo, por usted o por los demás. Es innegable que siendo nuestra naturaleza como es, no podemos saltar al cielo de la noche a la mañana. Esperar eso sería tan absurdo como imaginar que cualquier fórmula, ideología o teoría sobre la estructura social nos puede llevar a la Utopía. Tal como yo lo veo, Lester —y creo que su sala de consultas le habrá suministrado a usted la misma idea, si es que no bastaba su propia intuición—, existe sólo una batalla de importancia: la de Armagedón. Y el campo de Armagedón se halla en el interior de cada uno, un mundo sin fin.

En este momento, creo que soy el hombre más feliz que nunca existió.

He olvidado toda mi vida, excepto los últimos diez años. La fatiga física que siento —continúa siendo agradable— es muy grande. No estoy nada preocupado por la cizaña y malas hierbas que crecen en mi jardín, el trozo donde yo tenía planeado que crecieran otras cosas... Se trata, meramente, de diferente clase de flores. Hace una hora, el ángel me trajo la hinchada semilla del diente de león con objeto de que yo viera lo bonita que es... No creo que nunca me hubiese fijado en ello. Espero que quien venga a

vivir a este lugar lo transforme de nuevo en granja. Dicen que los diez acres que se extienden hacia abajo por detrás de la casa son de buena tierra para patatas... Hermoso terreno joven.

Me resulta delicioso sentarme al sol... como si ya fuera... viejo.

Después de hojear las primeras páginas de este diario, he visto que en muchas ocasiones hablo con mordacidad de mis prójimos. Deduzco que debo haber sido un hombre solitario con una soledad autoimpuesta. Una gran parte de mi mordacidad es la fea consecuencia de una vida transcurrida en la soledad. Otra parte se debió sin duda a causas objetivas, aunque no creo que existiera otra causa que la que empuja a cualquier hombre un poco inteligente a desear que su mundo sea un poco más agradable que lo que es. Mi ángel me dice que el dolor que siento en la espalda se debe a una herida recibida en algún temprano estadio de la guerra mundial que aún continúa. Seguramente este debió agriar mi carácter. Ahora ya ha pasado... y todo está en el archivo.

El ángel está jugando a carreras con un colibrí... pero creo que se queda atrás para ofrecer un respiro a la vaporosa bola verde.

Otra nota para usted, Lester. Ya tengo dispuesto que mi anillo sea para usted. No quiero decirle lo que he descubierto referente a sus propiedades por miedo a que entonces no proporcione a usted el mismo placer e interés que me ha proporcionado a mí. Naturalmente, como todo objeto de colores y luces cambiantes, resulta una ayuda para la autohipnosis.

Pero es mucho, mucho más que eso. Aunque... quiero que lo encuentre usted solo, en una época en que esté un poco apartado de las distracciones de cada día. Sé que no le puede hacer a usted daño, pues conozco su procedencia.

A propósito: desearía que hiciera usted saber a los editores que me van editando de una manera irregular mi *Introducción a la Biología* mi deseo de que si sale una nueva edición, ésta sea revisada de acuerdo con algunas notas que encontrará usted en el cajón más alto de la parte izquierda del escritorio de mi biblioteca. Eché una mirada a ese libro cuando mi ángel me aseguró que lo había escrito yo, y quedé atónito. Sin embargo, temo que mis notas estén algo embrolladas (las llamo mías usando una licencia poética), y quizás son demasiado avanzadas para los tiempos actuales... aunque la revisión, en su mayor parte, atañe a ciertas generalidades que no

tienen razón de ser. Déjese llevar de su buen juicio: se trata de un libro de texto de menor cuantía y, después de todo, la cosa no es tan importante. Una última concesión a mi vanidad personal.

27 de julio

He visto una noche de dos lunas.

Me fue ofrecida por el otro adulto compañero del padre de mi ángel al final de una maravillosa visita que me ha hecho acompañado de seis de aquellos otros niños. Creo que fue anoche... Sí, debió de ser anoche. Primero se oyó un murmullo de alas por encima de la casa. Mi ángel, riendo, llegó hasta mí; luego, todos estuvieron allí, a mi alrededor. Llenos de alegría y de colores, moviéndose de la manera que sabían me iba a agradecer. Cada uno de ellos tuvo para mí una frase graciosa y amistosa. Uno de ellos me trajo una imagen en movimiento del río San Lorenzo visto por la mañana desde una altura de media milla... nubes... águilas... ¿Cómo diablos sabía lo que me encantaría semejante cosa? Y todos me dieron las gracias por lo que había hecho.

Yo pensaba: «¡Pero si ha sido todo tan fácil!».

Al final de la visita, el de más edad —su piel era casi de color castaño, y su plumón, blanco y gris— me ofreció una imagen de lo que era una noche de dos lunas. Él la había visto unos sesenta años antes.

Ni siquiera se me ocurre hacer un esfuerzo para describirla apropiadamente... Además, no voy a seguir empuñando este lápiz por mucho más tiempo esta noche. Elevados edificios de color blanco y ámbar, campos tranquilos, plata brillante sobre ríos serpenteantes, un relámpago de mar abierto; una luna que se alza llena de claridad, y otra medio escondida entre una maraña de nubes. Y entre ambas, un puñado de estrellas no familiares para mí. Y aquí y allá, los ángeles, dignos, tras de cincuenta millones de años, de vivir en tal noche. No, no puedo describir nada de eso. Pero para vosotros, seres de raza humana como yo, puedo hacer algo mejor... Puedo deciros que esa noche de dos lunas, gloriosa como era, no resultaba, sin embargo, más hermosa de lo que puede ser una noche de una sola Luna de esta vieja Tierra nuestra... si sois capaces de imaginaros que la basura del mal humano ha sido al fin

descartada de este mundo y que nuestra especie ha dado principio al fin a la más grande de todas las exploraciones.

29 de julio

Nada me queda ya que olvidar a no ser el recuerdo del tiempo en que me ha acompañado mi ángel. Ahora puedo descansar todo que quiera y escribir también todo lo que guste. Luego me echaré en la cama y permaneceré allí como si durmiera. El ángel me ha dicho que puedo mantener los ojos abiertos: él me los cerrará cuando yo ya no le vea.

Estoy convencido de que hay esperanzas para nuestro caso, el caso humano. Me siento seguro de que dentro de sólo unos millares de años, seremos capaces de llevar a cabo algunas de las tareas preparatorias más simples, tales como desechar el mal y amar a nuestros semejantes. Y si esto es así, ¿quién puede dudar de que dentro de otros cincuenta millones de años podemos encontrarnos a un nivel sólo un poco más abajo del que gozan los ángeles?

Nota del bibliotecario

Como se sabe, el original del diario de Bannerman se encontraba en posesión del doctor Lester Morris cuando éste desapareció en 1964, desaparición que ha permanecido hasta el presente como un secreto sin solución. Se sabe que McCarran visitó al capitán Garrison Blaine en octubre de 1951, pero no consta nada referente a esa visita. El capitán Blaine era soltero y vivía solo. Resultó muerto en acto de servicio en diciembre de 1951. Se cree que McCarran no había escrito ni dicho nada a nadie acerca del asunto Bannerman. Es casi seguro que fue él quien extractó el diario y apartó otros papeles de las carpetas (¡extraoficialmente, desde luego!) en 1957, cuando dejó de pertenecer al FBI. De todos modos, la totalidad de los papeles fueron encontrados entre sus efectos personales después de su asesinato y, mucho tiempo después, puestos a disposición del público por Mrs. McCarran.

El siguiente *memorándum* estaba originariamente unido al extracto del diario de Bannerman; va firmado con las iniciales de

McCarran.

11 de agosto de 1951

La carta original del doctor Stephen Clyde, doctor en medicina, referente a la autopsia, mencionada en la carta del capitán Blaine incluida aquí, se ha perdido desgraciadamente, debido quizás a un error de los archiveros.

El presunto personal responsable de esta pérdida ha sido amonestado para que no se repita en lo sucesivo tal error, a menos de que se trate de algo necesario.

Al margen de esta nota hay algo escrito a lápiz y más tarde borrado. Quedan, sin embargo, algunos rasgos que muestran inequívocamente la caligrafía de McCarran. Incluso puede leerse en parte lo escrito. Dice así: *No es propio de un McC. perder su empleo a menos que se trate de algo en favor, por, o si...* El resto es indescifrable, excepto una palabra final que desgraciadamente no se puede repetir.

Declaración de Lester Morris, doctor en medicina, fecha: 9 de agosto de 1951.

En la tarde del 30 de julio de 1951, actuando bajo los efectos de lo que pudo describirse como un impulso inesperado, me dirigí al campo con objeto de visitar a mi amigo el doctor David Bannerman. No le había visto ni tenido noticias de él desde la tarde del 12 de junio de este año.

Entré sin llamar en la casa de Bannerman, tal como tenía por costumbre. Di voces en la planta baja sin obtener la menor respuesta, así que subí a su dormitorio, encontrándole muerto. Le reconocí superficialmente, juzgando que la muerte había tenido lugar durante la noche anterior. Se hallaba echado en su cama sobre el lado izquierdo, cómodamente dispuesto, como para dormir, pero vestido por completo. Llevaba una camisa limpia y unos pantalones de verano también limpios. Sus ojos y su boca estaban cerrados, y no había a su alrededor el menor signo del desorden que puede esperarse en un caso de muerte, por natural que ésta sea. Debido a

ello, pensé, en cuanto comprobé la frialdad del cuerpo y la ausencia de latidos cardíacos y de aliento, que algún vecino le debía de haber encontrado ya, arreglándole siguiendo los ritos de respeto hacia un difunto y probablemente avisando al médico local o a otra persona con cargo de responsabilidad. Por lo tanto, decidí esperar —Bannerman no tenía teléfono— confiando en que no tardaría en llegar alguien.

El diario del doctor Bannerman se encontraba sobre la mesilla de noche abierto por la página en que el difunto había añadido un codicilo a su testamento. Leí dicho codicilo. Más tarde, mientras esperaba que llegase alguien, leí el resto del diario, tal como él esperaba que yo hiciera, según creo. El anillo que menciona se encontraba, en efecto, en el quinto dedo de su mano izquierda, y ahora se halla en mi posesión.

Al escribir aquel codicilo, el doctor Bannerman olvidó o pasó por alto el hecho de que en su verdadero testamento, escrito algunos meses antes, me nombraba albacea. Si hay que llevar a cabo algunos procedimientos legales estoy dispuesto a cooperar en todo lo que haga falta con las autoridades competentes.

El anillo, sin embargo, permanecerá custodiado por mí, ya que éste fue el expreso deseo del doctor Bannerman, y no estoy dispuesto, bajo ninguna circunstancia, a dejar que lo examinen ni que sea objeto de ninguna discusión.

Las notas relativas a la revisión de uno de sus libros de texto estaban en el escritorio, tal como decía el diario. No están «embrollada» ni mucho menos; tampoco hay en ellas nada que revolucione la ciencia, si se exceptúa tal vez, que el difunto deseaba rehacer, a título de teoría o hipótesis, algunas afirmaciones que yo había supuesto que podían ser consideradas como axiomáticas. Aunque éste no es mi campo y no soy lo suficientemente competente para juzgar, hablaré del asunto con los editores a la primera oportunidad.

Según puedo determinar, y teniendo en cuenta los resultados de la autopsia llevada a cabo por Stephen Clyde, doctor en medicina, la muerte del doctor David Bannerman no fue incompatible con la presencia de una embolia de algún tipo que no es posible distinguir post mortem. Así lo he afirmado yo en el certificado mortuario. Parece que es de interés público que no haya la menor duda sobre

estas cuestiones. Estoy dispuesto, por lo tanto, a añadir algún párrafo de tipo médico, por si es necesario. Hélo aquí:

Yo no soy psiquiatra, pero, dedicado a la práctica de la medicina general, y teniéndome que enfrentar con enfermedades de toda índole, pensé que tenía que estar al día sobre las corrientes y las opiniones referentes a esa rama de la medicina. El doctor Bannerman poseía, en mi opinión, una estabilidad emocional e intelectual en más alto grado que cualquier persona de su misma inteligencia conocida por mí, o sea entre todos mis amigos y compañeros de profesión. Caso de sugerirse una psicosis alucinatoria, yo sólo puedo decir que las alucinaciones sufridas por él debían pertenecer a un tipo muy distinto de las conocidas por mi experiencia, y no descritas, según mis noticias, en ningún lugar de la literatura de la psicopatología.

En la tarde del 30 de julio, la casa del doctor Bannerman ofrecía un aspecto de perfecto orden. Cerca de la ventana, abierta y sin ninguna persiana, de su dormitorio, había una caja de zapatos destapada, que tenía en su fondo una bufanda doblada de seda. No encontré en ella el almohadón descripto por el doctor Bannerman en su diario, pero descubrí que a la bufanda le habían cortado un cuadrito. En esta caja, y cerca de ella, flotaba una fragancia peculiar, débil, aromática y muy agradable, no olida nunca por mí antes, y por lo tanto, que me es imposible describir.

No sé si puede o no puede atañer al caso el hecho de que mientras permanecí en la casa de Bannerman aquella tarde, no experimenté sensación de pena o de pérdida personal, a pesar de que el doctor Bannerman había sido un amigo querido y honrado por mí durante un número de años.

Lo único que experimenté, y lo sigo experimentando, fue la convicción de que, después de haber llevado a cabo una gran hazaña, el doctor Bannerman había encontrado la paz.

PARTIDA DE RESCATE

Arthur C. Clarke

¿DE quién era la culpa? Durante tres días, los pensamientos de Alveron habían vuelto sobre aquella cuestión y todavía no les había encontrado respuesta. Una criatura de una raza menos civilizada, o menos sensible, nunca hubiera dejado torturar su mente con eso y se habría satisfecho con la seguridad de que nadie podía ser responsable de los avatares del destino. Pero Alveron y su especie habían sido los señores del Universo desde el alba de la historia, desde aquella tan lejana época en que la Barrera del Tiempo había sido envuelta alrededor del cosmos por los desconocidos poderes que yacían más allá del Principio. A ellos les fue dado todo el conocimiento; y con el conocimiento infinito iba la responsabilidad infinita. Si había equivocaciones y errores en la administración de la Galaxia, la culpa recaía sobre la cabeza de Alveron y su gente. Y esto no era una mera equivocación: era una de las mayores tragedias de la historia.

La tripulación todavía no sabía nada. Aun a Rugon, su mejor amigo y lugarteniente del capitán de la nave, se le había dicho sólo una parte de la verdad. Pero ahora los sentenciados mundos yacían a menos de un billón de millas. En unas pocas horas aterrizarían en el tercer planeta.

Alveron leyó una vez más el mensaje de la Base; entonces, con el latigazo de un tentáculo que ningún ojo humano podría haber

seguido, apretó el botón de «Alerta General». A través de todo el cilindro de una milla de largo que era la nave de Vigilancia Galáctica S9000, criaturas de muchas razas abandonaron su trabajo para escuchar las palabras de su capitán.

—Sé que han estado preguntándose —comenzó Alveron— por qué nos han ordenado abandonar nuestro patrullaje y proceder con tal aceleración hacia esta región del espacio. Algunos de ustedes pueden darse cuenta de lo que significa esta aceleración. Nuestra nave está en su viaje final: los generadores han estado funcionando durante sesenta horas a Sobrecarga Final. Tendremos mucha suerte si volvemos a la Base por nuestros propios medios.

»Nos estamos aproximando a un sol que está a punto de volverse nova. La detonación ocurrirá en siete horas, con una incertidumbre de una hora, dejándonos un máximo de sólo cuatro horas para la exploración. En el sistema que va a ser destruido hay diez planetas y hay una civilización en el tercero. El hecho fue descubierto sólo hace unos pocos días. Es nuestra trágica misión ponernos en contacto con esa raza sentenciada y, si es posible, salvar a alguno de sus miembros. Sé que es poco lo que podemos hacer en tan corto lapso y con una sola nave. Ninguna otra máquina podría alcanzar el sistema antes de que ocurra la detonación».

Hubo una larga pausa, durante la cual no podría haber habido sonido o movimiento alguno en toda la poderosa nave, que se aceleraba silenciosamente hacia los mundos de adelante. Alveron sabía qué estaban pensando sus compañeros y trató de contestar a su no formulada pregunta.

—Se preguntarán cómo se ha permitido que ocurra tal desastre, el peor de los que tenemos registro. Pero les puedo asegurar una cosa. El fallo no reside en esta nave.

»Como ya saben, con nuestra actual flota de menos de doce mil naves es posible reexaminar cada uno de los ocho millones de sistemas solares de la Galaxia, a intervalos de casi un millón de años. La mayoría de los mundos cambia muy poco en tan corto tiempo.

»Menos de cuatrocientos mil años atrás, la nave de inspección S5060 examinó los planetas del sistema al que nos estamos aproximando. No encontró inteligencia en ninguno de ellos, pese a que el tercer planeta abundaba en vida animal y que otros dos

mundos habían sido alguna vez habitados. Se presentó el informe habitual, y el sistema estará apto para su próximo examen en seiscientos mil años.

»Ahora parece que en el increíblemente corto período de tiempo desde la última inspección ha aparecido vida inteligente en el sistema. El primer indicio de esto tuvo lugar cuando desconocidas señales de radio fueron detectadas en el planeta Kulath, en el sistema X 29.35, Y 34.76, Z 27.93. Se tomaron sus coordenadas: provenían del sistema al que nos dirigimos.

»Kulath está a doscientos años luz de aquí; por tanto, aquellas ondas de radio han estado en camino durante dos siglos. Por consiguiente, al menos durante este tiempo, ha existido una civilización en uno de estos mundos, una civilización que puede generar ondas electromagnéticas y todo lo que eso implica.

»Se hizo un inmediato examen telescópico del sistema y entonces se encontró que el Sol estaba en el inestable estado de prenova. La detonación podría ocurrir en cualquier momento y ciertamente podría haber tenido lugar mientras las ondas de luz estaban en camino a Kulath.

»Hubo un pequeño retraso mientras las antenas direccionales de supervelocidad de Kulath II se enfocaban en el sistema. Ellas demostraron que la detonación todavía no había ocurrido, pero que faltaban pocas horas. Si Kulath hubiera estado una fracción de año luz más lejos de este sol, nunca nos habríamos enterado de esta civilización hasta que hubiera cesado de existir.

»El administrador de Kulath se puso inmediatamente en contacto con la Base del Sector y se me ordenó dirigirme hacia el sistema al instante. Nuestro objetivo es salvar a todos los miembros que podamos de la raza sentenciada, si todavía queda alguno. Pero hemos supuesto que una civilización que posee radio debe haberse protegido contra cualquier elevación de temperatura que ya podría haber ocurrido.

»Esta nave y los dos módulos explorarán una sección del planeta, cada uno. El comandante Torkalee cogerá el Número Uno y el comandante Orostron el Número Dos. Tendrán menos de cuatro horas para explorar este mundo. Al finalizar este lapso deberán estar de vuelta en la nave. Esta partirá en ese momento, con o sin ellos. Inmediatamente daré detalladas instrucciones a los dos

comandantes en el cuarto de control.

»Eso es todo. Entraremos en la atmósfera en dos horas».

Sobre el mundo conocido en un tiempo como Tierra, los fuegos se extinguían: ya no había nada que quemar. Los grandes bosques que habían barrido el planeta como una marejada con la muerte de las ciudades, no eran ahora más que resplandeciente carbón de leña, y el humo de sus piras funerarias aún manchaba el cielo. Pero las últimas horas estaban todavía por venir porque las rocas ole la superficie todavía no habían comenzado a fluir. Los continentes eran apenas visibles a través de la humareda, pero sus contornos no significaban nada para los observadores de la nave que se acercaba. Las cartas que ellos poseían estaban atrasadas en más de una docena de Eras Glaciales y en más de un diluvio.

La S9000 había pasado por Júpiter y había visto inmediatamente que no podía haber vida en aquellos semigaseosos océanos de hidrocarburos comprimidos, ahora en furiosa erupción bajo el anormal calor solar. Habían omitido Marte y los planetas exteriores, y Alveron comprendió que los mundos más cercanos al Sol que la Tierra ya estay rían fundiéndose. Era más que probable, pensó tristemente, que ya hubiera terminado la tragedia de esta raza desconocida. En lo profundo de su corazón pensó que quizá fuera mejor así. La nave podrá llevar sólo unos pocos cientos de supervivientes y el problema de la selección le había estado obsesionando.

Rugon, jefe de comunicaciones y lugarteniente del capitán, entró en el cuarto de control. Durante la última hora se había esforzado en detectar radiación proveniente de la Tierra, pero en vano.

—Es muy tarde —anunció lóbregamente—. He recorrido todo el espectro y el éter está muerto, excepto nuestras propias estaciones y algunos programas de Kulath de hace doscientos años. Ya no hay nada que esté irradiando en este sistema.

Se movió hacia la gigante pantalla de visión con un movimiento fluido y gracioso, que ningún simple bípedo podría siquiera desear imitar. Alveron no dijo nada; había estado esperando esta noticia.

Una pared entera del cuarto de control fue ocupada por la pantalla, un gran rectángulo blanco que daba una impresión de

profundidad casi infinita. Tres de los delgados tentáculos de control de Rugon, inútiles para el trabajo pesado, pero increíblemente veloces en cualquier manipulación, aletearon sobre los diales selectores y la pantalla se encendió con mil puntos luminosos. El campo de la estrella fluyó rápidamente mientras Rugon ajustaba los controles, haciendo que el proyector se enfocara sobre el mismo Sol.

Ningún hombre sobre la tierra hubiera reconocido la monstruosa figura que llenaba la pantalla. La luz del Sol ya no era blanca: grandes nubes azul-violáceas cubrían la mitad de su superficie, y de ellas, largos gallardetes de llamas estallaban hacia el espacio. En un punto, una enorme prominencia se había elevado fuera de la fotosfera, casi hasta penetrar en los vacilantes velos de la corona. Era como si un árbol de fuego hubiera echado raíces en la superficie del Sol, un árbol que se erguía a medio millón de millas de altura y cuyas ramas eran ríos de llamas que barrían el espacio a cientos de millas por segundo.

—Supongo —dijo Rugon— que están bastante satisfechos con los cálculos de los astrónomos. Después de todo...

—Oh, estamos perfectamente a salvo —dijo Alveron confiadamente—. He hablado al Observatorio de Kulath y han estado haciendo unas verificaciones adicionales a través de nuestros propios instrumentos. Esa incertidumbre de una hora incluye un margen secreto de seguridad, que no me dirán, en caso de que me sienta tentado a permanecer más tiempo.

Echó una ojeada al panel de instrumentos.

—El piloto ya nos debería haber hecho penetrar en la atmósfera. Encienda la pantalla y enfóquela sobre el planeta, por favor. ¡Ah, allá van!

Hubo una repentina vibración a mis pies y un bronco sonar de alarmas, acallado instantáneamente. A través de la pantalla de visión se vio que dos delgados proyectiles se zambullían hacia la creciente masa de la Tierra. Viajaron juntos unas pocas millas, luego se separaron y uno se desvaneció abruptamente, mientras penetraba en la sombra del planeta.

Lentamente, la inmensa nave madre, con su enorme volumen, descendió después de ellos en la furiosa tormenta que estaba precipitándose en las ciudades desiertas del Hombre.

Era de noche en el hemisferio sobre el que Orostron ejercía su pequeño mando. Como Torkalee, su misión era fotografiar, grabar e informar los progresos a la nave madre. El pequeño módulo explorador no tenía lugar para especímenes o pasajeros. Si se hiciera contacto con los habitantes de este mundo, la S9000 acudiría inmediatamente. No habría tiempo para negociar. Si hubiera algún problema, el rescate sería por la fuerza y las explicaciones podrían llegar después.

La arruinada región que yacía debajo estaba bañada por una imponente y vacilante luz, ya que un despliegue crepuscular descargaba su furia sobre la mitad del mundo. Pero la imagen de la pantalla de visión era independiente de la luz exterior y mostraba claramente un campo de rocas estériles que parecían no haber conocido nunca alguna forma de vida. Presumiblemente este desierto debía terminarse en algún lugar. Orostron aumentó la velocidad hasta el valor más alto que podía arriesgar en una atmósfera tan densa.

La máquina huyó a través de la tormenta y ahora el desierto comenzó a trepar hasta el cielo. Delante yacía una gran cordillera, perdidos sus picos en las nubes cargadas de humo. Orostron dirigió las antenas hacia el horizonte y la línea montañosa pareció de golpe muy cercana y amenazadora en la pantalla de visión. Comenzó a ascender rápidamente. Era difícil imaginarse un terreno menos prometedor para encontrar civilización, y se preguntó si no sería prudente cambiar de curso. Decidió que no. Cinco minutos más tarde tuvo su recompensa.

Algunas millas debajo yacía una montaña decapitada, su cúspide completamente cortada por alguna tremenda hazaña ingenieril. Por encima de la roca y a horcajadas sobre la meseta artificial había una intrincada estructura de barrotes metálicos soportando masas de maquinarias. Orostron detuvo su nave y descendió en espiral hacia la montaña.

La leve interferencia producida por el efecto Doppler ya se había desvanecido y la imagen se recortaba claramente sobre la pantalla. El reticulado sostenía algunas hileras de grandes espejos metálicos que apuntaban al cielo, formando un ángulo de cuarenta y cinco grados con la horizontal. Eran levemente cóncavos y cada uno poseía en su foco un complicado mecanismo. Parecía haber algo

impresionante y significativo en esta formación; cada espejo apuntaba precisamente al mismo lugar del cielo... o más allá.

Orostron se dirigió a sus colegas.

—Me parece que es una especie de observatorio —dijo—. ¿Has visto alguna vez algo como eso?

Klarten, una criatura multitentaculada y trípoda, proveniente de un racimo globular del borde de la Vía Láctea, tenía una teoría diferente.

—Ese es un equipo de comunicación. Aquellos reflectores son para enfocar rayos electromagnéticos. Ya he visto antes el mismo tipo de instalaciones en un centenar de mundos. Incluso podría ser la estación que recogió Kulath..., pese a que es bastante improbable, porque los rayos serían demasiado estrechos para espejos de ese tamaño.

—Eso explicaría el hecho de que Rugon no pudiera detectar radiación antes de que aterrizáramos —agregó Hansur II, uno de los mellizos provenientes del planeta Thargon.

Orostron no estaba de acuerdo en absoluto.

—Si aquello es una estación de radio, debe haber sido construida para comunicación interplanetaria. Miren la forma en que están orientados los espejos. No creo que haya podido cruzar el espacio una raza que ha conocido la radiocomunicación sólo dos siglos antes. A mi pueblo le llevó seis mil años.

—Nosotros lo conseguimos en tres —dijo Hansur II con indiferencia, hablando unos pocos segundos antes que su gemelo. Antes que la inevitable discusión pudiera desplegarse, Klarten comenzó a mover los tentáculos excitadamente. Mientras los otros hablaban, él había encendido el monitor automático.

—¡Aquí está! ¡Escuchen!

Movió una perilla y el pequeño cuarto se llenó con un sonido bronco y quejoso, que cambiaba de altura continuamente, reteniendo, sin embargo, ciertas características que eran difíciles de definir.

Los cuatro exploradores escucharon con atención durante un minuto; luego Orostron dijo:

—¡Seguro que esa no es ninguna forma de lenguaje ¡Ninguna criatura puede producir sonidos con tanta rapidez!

Hansur I había llegado a la misma conclusión.

—Eso es un programa de televisión. ¿No crees así, Klarten?

Los otros estaban de acuerdo.

—Sí, y cada uno de esos espejos parecen estar emitiendo un programa diferente. Me pregunto a dónde irán. Si estoy en lo cierto, uno de los otros planetas del sistema debe estar en la línea de esos rayos. Podemos verificarlo inmediatamente.

Orostron llamó a la S9000 e informó del descubrimiento. Tanto Rugon como Alveron estaban muy excitados e hicieron una rápida verificación de los registros astronómicos.

El resultado fue sorprendente... y desalentador. Ninguno de los otros nueve planetas se encontraba a lo largo de la línea de transmisión.

Los inmensos espejos parecían apuntar ciegamente hacia el espacio.

Sólo una conclusión se podía sacar, y Klarten fue el primero en proclamarla.

—Tuvieron comunicación interplanetaria —dijo—. Pero ahora la estación debe estar desierta y los transmisores sin control. No fueron desconectados y ahora apuntan al mismo lugar que cuando los abandonaron.

—Bueno, lo averiguaremos pronto —dijo Orostron—. Voy a aterrizar.

Lentamente llevó la máquina hacia los grandes espejos metálicos y los sobrepasó, hasta que se detuvo sobre la roca. Cien yardas más allá, un blanco edificio de piedra serpenteaba bajo la masa de las vigas de acero. No tenía ventanas, pero había varias puertas en la pared, unas frente a otras.

Orostron observó a sus compañeros trepar a sus trajes protectores y deseó poder seguirlos. Pero alguien debía permanecer en la máquina para mantenerse en contacto con la nave madre. Ésas fueron las instrucciones de Alveron, y eran muy prudentes. Uno nunca sabía lo que podría suceder en un mundo que era explorado por primera vez, y especialmente bajo condiciones como éstas.

Con suma cautela, los exploradores salieron de la compuerta hermética y ajustaron el campo antigravitatorio de sus trajes. Entonces, cada uno con el medio de locomoción propio de su raza, la pequeña partida avanzó hacia el edificio, los gemelos Hansur delante y Klarten siguiéndoles de cerca. Su control de gravedad

parecía tener problemas porque, repentinamente, se cayó al suelo, para diversión de sus colegas. Orostron les vio detenerse unos instantes frente a la puerta más cercana; ésta se abrió lentamente y les perdió de vista.

Así esperó Orostron, todo lo pacientemente que pudo, mientras la tormenta crecía a su alrededor y en el cielo la luz de la aurora se hacía aún más brillante. A las horas convenidas llamó a la nave madre y recibió breves instrucciones de Rugon. Se preguntó cómo le iría a Torkalee en la otra mitad del planeta, pero no pudo contactar con él a través de los estallidos y los truenos de la interferencia solar.

Klarten y los Hansur no tardaron en descubrir que sus teorías eran correctas. El edificio era una estación de radio y estaba totalmente desierto. Consistía en una sala tremendamente grande, con unas pocas oficinas pequeñas que convergían hacia ella. En la estancia principal se extendían, fila tras fila, equipos eléctricos; las luces centelleaban y pestañeaban en cientos de paneles de control y un brillo opaco llegaba de los elementos de una gran avenida de tubos de vacío.

Pero Klarten no estaba impresionado. El primer equipo de radio que construyera su raza estaba ya fosilizado en estratos de mil millones de años de antigüedad. El Hombre, que había poseído máquinas eléctricas durante unos pocos siglos, no podía competir con aquellos que las conocieron durante la mitad de la vida de la Tierra.

No obstante, el grupo mantuvo sus grabadores en funcionamiento mientras exploraban el edificio. Había aún un problema a resolver. La estación desierta estaba transmitiendo programas, pero ¿de dónde venían? El tablero central fue localizado en seguida. Estaba diseñado para que manejara veintenas de programas al mismo tiempo, pero la fuente de estos programas se perdía en un laberinto de cables que desaparecían bajo la tierra. Allí, en la S9000, Rugon trataba de analizar las transmisiones y quizá sus investigadores le revelaran su origen. Era imposible seguir el rastro de cables que podrían atravesar continentes.

El grupo no perdió mucho tiempo en la desierta estación. No había nada que pudiera aprender de ella, y estaban buscando vida más que información científica. Minutos más tarde, la pequeña nave

se elevó suavemente de la meseta y se dirigió hacia las llanuras que debían existir detrás de las montañas. Les quedaban menos de tres horas.

Mientras el conjunto de enigmáticos espejos se perdía de vista, Orostron tuvo una idea repentina. ¿Era su imaginación, o todos se habían movido describiendo un pequeño ángulo, como si todavía compensaran la rotación de la Tierra? No podía estar seguro y abandonó el asunto sin darle importancia. Eso sólo significaba que el mecanismo director funcionaba aún, después de tanto tiempo.

Quince minutos después descubrieron la ciudad. Era una metrópoli grande y extensa, construida alrededor de un río que había desaparecido dejando una deforme cicatriz que se revolvía entre los grandes edificios y bajo puentes que ahora parecían muy fuera de lugar.

Aun desde el aire, la ciudad estaba desierta. Pero sólo quedaban dos horas y media... no había tiempo para una exploración cuidadosa. Orostron tomó una decisión y aterrizó cerca de la estructura más fuerte que pudo ver. Parecía razonable suponer que algunas criaturas hubieran procurado refugio en los edificios más fuertes, donde estarían seguros hasta el final definitivo.

Las cavernas más profundas (el mismo corazón del planeta), no ofrecerían protección cuando llegara el cataclismo final. Aun si esta raza hubiera alcanzado los planetas exteriores, su sentencia sería diferida en las pocas horas que los voraces frentes de onda tardaran en atravesar el Sistema Solar.

Orostron no podía saber que la ciudad no había estado desierta por unos días o semanas, sino por más de un siglo. Porque la cultura de las ciudades, que había sobrevivido a tantas civilizaciones, había sido finalmente sentenciada cuando el helicóptero trajo transporte universal. En pocas generaciones, las grandes masas de la especie humana, sabiendo que podían alcanzar cualquier parte del globo en cosa de horas, habían vuelto a los campos y bosques que siempre añoraron. La nueva civilización tenía máquinas y recursos que las tempranas generaciones nunca habían soñado, pero era esencialmente rural, y ya no estaba unida a las conejeras de acero y cemento que habían dominado los siglos anteriores. Tales ciudades permanecían como centros de investigación, administración y diversión; a otras se las había

dejado caer, donde era mucho problema destruirlas. Pero las ciudades fundadas en el vapor, el hierro y el transporte de superficie habían pasado con las industrias que las habían alimentado.

Y así, mientras Orostron esperaba en el módulo, sus colegas corrían a lo largo de corredores vacíos y salones desiertos, tomando innumerables fotografías, pero sin aprender nada de las criaturas que habían utilizado estos edificios. Había bibliotecas, salas de reuniones, salas de consejo, miles de oficinas...; todas estaban vacías y sepultadas en el polvo. Si no hubieran visto la estación de radio en su ciudadela de montaña, los exploradores podrían muy bien haber creído que este inundo no había conocido vida durante siglos.

Durante los largos minutos de espera, Orostron trato de imaginar hacia dónde había desaparecido esta raza. Quizá, sabiendo que era imposible escapar, se habían matado entre ellos, quizá habían construido grandes refugios en las entrañas del planeta y quizá ahora millones estaban agachados a sus pies, esperando el fin. Comenzó a temer que nunca lo sabría.

Fue casi un alivio cuando al fin tuvo que dar la orden de regreso. Pronto sabría si el grupo de Torkalee había sido más afortunado. Y estaba ansioso por Volver a la nave madre, porque mientras pasaban los minutos, el suspense se había vuelto más y más agudo. En su mente siempre hubo una pregunta: ¿Y qué si los astrónomos de Kulath habían cometido un error? Comentaría a sentirse feliz cuando las paredes de la S9000 estuvieran rodeándole. Sería aún más feliz cuando estuvieran en el espacio exterior, y este horrible sol se encogiera lejos de la popa.

Tan pronto como sus colegas entraron en la compuerta, Orostron lanzó su pequeña máquina hacia el cielo, y dispuso los controles para volar a casa, a la S9000. Luego se dirigió a sus amigos.

—Bueno, ¿qué han encontrado? —preguntó.

Klarten extrajo un gran rollo de lienzo y lo extendió en el suelo.

—Así es como eran —dijo quedamente—. Bípedos, aun sólo dos brazos. Parecen habérselas arreglado bien, pese a esa desventaja. Sólo dos ojos, salvo que haya otros en la parte de atrás. Tuvimos suerte de encontrar esto; es casi lo único que dejaron atrás.

El viejo óleo dirigió una pétrea mirada a las tres saturas que le

observaban tan atentamente. Por esas ironías del destino, su absoluta falta de valor le había salvado del olvido. Cuando la ciudad fue evacuada, nadie se molestó en mover a Alderman John Richards, 1909-1974. Había estado acumulando polvo durante un siglo y medio, mientras muy lejos de las antiguas ciudades, la nueva civilización se había elevado a alturas que culturas anteriores jamás habían conocido.

—Eso es casi todo lo que encontramos —dijo Klarten—. La ciudad debe haber estado desierta durante años. Me temo que nuestra expedición ha sido un fracaso. Si en este mundo hay criaturas vivientes, se han escondido demasiado bien como para encontrarlas.

Su comandante se sentía forzado a asentir con él.

—Era una tarea casi imposible —dijo—. Si hubiéramos tenido semanas en vez de horas, podríamos haber tenido éxito. Por todo lo que sabemos, podrían haber construido refugios incluso bajo el mar. Nadie parece haberlo pensado.

Echó un vistazo a los indicadores y corrigió la dirección.

—Estaremos allá en cinco minutos. Alveron parece moverse un poco rápido. Me pregunto si Torkalee ha encontrado algo.

La S9000 estaba flotando a pocas millas sobre la orilla de un ardiente continente, cuando Orostron llegó a ella. La línea de peligro estaba a treinta minutos y no había tiempo que perder.

Hábilmente maniobró la pequeña nave hasta meterla en su tubo de lanzamiento, y el grupo salió de la compuerta hermética.

Había una pequeña multitud aguardándoles. Eso era de esperar, pero Orostron pudo notar inmediatamente que lo que había llevado a sus amigos hasta allí era algo más que curiosidad. Aún antes de que pronunciara una palabra, supo que algo andaba mal.

—Torkalee no ha vuelto. Perdió a su grupo y nosotros iremos al rescate. Venga al cuarto de control inmediatamente.

Desde el principio Torkalee fue más afortunado que Orostron. Había seguido la zona del crepúsculo, manteniéndose alejado del intolerable resplandor solar, hasta que llegó a las costas de un mar interior. Era un mar muy reciente, una de las últimas obras del hombre, ya que la región que cubría había estado desierta hacía

menos de un siglo. En pocas horas estaría desierta nuevamente, porque el agua estaba hirviendo y nubes de vapor se elevaban hasta los cielos. Pero ellas no podían ocultar la belleza de la gran ciudad blanca que dominaba ese mar desprovisto de mareas.

Aún había máquinas voladoras estacionadas en gran número alrededor del cuadrado sobre el que aterrizó Torkalee. Eran desalentadoramente primitivas, pero preciosamente terminadas, y se sostenían con hélices rotatorias. No había signos de vida en ninguna parte, pero el lugar daba la impresión de que sus habitantes no estaban muy lejos. En algunas ventanas se veían brillar luces.

Los tres compañeros de Torkalee no perdieron tiempo en abandonar la máquina. El líder del grupo, por mayoría de rango y de raza, era T'sinadree, quien al igual que el mismo Alveron, había nacido en uno de los antiguos planetas de los soles centrales. Luego Alarkane, de una de las razas más jóvenes del Universo, lo que le producía un perverso orgullo. El último era uno de los extraños seres del sistema Palador. No tenía nombre, como todos los de su género, porque no tenía identidad propia siendo sólo una móvil pero dependiente célula de la conciencia de su raza. Pese a que hacía ya tiempo que él y sus compañeros habían sido diseminados por toda la Galaxia en la exploración de incontables mundos, algún vínculo aún desconocido los unía tan inexorablemente como las células de un cuerpo humano.

Cuando hablaba una criatura de Palador, el pronombre que usaba era siempre «nosotros». No había, ni tampoco podría haber nunca, ninguna primera persona del singular en el idioma de Palador.

Las grandes puertas del espléndido edificio obstaculizaron a los exploradores, pese a que cualquier niño humano hubiera conocido su secreto. T'sinadree no perdió el tiempo en ellas, pero llamó a Torkalee con su transmisor personal. Luego, los tres se hicieron rápidamente a un lado mientras su comandante maniobraba la máquina hasta la mejor posición. Hubo un breve estallido de llamas intolerables; el acero macizo vaciló una vez, al borde del espectro visible, y desapareció. Las piedras aún brillaban cuando la ansiosa partida entró en el edificio, los rayos de sus proyectores luminosos formando un abanico delante de ellos.

Las antorchas no eran necesarias. Enfrente tenían una gran sala que brillaba bajo la luz proveniente de hileras de tubos a lo largo del cielo raso. De los dos lados, la sala se abría hacia largos corredores y justo enfrente de ellos una sólida escalinata conducía majestuosamente a los pisos superiores.

T'sinadree dudó por un momento. Entonces, como cualquier camino era tan bueno como el otro, condujo a sus compañeros por el primer corredor.

El sentimiento de que cerca había vida era ahora muy fuerte. Parecía que en cualquier momento se enfrentaría con criaturas de este mundo. Si mostraran hostilidad (y realmente en muy poco se les podría culpar si lo hicieran), los paralizadores serían usados inmediatamente.

La tensión era muy grande cuando el grupo entró en el primer cuarto y sólo se relajó cuando vieron que no contenía nada excepto máquinas... fila tras fila de ellas, ahora quietas y silenciosas. Alineados en el inmenso cuarto había miles de archivos metálicos, formando, hasta donde llegaba la vista, una pared continua. Y eso era todo; no había muebles, nada, excepto los gabinetes y las misteriosas máquinas.

Alarkane, siempre el más rápido de los tres, ya estaba examinando los archivos. Cada uno contenía miles de hojas de un material fuerte y delgado, perforadas con innumerables ranuras y agujeros. El Paladorio se apropió de una de las tarjetas, y Alarkane grabó toda la escena con algunos primeros planos de las máquinas. Después marcharon. La gran sala, que había sido una de las maravillas del mundo, no significaba nada para ellos. Ningún ojo viviente podría volver a ver esa maravillosa batería de cuasihumanos analizadores Hollerith, y los cinco mil millones de tarjetas perforadas conteniendo todo lo que pudo grabarse de cada hombre, mujer y niño del planeta.

Era claro que este edificio había sido recientemente utilizado. Con creciente excitación, los exploradores se apresuraron a entrar en el próximo cuarto. Encontraron que éste era una enorme biblioteca, porque millones de libros yacían a su alrededor sobre miles y miles de anaqueles. Aquí pese a que los exploradores no podían saberlo, estaban los registros de todas las leyes por las que el Hombre había pasado, y todos los discursos que habían sido

pronunciados en sus cámaras de consejo.

T'sinadree estaba decidiendo su plan de acción cuando Alarkane atrajo su atención sobre un grupo de anaqueles que distaban cien yardas. A diferencia de los otros, estaba medio vacío. A su alrededor había libros formando un desordenado montón en el piso, como tirados por alguien en una frenética prisa. Los signos eran inconfundibles. No hacía mucho tiempo, otras criaturas habían seguido este camino. Leves huellas de ruedas sobre el suelo eran claramente visibles para el agudo sentido de Alarkane, pese a que los otros no podían ver nada. Alarkane podía incluso detectar las pisadas, pero al no saber nada de las criaturas que las producían, no podía decir en qué dirección iban.

El sentimiento de proximidad era ahora más fuerte que nunca, pero era una proximidad en el tiempo, no en el espacio. Alarkane expresó las ideas del grupo.

—Estos libros deben haber sido valiosos, y alguien ha venido a rescatarlos... casi como un pensamiento tardío, creo. Eso significa que debe haber un lugar de refugio, posiblemente no muy lejos. Quizá podamos encontrar otras claves que nos conduzcan hasta él.

T'sinadree asintió; el Paladorio no estaba tan entusiasmado.

—Puede ser así —dijo—, pero el refugio puede estar en cualquier parte del planeta, y sólo nos quedan dos horas. No perdamos más tiempo si deseamos rescatar a esta gente.

El grupo se precipitó una vez más hacia adelante, parando sólo para recoger unos pocos libros que podrían ser de utilidad a los científicos de la Base... pese a que dudaba que alguna vez pudieran traducirse. Pronto descubrieron que el edificio se componía de pequeñas habitaciones exhibiendo todas ellas señales de ocupación reciente. La mayoría de ellas estaban equipadas y limpias, pero una o dos eran casi todo lo contrario. Los exploradores se sintieron particularmente sorprendidos por una habitación (que sin duda era algún tipo de oficina), que parecía haber sido completamente arruinada. El piso estaba cubierto de papeles, los muebles habían sido destrozados, y a través de las ventanas se filtraba humo de los fuegos de afuera.

T'sinadree se alarmó bastante.

—¡Seguro que ningún animal peligroso pudo haber entrado en un lugar como éste! —exclamó, jugueteando nerviosamente con su

paralizador.

Alarkane no contestó. Comenzó a producir ese extraño sonido al que su raza llamaba «risa». Pasaron varios minutos hasta que pudo explicar qué era lo que le había causado gracia.

—No creo que esto lo haya hecho ningún animal —dijo—. En realidad, la explicación es muy simple. Suponte que «tú» has estado trabajando toda tu vida en esta habitación, tratando con interminables documentos, año tras año. Y de golpe, te dicen que no la verás nunca más, que tu trabajo ha terminado, y que puedes irte para siempre. Más que eso... que nadie vendrá detrás de ti. Todo ha terminado. ¿Cómo te irías, T'sinadree?

El otro pensó unos instantes.

—Bueno, supongo que pondría las cosas en orden y me iría. Eso es lo que parece haber sucedido en todos los otros cuartos.

Alarkane se rió otra vez.

—Seguro que lo harías. Pero algunos individuos tienen una psicología diferente. Creo que me habría gustado la criatura que usaba esta habitación.

No se explicó más detalladamente, y sus dos colegas pensaron en sus palabras durante un rato, hasta que abandonaron el tema.

Cuando Torkalee dio la orden de regreso fue como un choque. Habían reunido una gran cantidad de información, pero no habían encontrado ninguna clave que les pudiera conducir a los perdidos habitantes de este mundo. Aquel problema seguía siendo tan frustrante como antes y ahora parecía que nunca sería resuelto. Sólo quedaban cuarenta minutos hasta que partiera la S9000.

Estaban a mitad de camino de regreso al módulo cuando vieron el pasillo semicircular que conducía a las profundidades del edificio. Su estilo arquitectónico era bastante diferente del utilizado en los demás lugares, y su piso suavemente inclinado era una atracción irresistible para criaturas cuyas numerosas patas ya se habían cansado de las escaleras de mármol que sólo los bípedos podrían haber construido en tal profusión. T'sinadree era el que más había sufrido, porque él empleaba doce patas normalmente y podía utilizar veinte cuando estaba apurado, pese a que ninguno le había visto hacer esta maravilla.

El grupo se quedó inmóvil, mirando el pasillo con un único pensamiento. ¡Un túnel que conducía hacia las profundidades de la

Tierra! Al final de esto, aún podrían encontrar gente de este mundo y rescatar a algunos de ellos de su destino. Porque todavía había tiempo para llamar a la nave madre, en caso de necesidad.

T'sinadree hizo una señal a su comandante, y Torkalee colocó la máquina inmediatamente sobre sus cabezas. No habría tiempo para que el grupo volviera a seguir sus huellas a través del laberinto de pasillos, tan meticulosamente grabado en la mente del Paladorio que no había ninguna posibilidad de perderse. Si se necesitara rapidez, Torkalee podría abrirse paso taladrando la docena de pisos de encima de sus cabezas. En cualquier caso, no tardaría mucho en averiguar qué había al final del pasillo.

Sólo necesitó treinta segundos. El túnel terminaba casi abruptamente en una muy curiosa estancia cilíndrica, que a lo largo de las paredes tenía asientos magníficamente acolchados. No había otra salida excepto aquella por la que habían llegado, y pasaron algunos segundos antes de que la finalidad de la cámara se aclarara en la mente de Alarkane. Es una pena, pensó, nunca tendría tiempo para utilizarla. La idea fue interrumpida de golpe por un grito de T'sinadree. Alarkane se volvió de plano y vio que la entrada se había cerrado silenciosamente detrás de ellos.

Aun en aquel primer momento de pánico, Alarkane se encontró pensando con algo de admiración: ¡Quienesquiera que fuesen, sabían cómo construir mecanismos automáticos!

El Paladorio fue el primero en hablar. Balanceó uno de sus tentáculos en dirección de los asientos.

—Creemos que sería mejor que nos sentáramos —dijo. La mente «múltiples» del Paladorio ya había analizado la situación, y sabía lo que vendría.

No tuvieron que esperar mucho antes de que un zumbido de alta frecuencia llegara de una rejilla de arriba, y por última vez en la historia una voz humana, aunque inanimada, fue escuchada en la Tierra. Las palabras no tenían sentido, pese a que los atrapados exploradores pudieron adivinar su mensaje en forma bastante clara.

—Elijan sus estaciones, por favor, y tomen asiento.

Simultáneamente, en un lado del compartimiento, se encendió un panel mural. Allí había un simple mapa que consistía en una serie de una docena de círculos interconectados por una línea. Cada uno de los círculos tenía una inscripción al lado, y debajo de ella

había dos botones de diferentes colores.

Alarkane miró inquisidoramente a su superior.

—No los toques —dijo T'sinadree—. Si dejamos que los controles actúen solos, quizá las puertas se abran de nuevo.

Estaba equivocado. Los ingenieros que habían diseñado el subterráneo automático habían supuesto que cualquiera que entrase en él quería, naturalmente, ir a algún lugar. Si ellos no elegían alguna estación intermedia, su destino sólo podría ser la terminal de la línea.

Hubo otra pausa mientras los relevadores y thyatrones esperaban las órdenes a seguir. En esos treinta segundos, si hubieran sabido qué hacer, el grupo podría haber abierto las puertas y abandonado el subterráneo. Pero no lo sabían, y las máquinas, preparadas para una psicología humana, actuaron por ellos.

El oleaje de aceleración no fue muy grande; el excesivo almohadillado era un lujo, no una necesidad. Sólo una vibración casi imperceptible habló de la velocidad a la que viajaban a través de las entrañas de la Tierra, en un viaje cuya duración no podían siquiera adivinar. Y en treinta minutos, la S9000 abandonaría el Sistema Solar.

Sobre la veloz máquina hubo un largo silencio. T'sinadree y Alarkane pensaban rápidamente. Lo mismo hacía el Paladorio, aunque de una manera diferente. El concepto de muerte personal no tenía sentido para él, porque la destrucción de una sola unidad para la mente colectiva no significaba más que la pérdida de un cortauñas para un hombre. Pero podía, aunque con gran dificultad, apreciar la condición de las inteligencias individuales como las de Alarkane y T'sinadree, y estaba ansioso por ayudarles, si era posible.

Alarkane había logrado ponerse en contacto con Torkalee con su transmisor personal, pese a que la señal era muy débil y parecía desaparecer rápidamente. En poco tiempo explicó la situación, y casi inmediatamente las señales se hicieron más claras. Torkalee estaba siguiendo el rastro de la máquina, volando sobre la tierra bajo la cual se apresuraban hacia su destino desconocido. Aquella fue la primera indicación que tuvieron del hecho de que estaban viajando a casi mil millas por hora, y muy poco después de eso,

Torkalee pudo comunicarles la aún más destructora noticia de que se aproximaban rápidamente hacia el mar. Mientras estuvieran bajo el continente, había una esperanza, aunque tenue, de que pudieran detener la máquina y escapar. Pero bajo el océano..., ni todos los cerebros y maquinarias de la nave madre podrían salvarlos. Nadie podría haber proyectado una trampa más perfecta.

T'sinadree había estado examinando el mapa con gran atención. Su significado era obvio y, a lo largo de la línea que conectaba los círculos, se arrastraba una manchita luminosa. Ya estaba a la mitad de camino de la primera de las estaciones marcadas.

—Voy a apretar uno de estos botones —dijo al fin T'sinadree—. No hará ningún daño, y podríamos aprender algo.

—Estoy de acuerdo. ¿Cuál probarás primero?

—Hay sólo dos tipos, y no tendrá importancia si primero probamos el tipo equivocado. Supongo que uno es para hacer arrancar la máquina y el otro para detenerla.

Alarkane no tenía grandes esperanzas.

—Arrancó sin apretar ningún botón —dijo—. Creo que es completamente automático y que no lo podemos controlar desde aquí de ninguna manera.

T'sinadree no podía aceptar esa idea.

—Estos botones están claramente asociados con las estaciones, y no tiene ningún sentido tenerlos si no los puedes usar para detenerte. La única pregunta es: ¿cuál es el correcto?

Su análisis era perfectamente válido. La máquina podía ser detenida en cualquier estación intermedia. Habían estado en marcha sólo treinta minutos, y ahora podían irse, no se produciría ningún daño. Fue mala suerte que la primera elección de T'sinadree fuera el botón equivocado.

La lucecita del mapa se arrastró lentamente a través del círculo iluminado sin modificar su velocidad. Y al mismo tiempo Torkalee llamó desde la nave, en la superficie.

—Acaban de pasar bajo una ciudad y se están dirigiendo mar afuera. No podrá haber otra parada hasta dentro de unas mil millas.

Alveron había abandonado toda esperanza de encontrar vida sobre este mundo. La S9000 había vagado por la mitad del planeta,

sin permanecer nunca mucho sobre un lugar, descendiendo una y otra vez en un esfuerzo por llamar la atención. No había habido respuesta; la Tierra parecía completamente muerta. Si alguno de sus habitantes estaba aún vivo, pensaba Alveron, se debía haber escondido en las profundidades adonde no podría alcanzarles ninguna ayuda, pese a que la sentencia sería igualmente indudable.

Rugon trajo noticias del desastre. La gran nave cesó su infructuosa búsqueda y voló nuevamente a través de la tormenta hacia el océano sobre el cual el pequeño módulo de Torkalee todavía seguía la pista de la máquina enterrada.

La escena era verdaderamente terrorífica. Desde que nació la Tierra no había habido mares como éste. Montañas de agua corrían ante la tormenta que ahora había alcanzado velocidades de muchos cientos de millas por hora. Aun a esta distancia del continente, el aire estaba lleno de escombros voladores: árboles, fragmentos de casas, hojas de metal, cualquier cosa que no hubiera sido atada al suelo. Ninguna máquina aerosustentada podría haber vivido ni un momento en tal temporal. Y una y otra vez, aun el rugir del viento era ahogado cuando las vastas montañas de agua chocaban entre sí con un estampido que parecía sacudir el firmamento.

Afortunadamente, todavía no había habido serios terremotos. Muy por debajo del lecho oceánico, la magnífica obra de ingeniería que había sido el subterráneo hermético privado del Presidente Mundial, aún funcionaba perfectamente, sin ser afectada por el tumulto y la destrucción de arriba. Seguiría funcionando hasta el último minuto de existencia de la Tierra, que, si los astrónomos tenían razón, no distaba mucho más de quince minutos... aunque Alveron hubiera dado mucho por saber exactamente cuánto más. Pasaría cerca de una hora antes de que el atrapado grupo pudiera alcanzar un continente, y al menos la más leve esperanza de rescate.

Las instrucciones de Alveron habían sido precisas, aunque aun sin ellas, ellos nunca habrían soñado con asumir ningún riesgo con la gran máquina que había sido confiada a su cuidado. Si hubiera sido humana la decisión de abandonar a los atrapados miembros de su tripulación, habría sido desesperadamente difícil. Pero provenía de una raza mucho más sensible que el Hombre, una raza que amaba tanto las cosas del espíritu que hacía ya tiempo, y con

infinita repugnancia, había asumido el control del Universo porque era la única manera de estar seguro de que se haría justicia. Alveron necesitaría todas sus dotes sobrehumanas para sostenerlo durante las próximas horas.

Mientras tanto, a una milla bajo el lecho oceánico, Alarkane y T'sinadree estaban realmente muy atareados con sus comunicadores privados. Quince minutos no es un período muy largo como para arreglar los asuntos de toda una vida. Es, en realidad, lo suficientemente largo como para dictar más de un puñado de esos mensajes de despedida, que en tales momentos son mucho más importantes que todos los demás asuntos.

Durante todo el tiempo, el Paladorio había permanecido silencioso e inmóvil, sin decir una palabra. Los otros dos, resignados a su destino y absorbidos por sus problemas personales, no habían pensado en él. Se sorprendieron cuando súbitamente comenzó a dirigirse a ellos con su peculiar y desapasionada voz.

—Percibimos que están haciendo ciertos arreglos concernientes a su anticipada destrucción. Eso probablemente será innecesario. El capitán Alveron espera rescatarnos si podemos detener esta máquina cuando llegemos de nuevo a tierra.

Tanto T'sinadree como Alarkane estaban demasiado sorprendidos como para decir algo. Luego el último dijo con voz entrecortada:

—¿Cómo lo supiste?

Era una pregunta tonta, porque inmediatamente recordó que había varios Paladorios (si uno pudiera usar esta expresión) a bordo de la S9000, y en consecuencia, su compañero sabía todo lo que estaba sucediendo en la nave madre. Por eso no esperó respuesta y continuó:

—¡Alveron no puede hacer eso! ¡No se atreverá a tomar tal riesgo!

—No habrá ningún riesgo —dijo el Paladorio—. Le hemos dicho lo que tiene que hacer. Realmente, es muy simple.

Alarkane y T'sinadree miraron a su compañero con un sentimiento cercano al pavor, dándose cuenta de lo que podía haber sucedido. En momentos de crisis, las unidades individuales que formaban la mente Paladoria podían unirse en una organización no menos estrecha que la de cualquier cerebro físico. En tales

momentos formaban un intelecto más poderoso que cualquier otro del Universo. Todos los problemas ordinarios podían resolverse por unos pocos cientos o miles de unidades. Muy raramente, se necesitarían millones, Y en dos ocasiones históricas los billones de células de toda la conciencia Paladoria se habían unido en una sola para enfrentarse con situaciones de peligro que amenazaban a la raza. La mente de Palador era uno de los más grandes recursos mentales del Universo; su fuerza completa rara vez era requerida, pero el conocimiento de que ésta se podía obtener era sumamente confortante para las otras razas. Alarkane se preguntó cuántas células se habrían coordinado para atender esta particular emergencia. También se preguntó cómo había llamado su atención un incidente tan trivial.

Pero nunca sabría la respuesta a esa pregunta, aunque podría haberla adivinado si hubiera sabido que la terriblemente remota mente Paladoria poseía una casi humana traza de vanidad. Hacía mucho, Alarkane había escrito un libro tratando de probar que eventualmente todas las razas inteligentes sacrificarían la conciencia individual y que un día sólo existirían en el Universo mentes-grupales. Palador, había dicho, era el primero de esos intelectos definitivos, y la vasta y dispersa mente no había sido contrariada.

No tenían tiempo para hacer más preguntas antes de que Alveron en persona comenzara a hablar a través de sus sistemas de comunicación.

—¡Alveron llamando! Permaneceremos en este planeta hasta que las ondas de la detonación lo alcancen, y así les podremos rescatar. Se están dirigiendo a una ciudad sobre la costa, que alcanzarán en cuarenta minutos, con su velocidad actual. Si no los podemos detener en ese momento, vamos a perforar el túnel detrás y delante de ustedes para quitarles la energía. Luego hundiremos un cilindro para sacarlos, el jefe de ingenieros dice que lo puede hacer en cinco minutos, con los proyectores principales. Por tanto, estarán a salvo en una hora, a menos que el Sol explote antes.

—¡Y si eso sucede, igual seremos destruidos! ¡No debe arriesgarse!

—No dejen que eso les preocupe; estamos perfectamente a salvo. Cuando el Sol estalle, la onda expansiva tardará varios minutos en

alcanzar su máximo. Pero aparte de eso, estamos en la parte nocturna del planeta, detrás de una pantalla de ocho mil millas de roca. Cuando llegue el primer aviso de la explosión, aceleraremos hacia afuera del Sistema Solar, manteniéndonos en la sombra del planeta. Bajo nuestra máxima aceleración, alcanzaremos la velocidad de la luz antes de abandonar el cono de sombra y entonces el Sol nos podría dañar.

T'sinadree aún temía tener esperanzas. Otra objeción surgió inmediatamente en su mente.

—Sí, ¿pero cómo obtendrán algún aviso, aquí en la zona de noche del planeta?

—Muy fácilmente —replicó Alveron—. Este mundo tiene una luna que es ahora visible desde este hemisferio. Tenemos telescopios apuntados sobre ella. Si muestra algún súbito aumento de brillo, nuestro acelerador principal operará automáticamente y seremos arrojados fuera del sistema.

La lógica era inquebrantable. Alveron, cauteloso como siempre, no corría ningún riesgo. Pasarían muchos minutos antes de que el escudo de ocho mil millas de roca y metal pudiera ser destruido por los fuegos del estallante sol. En ese tiempo, la S9000 podría alcanzar la seguridad de la velocidad de la luz.

Alarkane apretó el segundo botón cuando aún estaban a varias millas de la costa. No esperó que sucediera nada, suponiendo que la máquina no podía parar entre estaciones. Pareció demasiado bueno para ser cierto cuando, pocos minutos más tarde, se extinguió la leve vibración de la máquina y se detuvieron.

Las puertas se abrieron deslizándose silenciosamente. Aun antes de que estuvieran completamente abiertas, los tres abandonaron el compartimiento. No correrían más riesgos. Delante de ellos se extendía un largo túnel, elevándose ligeramente hasta donde se perdía la vista. Iban a empezar a recorrerlo cuando de golpe la voz de Alveron llamó desde los comunicadores:

—¡Quédense donde están! ¡Vamos a perforar!

La tierra se estremeció una vez, y de muy adelante llegó el tronar de roca que se caía. Nuevamente se sacudió la tierra... y cien yardas más adelante el pasaje se desvaneció abruptamente. Un tremendo pozo vertical había sido limpiamente cortado a través de él.

El grupo corrió nuevamente hacia adelante hasta que llegó al final del corredor, y se detuvo a esperar en su borde. El pozo en el que terminaba, tenía mil pies de ancho y descendía tan lejos dentro de la tierra como podían llegar los rayos de las antorchas. En lo alto las nubes de tormenta desaparecían bajo una luna que ningún hombre habría reconocido, tan lúgubramente brillante era su disco. Y, el más glorioso de los espectáculos, la S9000 flotaba arriba en lo alto, los grandes proyectores que habían barrenado este enorme hoyo aún despedían una luz rojo-cereza.

Una forma oscura se desprendió de la nave madre y cayó suavemente hacia la tierra. Torkalee volvía para recoger a sus amigos. Poco más tarde, Alveron les saludó en el cuarto de control. Señaló hacia la gran pantalla de visión y dijo suavemente:

—Como ven, tuvimos el tiempo justo.

El continente debajo de ellos era lentamente ocupado por las olas de una milla de alto que atacaban sus costas. Lo último que alguien iba a ver de la Tierra era una gran llanura, bañada con la plateada luz de la Luna anormalmente brillante. Atravesando su faz, las aguas se filtraban en un reluciente flujo hacia una distante cordillera montañosa. El mar había ganado su victoria final, pero su triunfo tendría una corta vida, porque en poco tiempo ya no habría mar ni tierra. Mientras el silencioso grupo en el cuarto de control observaba la destrucción de abajo, la infinitamente mayor catástrofe de la cual éste era sólo el prelude llegó suavemente sobre ellos.

Era como si de repente hubiera estallado el alba sobre este paisaje iluminado por la Luna. Pero no era el alba: sólo era la Luna, brillando con el brillo de un segundo sol. Quizá por treinta segundos, esa luz pavorosa, inmaterial, ardió fieramente sobre la sentenciada región de abajo. Luego hubo un repentino fulgor de luces indicadoras en todo el tablero de control. El acelerador principal estaba en funcionamiento. Durante un segundo, Alveron miró los indicadores y verificó su información. Cuando miró de nuevo hacia la pantalla, la Tierra había desaparecido.

Los magníficos y forzados generadores murieron suavemente cuando la S9000 estaba pasando la órbita de Perséfone. No tenía importancia, el Sol nunca les podría dañar, y pese a que la nave estaba acelerándose irremediabilmente hacia la solitaria noche del

espacio interestelar, sólo sería cosa de días hasta que llegara el rescate.

Había ironía en eso. Un día atrás, ellos habían sido los rescatantes, yendo en ayuda de una raza que ya no existía. Alveron se preguntó, y no por primera vez, sobre el mundo que acababa de perecer. Trató en vano, de figurárselo como había sido en su gloria, las calles de sus ciudades ¡llenas de vida! Aunque su gente había sido primitiva, ¡podrían haber ofrecido mucho al Universo! ¡Si sólo pudiera haber hecho contacto! Era inútil quejarse, mucho antes de su llegada, la gente de este mundo debía haberse sepultado en su férreo corazón. Y ahora ellos y su civilización permanecerían como un misterio, por el resto del tiempo.

Alveron se sintió feliz cuando sus pensamientos fueron interrumpidos por la entrada de Rugon. El jefe de comunicaciones había estado muy ocupado desde el despegue, tratando de analizar los programas radiados por el transmisor que había descubierto Orostron. No era un problema difícil, pero exigía la construcción de equipos especiales, y eso hubiera llevado tiempo.

—Bueno, ¿qué encontraste? —preguntó Alveron.

—Bastante —replicó su amigo—. Aquí hay algo misterioso, y yo no lo entiendo.

»No nos llevó mucho tiempo el averiguar cómo estaban estructuradas las transmisiones de televisión pudimos adaptarlas a nuestros propios equipos. Parece ser que había cámaras por todo el planeta, vigilando puntos de interés. Aparentemente, algunos de ellos estaban en las ciudades, en la parte superior de altísimos edificios. Las cámaras rotaban continuamente para ofrecer vistas panorámicas. En los programas que hemos grabado hay alrededor de veinte escenas diferentes.

»Además, hay una cantidad de transmisiones de un tipo diferente, sin sonido ni imagen. Parecen ser puramente científicas..., posiblemente lecturas de instrumentos o algo por el estilo. Todos estos programas se transmitían simultáneamente en diferentes bandas de frecuencia.

»Debe haber una razón para todo esto. Orostron todavía cree que simplemente la estación no fue desconectada cuando la abandonaron. Pero esos no son el tipo de programas que radiaría normalmente una estación como ésa. Seguro que se usaba para

comunicaciones interplanetarias... en eso Klarten tenía razón. Por tanto, este pueblo debe de haber cruzado el espacio, ya que en la época de la última inspección ninguno de los otros planetas tenía vida. ¿Están de acuerdo?».

Alveron lo seguía atentamente.

—Sí, eso parece bastante razonable. Pero también es cierto que el rayo no apuntaba a ninguno de los otros planetas. Lo verifiqué yo mismo.

—Lo sé —dijo Rugon—. Lo que quiero descubrir es por qué una estación gigante de comunicaciones interplanetarias está transmitiendo apresuradamente imágenes de un mundo pronto a ser destruido... Imágenes que serían de inmenso interés para científicos y astrónomos. Alguien se ha tomado la molestia de colocar todas estas cámaras panorámicas. Estoy convencido de que estos rayos iban a alguna parte.

Alveron se levantó de golpe.

—¿Imaginas que podría haber un planeta exterior que no haya sido descubierto? —preguntó—. Si es así, tu teoría está ciertamente equivocada. El rayo ni siquiera apuntaba en el plano del Sistema Solar. Y aun si fuera así... solo mira esto.

Encendió la pantalla de visión y ajustó los controles. Una esfera azul-blanca colgaba de la aterciopelada cortina del espacio, aparentemente compuesta por muchos cascarones concéntricos de gas incandescente. Aun cuando la inmensa distancia hacía invisible todo movimiento, se expandía claramente a una fabulosa velocidad. En su centro había un ennegrecedor punta luminoso..., la blanca estrella enana en la que ahora se había convertido el Sol.

—Probablemente no te das cuenta de cuán grande es esta esfera —dijo Alveron—. Mira esto.

Aumentó la amplificación hasta que sólo fue visible la porción central de la nova. Cerca de su corazón había dos condensaciones diminutas, una a cada lado del núcleo.

—Esos son los dos planetas gigantes del sistema. De alguna manera han logrado seguir existiendo. Y estaban a varios cientos de millones de millas del Sol. La nova aún se está expandiendo..., pero va es dos veces más grande que el Sistema Solar.

Rugon calló por unos instantes.

—Quizá tengas razón —dijo, de mala gana—. Has destrozado mi

primera teoría. Pero todavía no me has satisfecho.

Dio algunas vueltas al cuarto antes de hablar otra vez. Alveron esperó pacientemente. Conocía los poderes casi intuitivos de su amigo, que muchas veces podía resolver un problema en donde la lógica pura parecía insuficiente.

Entonces, con lentitud, Rugon comenzó a hablar de nuevo.

—¿Qué piensas de todo esto? —dijo—. Suponte que hemos subestimado completamente a este pueblo. Orostron lo hizo una vez..., pensó que ellos nunca podrían haber cruzado el espacio, va que sólo habían conocido la radio durante dos siglos. Hansur II me lo dijo. Bueno, Orostron estaba bastante equivocado. Quizá todos estemos equivocados. Le eché una ojeada al material que trajo Klarten de la emisora. Al principio no se impresionó por lo que encontró por haber sido alcanzado en tan poco tiempo, es una hazaña maravillosa. En esa estación había aparatos que pertenecieron a civilizaciones de miles de años atrás. Alveron, ¿podemos seguir ese rayo para ver a dónde se dirige?

Alveron no dijo nada durante un minuto entero. Había estado esperando esta pregunta, pero no era fácil de contestar. Los generadores principales se habían agotado por completo. No había forma de repararlos. Pero aún había energía disponible y mientras hubiera energía, con tiempo, se podría hacer cualquier cosa. Implicaría mucha improvisación, y algunas maniobras difíciles, porque la nave aún mantenía su enorme velocidad inicial. Sí, podría hacerse, y la actividad evitaría que la tripulación se deprimiera aún más, ahora que había comenzado a aflojarse la reacción causada por el fracaso de la misión. La noticia de que la nave de reparaciones más cercana no les podría alcanzar durante tres semanas, también había causado una grieta en la moral de la tripulación.

Como siempre, los ingenieros montaron un escándalo tremendo. Otra vez, como siempre, hicieron el trabajo en la mitad del tiempo que habían rechazado como absolutamente imposible. Muy lentamente, durante muchas horas, la nave comenzó a disminuir la velocidad que su acelerador principal le había proporcionado en tan poco tiempo. La S9000 cambió su rumbo a lo largo de una curva tremenda, de millones de millas de radio, y los campos de las estrellas giraron a su alrededor.

La maniobra duró tres días, pero al fin de ese período, la nave cojeaba a lo largo de un rumbo paralelo al que una vez había venido de la Tierra. Se dirigían hacia el vacío, con la radiante esfera que había sido el Sol consumiéndose lentamente a sus espaldas. De acuerdo con los standards del vuelo interestelar, estaban casi inmóviles.

Rugon luchó con los instrumentos durante horas, dirigiendo sus rayos detectores hacia el profundo espacio que tenía delante. Ciertamente no había planetas en un radio de años luz; de eso no había ninguna duda. De vez en cuando Alveron venía a verlo, y siempre unía que darle la misma respuesta: «Nada que informar». Una vez de cada cinco, su intuición le abandonaba completamente, comenzó a preguntarse si ésta no era esa ocasión.

Una semana después, las agujas de los detectores de masa temblaron débilmente en el fondo de sus escalas. Pero Rugon no dijo nada, ni aun a su capitán. Esperó hasta estar seguro, y siguió esperando aún hasta que los trazadores de corto alcance comenzaron a reaccionar y a formar las primeras imágenes débiles sobre la pantalla de visión. Todavía esperó pacientemente hasta que pudo interpretar las imágenes. Entonces, cuando supo que su más absurda fantasía era superada por la verdad, llamó a sus colegas al cuarto de control.

La imagen en la pantalla de visión era familiar: infinitos campos estelares, sol tras sol hasta los mismos límites del Universo... Cerca del centro de la pantalla, una distante nebulosa formaba una húmeda mancha que era difícil de observar.

Rugon aumentó la amplificación. Las estrellas fluyeron fuera del campo; la pequeña nebulosa se expandió hasta llenar la pantalla y entonces... ya no fue más una nebulosa. Una exclamación de asombro partió de toda la compañía ante la imagen que aparecía delante de ellos.

Surgían, legua tras legua en el espacio, situados en un arreglo tridimensional de filas y columnas con la precisión de una formación militar, miles de pequeños lápices luminosos. Se movían suavemente: el inmenso reticulado conservaba su forma como una sola unidad. Aun cuando Alveron y sus camaradas estaban vigilando, la formación comenzó a escaparse de la pantalla y Rugon debió centrar nuevamente los controles.

Después de una larga pausa, Rugon comenzó a hablar:

—Ésta es la raza —dijo con suavidad— que ha conocido la radio sólo durante dos siglos..., la raza que nosotros creímos que se había arrastrado para morir en el corazón de su planeta. He examinado esas imágenes bajo el más alto aumento posible.

»Ésta es la más grande flota que jamás se haya registrado. Cada uno de esos puntos de luz representa una nave más grande que la nuestra. Por supuesto, son muy primitivas..., lo que ven en la pantalla son los reactores de sus cohetes. Sí, ¡se atrevieron a usar cohetes para atravesar el espacio interestelar! Les llevará siglos alcanzar la estrella más cercana. La raza entera debe haberse embarcado en este viaje con la esperanza de que sus descendientes lo completen, generaciones después.

»Para medir el alcance de sus conocimientos, piensen las eras que nos llevó conquistar el espacio y las aún más largas eras hasta que tratamos de llegar a las estrellas. Aun si hubiéramos sido amenazados con la aniquilación, ¿podríamos haber hecho tanto en tan poco tiempo? Recuerden, ésta es la civilización más joven del universo. Cuatrocientos mil años atrás ni siquiera existía. ¿Qué será dentro de un millón de años?».

Una hora más tarde, Orostron abandonó la deteriorada nave madre para hacer contacto con la gran flota de adelante. Mientras el pequeño torpedo desaparecía entre las estrellas, Alveron se volvió hacia su amigo e hizo una observación que Rugon recordaría frecuentemente en los años siguientes.

—Quisiera saber cómo son —musitó—. ¿No serán más que maravillosos ingenieros, sin arte ni filosofía? Van a tener tal sorpresa cuando Orostron los alcance..., creo que será casi un golpe para su orgullo. Es gracioso, todas las razas aisladas creen que son el único pueblo del Universo. Pero deben estarnos agradecidos; les ahorraremos unos buenos siglos de viaje.

Alveron miró la Vía Láctea, que yacía como un velo de plateada niebla atravesando la pantalla. La señaló con su tentáculo, que barrió el círculo completo de la Galaxia, desde los Planetas Centrales hasta los solitarios soles del Rim.

—¿Sabes? —le dijo a Rugon—, estoy bastante asustado por este pueblo. ¿Y si no les gusta nuestra pequeña Federación? —una vez más señaló las nubes estelares que aparecían reunidas en la

pantalla, brillando bajo la luz de sus incontables soles.

—Algo me dice que será un pueblo muy decidido —agregó—. Mejor que seamos amables con ellos. Después de todo, sólo les superamos en una proporción de un millón a uno.

Rugon se rió del pequeño chiste de su capitán.

Veinte años después, la observación no pareció graciosa.

FORMA

Robert Sheckley

PID, el Piloto, disminuyó gradualmente la velocidad de la nave hasta detenerla casi por completo. Después echó una mirada ansiosa a aquel verde planeta. Aun sin los datos de los instrumentos, no había manera de confundirlo: era el tercero a partir del sol, el único en ese sistema apto para la vida. Allí estaba, flotando pacíficamente entre su velo de nubes.

A pesar de su aspecto inocente, algo en él había acabado con cuantas expediciones enviaran los Glom. Pid vaciló un momento antes de iniciar el irrevocable descenso. Tanto él como sus dos tripulantes estaban ya preparados, hasta donde era posible estarlo. Cada uno guardaba en su bolsa marsupial un compacto Desplazador, inactivo pero listo para su empleo.

Pid deseaba decir algo a su tripulación, pero no sabía muy bien cómo expresarse.

Los otros dos aguardaban. Ilg, el Radiooperador, ya había enviado el mensaje final hacia el planeta Glom. Ger, el Detector, leyó de una sola mirada los datos de dieciséis indicadores.

—No hay señales de actividad por parte del enemigo —informó, y las superficies de su cuerpo fluyeron sin el menor reparo.

Pid notó aquel abandono y decidió inmediatamente lo que debía decirles. Desde que partiera de Glom la disciplina en cuanto a Forma había sido demasiado relajada. Contaba ya con la

advertencia del Jefe de Invasiones, pero de cualquier modo era su deber hacer algo al respecto: las castas inferiores, tales como los Radiooperadores y los Detectores, eran notoriamente propensas a la Amorfia.

—En esta expedición se han depositado muchas esperanzas —comentó lentamente—. Ahora estamos muy lejos de nuestra tierra...

Ger, el Detector, asintió. Mientras tanto Ilg, el Radiooperador, abandonó la forma prescrita para amoldarse cómodamente a una de las paredes. Pid continuó en tono severo:

—... Pero esa distancia no es excusa para caer en la promiscuidad de la Amorfia.

Ilg se apresuró entonces a recobrar la forma de un correcto Radiooperador.

—Indudablemente, nos veremos obligados a adoptar formas exóticas —prosiguió Pid—, y para ello disponemos de una dispensa especial. Pero no lo olviden: ¡cualquier forma que no se asuma en estricto cumplimiento del deber es una estratagema del Amorfo!

Las superficies corporales de Ger cesaron bruscamente de fluir.

—Eso es todo —concluyó Pid, fluyendo hacia sus controles.

—La nave inició el descenso, con tan perfecta coordinación que inspiró a Pid un dejo de orgullo. Aquellos muchachos trabajaban bien; no se podía exigir de ellos la aguda conciencia de la Forma que tenían los Pilotos de casta superior. El mismo Jefe de Invasiones se lo había dicho así.

—Pid —había dicho el Jefe de Invasiones en aquella última entrevista—, necesitamos desesperadamente ese planeta.

—Sí señor —respondió Pid en posición de firme, sin que su Forma Óptica de Piloto vacilara siquiera un instante.

—Uno de ustedes —continuó el Jefe— tendrá que filtrarse por las proximidades de una fuente de energía atómica para instalar un Desplazador. El ejército, de este lado, estará listo para cruzar.

—Lo haremos, señor —dijo Pid.

—Esta expedición tiene que triunfar —observó el Jefe, mientras sus facciones se borroneaban por un instante debido a tanta fatiga—. Esto se lo digo con carácter estrictamente confidencial: hay mucha agitación en Glom. Por ejemplo, la casta de mineros se ha

declarado en huelga; quieren otra Forma para excavar. Dicen que la antigua no es eficaz.

Pid demostró la debida indignación. La Forma de Minero había sido establecida por los antepasados hacía ya cincuenta mil años, junto con el resto de las formas básicas. ¡Y esos agitadores querían cambiarla!

—Eso no es todo —le dijo el Jefe—. Hemos descubierto un nuevo Culto de la Amorfia, detectamos casi ocho mil adeptos, y no sé cuántos más se nos escaparon.

Pid sabía que la Falta de Formas era un cebo del Amorfo, el mayor demonio concebido por la mente de los Glom, pero ¿cómo era posible que Glom cayera en sus cebos?

El Jefe adivinó esa pregunta.

—Pid —dijo—, supongo que a usted le cuesta comprenderlo. ¿Le gusta a usted Pilotar?

—Sí señor —respondió Pid, simplemente.

¡Que si le gustaba Pilotar! ¡Era la razón de su vida! Si no estaba ante los controles de una nave tenía la sensación de ser nada.

—No todos los Glom piensan así —prosiguió el Jefe—. Por mi parte tampoco lo comprendo. Desde el fondo de los tiempos, todos mis antepasados han sido Jefes de Invasión. Es natural por lo tanto que yo quiera ser Jefe de Invasión, tan lógico como legal. Pero las castas inferiores no piensan lo mismo.

Y meneó el cuerpo con tristeza.

—Le cuento esto por una razón —continuó—. Los de Glom necesitamos más espacio. Estas agitaciones se deben sólo a lo aglomerados que estamos. Así lo dicen todos nuestros psicólogos. La solución es disponer de otro planeta para expandirnos. Y contamos con usted, Pid.

—Sí señor —respondió Pid, resplandeciente de orgullo. El Jefe se levantó como para dar la entrevista por concluida, pero cambió de idea y volvió a sentarse.

—Tendrá que vigilar a su tripulación —agregó—. Son leales, sin duda alguna, pero pertenecen a las castas inferiores. Y ya sabe usted cómo son las castas inferiores.

Claro que Pid lo sabía.

—Ger, el Detector, está bajo sospecha de albergar tendencias Alteracionistas. En una ocasión se lo multó por asumir una forma de

quasi-Cazador. En cuanto a Ilg, nunca se lo ha acusado directamente de nada, pero dicen que permanece inmóvil durante períodos sospechosamente largos. Probablemente se crea Pensador.

—Pero señor —protestó Pid—, si sobre ellos pende la más remota sospecha de Alteracionismo o Amorfía ¿por qué los incluyen en esta expedición?

El Jefe dudó un segundo antes de responder:

—Hay muchos Glom en los que podríamos confiar —dijo lentamente—, pero esos dos poseen ciertas cualidades imaginativas y una abundancia de recursos que resultarán muy necesarias en esta expedición.

Y agregó con un suspiro:

—En realidad, no sé por qué, esas cualidades parecen vincularse siempre con la Amorfía.

—Sí señor —dijo Pid.

—Vigílelos. Eso es todo.

—Sí señor.

Pid saludó, comprendiendo que la entrevista había terminado. En su bolsa marsupial sentía el peso del Desplazador inactivo, listo para transformar las fuentes de energía del enemigo en un puente a través del espacio, por el cual podrían cruzar las hordas de Glom.

—Buena suerte —dijo el Jefe—. La necesitará sin duda alguna.

La nave bajó silenciosa hacia la superficie del planeta enemigo. Ger el Detector analizó las nubes que se veían por debajo y suministró algunos datos a la unidad de camuflaje. La unidad entró en funcionamiento; pronto la nave, vista desde fuera, parecía una formación de cirrus.

Pid dejó que la nave derivara lentamente hacia la superficie del planeta misterioso. Había asumido la Forma Óptima del Piloto, la más eficaz de las cuatro formas asignadas a su casta. Era sólo una prolongación de los controles, sordo, ciego y mudo; concentró toda su atención en las nubes altas, para igualar velocidades y confundirse entre ellas.

Ger conservaba rígidamente una de las dos formas asignadas a los Detectores. Suministró más datos a la unidad de camuflaje y la nave, en su descenso, se convirtió lentamente en un alto-cúmulo. No había señales de actividad por parte del planeta enemigo.

Ilg localizó una fuente de energía atómica y suministró los datos

a Pid. El Piloto alteró el curso. Había llegado ya a la capa inferior de nubes, a un kilómetro y medio por sobre la superficie del planeta. Ahora la nave parecía un cúmulo gordo y lanudo.

Aún no había señales de alarma. El hado misterioso que eliminara las veinte expediciones anteriores permanecía oculto.

Mientras Pid maniobraba en las cercanías de la planta atómica, el crepúsculo trepó lentamente por la cara del planeta. El piloto evitó las casas circundantes y balanceó la nave sobre un bosquecito.

Cayó la oscuridad. La única luna del planeta verde lucía velada por las nubes. Una nube flotó a menor altura.

Y aterrizó.

—¡Rápido, fuera todos! —gritó Pid, separándose de los controles.

Asumió la Forma de Piloto más adecuada para correr y salió a toda prisa por la escotilla. Ger y Eg le siguieron sin demoras. Se detuvieron a veinte metros de la nave y allí aguardaron.

Un circuito se cerró en el interior de la nave. Con un silencioso estremecimiento, el vehículo comenzó a fundirse.

Se disolvió el plástico, se arrugó el metal. Pronto la nave no fue sino un gran montón de chatarra, pero el proceso continuó. Los fragmentos mayores se quebraron una y otra vez.

De pronto Pid se sintió indefenso. Era Piloto, de la casta de los Pilotos. Su padre había sido Piloto, y también su abuelo, y así hasta las neblinas del pasado en que los Glom construyeran las primeras naves. Entre ellas había pasado toda su niñez; venía pilotándolas desde que se hiciera hombre.

Ahora, despojado de su nave, se sentía desnudo en un mundo extraño.

En el curso de pocos minutos sólo quedó un puñado de polvo en el sitio que ocupara la nave. El viento nocturno lo esparció por el bosque. Ya no quedaba nada.

Aguardaron. Nada ocurrió. El viento suspiraba, los árboles crujían. Hubo un parloteo de ardillas; los pájaros se agitaron en sus nidos.

Cayó una pina.

Pid se sentó con un suspiro de alivio. La vigésimo primera

expedición Glom había aterrizado felizmente.

No había nada que hacer hasta la mañana; por lo tanto, Pid comenzó a trazar los planes. Habían aterrizado tan cerca de la instalación atómica como se atrevieron. Ahora tendrían que aproximarse más. De algún modo uno de ellos debía llegar prácticamente hasta el cuarto del reactor para activar el Desplazador.

Difícil. Pero Pid se sentía seguro del éxito. Después de todo, el punto fuerte de los Glom era el ingenio.

Pid se dijo con amargura que, en cambio, estaban terriblemente escasos de material radioactivo. Era otra de las razones por las que esa expedición resultaba tan importante. Quedaba muy poco combustible radiactivo en todos los mundos de Glom.

Hacía muchos siglos, los Glom habían empleado todas sus reservas de material radiactivo en la ocupación de todos los mundos vecinos aptos para la vida. La colonización llegaba a duras penas a compensar el crecimiento de la natalidad. Siempre se necesitaban mundos nuevos.

Aquél en el cual se encontraban, descubierto en una expedición de avanzada, se ajustaba perfectamente a sus necesidades. Pero estaba demasiado alejado, y ellos no disponían del combustible indispensable para armar una flota espacial de conquista.

Afortunadamente había otra forma de hacerlo. Una forma mejor.

En muchos siglos de trabajo, los científicos de Glom habían creado el Desplazador, todo un triunfo de la Ingeniería de Identidad. Gracias a él se podía trasladar instantáneamente una masa entre dos puntos cualesquiera. Uno de los extremos estaba situado en la única planta atómica de Glom; la otra debía ser emplazada en las proximidades de otra fuente de energía atómica; una vez activada, la energía desviada iba de un extremo al otro, se modificaba y modificaba a su vez.

Así, gracias al milagro de la ingeniería de Identidad, los Glom podían pasar de un planeta a otro o volcarse hacia cualquier punto en una enorme ola arrolladora.

Era bastante simple. Pero veinte expediciones habían fracasado en la tarea de colocar un Desplazador en el extremo terrestre. Qué

había pasado con ellas, nadie lo sabía.

Pues ninguna de las naves Gloss volvió para contarlo.

Antes de la aurora avanzaron a rastras por los bosques, tomando la coloración de las plantas que los rodeaban. Los Desplazadores palpitaban débilmente, percibiendo la proximidad de la energía atómica.

Ante ellos pasó corriendo una pequeña criatura de cuatro patas. Instantáneamente, Ger echó a su vez cuatro miembros y un largo cuerpo rayado para lanzarse en persecución del animal.

—¡Ger! ¡Regresa! —gritó Pid ante el Detector, lanzando la alarma a los vientos.

Ger alcanzó a la criatura y la volteó; su intención era morderla, pero había olvidado proveerse de dientes. El animal se liberó de un salto y desapareció entre la maleza. Ger echó una buena dentadura y preparó los músculos para el salto.

—¡Ger!

El Detector se volvió, a desgana, y corrió hacia Pid con pasos largos.

—Tenía hambre —explicó.

—No es cierto —respondió Pid con severidad.

—Sí lo es —murmuró Ger, retorciéndose con expresión azorada.

Pid recordó entonces lo que le dijera el Jefe. Sin duda Ger tenía las tendencias de un Cazador. Debía vigilarlo estrechamente.

—No quiero que esto vuelva a repetirse —dijo—. Recuerden: no se permite ceder a las Formas Exóticas. Conténtense ustedes con la forma que les fue dada al nacer.

Ger, con un gesto de asentimiento, volvió a fundirse en la maleza. Siguieron avanzando.

Desde el linde del bosque distinguieron la planta de energía atómica. Pid tomó el aspecto de una mata. Ger se transformó en un viejo tronco. Ilg, tras un momento de vacilación, se convirtió en un haya tierna.

La planta de energía tenía la forma de un edificio largo y bajo rodeado por una alambrada metálica. Frente al portón había

guardias.

La primera tarea consistiría en atravesar ese portón. Pid comenzó a estudiar las distintas maneras de hacerlo. A través de la información fragmentaria suministrada por las primeras expediciones de investigación, sabía que esa raza de Hombres compartían algunos aspectos de los Glom. Por ejemplo, tenían mascotas, hogares, niños y una cultura. Tenían habilidad mecánica, al igual que los Glom.

Pero había diferencias tremendas. Los Hombres tenían formas fijas e inmutables, como las piedras y los árboles. En compensación, su planeta lucía una fantástica variedad de especies, tipos y clases. Esa era la mayor diferencia con respecto a Glom, donde había sólo ocho formas distintas de vida animal.

Y según toda evidencia, los Hombres eran muy hábiles para detectar invasores. Pid habría querido saber por qué habían fracasado las otras expediciones. De ese modo su trabajo habría sido mucho más fácil.

Junto a ellos pasó un hombre; sus piernas eran increíblemente rígidas. La rigidez era evidente en cada uno de sus movimientos. Pasó de prisa, sin mirar.

—Ya sé —dijo Ger cuando la criatura se hubo alejado—: tomaré la forma de un Hombre, pasaré por el portón para llegar hasta el cuarto del reactor y allí activaré mi Desplazador.

—No sabes hablar el idioma de ellos —señaló Pid.

—No tengo por qué hablarles. Los ignoraré. Miren. Y Ger tomó rápidamente la forma de un Hombre.

—No está mal —dijo Pid.

Ger intentó unos pocos pasos, copiando el andar desgarbado de los humanos.

—Mucho temo que no dará resultado —observó Pid.

—Es muy lógico —protestó Ger.

—Lo sé. Precisamente por eso las otras expediciones deben haberlo intentado. Y ninguna de ellas regresó.

No cabía respuesta posible. Ger volvió a tomar la forma de un tronco y preguntó.

—¿Qué haremos, entonces?

—Déjame pensar —pidió Pid.

Pasó otra criatura, ésta de cuatro patas. Pid la reconoció como

Perro, una de las mascotas del Hombre, y la observó minuciosamente.

El Perro avanzó hasta el portón con la cabeza gacha, sin mayor prisa. Pasó por allí sin que nadie lo molestara y se echó sobre el césped.

—¡Hummm! —dijo Pid.

Siguieron observando. Uno de los Hombres, al pasar, palmeó al Perro en la cabeza. Este sacó la lengua y se tendió de costado.

—Yo también puedo hacerlo —exclamó Ger excitado. Y comenzó a tomar la forma de un Perro.

—No, espera —indicó Pid—. Pasaremos el resto del día pensándolo bien. Esto es demasiado importante como para obrar a tontas y a locas.

Ger se rindió de mala gana.

—Vengan, vamos a retroceder.

Pid y Ger comenzaron a retroceder hacia el interior del bosque. De pronto recordaron a Ilg.

—¿Ilg? —llamó Pid suavemente. No hubo respuesta.

—¡Ilg!

—¿Qué? ¡Ah sí? —dijo un haya, convirtiéndose en matorral—. Perdón. ¿Qué decías?

—Vamos a retroceder —repitió Pid—. Por casualidad, ¿estabas Pensando?

—¡Oh, no! —aseguró Ilg—. Sólo descansaba. Pid prefirió dejarlo así. Había demasiadas cosas por las que preocuparse.

Pasaron el resto del día ocultos en lo más profundo del bosque, discutiendo planes posibles. Las únicas alternativas parecían convertirse en Hombre o en Perro. No se podía pasar por el portón bajo la forma de un Árbol, pues eso no estaba en la naturaleza de los árboles. Tampoco había otro ser capaz de hacerlo sin que repararan en él.

Parecía demasiado arriesgado pasar bajo la forma de un Hombre. Decidieron que Ger, por la mañana, haría una salida convertido en Perro.

—Ahora durmamos un poco —dijo Pid.

Los dos tripulantes, obedientes, se achataron contra el suelo,

perdiendo toda forma. Para Pid aquello fue más difícil.

Todo parecía demasiado sencillo. ¿Cómo era posible que la planta atómica no estuviera mejor custodiada? Sin duda los Hombres debían haber descubierto algo con respecto a las expediciones anteriormente capturadas. O tal vez habían matado a sus miembros sin hacer preguntas.

Nunca se sabía lo que un ser de otro planeta era capaz de hacer.

¿Y si ese portón abierto era una trampa?

Fatigado, fluyó en una posición más cómoda sobre el suelo desigual. De pronto recobró bruscamente la conciencia. ¡Había perdido la Forma!

Se recordó severamente que la comodidad no tenía nada que ver con la obligación, y volvió a retomar la Forma de Piloto.

Pero la Forma de Piloto no estaba ideada para dormir sobre un suelo húmedo y aterronado. Pid pasó la noche sin dormir, pensando en naves espaciales, con deseos de hallarse ante los controles de una de ellas.

Despertó en la mañana, cansado y de mal humor.

—Vamos —dijo, codeando a Ger—. Acabemos con esto. Ger se irguió con optimismo.

—Vamos, Ilg —repitió Pid en tono de enojo, echando una mirada a su alrededor—, despierta. No hubo respuesta.

—¡Ilg!

Tampoco esa vez hubo respuesta.

—Ayúdame a buscarlo —dijo Pid a Ger—. Debe andar por aquí.

Revisaron juntos cada arbusto, cada árbol, tronco o mata de los alrededores. Ninguno de ellos era Ilg. Pid sintió el primer embate del pánico. ¿Qué habría ocurrido con el Radiooperador?

—Tal vez decidió atravesar el portón por su propia cuenta —sugirió Ger.

Pid caviló sobre aquella posibilidad. No parecía probable, pues Ilg nunca había dado muestras de mucha iniciativa. Por el contrario, se contentaba con obedecer las órdenes.

Aguardaron hasta mediodía. Ilg no dio señales de vida.

—No podemos esperar más —dijo Pid.

Empezaron a avanzar a través del bosque. Pid se preguntaba

entre tanto si Ilg habría intentado realmente pasar solo a través del portón. Los caracteres tranquilos y silenciosos ocultaban con frecuencia una vena de temeridad.

Pero nada demostraba que Ilg hubiese tenido éxito. Tendría que darlo por muerto o por capturado.

Sólo quedaban dos para activar un Desplazador.

Y todavía no sabía qué había pasado con las otras expediciones.

Ya en el linde del bosque Ger se transformó en el facsímil de un Perro. Pid lo inspeccionó minuciosamente.

—Menos cola —dijo.

Ger acortó su rabo.

—Más orejas.

Ger las alargó.

—Ahora iguálalas.

Revisó el resultado. Hasta donde podía juzgar, Ger estaba perfecto desde la punta del rabo hasta el hocico húmedo y negro.

—Buena suerte —dijo Pid.

—Gracias.

Ger salió del bosque caminando rígidamente, como los Hombres y los Perros. El guardia que estaba junto al portón lo llamó. Pid contuvo el aliento.

Ger pasó junto al Hombre sin prestarle atención. Este dio un paso hacia él. Ger echó a correr.

Pid echó un par de fuertes piernas, listo para emprender la huida en el caso de que su tripulante cayera prisionero.

Pero el guardia volvió al portón. Ger se detuvo de inmediato y echó a andar tranquilamente hacia el portón principal. Pid disolvió sus piernas con un suspiro de alivio.

¡Pero el portón principal estaba cerrado! ¡Ojalá el Radiooperador no tratara de abrirlo! Eso no estaba en la naturaleza de los Perros.

Otro Perro se acercó al trote hacia Ger. Este retrocedió. El Perro se aproximó, olfateándolo. Ger hizo lo mismo.

Ambos echaron a correr en torno al edificio. Era una buena idea; seguramente habría una puerta en la parte trasera.

Pid alzó la vista hacia el sol vespertino. En cuanto se activara el

Desplazador, los ejércitos de Glom comenzarían a fluir hacia allí. Y cuando los Hombres se recobraran de la sorpresa habría ya más de un millón de soldados y otros en camino.

El día transcurrió lentamente sin la menor novedad. Pid, nervioso, observaba la fachada de la planta. Tanta demora significaba que Ger no había tenido éxito.

Aguardó hasta bien entrada la noche. Los Hombres entraban y salían de las instalaciones, los Perros ladraban junto a los portones. Pero Ger no apareció.

Ger había fracasado. Ilg no aparecía. Sólo quedaba él.

Y aún no sabía lo que había ocurrido.

Al llegar la mañana Pid estaba ya completamente desesperado. La vigésimoprimer expedición Glom a ese planeta estaba a punto de fracasar sin remedio. Ahora todo estaba en sus manos.

Decidió hacer una salida sin más, bajo la forma de un Hombre. Era la única posibilidad que restaba.

Vio que en ese momento llegaban muchos trabajadores y entraban de prisa por los portones. ¿Sería posible mezclarse con ellos, o sería mejor aguardar hasta que la conmoción fuera menor? Decidió sacar ventaja de aquella aparente confusión y comenzó a tomar la forma de un Hombre.

Un Perro pasó por el bosquecillo donde estaba escondido.

—¡Hola! —dijo el Perro. ¡Era Ger!

—¿Qué ocurrió? —preguntó Pid con un suspiro de alivio—. ¿Por qué tardaste tanto? ¿No pudiste entrar?

—No lo sé, —dijo Ger, meneando el rabo—. No hice el intento.

Pid se quedó sin habla.

—Salí de cacería —explicó el otro, complacido—. Esta forma es ideal para Cazar, ¿sabes? Escapé por el portón trasero con otro Perro que no conocía y fuimos de cacería.

—Pero la expedición... tu deber...

—Cambié de idea. ¿Sabes, Piloto? Nunca quise ser Detector.

—¡Pero si «naciste» Detector!

—Eso es verdad —dijo Ger—, pero no sirve de nada. Siempre quise ser Cazador.

Todo el cuerpo de Pid se estremeció de fastidio.

—No puedes —explicó lentamente, como si hablara con un Glomling—. La forma de Cazador está prohibida para ti.

—Aquí no lo está —replicó Ger, moviendo aún el rabo.

—Acabemos con esto —dijo Pid, lleno de enojo—. Entra a esa planta y activa tu Desplazador. Trataré de pasar por alto esta herejía.

—No lo haré —respondió Ger—. No quiero que vengan los Glom. Lo arruinarían todo.

—Tiene razón —dijo una haya.

—¡Ilg! —exclamó Pilg—. ¿Dónde estás?

—Aquí mismo —dijo Ilg, con un temblor de ramas—. He estado Pensando.

—Pero... tu casta...

—Piloto —observó Ger con tristeza—, ¿por qué no despiertas? En Glom, casi todos son infelices. Sólo la costumbre hace que tomemos la forma de casta de nuestros antepasados.

—Piloto —dijo Ilg—, ¡todos los Glom nacen amorfos!

—Y puesto que todos nacen Amorfos —agregó Ger— todos deberían tener la libertad de elegir su Forma.

—Exacto —concluyó Ilg—. Pero él jamás comprenderá. Ahora perdonen. Quiero Pensar. Y la haya guardó silencio. Pid rió sin la menor alegría.

—Los Hombres os matarán —les dijo—, tal como mataron al resto de los expedicionarios.

—No han matado a ningún Glom —respondió Ger—. Los otros expedicionarios están aquí.

—¿Vivos?

—Por cierto. Los Hombres ni siquiera saben que existimos. El Perro con el que estuve Cazando es un Glom de la décimonovena expedición. Los hay a montones, Piloto. A todos nos gusta esto.

Pid trató de digerir aquello. Era cosa sabida que las castas inferiores no tenían muy firme la conciencia de casta. Pero eso... ¡Eso era ridículo!

Luego la secreta amenaza de ese planeta era... ¡la libertad!

—Únete a nosotros, Piloto —dijo Ger—. Esto es un paraíso. ¿Sabes cuántas especies hay en este planeta? ¡Son incontables! Hay una forma para cada necesidad.

Pid meneó la cabeza. No había forma que se ajustara a su necesidad. Él era Piloto. Pero si los Hombres no tenían noticia de la presencia de los Glom, sería muy simple acercarse al reactor.

—El Supremo Consejo de Glom se encargará de todos ustedes — barbotó, mientras tomaba la forma de un Perro Yo mismo instalaré el Desplazador.

Tras analizarse por un momento, mostró los dientes a Ger y saltó hacia el portón.

El guardia ni siquiera reparó en él. Pudo deslizarse a través de la puerta principal detrás de un Hombre y corrió por un pasillo. El Desplazador palpitaba y tironeaba en su bolsa marsupial, conduciéndolo hacia el cuarto del reactor.

Subió un tramo de escaleras y bajó por otro corredor. Al oír ruido de pasos que se aproximaban por un recodo, Pid supo instintivamente que no se permitía la presencia de Perros en el edificio.

Buscó desesperadamente un escondite, pero el pasillo no lo ofrecía. En cambio había varias luces en el techo. Pid saltó, adhiriéndose al cielorraso, y tomó la forma de una guarnición de alumbrado; era de esperar que los Hombres no trataran de averiguar por qué no estaba encendida.

Los Hombres pasaron a la carrera. Pid se convirtió entonces en el facsímil de un Hombre y apretó el paso. Tenía que aproximarse más.

Otro hombre se acercó por el corredor. Miró fijamente a Pid, abrió la boca como para decir algo y salió a todo correr.

Pid, sin saber dónde estaba el problema, optó por avanzar apresuradamente. El Desplazador latía en su bolsa marsupial, anunciándole que había llegado casi a la distancia crítica. De pronto, una duda terrible asaltó su mente: «todas las expediciones habían desertado. Todos y cada uno de los Glom».

Disminuyó levemente su velocidad. Libertad de Forma... Era una idea extraña. Perturbadora.

«Obviamente, un cebo del Amorfo», se dijo, y volvió a correr.

Hacia el final del pasillo había una puerta gigantesca, provista de cerrojos. Pid la observó fijamente.

Desde el otro extremo del corredor se oyó un fuerte ruido de pasos y gritos de hombres.

¿Qué pasaba? ¿Cómo lo habían descubierto? Se examinó rápidamente, pasándose los dedos por la cara. Había olvidado moldear las facciones. En su desesperación tironeó de la puerta.

Sacó el diminuto Desplazador de su bolsa, pero el pulso no era aún lo bastante fuerte. Tendría que aproximarse más al reactor.

Estudió la puerta. Por debajo corría una pequeña rendija. Pid abandonó rápidamente su forma y se filtró por debajo; apenas si logró pasar el Desplazador.

Dentro del cuarto había otro cerrojo. Lo corrió y buscó además algo con que apuntalar la puerta.

Era una habitación de tamaño reducido. A un lado, una puerta conducía hacia el reactor. Del otro lado había una pequeña ventana. Eso era todo.

Pid contempló el Desplazador. El latido era correcto. Por fin se había acercado lo suficiente. Allí el aparato podría funcionar, absorbiendo y alterando la energía del reactor. Sólo hacía falta activarlo.

Pero todos habían desertado, todos. Pid vaciló. «Todos los Glom nacen Amorfos». Era cierto. Los niños de Glom eran amorfos hasta que alcanzaban la edad conveniente para instruirlos en la Forma de Casta correspondiente a sus antecesores. Pero la libertad de Formas...

Pid estudió las posibilidades. ¡Poder adquirir la forma que se le antojara, sin la menor interferencia! En ese planeta paradisíaco podría cumplir todas sus ambiciones, convertirse en cualquier cosa, hacer cualquier cosa.

Tampoco estaría solo. Allí había otros Glom que disfrutaban los beneficios de la Libertad de Formas.

Los Hombres ya estaban echando la puerta abajo. Pid vacilaba aún.

¿Qué hacer? La libertad...

Pero no era para él, se dijo con amargura. Resultaba muy fácil ser Cazador o Pensador. Pero él era Piloto. La tarea de Pilotar constituía su vida entera, todo su amor. ¿Cómo podría hacerlo allí?

Claro que los Hombres tenían naves. Podría convertirse en Hombre, encontrar una nave y...

Jamás. Era muy fácil convertirse en Árbol o en Perro. Pero no podría hacerse pasar por Hombre.

Con los repetidos golpes la puerta comenzaba a astillarse.

Pid se dirigió hacia la ventana para echar una última mirada al planeta antes de activar el Desplazador.

Estuvo a punto de perder el sentido ante el impacto de la sorpresa.

¡Era cierto! Hasta entonces no había comprendido bien lo que Ger quería decir, pero era cierto: en ese planeta había especies para satisfacer todos los requerimientos. ¡Todos los requerimientos, incluso el suyo!

Allí podría satisfacer un deseo de la casta de los Pilotos, más profundo aún que el de Pilotar.

Echó otra mirada antes de estrellar el Desplazador contra el suelo. La puerta se abrió violentamente. En el mismo instante, Pid se lanzó por la ventana.

Los hombres corrieron hacia allí para mirar por ella. Ninguno logró comprender lo que veía.

Allá había sólo un gran pájaro blanco. Aleteaba torpemente, pero con más y más fuerza, tratando de alcanzar una bandada que se alejaba a la distancia.

BOULEVARD ALPHA RALPHA

Cordwainer Smith

TODOS nos sentíamos ebrios de felicidad durante aquellos primeros años, especialmente los jóvenes. Eran los primeros años del Redescubrimiento del Hombre, cuando la Instrumentalidad hurgaba entre los tesoros para reconstruir las viejas culturas, los viejos idiomas e incluso los viejos problemas. La pesadilla de la perfección había llevado a nuestros antepasados al borde del suicidio. Ahora, bajo el liderazgo del Señor Jestocost y la Dama Alice More, las antiguas civilizaciones emergían del océano del pasado como grandes masas continentales,

Yo fui el primer hombre que pegó un sello en una carta, después de catorce mil años. Llevé a Virginia a oír el primer recital de piano. Los dos miramos en la máquina óptica cómo se liberaba el cólera en Tasmania, y cómo los tasmanos bailaban en las calles, pues ya estaban libres de toda protección. Por todas partes cundía el entusiasmo. Por todas partes hombres y mujeres trajinaban con empecinada voluntad para construir un mundo más imperfecto.

Yo mismo entré en un hospital y salí convertido en francés. Claro que nunca la había conocido. La había visto a menudo, pero no la había observado con el corazón, hasta que nos encontramos frente al hospital, después de convertirnos en franceses.

Me agradó encontrarme con una vieja amiga y empecé a hablarle en la Vieja Lengua Común, pero las palabras se me

atascaban, y mientras yo intentaba hablarle ya no era Menerima sino alguien de antigua belleza, rara y extraña, alguien que había venido a esta época reciente desde los ricos mundos del pasado. Sólo pude tartamudear en francés antiguo:

—¿Cómo te llamas ahora?

—*Je m'a apelle Virginie* —respondió ella en el mismo idioma.

Mirarla y enamorarme fue todo uno. Había en ella algo fuerte y salvaje, envuelto y oculto por la ternura y la juventud de su cuerpo aniñado. Era como si el destino me hablara desde esos ojos castaños, ojos que me indagaban con certeza e intriga, tal como ambos indagábamos el nuevo mundo que se extendía alrededor de nosotros.

Le ofrecí el brazo, tal como había aprendido en las horas de hipnopedia. Ella me cogió el brazo y nos alejamos del hospital.

Entoné una antigua melodía que me había venido a la mente, junto con el francés antiguo.

Ella me tiró suavemente del brazo y me sonrió.

—¿Qué es? —preguntó—. ¿O no lo sabes?

Las palabras me brotaban de los labios. Canté en voz baja, ahogando la voz en su pelo rizado, cantando y susurrando la popular canción que me había venido a la memoria junto con todas las demás cosas que me había brindado el Redescubrimiento del Hombre:

No era la mujer que fui a buscar.

La encontré por casualidad.

*Ella no hablaba el francés de Francia
sino el susurro de la Martinica.*

No era rica ni elegante.

*Tenía una mirada cautivadora,
y eso era todo...*

De pronto me quedé sin palabras.

—Debo de haber olvidado el resto. Se llama *Macouba*, y tiene algo que ver con una isla maravillosa que los franceses antiguos llamaban Martinica.

—Sé dónde está —exclamó ella. Le habían dado los mismos

recuerdos que a mí—. ¡Se ve desde Terrapuerto!

Éste fue un súbito regreso al mundo que habíamos conocido. Terrapuerto se elevaba en su pedestal a dieciocho kilómetros de altura, en el borde oriental del pequeño continente. En su cúspide, los Señores trabajaban entre máquinas que ya no tenían sentido. Allí las naves llegaban susurrando desde las estrellas. Yo había visto imágenes de ello, pero nunca lo había visitado. Ni siquiera conocía a nadie que hubiera estado en Terrapuerto. ¿Para qué ir allí? Quizá no fuéramos bien venidos, y siempre podíamos verlo en las imágenes de la máquina óptica. Era extraño que la familiar, agradable y entrañable Menerima hubiera ido. Me hizo pensar que en el Viejo Mundo Perfecto las cosas no habían sido tan claras como parecían.

Virginia, la nueva Menerima, trató de hablar en la Vieja Lengua Común, pero desistió y se me dirigió en francés:

—Mi tía —dijo, refiriéndose a alguien de su familia, pues nadie había tenido tías en miles de años— era una creyente. Me llevó al Abba-dingo para que me diera suerte y santidad.

Mi antiguo yo se sobresaltó un poco; mi yo francés se inquietó al comprobar que esa muchacha había hecho algo inaudito aun antes de que toda la humanidad se volcara hacia lo insólito. El Abba-dingo era un obsoleto ordenador instalado en la columna de Terrapuerto. Los homúnculos lo trataban como a un dios, y a veces la gente iba a verlo. Hacerlo era tedioso y vulgar.

O lo había sido. Hasta que todas las cosas se renovaron.

Tratando de disimular mi fastidio, pregunté:

—¿Cómo era?

Ella rió ligeramente, pero en su risa se escondía un temblor que me produjo escalofríos. Si la antigua Menerima había ocultado secretos, ¿qué no haría la nueva Virginia? Casi odié al destino que me hacía amarla, que me hacía sentir que el contacto de su mano con mi brazo era un lazo con la misma eternidad.

Ella me sonrió en vez de responder. El camino de superficie estaba en obras, bajamos por una rampa hasta el nivel del primer subsuelo, donde era legal que caminaran las personas verdaderas, los homínidos y los homúnculos.

No me gustó la sensación; nunca me había alejado a más de veinte minutos de marcha de mi lugar natal. La rampa parecía

bastante segura. En esos días había pocos homínidos, hombres de las estrellas de origen humano a quienes había modificado para adecuarlos a las condiciones de mil mundos distintos. Los homúnculos eran moralmente repugnantes, aunque muchos parecían personas apuestas; eran de origen animal y se les había dado forma humana para que realizaran tareas monótonas en lugares a los cuales ningún hombre verdadero quería ir. Se rumoreaba que algunos se habían cruzado con personas verdaderas, y yo no quería exponer a mi Virginia a la presencia de tales criaturas.

Ella me asía el brazo. Cuando bajamos por la rampa al atestado pasadizo, le apoyé el brazo en los hombros, atrayéndola hacia mí. Había más claridad y más brillo que la luz diurna que dejábamos atrás, pero era un lugar extraño y peligroso. En los antiguos días, habría dado media vuelta y me habría ido a casa en lugar de exponerme a la presencia de seres tan horrendos. En aquella ocasión, en aquel momento, no podía separarme de mi nuevo amor, y temía que si yo volvía a mi apartamento de la torre, ella regresaría al suyo. De todos modos, ser francés proporcionaba cierto atractivo al peligro.

En realidad, los viandantes tenían un aspecto bastante normal. Había muchas máquinas atareadas, algunas de ellas con forma humana. No vi a un solo homínido. Las demás personas, a quienes reconocí como homúnculos porque nos cedían el paso, no parecían distintas de los seres humanos verdaderos de la superficie. Una bella muchacha me dirigió una mirada desagradable: impúdica, inteligente, provocativa más allá de los límites del coqueteo. Sospeché que era de origen perruno. Entre todos los homúnculos, las personas son las más propensas a tomarse libertades. Un hombre-perro filósofo grabó una cinta argumentando que, como los perros son los más antiguos aliados del hombre, tienen derecho a vivir más cerca del hombre que cualquier otra forma de vida.

Cuando vi la cinta, me pareció gracioso que un perro tuviera forma de Sócrates; aquí, en el primer subsuelo, no las tenía todas conmigo. ¿Qué haría si uno de ellos se insolentaba? ¿Matarlo? Eso significaba un enfrentamiento con las fuerzas legales y una entrevista con los subcomisionados de la Instrumentalidad.

Virginia no reparó en nada de esto.

En vez de responderme, me hacía preguntas sobre el primer subsuelo. Yo había estado allí una sola vez, cuando era pequeño, pero resultaba agradable sentir la curiosa y acariciante voz de Virginia en el oído.

Entonces sucedió.

Al principio creí que era un hombre empequeñecido por algún efecto de la luz del subsuelo. Cuando se acercó, vi que no era un hombre. Los hombros debían de medir un metro y medio de anchura. Feas cicatrices rojizas indicaban el lugar de la frente de donde le habían extirpado los cuernos. Era un homúnculo, obviamente de origen vacuno. Francamente, no sabía que los dejaban tan deformes.

Y estaba ebrio.

Cuando se acercó, pude captar los zumbidos de su mente: *No son gente, no son homínidos y no son Nosotros. ¿Qué hacen aquí Las palabras que piensan me confunden.* Nunca había leído pensamientos en francés.

La situación era seria. Era normal que los homúnculos hablaran, pero sólo algunos eran telepáticos: los que realizaban tareas especiales, algunos en el Abajo-abajo, donde sólo la telepatía podía transmitir las órdenes.

Virginia se aferró a mí.

Somos hombres verdaderos, pensé en clara Lengua Común. *Debes cedernos el paso.*

La única respuesta fue un bramido. No sé dónde se había emborrachado, ni con qué, pero no recibió mi mensaje.

Vi que sus pensamientos sucumbían al pánico, la impotencia, el odio. Luego embistió bailoteando, dispuesto a aplastarnos.

Concentré la mente y le ordené que se detuviera.

No dio resultado.

Aterrado, comprendí que había pensado en francés.

Virginia gritó.

El hombre-toro ya estaba sobre nosotros.

A último momento giró, pasó ciegamente de largo y soltó un bramido que resonó en el enorme pasadizo. Por fortuna, se había alejado.

Sin soltar a Virginia, me volví para ver por qué no nos había embestido.

Lo que vi era extraño.

Nuestras imágenes se alejaban de nosotros por el pasillo: mi capa color rojo oscuro volaba en el aire quieto, el vestido dorado de Virginia ondeaba mientras corría conmigo. Las imágenes eran perfectas y el hombre-toro las perseguía.

Me volví desconcertado. Nos había advertido que los dispositivos de seguridad ya no nos protegían.

Había una muchacha inmóvil junto a la pared. Yo la había confundido con una estatua. Entonces habló:

—No os acerquéis más. Soy una gata. Ha sido bastante fácil engañarlo. Será mejor que regreséis a la superficie.

—Gracias —dije—, gracias. ¿Cómo te llamas?

—¿Qué más da? No soy una persona.

—Sólo quería darte las gracias —insistí, un poco ofendido. Al hablarle noté que era bella y brillante como una llama. Tenía la tez clara, del color de la crema, y el cabello, más hermoso que el cabello humano, mostraba el fuerte color rojizo de un gato persa.

—Soy G'mell —respondió la muchacha— y trabajo en Terrapuerto.

Virginia y yo nos detuvimos. La gente gatuna estaba por debajo de nosotros, y había que eludirla, pero Terrapuerto estaba encima de nosotros, y había que respetarlo. ¿Qué hacer ante G'mell?

G'mell sonrió, y la sonrisa fue más agradable para mí que para Virginia. Comunicaba un mundo entero de conocimientos voluptuosos. Supe, por su actitud en conjunto, que no me estaba provocando. Quizá fuera la única sonrisa que conocía.

—No os preocupéis por las formalidades —dijo—. Subid por esa escalera. Me parece que ya regresa.

Giré sobre los talones buscando al hombre-toro ebrio. No se le veía.

—Subid por aquí —insistió G'mell—. Es una escalera de emergencia y os llevará de vuelta a la superficie. Evitaré que él os siga. ¿Tú hablabas en francés?

—Sí. ¿Cómo...?

—No os detengáis. Lamento haber preguntado. ¡Deprisa!

Entré por la pequeña puerta. Una escalera de caracol subía a la superficie. Usar escaleras. Usar escaleras quedaba por debajo de nuestra dignidad de personas verdaderas, pero ante la insistencia de

G'mell no puede negarme. Me despedí de G'mell con un gesto y arrastré a Virginia escalera arriba.

En la superficie nos detuvimos.

—¡Qué horror! —jadeó Virginia.

—Ahora estamos seguros —la tranquilicé.

—No hablo de la seguridad sino de la suciedad. ¡Tener que hablar con ella!

Virginia quería decir que G'mell era peor que el hombre-toro ebrio. Intuyó mis reservas, pues añadió:

—Lo triste es que la verás de nuevo...

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—No lo sé —dijo Virginia—. Lo intuyo. Pero mis intuiciones acostumbran ser acertadas. A fin de cuentas, fui al Abba-dingo.

—Querida, cuéntame qué pasó allá.

Ella negó con la cabeza en silencio y echó a andar por la calle. No tuve más remedio que seguirla. Cosa que me irritó un poco.

—¿Cómo fue? —insistí, más contrariado.

—No fue nada —respondió ella con herida dignidad de niña—. Fue un largo ascenso. La vieja me llevó consigo. Resultó que la máquina no hablaba aquel día, de todos modos, así que obtuvimos permiso para bajar por un conducto y regresar a la carretera rodante. Fue un día perdido.

Hablaba sin mirarme, como si el recuerdo fuera desagradable.

Luego se volvió hacia mí. Sus ojos castaños escudriñaron los míos como si buscaran mi alma. (Alma. Hay una palabra francesa, y no hay ninguna que corresponda a ella en la Vieja Lengua Común). Se le iluminó la cara y me rogó:

—No seamos bobos en este nuevo día. Mostrémonos bondadosos con nuestra nueva personalidad, Pablo. Hagamos algo muy francés, si eso hemos de ser.

—Un café —exclamé—. Tenemos que ir a un café. Y sé dónde hay uno.

—¿Dónde?

—Dos subsuelos más arriba. Donde asoman las máquinas y los homúnculos fisgonean por la ventana.

Me pareció gracioso pensar en homúnculos fisgones, aunque para mi antiguo yo resultaban tan indiferentes como ventanas o mesas. Mi antiguo yo no había conocido ninguno, pero sabía que no

eran personas sino animales, aunque parecían humanos y podían hablar. Se requería una personalidad francesa para advertir que algunos eran feos, y otros bellos o pintorescos. Más que pintorescos, románticos.

Evidentemente, Virginia pensaba lo mismo, pues dijo:

—Son encantadores. ¿Cómo se llama el café?

—El Gato Grasiento —dijo.

El Gato Grasiento. ¿Cómo iba a saber que esto nos llevaría a una pesadilla entre aguas altas y vientos aullantes? ¿Cómo iba a saber que esto nos llevaría a Alpha Ralpa Boulevard?

Si lo hubiera sabido, ninguna fuerza del mundo me habría llevado allí.

Otros franceses habían llegado al café antes que nosotros.

Un mozo de bigote grande y castaño tomó nota de nuestro pedido. Lo miré atentamente para ver si era un homúnculo con permiso para trabajar entre personas porque sus servicios resultaban indispensables; pero no lo era. Era una máquina, aunque su voz vibraba con énfasis parisino, y los diseñadores le habían incorporado el tic de acariciarse el bigote con el dorso de la mano, y lo habían programado para que el sudor le perlara la frente.

—*Mademoiselle? Monsieur?* ¿Cerveza? ¿Café? Dentro de un mes tendremos vino tinto. El sol brillará al cuarto y a la media después de cada hora. A menos veinte lloverá durante cinco minutos para que disfruten ustedes de estos paraguas. Soy nativo de Alsacia. Pueden ustedes hablarme en francés o en alemán.

—No sé —dijo Virginia—. Elige tú, Pablo.

—Cerveza, por favor. Cerveza para los dos.

—Desde luego, *monsieur* —dijo el mozo.

Se alejó con la servilleta colgada del brazo.

Virginia entornó los ojos al sol y comentó:

—Ojalá lloviera ahora. Nunca he visto lluvia verdadera.

—Ten paciencia, cariño.

—¿Qué significa «alemán»? —me preguntó.

—Otro idioma, otra cultura. Leí que la resucitarán el año que viene ¿Te gusta ser francesa?

—Me gusta. Mucho más que ser un número. Pero... —Calló, los ojos nublados de perplejidad.

—¿Sí, querida?

—Pablo... —dijo Virginia, y mi nombre era un grito de esperanza surgiendo de honduras de su mente que subyacían más allá de mi nuevo yo y mi antiguo yo, más allá de los designios de los Señores que nos modelaban. Le cogí la mano.

—Dime, querida.

—Pablo —continuó ella, casi sollozando—, ¿por qué ocurre todo tan deprisa? Éste es nuestro primer día, y ambos sentimos que podemos pasar juntos el resto de nuestra vida. Hay algo que se llama matrimonio, y se supone que debemos encontrar un sacerdote, y tampoco entiendo eso. Pablo, Pablo, Pablo, ¿por qué sucede tan deprisa? Quiero amarte. Te amo. Pero no quiero que me obligues a amarte. Quiero que sea mi verdadero yo.

Lloriqueaba al hablar, aunque mantenía la voz tranquila. Y entonces yo dije lo que no debía.

—No te preocupes, cariño. Sin duda los Señores de la Instrumentalidad lo han planeado todo muy bien.

Rompió a llorar con más fuerza. Yo nunca había presenciado el llanto de una persona adulta. Resultaba extraño y estremecedor. Un hombre de la mesa vecina se me acercó, pero ni siquiera lo miré de soslayo.

—Querida —dije, tratando de serenarla—, querida, encontraremos una solución...

—Pablo, déjame abandonarte, para que pueda ser tuya. Deja que me vaya por unos días, unas semanas o unos años. Si regreso, sabrás que soy yo y no un programa diseñado por una máquina. ¡Por amor de Dios, Pablo, por amor de Dios! —Cambiano de voz preguntó—: ¿Qué es Dios, Pablo? Nos han dado las palabras, pero no sé qué significan.

El hombre que estaba junto a mí intervino.

—Yo puedo llevaros hacia Dios.

—¿Quién es usted? —pregunté—. ¿Quién le ha pedido que se entrometa?

Nunca hablábamos así con la Vieja Lengua Común: al darnos una nueva lengua también nos habían dado temperamento.

El extraño siguió mostrándose cortés. Era tan francés como nosotros, pero sabía dominarse.

—Me llamo Maximilien Macht, y antes era creyente.

Los ojos de Virginia se encendieron. Se enjugó distraídamente la

cara mientras miraba al hombre. Era alto, esbelto, bronceado. (¿Cómo se habría bronceado tan pronto?). Tenía pelo rojizo y un bigote parecido al del mozo-robot.

—En cuanto a Dios, mademoiselle —continuó el desconocido—, está donde ha estado siempre: alrededor de nosotros, cerca de nosotros, en nosotros.

Era un extraño modo de hablar para un hombre que parecía tan mundano. Me levanté para decirle adiós. Virginia intuyó mis intenciones y dijo:

—Qué amable eres, Pablo. Ofrécele una silla.

Había calidez en su voz.

El mozo-robot trajo dos jarras cónicas de vidrio. Contenían un líquido dorado con una capa de espuma. Nunca había visto cerveza ni había oído hablar de ella, pero supe cuál sería el sabor. Puse dinero imaginario en la bandeja, recibí un cambio imaginario, di al mozo-robot una propina imaginaria. La Instrumentalidad aún no había resuelto el problema de las diversas monedas de las nuevas culturas, y desde luego no se podía usar dinero verdadero para pagar comida y bebida. La bebida y la comida son gratuitas.

La máquina se acarició el bigote, se enjugó el sudor de la frente con la servilleta de cuadros rojos y blancos, miró inquisitivamente a *monsieur* Macht.

—*Monsieur*, ¿va a sentarse aquí?

—Desde luego —dijo Macht.

—¿Le sirvo aquí?

—¿Por qué no? Si estas buenas gentes lo permiten.

—Muy bien —dijo la máquina, acariciándose el bigote con el dorso de la mano. Y desapareció en los oscuros recovecos del bar.

Virginia no dejaba de mirar a Macht.

—¿Es usted un creyente? —preguntó—. ¿Todavía es un creyente, aun cuando se ha vuelto francés como nosotros? ¿Cómo sabe que lo es? ¿Por qué amo a Pablo? ¿Los Señores y sus máquinas lo controlan todo en nosotros? Quiero ser *yo*. ¿Sabe usted cómo ser *yo*!

—No usted, *mademoiselle* —dijo Macht—. Sería un honor demasiado grande. Pero estoy aprendiendo a ser *yo*. Miren —dijo, volviéndose hacia mí—, hace dos semanas que soy francés, y sé qué porción de mí es mi propio *yo*, y cuánto se me ha añadido mediante

este nuevo proceso que nos devuelve la lengua y el peligro.

El camarero regresó con una pequeña copa que se erguía sobre un tallo alto, de modo que parecía una maligna versión en miniatura de Terrapuerto. El líquido que contenía era de color blanco lechoso.

—¡A su salud! —Macht levantó la copa.

Virginia lo miró como si fuera a llorar de nuevo. Cuando él y yo bebimos, Virginia se sonó la nariz y guardó el pañuelo. Era la primera vez que yo presenciaba el acto de sonarse la nariz, pero parecía congeniar con nuestra nueva cultura.

Macht nos sonrió como si fuera a dar un discurso. El sol salió puntualmente. Rodeó a Macht con un aura, confiriéndole un aspecto de demonio o de santo. Pero fue Virginia quien habló primero.

—¿Ha estado allí?

Macht enarcó las cejas, frunció el ceño.

—Sí —murmuró.

—¿Recibió un mensaje?

—Sí —respondió él, con cierta reserva.

—¿Cuál era?

Él contestó meneando la cabeza, como si fueran cosas que no se debían mencionar en público.

Quise preguntar de qué hablaban, pero Virginia continuó sin prestarme atención:

—¡Pero le dijeron algo!

—Sí —reconoció Macht.

—¿Era importante?

—*Mademoiselle*, no hablemos de ello.

—Tenemos que hablar —exclamó Virginia—. Es cuestión de vida o muerte. —Apretaba las manos con tal fuerza que tenía los nudillos blancos. No había probado la cerveza, que ahora se entibiaba al sol.

—Muy bien —aceptó Macht—, puede usted preguntar, pero no garantizo que vaya a responder.

No pude contenerme más.

—¿Qué significa todo esto?

Virginia me miró con desdén, pero aun su desprecio era el de una amante, no la fría distancia del pasado.

—Por favor, Pablo, no lo sabes. Espera. ¿Qué le dijeron, *monsieur*

Macht?

—Que yo, Maximilien Macht, viviría o moriría con una muchacha castaña que ya estaba comprometida. —Sonrió amargamente—. Y yo ni siquiera sé qué significa «comprometida».

—Lo averiguaremos —dijo Virginia—. ¿Cuándo recibió el mensaje?

—¿El mensaje de quién? —grité—. Por amor de Dios, ¿de qué estáis hablando?

—Del Abba-dingo —explicó Macht en voz baja, y añadió para Virginia—: La semana pasada.

Virginia palideció.

—De manera que funciona. ¡Funciona! Querido Pablo, a mí no me dijo nada. Pero a mi tía le dijo algo que jamás olvidaré.

Le aferré el brazo e intenté mirarla a los ojos, pero ella desvió la mirada.

—¿Qué le dijo? —pregunté.

—Pablo y Virginia.

—¿Y qué hay con eso?

Yo apenas la conocía. Ella apretaba los labios. No estaba furiosa. Era otra cosa, algo peor. Estaba tensa. Supongo que tampoco habíamos visto eso en miles *de* años.

—Pablo, trata de comprender. La máquina dio a la mujer nuestros nombres... pero se los dio hace doce años.

Macht se levantó tan bruscamente que tumbó la silla. El mozo corrió hacia nosotros.

—Entonces, está decidido —dijo Macht—. Iremos todos.

—¿Adónde? —pregunté.

—Al Abba-dingo.

—¿Pero por qué ahora? —insistí.

—¿Funcionará? —preguntó Virginia al mismo tiempo.

—Siempre funciona si uno se acerca por el lado norte.

—¿Cómo se llega allí? —preguntó Virginia.

—Hay un solo camino —respondió Macht con tristeza—. Alpha Ralpa Boulevard.

Virginia se levantó. Yo también.

Y al ponerme en pie, recordé. Alpha Ralpa Boulevard. Era una calle ruinoso que colgaba en el cielo, tenue como una nube de vapor. En un tiempo había sido una carretera por donde desfilaban

los conquistadores y por donde circulaban los tributos. Pero estaba en ruinas, perdida entre las nubes, cerradas a la humanidad desde hacía cien siglos.

—La conozco —dije—. Está en ruinas.

Macht calló desdeñosamente.

—Vamos —murmuró la pálida Virginia.

—¿Pero por qué? —pregunté—. ¿Por qué?

—Tonto. Si no tenemos un Dios, al menos disponemos de una máquina. Es lo único que la Instrumentalidad no entiende en este mundo ni en otros. Quizá nos revele el futuro. Quizá sea una no-máquina. Es evidente que viene de otra época. ¿Por qué no usarla, querido? Si dice que somos nosotros, somos nosotros.

—¿Y si dice lo contrario?

—Pues no lo somos —replicó con huraña tristeza.

—¿Qué quieres decir?

—Si no somos nosotros, somos sólo juguetes, muñecos marionetas dirigidas por los Señores. Tú no eres tú ni yo soy yo. Pero si el Abba-dingo, que conocía los nombres Pablo y Virginia doce años antes de que sucediera, si el Abba-dingo dice que somos nosotros, no me importa si es una máquina profética, un dios, un demonio o cualquier otra cosa. No me importa, pero tendremos la verdad.

¿Qué podía responder a eso? Macht salió primero, seguido por Virginia, y yo fui detrás de ambos. Salimos de la luz solar del Gato Grasiento; cuando nos íbamos, comenzaba a caer una tenue llovizna. El mozo, pareciendo por un momento la máquina que era, fijó los ojos en el vacío. Cruzamos el borde del subsuelo y bajamos a la pista rápida.

Salimos a una región de casas elegantes. Todas estaban en ruinas, La vegetación había invadido los edificios. Las flores salpicaban el parque, los umbrales, los cuartos sin techo. ¿Quién quería una casa sin techo cuando la población de la Tierra había disminuido tanto que en las ciudades sobraba lugar?

Cuando íbamos por el camino de grava, en una ocasión me pareció ver una familia de homúnculos que nos espiaba desde una casa. Quizá fuera mi imaginación.

Macht callaba.

Virginia y yo caminábamos junto a él cogidos de la mano. Yo

podría haber disfrutado de esta extraña excursión, pero Virginia me estrujaba la mano y se mordía el labio, y supe lo decisivo que era esto: para ella equivalía a una peregrinación. (Una peregrinación era una antigua marcha hasta un lugar poderoso, muy bueno para el cuerpo y el alma). No me molestaba acompañarlos. Más aún, no podía haber impedido que los acompañara, una vez que Macht decidió irse del café. Pero no tenía por qué tomarlo en serio. ¿O sí?

¿Qué quería Macht?

¿Quién era Macht? ¿Qué pensamientos había aprendido esa mente en dos cortas semanas? ¿Cómo nos había precedido en su llegada a un nuevo mundo de peligro y aventura? No confiaba en él. Por primera vez en mi vida, me sentía solo.

Hasta ahora me había bastado en la Instrumentalidad para que una imagen protectora armada hasta los dientes surgiera en mi mente. La telepatía me protegía contra todos los peligros, curaba todas las heridas, nos guiaba durante los ciento cuarenta y seis mil noventa días que se nos habían asignado. Ahora era diferente. Yo no conocía a este hombre, y dependía de él, no de los poderes que nos habían protegido y custodiado.

Abandonamos la carretera en ruinas para entrar en un inmenso bulevar. El pavimento era tan liso y compacto que nada crecía en él, salvo en los puntos donde el viento y el polvo habían acumulado tierra.

Macht se detuvo.

—Es aquí —indicó—. Alpha Ralpha Boulevard.

Callamos mientras mirábamos aquella carretera de imperios olvidados.

A nuestra izquierda el bulevar desaparecía en una suave curva. Conducía al norte de la ciudad, donde yo había crecido. Sabía que había otra ciudad más al norte, pero había olvidado cómo se llamaba. ¿Por qué iba a recordarlo? Sin duda sería igual a la mía.

Pero a la derecha...

A la derecha el bulevar se elevaba de pronto, como una rampa. Desaparecía entre las nubes. Al borde de las nubes había un indicio de desastre. No lo distinguía con precisión, pero el bulevar entero parecía cortado por fuerzas inimaginables. Más allá de las nubes se erguía el Abba-dingo, el lugar donde todas las preguntas hallaban respuesta.

O eso decían.

Virginia se acurrucó contra mí.

—Volvamos —propuse—. Somos gente de ciudad. No sabemos nada sobre ruinas.

—Pueden irse si lo desean —dijo Macht—. Yo sólo trataba de hacerles un favor.

Ambos miramos a Virginia.

Ella fijó en mí sus ojos castaños, en los que vi una súplica más antigua que la mujer y el hombre, más antigua que la especie humana. Supe lo que diría exactamente. Afirmaría que *tenía* que saber.

Macht aplastó unos guijarros blandos con el zapato. Al fin Virginia habló.

—Pablo, no busco el peligro por el peligro mismo. Pero antes hablaba en serio. ¿No existe la posibilidad de que nos estén obligando a amarnos? ¿Qué vida tendríamos si nuestra felicidad, si nuestra personalidad, dependiera de una máquina o de una voz mecánica que nos hablaba mientras dormíamos aprendiendo francés? Quizá sea divertido volver al viejo mundo. Supongo que lo es. Sé que me brindas una felicidad que jamás sospeché hasta hoy. Si de veras somos nosotros, tenemos algo maravilloso, y deberíamos saberlo. Pero si verdaderamente no es así...

Rompió a llorar. Quise decirle que en cualquier caso parecería lo mismo, pero la cara huraña y ominosa de Macht me miró por encima del hombro de Virginia mientras la abrazaba. No había nada que decir.

La estreché.

Debajo del pie de Macht brotó un hilillo de sangre. El polvo la absorbió.

—Macht —dije—, ¿se ha hecho daño?

Virginia también se volvió.

Macht enarcó las cejas y dijo despreocupadamente:

—No. ¿Por qué?

—La sangre. Abajo.

Miró hacia el suelo.

—Ah, eso. No es nada. Sólo los huevos de algún no-pájaro que ni siquiera vuela.

—¡Basta! —grité telepáticamente, usando la Vieja Lengua

Común. Ni siquiera traté de pensar en nuestro francés aprendido.

Él retrocedió un paso, asombrado.

De la nada me llegó un mensaje: *Gracias gracias buengrande regresa por favor gracias buengrande vete de aquí hombre malo hombre malo hombre malo*. Algún animal o pájaro me prevenía contra Macht.

Le agradecí la advertencia telepáticamente y volví a mirar a Macht.

Nos contemplarnos fijamente. ¿Esto era la *cultura*? ¿Ahora éramos hombres?; La libertad siempre incluía la libertad para desconfiar, temer, odiar?

Macht no me gustaba en absoluto. Los nombres de delitos Olvidados surgieron en mi mente: *asesinato, homicidio, secuestro, demencia, violación, asalto*.

No habíamos conocido estas cosas, pero las sentía.

Me habló con serenidad. Ambos habíamos cerrado la mente para impedir una lectura telepática, de modo que nuestros únicos medios de comunicación eran la empatía y el francés.

—Fue idea suya —dijo con descaro—, o al menos de la dama...

—La mentira ha venido al mundo —repliqué—. ¿De manera que nos dirigimos hacia las nubes sin razón alguna?

—Hay una razón —señaló Macht.

Aparté a Virginia suavemente y cerré la mente con tal fuerza que la antitelepatía me dominó como una jaqueca.

—Macht —advertí, y oí un gruñido animal en mi propia voz—, dígame por qué nos ha traído aquí o lo mataré.

No retrocedió. Me miró a la cara, dispuesto a pelear.

—¿Me matará? ¿Quiere decir que me quitará la vida?

Sus palabras carecían de convicción. Ninguno de los dos solía pelear, pero él se dispuso a defenderse y yo a atacar.

Debajo de mi escudo mental se deslizó un pensamiento animal: *Hombrebueno hombrebueno apriétale el cuello no-aire él-aaah no-aire él-aaah como un huevo roto*.

Seguí el consejo sin averiguar de dónde venía. Fue sencillo. Me acerqué a Macht, le puse las manos en la garganta y apreté. Él trató de apartarme las manos, luego trató de darme patadas. Yo no le soltaba la garganta. Si yo hubiera sido un Señor o un capitán de viaje, habría sabido luchar. Pero no sabía, y él tampoco. De pronto

él dejó de forcejear y sentí un peso en las manos.

Sorprendido, lo solté.

Macht estaba inconsciente. ¿Eso era *muerto*?

No podía ser, pues se incorporó. Virginia corrió hacia él. Macht se frotó la garganta y dijo con voz áspera:

—No debió usted hacer eso:

Sus palabras me dieron coraje.

—Dígame por qué nos hizo venir —repliqué—, o volveré a atacarle.

Macht sonrió débilmente. Apoyó la cabeza en el brazo de Virginia.

—Es por el miedo —dijo—. Miedo.

—¿Miedo? —Yo conocía la palabra *peur*, pero no el significado. ¿Era una especie de inquietud o alarma animal?

Estaba pensando con la mente abierta. Él respondió con la mente:

—Sí.

—Pero ¿por qué le gusta? —pregunté.

—*Es delicioso —pensó—. Me da náuseas y escalofríos, me da vida. Es como un medicamento fuerte, casi tan bueno como el stroon. Fui antes allá. En lo alto, tuve mucho miedo. Fue maravilloso, fue malo y bueno, todo al mismo tiempo. Viví mil años en una hora. Quería más, pero pensé que resultaría más excitante si estaba acompañado.*

—Lo mataré —dije en francés—. Es usted muy... muy... —Tuve que buscar la palabra—. Muy maligno.

—No —se opuso Virginia—. Déjale hablar.

Él pensó, sin molestarse en usar palabras:

—*Esto es lo que los Señores de la Instrumentalidad nos impedían tener. Miedo. Realidad. Nacíamos en un sopor y moríamos en un sueño. Hasta el subpueblo de los animales disfrutaba de más vida que nosotros. Las máquinas no tenían miedo. Y eso éramos, máquinas que se consideraban humanas. Y ahora somos libres.*

Vio en mi mente el filo de una furia roja, y cambió de tema.

—No mentí. *Esto es el camino del Abba-dingo. He estado allí. Funciona. De este lado, siempre funciona.*

—Funciona —exclamó Virginia—. ¿Ves lo que dice? ¡Funciona! Él dice la verdad. ¡Oh, Pablo, sigamos adelante!

—De acuerdo. Iremos.

Le ayudé a levantarse. Parecía confuso, como un hombre que ha mostrado algo que lo avergüenza.

Avanzamos por la superficie del indestructible bulevar. Era cómodo para los pies.

En el fondo de mi mente el animal balbuceaba sus pensamientos: *Hombrebueno hombrebueno dale muerte lleva agua lleva agua.*

No le presté atención. Seguí adelante. Virginia iba entre los dos. No le presté atención.

Ojalá lo hubiera hecho.

Caminamos mucho rato.

Era algo nuevo para nosotros. Resultaba estimulante saber que nadie nos protegía, que el aire era libre, que se movía sin ser impulsado por máquinas climáticas. Vimos muchos pájaros, y al proyectar mis pensamientos noté que sus mentes obtusas se sobresaltaban; eran pájaros naturales, y nunca habíamos visto nada parecido. Virginia me preguntó cómo se llamaban, y yo desgrané desenfadadamente todos los nombres de pájaros que habíamos aprendido en francés, sin saber si eran históricamente correctos.

Maximilien Macht también se animó. Cantó una discordante canción, la cual aseguraba que nosotros tomaríamos la carretera alta y él la carretera baja, pero que él llegaría a Escocia antes que nosotros. No tenía sentido, pero la melodía era agradable. Cada vez que se alejaba un poco de Virginia y de mí, yo componía variaciones sobre *Macouba* y susurraba las frases al delicado oído de Virginia:

*No era la mujer que fui a buscar,
la conocí por pura casualidad.
No hablaba el francés de Francia,
sino el susurro de la Martinica.*

La aventura y la libertad nos hicieron felices hasta que tuvimos hambre. Allí comenzaron nuestros problemas.

Virginia se acercó a un poste, lo golpeó con el puño y dijo:
—Aliméntame.

El poste tendría que haberse abierto para servirnos un refrigerio, o bien tendría que habernos indicado dónde podíamos conseguir

comida a poca distancia. No hizo nada. Debía de estar estropeado.

Así iniciamos el juego de golpear cada poste.

Alpha Ralph Boulevard se elevaba a medio kilómetro sobre la campiña circundante. Pájaros silvestres revoloteaban alrededor. Había menos polvo en el pavimento, y menos malezas. La inmensa carretera, sin pilotes, se curvaba como una cinta flotando entre las nubes.

Nos cansamos de golpear postes. No teníamos comida ni agua.

Virginia se inquietó.

—Ahora no sirve de nada regresar. La comida está aún más lejos si damos media vuelta. Ojalá hubieras traído algo.

¿Cómo iba a pensar en llevar comida? ¿Quién lleva comida? ¿Por qué llevarla, cuando se encuentra por doquier? Mi amada no tenía razón, pero era mi amada y yo la amaba aún más por las dulces imperfecciones de su temperamento.

Macht siguió golpeando postes, en parte para no inmiscuirse en nuestra discusión, y obtuvo un resultado imprevisto.

Se inclinaba para golpear con fuerza el poste de gran farol, y de pronto aulló como un perro y se deslizó cuesta arriba a gran velocidad. Oí que gritaba algo antes de desaparecer entre las nubes, pero entendí las palabras.

Virginia me miró.

—¿Quieres regresar ahora? Macht se ha ido. Podemos decir que estaba cansada.

—¿Lo dices en serio?

—Claro, querido.

Reí con cierta ofuscación. Ella había insistido en ir, pero ahora estaba dispuesta a dar media vuelta y desistir, tan sólo por complacerme.

—Olvidalo. Ya no puede faltar mucho. Sigamos adelante.

—Pablo...

Me miró con ojos turbios, como si intentara sondearme la mente.

—*¿Quieres que hablemos así?* —pensé.

—No —contestó ella en francés—. Quiero decir las cosas de una en una. Pablo, quiero ir al Abba-dingo. Necesito ir. Es la mayor necesidad de mi vida. Pero al mismo tiempo no quiero ir. Hay algo malo allí. Prefiero tenerte mal que no tenerte. Podría ocurrir algo.

—¿Estás sintiendo ese «miedo» del que hablaba Macht? — pregunté contrariado.

—Oh, no, Pablo. Esta sensación no es excitante. Es como un fallo en una máquina.

—¡Escucha! —interrumpí.

Desde las nubes llegó el sonido semejante a un gemido animal. Había palabras en el sonido. Debía de ser Macht, Creí oír «Cuidado». Cuando lo busqué con la mente, la distancia se expandió en círculos y me mareó.

—Sigamos, querida —propuse.

—Sí, Paul —dijo Virginia, y en su voz había una insondable mezcla de felicidad, resignación y desconsuelo.

Antes de continuar, la miré atentamente. Ella era mi amada. El cielo se había vuelto amarillo y las luces aún no estaban encendidas. En el cielo amarillento los rizos castaños se teñían de oro, los ojos castaños se volvían negros; ese rostro joven, marcado por el destino, cobró una singular intensidad.

—Eres mía —afirmé.

—Sí, Pablo —respondió ella, sonriendo—. ¡Tú lo has dicho! Es doblemente agradable.

Un pájaro nos miró desde la baranda y echó a volar. Quizá no aprobaba las insensateces humanas y decidió lanzarse al aire oscuro. Más abajo extendió las alas para planear.

—No somos libres como los pájaros —dije a Virginia—, pero somos más libres de lo que ha sido la gente durante cien siglos.

Por respuesta ella me estrechó el brazo y me sonrió.

—Y ahora —añadí—, seguiremos a Macht. Abrázame con fuerza. Golpearé ese poste. Si no nos da comida, tal vez nos ofrezca un paseo.

Virginia me abrazó con fuerza cuando golpeé el poste.

¿Qué poste? De pronto todos se disolvieron en un borrón. El suelo parecía quieto, pero nos movíamos a gran velocidad. Ni siquiera en el subsuelo de servicios había visto un camino tan rápido. El vestido de Virginia ondeaba en el viento. En un instante entramos y salimos de la nube.

Un nuevo mundo nos rodeaba. Había nubes arriba y abajo. Aquí y allá asomaba el cielo azul y brillante. No tambaleábamos. Los antiguos ingenieros habían diseñado el camino con inteligencia.

Subíamos continuamente sin marearnos.

Otra nube.

Luego todo ocurrió tan deprisa que las palabras necesarias para contarlo son más lentas.

Algo oscuro se lanzó sobre mí. Recibí un violento golpe en el pecho. Sólo después comprendí que era el brazo de Macht, tratando de aferrarme antes de que cruzáramos el borde. Entramos en otra nube y recibí un segundo golpe. El dolor fue terrible. Nunca había sentido nada parecido. Virginia se había caído, había pasado por encima de mí y ahora me tiraba de las manos.

Quise decirle que no tirara más, pues me dolía, pero no tenía aliento. En vez de discutir, traté de hacer lo que ella quería. Intenté avanzar hacia ella. Sólo entonces advertí que no había nada bajo mis pies: ni puente, ni camino, nada.

Yo estaba al borde del bulevar, el borde roto del lado superior. No había nada debajo salvo unos cables enredados y, muy abajo, una cinta diminuta que no era ni un río ni un camino.

Habíamos saltado un gran barranco y yo había caído contra el borde superior de la carretera, golpeándolo con el pecho.

El dolor no importaba.

Al cabo de un instante el médico-robot vendría a curarme.

Una mirada al rostro de Virginia me recordó que no había médico-robot, ni mundo, ni Instrumentalidad, sólo viento y dolor. Virginia gritaba. Pero tardé un instante en oír lo que decía.

—Es por mi culpa, es por mi culpa. Pablo, querido, ¿estás muerto?

Ninguno de los dos sabía a ciencia cierta qué significaba «muerto», porque la gente siempre se iba en el momento previsto, pero sabíamos que debía de ser cuando cesa la vida. Intenté decirle que estaba vivo, pero ella se empeñaba en alejarme del borde.

Me senté ayudándome con las manos.

Virginia se arrodilló y me cubrió la cara de besos.

—¿Dónde está Macht? —jadeé al fin.

Ella miró hacia atrás.

—No lo veo.

Yo también intenté mirar.

—Quédate quieto —dijo Virginia—. Miraré de nuevo.

Caminó con valentía hasta el borde del bulevar segado y atisbo

entre las nubes que corrían abajo como humo succionado por un ventilador.

—Ya lo veo —exclamó—. Tiene un aspecto extraño. Como un insecto en un museo. Está arrastrándose por los cables.

Me acerqué gateando y miré hacia abajo. Allá estaba Macht, un punto que se movía a lo largo de un hilo, entre pájaros aletantes. Parecía muy peligroso. Quizá Macht experimentaba todo el «miedo» que necesitaba para ser feliz. Yo no quería ese «miedo». Quería comida, agua y un médico-robot.

No había nada de eso.

Me levanté trabajosamente. Virginia quiso ayudarme, pero logré ponerme en pie antes de que ella me tocara.

—Sigamos adelante.

—¿Adelante? —preguntó ella.

—Hasta el Abba-dingo. Quizás haya máquinas amistosas allá arriba. Aquí sólo hay frío y viento, y las luces aún no están encendidas.

Ella frunció el ceño.

—Pero Macht...

—Tardará horas en llegar aquí. Podemos regresar.

Virginia obedeció.

Una vez más nos dirigimos hacia la izquierda del bulevar. Le dije que me abrazara la cintura mientras golpeaba los postes uno por uno. Tenía que haber un dispositivo para reactivar el camino.

La cuarta vez funcionó.

De nuevo el viento nos azotó la ropa mientras nos deslizábamos cuesta arriba por Alpha Ralpa Boulevard.

Casi nos caímos cuando el camino viró a la izquierda. Cuando recobré el equilibrio, el camino giró a la derecha.

Y allí nos detuvimos.

Habíamos llegado al Abba-dingo.

Una plataforma cubierta de cosas blancas; barras con protuberancias y pelotas imperfectas del tamaño de mi cabeza.

Virginia callaba.

¿Del tamaño de mi cabeza? Di una patada a un objeto y de pronto supe qué era. Gente. Las partes internas. Nunca había visto esas cosas. Y aquello que estaba en el suelo debía de haber sido una mano. Había cientos de esos objetos por el camino.

—Vamos, Virginia —dije con voz serena, ocultando mis pensamientos.

Ella me siguió sin decir palabra. Sentía curiosidad por los objetos, pero no parecía reconocerlos.

Yo estaba mirando la pared.

Al fin encontré las portezuelas de Abba-dingo,

Una decía METEOROLÓGICA. No estaba en la Vieja Lengua Común ni en francés, pero era tan parecido que imaginé que tenía algo que ver con el comportamiento del aire. Apoyé la mano en el panel de la puerta. El panel se volvió translúcido y reveló una inscripción antigua. Había unos números que no significaban nada, palabras sin sentido, y luego:

Tifón acercándose.

Mi francés no me indicaba qué era un «acercándose», pero «tifón» significaba sin duda *typhon*, una gran turbulencia en el aire. Pensé: *Que las máquinas climáticas se encarguen del asunto*. No tenía nada que ver con nosotros.

—Eso no ayudará —murmuré.

—¿Qué significa? —preguntó Virginia.

—El aire sufrirá una turbulencia.

—Oh. No nos incumbe, ¿verdad?

—Claro que no.

Probé suerte con el siguiente panel, que decía COMIDA. Cuando mi mano tocó la portezuela, se produjo un crujido desgarrador dentro de la pared, como si la torre vomitara. La puerta se entreabrió y despidió un olor nauseabundo. Luego volvió a cerrarse.

La tercera puerta decía AYUDA y cuando la toqué no ocurrió nada. Quizá fuera un antiguo dispositivo para recaudar impuestos. La cuarta puerta era más grande y por la parte inferior ya estaba entreabierta. El nombre de la puerta era PREDICCIONES. Eso resultaba bastante claro para cualquiera que supiera francés antiguo. El nombre de abajo era más misterioso: INTRODUCZA EL PAPEL AQUÍ. No entendí qué significaba.

Probé suerte con la telepatía. No ocurrió nada. El viento susurró. Algunas pelotas y barras de calcio rodaron en la plataforma. Probé de nuevo, buscando la huella de viejos pensamientos. Un grito entró en mi mente, un grito agudo y prolongado que no parecía humano. Eso fue todo.

Quizá me trastornó. No sentí «miedo», pero me preocupé por Virginia.

Ella estaba mirando el suelo.

—¿No te parece extraño que haya un abrigo de hombre en el piso, entre esos objetos raros? —preguntó.

Una vez había visto una antigua máquina de rayos X en el museo, así que sabía que el abrigo aún rodeaba el material que había constituido la estructura interna del hombre. Allí no había pelota, así que estaba seguro de que la persona había «muerto». ¿Cómo podía haber sucedido en los viejos días? ¿Por qué la Instrumentalidad había permitido que sucediera? Pero la Instrumentalidad siempre había prohibido este lado de la torre. Quizá los transgresores hubieran encontrado un enigmático castigo.

—Mira —dijo Virginia—, puedo meter la mano.

Antes de que pudiera impedirlo, Virginia introdujo la mano en la ranura alargada que decía INTRODUCIR EL PAPEL AQUÍ.

Gritó.

Se le atascó la mano.

Tiré del brazo, pero no se movía. Virginia jadeó de dolor. De pronto logró liberarse.

Tenía palabras grabadas en la piel. Me quité la capa y le cubrí la mano.

Mientras ella sollozaba, le miré la mano y descubrí unas palabras escritas en su piel.

Las palabras decían claramente, en francés: *Amarás a Pablo toda la vida.*

Virginia me permitió vendarle la mano con la capa y luego levantó la cara para que la besara.

—Ha valido la pena. Ha valido la pena pasar por todo esto. Veamos si podemos bajar. Ahora lo sé.

La besé de nuevo.

—Lo sabes, ¿verdad? —dije para confortarla.

—Desde luego. —Ella sonrió a través de las lágrimas—. La Instrumentalidad no pudo concebir esto. ¡Qué máquina tan inteligente! ¿Es un dios o un diablo?

Yo aún no había estudiado esas palabras, así que en vez de responder le di una palmada. Nos preparamos para irnos.

A última hora advertí que yo no había probado suerte con

PREDICCIONES.

—Un momento, querida. Déjame arrancar un trozo de vendaje.

Virginia esperó pacientemente. Arranqué un fragmento del tamaño de mi mano y recogí uno de los trozos de ex personas que había en el suelo. Quizá fuera un pedazo de brazo. Regresé para introducir la tela en la ranura, pero cuando llegué a la puerta un enorme pájaro obstruía el camino.

Traté de ahuyentar al pájaro con la mano, y el ave graznó. Parecía amenazarme con sus chillidos y su afilado pico. No conseguí ahuyentarlo.

Probé suerte con la telepatía.

Soy un hombre verdadero. ¡Lárgate!

La obtusa mente del pájaro respondió:

¡No-no-no-no-no!

Le asesté un puñetazo tan fuerte que cayó al suelo. Se enderezó entre los restos blancos que cubrían la plataforma, abrió las alas y se dejó arrastrar por el viento.

Introduje el trozo de tela, conté hasta veinte y saqué el fragmento.

Las palabras eran claras, pero no significaban nada:

Amarás a Virginia veintitún minutos más.

La dichosa voz de Virginia, tranquilizada por la predicción pero aún temblando por el dolor de la mano grabada, me llegó como desde lejos.

—¿Qué dice, querido?

Por accidente o a propósito, dejé que el viento se llevara la tela. Aleteó como un pájaro.

—¡Oh! —exclamó Virginia, defraudada—. Lo hemos perdido. ¿Qué decía?

—Lo mismo que tu inscripción.

—Pero ¿qué palabras usaba? ¿Cómo lo decía?

Con amor, desazón y quizá un poco de «miedo», susurré una mentira:

—Decía: «Pablo siempre amaré a Virginia».

Me dedicó una sonrisa radiante. Su silueta robusta se erguía firme y feliz contra el viento. Una vez más era la rechoncha y hermosa Menerima a quien yo había visto en mi vecindario cuando éramos niños. Y era más que eso. Era mi nuevo amor en un nuevo

mundo. Era mi *mademoiselle* de Martinica. El mensaje era una estupidez. La ranura de alimentos evidenciaba que la máquina estaba estropeada.

—Aquí no hay comida ni agua —dije. En realidad, había un charco de agua junto a la baranda, pero el agua había tocado los objetos humanos del suelo y yo no me atrevía a bebería.

Virginia estaba tan feliz que, a pesar de la mano herida, la falta de agua y el hambre, caminaba vigorosa y alegremente.

Veintiún minutos, pensé. Han transcurrido unas seis horas. Si nos quedamos aquí nos exponemos a, peligros desconocidos.

Echamos a andar decididamente por Alpha Ralpa Boulevard. Habíamos llegado al Abba-dingo y todavía estábamos «vivos». No creía estar «muerto», pero las palabras habían carecido de sentido durante tanto tiempo que resultaba difícil pensarlas.

La rampa era tan empinada que bajábamos al trote. El viento nos golpeaba la cara con increíble fuerza. Eso era, viento, pero sólo busqué la palabra *vent* en cuanto todo hubo terminado.

No vimos toda la torre, sólo la pared adonde nos había conducido el antiguo camino. El resto de la torre quedaba oculto entre nubes ondeantes y andrajosas.

El cielo era rojo por un lado y de un amarillo sucio por el otro. Cayeron grandes gotas de agua.

—Las máquinas climáticas están estropeadas —grité.

Virginia quiso responderme, pero el viento se llevó las palabras. Repetí lo que había dicho sobre las máquinas climáticas. Ella asintió cálidamente, aunque el viento le enmarañaba el pelo y el agua le manchaba el vestido dorado. No importa. Me aferró el brazo. Caminaba sonriendo mientras nos disponíamos a descender por la rampa. Sus ojos castaños rebosaban de vida y confianza. Vio que la miraba y me besó el brazo sin perder el paso. Era mía para siempre, y ella lo sabía.

El agua-de-arriba, que según me enteré después era «lluvia», arreciaba cada vez más. De pronto cayeron pájaros. Un gran pájaro aleteó con fuerza en el aire sibilante y logró detenerse ante mi rostro. Graznó y se perdió en el viento. Apenas se había ido cuando otro pájaro me cayó sobre el cuerpo. Pronto se fue con otra ráfaga de aire, dejándome sólo el eco telepático de un grito: ¡No-no-no-no!

¿Ahora qué?, pensé. Un consejo de pájaro no sirve de mucho.

Virginia me aferró el brazo y se detuvo.

Yo también me detuve.

El borde roto de Alpha Ralpa Boulevard quedaba cerca de allí. Feas nubes amarillas nadaban en la brecha como peces venenosos.

Virginia gritaba.

Me agaché, acercando la oreja a sus labios.

—¿Dónde está Macht? —gritó.

La conduje al lado izquierdo del camino, donde la baranda nos daba cierta protección contra el aire furibundo y contra el agua. Ninguno de los dos podía ver a mucha distancia. Hice que se arrodillara y me agaché junto a ella. El agua nos tamborileaba en la espalda. La luz se había vuelto amarilla, sucia y oscura.

Aún veíamos algo, pero no demasiado.

Yo hubiera deseado quedarme al amparo de la baranda, pero Virginia quería ayudar a Macht. ¿Qué podía hacer yo? Si Macht había encontrado refugio, estaba a salvo, pero si continuaba en los cables, el aire turbulento pronto lo arrastraría y no habría más Maximilien Macht. Estaría «muerto» y sus partes internas se blanquearían en el suelo.

Virginia insistió.

Nos arrastramos hacia el borde.

Un pájaro cayó en picado hacia mí. Aparté la cara y un ala me rozó la mejilla, que me ardió como fuego. Ignoraba que las plumas fueran tan duras. Supuse que los pájaros debían de tener los mecanismos mentales deteriorados para atreverse a golpear personas en Alpha Ralpa Boulevard. No era el modo habitual de comportarse ante las personas verdaderas.

Al fin llegamos al borde. Traté de hundir las uñas de la mano izquierda en el material pétreo de la baranda, pero era lisa y no había donde aferrarse, salvo la moldura ornamental. Con el brazo derecho rodeaba a Virginia. Arrastrarse así resultaba doloroso, porque aún sentía los efectos del golpe contra el borde de la carretera durante el ascenso. Vacilé, pero Virginia siguió adelante.

No veíamos nada.

Nos rodeaba la oscuridad.

El viento y el agua nos golpeaban como puñetazos.

El vestido tiraba de Virginia como un perro importunando a su amo. Quise que regresara a la protección de la baranda, donde

podríamos esperar a que terminara la turbulencia.

De pronto se produjo un fogonazo de luz. Era pura electricidad, lo que los antiguos llamaban *rayo*. Más tarde descubrí que son frecuentes en las zonas que quedan fuera del alcance de las máquinas climáticas.

La luz repentina y brillante nos mostró un rostro blanco vuelto hacia nosotros. Colgaba abajo, entre los cables. Tenía la boca abierta, así que debía de estar gritando. Nunca sabré si expresaba «miedo» o felicidad, pero reflejaba una gran excitación. La luz brillante se diluyó y me pareció oír el eco de un grito. Busqué telepáticamente la mente de Macht, pero no encontré nada. Sólo un pájaro obtuso y obstinado que chillaba *¡No-no-no-no!* con el pensamiento.

Virginia se tensó en mis brazos, y tiritó. Le grité en francés. No me oía.

La llamé con la mente.

Alguien más estaba allí.

La mente de Virginia gritó con repugnancia:

—*La muchacha-gato. ¡Va a tocarme!*

Se contorsionó. De pronto no hubo nada en mi brazo derecho. Aun en la penumbra, distinguí un vestido dorado llameando más allá del borde. Busqué con la mente y recibí el grito:

—*Pablo, Pablo, te amo. ¡Ayúdame!*

Los pensamientos se desvanecieron cuando el cuerpo cayó.

La otra persona era G'mell, a quien habíamos conocido en el pasillo.

—*He venido a buscaros* —pensó G'mell—. *Aunque los pájaros no se preocupaban por ella.*

—*¿Qué tienen que ver los pájaros?*

—*Tú los salvaste. Salvaste a sus crías cuando el hombre de pelo rojo las quiso matar. A todos nos intrigaba saber cómo se comportarían los hombres verdaderos cuando fueran libres. Lo hemos averiguado. Algunos son malvados y matan a las otras formas de vida. Otros se muestran bondadosos y protegen la vida.*

Me pregunté si ésa era toda la diferencia entre «bueno» y «malo».

Quizá no debí dejarme sorprender con la guardia baja. La gente no sabía pelear, pero los homúnculos sí. Crecían entre batallas y

trabajaban entre problemas. G'mell, como buena muchacha-gato, me pegó en la barbilla como un émbolo. No tenía anestesia, y sólo podía llevarme por los cables, en medio de ese «tifón», si yo estaba desmayado y laxo.

Desperté en mi cuarto. Me encontraba muy bien.

—Has sufrido un *shock* —me dijo el médico-robot—. Ya me he puesto en contacto con el subcomisionado de la Instrumentalidad. Si lo deseas, puedo borrar todos los recuerdos del último día.

Tenía una expresión de amabilidad.

¿Dónde estaba el viento furioso? ¿El aire que caía a plomo? ¿El agua desbocada, no controlada por ninguna máquina climática? ¿Dónde estaban el vestido dorado y la cara ansiosa de miedo de Maximien Macht?

Pensé esas preguntas, pero el médico-robot no era telépata y no las captó. Lo miré intensamente.

—¿Dónde está mi amor verdadero? —pregunté.

Los robots no sonríen con lascivia, pero éste lo intentó.

—¿La muchacha-gata desnuda del pelo ardiente? Fue a buscar ropa.

Le dirigí una profunda mirada.

La presuntuosa y estrecha mente mecánica elaboró pensamientos desagradables.

—Debo decir que las «personas libres» cambian deprisa...

¿Quién discute con una máquina? Realmente no valía la pena responder.

Pero ¿y aquella otra máquina? Veintiún minutos. ¿Cómo era posible? ¿Cómo lo había sabido? Tampoco quería discutir con aquella máquina. Debía de haber sido una máquina muy poderosa, o tal vez un vestigio de las guerras antiguas. No quería averiguarlo. Algunas personas dirían que es Dios. Para mí no es nada. No necesito el «miedo» y no pienso volver a Alpha Ralpa Boulevard,

Pero ¡corazón, corazón mío! ¿Cómo podrás volver a ese café?

G'mell llegó y el médico-robot salió del cuarto.

EL REY DE INVIERNO

Ursula K. Le Guin

CUANDO en el transcurso del tiempo surgen torbellinos, y la historia parece arremolinarse en torno a un tronco que se hunde, entonces las fotografías vienen al pelo: instantáneas, que pueden ser equipadas para comparar al padre con el hijo, al joven rey con el viejo, y que también pueden barajarse y volver a ordenarse hasta que los años corran incesantemente. Porque a pesar de los trucos de la comunicación interestelar instantánea y de los viajes interestelares casi tan veloces como la luz, el tiempo (como lo advierte el Axt Plenipotenciario) no se invierte; ni la muerte puede ser burlada.

En consecuencia, aunque la fotografía más conocida sea aquella imagen oscura de un rey joven que contempla a un rey viejo, muerto en un corredor iluminado solamente por espejos en los que se refleja una ciudad incendiada, apártala por un momento. Mira primero al joven rey, el orgullo de una nación, el más luminoso y afortunado ser de veintidós años que haya existido. Cuando se tomó esta fotografía, apoyaba la espalda contra una pared. Estaba roñosa, temblaba, y su rostro aparecía vacío y demente, pues había perdido esa confianza mínima en el mundo que se llama cordura. Repetía dentro de su cabeza lo que había repetido durante horas o años: «Abdicaré. Abdicaré. Abdicaré». Con los ojos cerrados vio las habitaciones de rojas paredes del Palacio, las torres y calles de

Erhenrang bajo la nieve que caía, las hermosas planicies de las Tierras Bajas del oeste, las cumbres blancas del Kargav, y renunció a todo, a su reino.

—Abdicaré —dijo en voz baja y luego, fuerte, gritó cuando la persona vestida de rojo y blanco se le acercó una vez más, diciendo:

—¡Majestad! Se ha descubierto un complot contra tu vida en la Escuela de Artesanos.

Y el zumbido comenzó nuevamente. Escondió la cabeza entre los brazos y susurró:

—Detenedlo, por favor, detenedlo.

Pero el zumbante plañido se hizo más alto y cercano y fuerte, implacable, hasta que fue tan fuerte y agudo que entró en su carne, desgajó los nervios de sus canales e hizo que sus huesos bailaran y sonaran, saltando al ritmo de la melodía. Brincó y se sacudió en contorsiones, los huesos desnudos ensartaban hebras blancas y delgadas, lloró lágrimas secas y gritó:

—Eje... Eje... Deben... Ejecutarlos... Detenido... ¡Detente!

Se detuvo. Cayó al suelo como un montón ruidoso y rechinante. ¿Qué suelo? Nada de mosaicos rojos, nada de cemento manchado de orina, sino el suelo de madera de la habitación de la torre, el pequeño dormitorio de la torre donde ella estaba a salvo, a salvo de su monstruoso padre, el rey frío, loco, que lo desamparaba; a salvo para poder jugar con Piry a que acunaba al gato y para sentarse al lado del fuego sobre el regazo de Borhub, tan cálido y profundo como un sueño. Pero no había ningún escondrijo, ninguna seguridad, ningún sueño. La persona vestida de negro había llegado y le había cogido la cabeza, se la había hecho levantar, le había sujetado con finas cuerdas blancas los párpados que trataba en vano de cerrar.

—¿Quién soy?

La máscara negra, vacía, la contempló. El joven rey se debatió, sollozando, porque iba a comenzar el ahogo: no podría respirar hasta que no dijese el nombre, el nombre correcto...

—¡Gerer!

Pudo respirar. Le permitieron respirar. Había reconocido a tiempo al de negro.

—¿Quién soy? —dijo una voz distinta, suavemente, y el joven rey tanteó, buscando la fuerte presencia que siempre le traía sueño,

tregua, solaz.

—Rebade —susurró—, dime qué hacer...

—Duerme.

Obedeció. Durmió profundamente, y sin soñar, porque todo estaba sucediendo en la realidad. Los sueños aparecían cuando despertaba. En el instante. La espantosa luz seca y roja del atardecer, irreal, le quemó los ojos y se los hizo abrir, y allí estaba, una vez más, de pie en el balcón del Palacio contemplando bajo sus pies cincuenta mil agujeros negros que se abrían y gritaban. De los agujeros brotaba un chorro paroxístico de sonido, un eructo rítmico y estridente: su nombre. El nombre rugía en sus oídos como una mofa, como un insulto. Golpeó las manos contra la angosta baranda de bronce y les gritó:

—¡Os haré callar!

No pudo oír su propia voz, anulada por las voces de ellos, las bocas pestilentes de la chusma que la odiaba, gritando su nombre.

—Ven, rey mío —dijo la única voz dulce, y Rebade la sacó del balcón y la llevó a la tranquilidad roja y vasta del Salón de Audiencias. El griterío cesó con un chasquido. Como siempre, la expresión de Rebade era sosegada y compasiva.

—¿Qué harás ahora? —le dijo con su voz dulce.

—Ab... Abdicaré.

—No —dijo Rebade con calma—. Eso no es correcto. ¿Qué harás ahora?

El joven rey permaneció en silencio, temblando. Rebade la ayudó a sentarse en el catre de hierro, ya que las paredes se habían oscurecido como lo hacían con frecuencia y se habían acercado hasta formar una pequeña celda a su alrededor.

—Llamarás...

—Llamaré a la Guardia de Erhenrang. Haré que disparen contra la multitud. Que disparen a matar. Hay que darles una lección —el joven rey hablaba rápida y enfáticamente, con voz alta y aguda.

Rebade dijo:

—¡Muy bien, mi señor, una sabia decisión! Correcto. Saldremos bien parados. Estás actuando como se debe. Confía en mí.

—Lo hago. Confío en ti. Sácame de aquí —susurró el joven rey, aferrando el brazo de Rebade; pero su amiga frunció el ceño. Eso no era correcto. Había alejado a Rebade y a la esperanza. Rebade se

iba en calma y con pena a pesar de las súplicas del joven rey, que le imploraba que se detuviese, que regresase, pues el ruido estaba empezando suavemente, el zumbido plañidero que le desgarraba el cerebro, y la persona de blanco y rojo se acercaba ya por el suelo rojo, interminable.

—¡Majestad! Se ha descubierto un complot contra tu vida en la Escuela de Artesanos...

A lo largo de Old Harbor Street, hasta la orilla del agua, las lámparas de la calle se consumían, con un resplandor cavernoso. El guardia Pepenerer, que estaba cumpliendo su recorrido, dirigió una mirada a aquella bóveda oblicua de luz sin sospechar nada, y vio algo que se tambaleaba hacia ella. Pepenerer no creía en las sirenas, pero había visto una sirena, manchada de lodo marino, balanceándose sobre sus delgados pies palmípedos, boqueando aire seco, lloriqueando... Los relatos de viejos marineros se borraron de la mente de Pepenerer, y vio a una borracha o una loca o una víctima que se bamboleaba entre las paredes grises y húmedas del depósito.

—¡Eh, no te muevas! —vociferó mientras corría; la borracha, medio desnuda y con ojos extraviados, dejó escapar un aullido de terror y trató de escabullirse, pero resbaló en las piedras lustrosas de escarcha de la calle y cayó de cabeza con los miembros extendidos. Pepenerer sacó su pistola y descargó un trueno en medio segundo para mantener quieta a la borracha; luego se agachó a su lado, montó la radio y llamó al Cuartel Oeste para pedir un coche.

Los dos brazos extendidos flácida y dócilmente sobre los fríos guijarros estaban manchados por ronchas de inyecciones. No estaba borracha, estaba drogada. Pepenerer olfateó, pero no captó ningún aroma resinoso de esencias. Había sido drogada entonces; ladrones, o la venganza ritual de una secta. Los ladrones no habrían dejado el anillo de oro en el dedo índice; era un objeto macizo, grabado, casi tan grueso como el nudillo. Pepenerer se inclinó hacia adelante para contemplarlo. Luego volvió la cabeza y contempló el perfil pálido y golpeado que yacía sobre las piedras del pavimento, apenas iluminado por las lámparas callejeras. Sacó de su bolsa una moneda

nueva de cuarto de corona y miró el perfil izquierdo estampado en el estaño brillante, luego volvió a mirar el perfil derecho estampado en el claroscuro de la piedra fría. Luego, al oír el ronroneo del coche eléctrico girando en el Longway hacia el Old Harbor Street, guardó la moneda en su bolsa, murmurando para sí misma:

—Maldita idiota.

De cualquier manera, el rey Argaven estaba en las montañas, cazando, desde hacía un par de semanas; eso habían comunicado los boletines.

—Podemos suponer que su mente fue remodelada —dijo el doctor Hoge—; pero eso no nos da casi ninguna pista que seguir. En Karhide hay demasiados expertos en remodelar mentes, y también en Orgoreyn, ya que estamos. No me refiero a criminales que la policía podría rastrear, sino a mentalistas o médicos respetables que no pueden conseguir drogas por medios legales. Y en lo referente a sonsacarle algo a ella, si tuvieron un mínimo de habilidad tienen que haber vuelto inaccesible para la razón todo cuanto hicieron. Todos los indicios estarán enterrados, los recuerdos escondidos, y no podemos adivinar las preguntas que tenemos que hacerle. No hay ninguna forma, excepto la destrucción cerebral, de revisar todo lo que ocupa su mente; y hasta bajo los efectos de la hipnosis o de una droga profunda no habría manera de distinguir entre las ideas o emociones implantadas y las propias autónomas. Quizá los Extranjeros puedan hacer algo, aunque dudo de que su ciencia mental sea esa gran cosa de la que se jactan; en cualquier caso, ello está fuera de nuestro alcance. Tenemos una sola esperanza verdadera.

—¿Cuál es? —preguntó con serenidad Lord Gerer.

—El rey es resuelta y veloz. Al principio, antes de que la adiestrasen, posiblemente se diera cuenta de lo que le estaban haciendo, y entonces haber puesto algún obstáculo o resistencia, haberse permitido alguna vía de escape... —la voz baja de Hoge fue perdiendo fe mientras hablaba, y se arrastró en el silencio de la habitación alta, roja, crepuscular, desvaneciéndose. No arrancó ninguna respuesta de la anciana Gerer, que estaba de pie delante del fuego, vestida de negro.

La temperatura era de 12° en esa habitación del Palacio Real de Erhenrang donde se encontraba Lord Gerer, y de 5° en la mitad del trayecto entre las dos grandes chimeneas; afuera nevaba levemente, era un día benigno de pocos grados bajo cero. La primavera había llegado a Invierno. Las fogatas, fuego y oro, rugían en cada extremo de la habitación, devorando troncos gruesos como muslos. Magnificencia, un lujo severo, un esplendor fugaz; chimeneas, fuegos artificiales, relámpagos, meteoros, volcanes; estas cosas satisfacían a la gente de Karhide, en el mundo llamado Invierno. Sin embargo, excepto en las colonias árticas por encima del paralelo 35, no habían instalado calefacción central en ningún edificio durante muchos siglos de Era Tecnológica. El confort llegaba a ellos rara vez, era bienvenido sin ser buscado; era un don, como la alegría.

El lacayo personal del rey, que estaba sentado al lado de la cama, se volvió hacia el médico y el Consejero, pero no habló. Ambas cruzaron la habitación al mismo tiempo. El lecho amplio, duro, elevado sobre áureas columnas, cargado con mantas y colchas rojas, sostenía el cuerpo del rey casi al nivel de sus ojos. Gerer lo veía como un barco que navegaba, inmóvil, a través de una amplia y veloz marea de oscuridad, conduciendo al joven rey hacia sombras, temores, años. La anciana consejero sintió temor al ver que los ojos de Argaven estaban abiertos, y contemplaban con fijeza las estrellas a través de una ventana cubierta a medias por la cortina.

Gerer temía la locura, la idiotez; no sabía qué era lo que temía. Hoge le había advertido: «El rey no se comportará *con normalidad*, Lord Gerer. Durante trece días ha sufrido torturas, amenazas, agotamiento, y su mente ha sido manipulada. Es posible que el cerebro esté dañado, y sin duda las drogas le causarán efectos laterales y posteriores». Ni el temor ni el estar advertida la protegieron de la conmoción. Los ojos brillantes y agotados de Argaven se volvieron hacia Gerer y durante un segundo se posaron, inexpresivos, sobre ella; luego la vio. Y Gerer, aunque no podía ver reflejada la máscara negra, vio el odio, el espanto, vio a su joven rey, amada infinitamente, que jadeaba con terror imbécil y luchaba con el sirviente, con Hoge, con su propia debilidad en el esfuerzo de escapar, de huir de Gerer.

Lord Gerer, parada en el frío del centro de la habitación donde

la cabecera del lecho, semejante a una proa, la ocultaba de los ojos del rey, oyó cómo calmaban a Argaven y la volvían a acostar. Su voz sonaba aguda, infantilmente quejumbrosa. También el Viejo Rey Emran había hablado con voz de niño durante su última locura. Luego el silencio, el crepitar de las dos fogatas.

Korgry, el lacayo personal del rey, bostezó y se frotó los ojos. Hoge llenó una aguja hipodérmica con algo que sacó de una ampolleta. Gerer estaba desesperada. Mi niño, mi rey, ¿qué te han hecho? Una esperanza tan grande, una promesa tan bella, perdidas, perdidas... Así se apenaba y la pasión atormentaba a aquella que parecía un terrón de roca negra a medio esculpir, aquella vieja tosca y prudente cortesana, ya que amar y servir al joven rey era para ella lo único que valía la pena en el mundo.

Argaven habló en voz alta:

—Mi niño...

Gerer retrocedió, sintiendo que las palabras eran arrancadas de su propio cerebro; pero Hoge, a la que no obnubilaba el amor, comprendió y dijo a Argaven con suavidad:

—El príncipe Emran está bien, mi señor. Se encuentra con sus servidores en el castillo de Warrever. Nos comunicamos con ellas constantemente. Allá todo está en orden.

Gerer oyó cómo el rey respiraba con dificultad; se acercó un poco al lecho, pero manteniéndose detrás de la alta cabecera, fuera del campo visual del rey.

—¿He estado enfermo?

—Aún no estás bien —dijo el médico con dulzura.

—¿Dónde...?

—Estás en tu habitación del Palacio Real, en Erhenrang.

Gerer se acercó un paso, sin llegar a mostrarse, y dijo:

—No sabemos dónde has estado.

Hoge frunció el ceño y su rostro, normalmente tranquilo se arrugó; a pesar de ser el médico y, en consecuencia, el jefe de todas ellas, no se atrevió a dedicarle el ceño al Consejero. La voz de Gerer no pareció preocupar al rey, quien hizo una o dos preguntas más, sensatas y breves, y luego se quedó en silencio. Al rato, el lacayo Korgry, que había estado sentada al lado del lecho real desde que trajeron al enfermo a Palacio (la noche anterior, en secreto, por una puerta lateral, como un avergonzado suicida del último reino pero

al revés) cometió un delito de lesa majestad: acurrucada sobre su taburete, dejó caer la cabeza sobre el costado del lecho y se durmió. El guardia de la puerta dejó lugar a un nuevo guardia entre susurros. Y entre susurros llegaron oficiales y recibieron un nuevo comunicado sobre la salud del rey para dar al público. Atacado por síntomas de fiebre mientras estaba de vacaciones en High Kargav, el rey había sido transportado presurosamente a Erhenrang, y en estos momentos reacciona favorablemente al tratamiento, etc. El médico Hoge rem ir Hogeremme, desde el palacio, había hecho pública la siguiente opinión, etc., etc. «Que la Rueda gire en favor de nuestro rey», decía solemnemente la gente en las casas de la aldea, mientras encendían fuego sobre el altar chimenea, a lo que los ancianos sentados junto al hogar observaban: «Esto ocurre por sus vagabundeos solitarios por la ciudad y por ir a escalar montañas. Por eso le suceden estas malas jugadas», pero mantenían encendida la radio para escuchar el siguiente boletín. Ese día, un gran número de gente había ido y venido y remoloneado y charlado en la plaza del Palacio, contemplando a los que entraban y salían, contemplando el balcón vacío; y todavía quedaban varios centenares en las inmediaciones, parados pacientemente en la nieve. Argaven XVII era amado en sus dominios. Después de la tosca brutalidad del reinado de Emran, que había terminado con la sombra de la locura y la bancarrota del país, había llegado ella: repentina, galante, joven, todo lo cambiaba; cuerda y sagaz, y no obstante magnánima. Tenía el fuego, el esplendor que convenía a su gente. Era la fuerza y el centro de una nueva era: una que había surgido, por una vez, como monarca del reino debido.

—Gerer.

Era la voz del rey. Gerer, muy envarada, atravesó con velocidad el frío y el calor de la gran habitación, la luz del fuego y la oscuridad.

Argaven estaba sentada. Las manos le temblaban y la respiración tropezaba en su garganta; contemplaba a Gerer con ojos que ardían a través del aire oscuro. Junto a su mano izquierda, en la que llevaba el anillo con el Sello de la dinastía Harge, yacía el rostro durmiente del lacayo, negligente y sereno.

—Gerer —dijo el rey con claridad, esforzándose—, convoca al Consejo. Diles que abdicaré.

¿Tan crudo, tan sencillo...? ¿Todas las drogas, terrores, hipnosis, parahipnosis, estimulación de neuronas, apareación de sinapsis y shocks eléctricos que Hoge había descrito provocaban este resultado tan burdo? No había tiempo que perder.

—Mi señor, cuando te sientas más fuerte...

—Ahora. ¡Convoca al Consejo, Gerer!

Luego estalló, como estallaría un arco al cortarse la cuerda, y balbuceó en un acceso de miedo que no había hallado motivo o fuerza en la que encarnarse. Y su fiel lacayo aún dormía a su lado, sorda.

En la fotografía siguiente parece que las cosas han tomado mejor cariz. Aquí aparece el rey Argaven XVII muy saludable, bien vestida y terminando un copioso desayuno. Conversa con la docena más cercana de las cuarenta o cincuenta personas que comparten o sirven la mesa (el aislamiento es un privilegio real, pero la privacidad no), e incluye al resto en la amplitud de su cortesía. Parece, como todo el mundo ha dicho, que hubiera vuelto a ser ella plenamente. Aunque quizá no sea del todo así; hay algo que falta, cierta serenidad juvenil, cierta seguridad, que ha sido reemplazada por una cualidad similar pero menos tranquilizadora, una especie de distracción. Haciendo abstracción de este rasgo, ella se muestra equilibrada y cálida, pero siempre se vuelve a hundir allí, en aquella oscuridad que la absorbe y la abstrae; ¿es miedo..., dolor..., determinación...?

El señor Mobile Axt, embajador plenipotenciario del Ekumen de los Mundos Conocidos ante Invierno, que había pasado los últimos seis días en la carretera tratando de conducir un automóvil eléctrico a más de 50 kph desde Mishnory, Orgoreyn, hasta Erhenrang, Karhide, durmió hasta tarde y se saltó el desayuno, así que llegó al Salón de Audiencias puntualmente pero con hambre. La anciana jefe del Consejo, prima del rey, Gerer rem ir Verhen, salió al encuentro del extranjero en la puerta del gran salón y lo saludó con la cortesía polisilábica de Karhide. El plenipotenciario respondió lo mejor que pudo, percibiendo entre la elocuencia de Gerer su deseo de contarle algo.

—Me han dicho que el rey se ha recuperado completamente —

dijo—; espero, de corazón, que sea verdaderamente así.

—No lo es —dijo la anciana consejero, su voz sonó repentinamente empañada y descolorida—. Señor Axt, le cuento esto confiando en su discreción. En Karhide no hay otras diez personas que sepan esta verdad. No se ha recuperado. No ha estado enferma.

Axt asintió. Por supuesto que habían corrido rumores.

—A veces se adentra en la ciudad a solas, de noche, con vestidos vulgares y camina, habla con extraños... Las presiones de un reino... Ella es muy joven —Gerer hizo una pausa, luchando con alguna emoción reprimida—. Una noche, hace seis meses, no regresó. Al amanecer, el subconsejero y yo recibimos un mensaje. Si anunciábamos su desaparición, la matarían; si esperábamos en silencio medio mes la devolverían intacta. Permanecimos en silencio, le mentimos al Consejo, emitimos noticias falsas. La decimotercera noche la encontramos vagando por la ciudad. La habían drogado y le habían lavado el cerebro. Aún no sabemos qué enemigo o bando. Debemos trabajar en el secreto más absoluto; no podemos hacer naufragar la confianza que el pueblo le tiene, su propia confianza en sí misma. Es difícil, no recuerda nada. Pero lo que hicieron es obvio. Destruyeron su voluntad y dirigieron su mente hacia una sola cosa. Cree que debe abdicar al trono.

La voz seguía siendo baja y sorda; los ojos traicionaban su angustia. Y al volverse inadvertidamente, el plenipotenciario descubrió el reflejo de esa angustia en los ojos del joven rey.

—¿Celebrando mi audiencia, prima? —Argaven sonrió, pero en su sonrisa había un puñal.

La anciana Consejero se disculpó, imperturbable; se inclinó, partió como una figura paciente y desgarrada y declinante caminando a lo largo del prolongado corredor.

Argaven extendió hacia el plenipotenciario ambas manos, saludándolo de igual a igual, ya que en Karhide se reconocía al Ekumen como un reino hermano, aunque ningún alma viviente lo había visto. Pero sus palabras no fueron el discurso cortés que Axt esperaba. Todo lo que dijo, y vivamente, fue:

—¡Por fin!

—Partí apenas recibí tu mensaje. En Orgoreyn este y en las Tierras Bajas del oeste los caminos aún están escarchados, y no

pude apresurarme mucho. Pero me sentí muy contento de venir. Contento de partir, también —Axt sonrió al decir esto, pues tanto él como el joven rey disfrutaban de su mutua sinceridad. Esperó a ver lo que implicaba la bienvenida de Argaven contemplando con cierto regocijo el rostro dúctil, hermoso, andrógino.

—Orgoreyn cría fanáticos de la misma manera que un cadáver cría gusanos, como observó uno de mis antepasados. Me alegro de que encuentres más fresco el aire de Karhide. Ven por aquí. ¿Gererte dijo que me raptaron, etcétera? Sí. Todo estuvo en concordancia con las antiguas reglas. El rapto es un arte bastante formal. Si hubiese sido uno de los grupos antiextranjeros que piensan que vuestro Ekumen tiene la intención de esclavizar al mundo posiblemente habrían ignorado las reglas; creo que fue una de las bandas-clan que esperaba recobrar poder por mediación mía, el poder que tuvieron en el anterior reinado. Pero aún no lo sabemos. Es extraño saber que uno los ha visto cara a cara y sin embargo no puede reconocerlos; quién sabe si no veo esos rostros a diario... Bueno, de nada sirve especular. Borraron toda huella. Hay una sola cosa de la que estoy seguro. *Ellos* no me dijeron que debía abdicar.

El plenipotenciario y ella caminaban juntos por la habitación larga e inmensamente alta y se dirigían a las sillas y doseles del extremo opuesto. Las ventanas eran poco más que rajas, como era habitual en este planeta frío; de ellas caían sobre el suelo oblicuamente proyectadas franjas leonadas de sol crepuscular que encandilaban a Axt, que contemplaba el rostro del joven rey bajo aquel resplandor sombrío, movedizo.

—¿Quién, entonces?

—Yo lo decidí.

—¿Cuándo, señor, y por qué?

—Cuando me tenían, mientras me estaban rehaciendo para que encajara en el molde que me habían preparado y actuara como querían. ¿Por qué? ¡Para no encajar en el molde ni actuar como quieren! Escúchame, Lord Axt: si hubiesen querido verme muerta me habrían matado. Quieren que viva, para que gobierne, para que sea rey. Como tal, seguiré las órdenes que implantaron en mi cerebro, trabajaré para lograr sus fines. Soy un instrumento, la máquina que esperan poner en marcha. La única forma de anular esto es descartar la máquina.

Axt era de entendimiento rápido; esa era la condición mínima para desempeñarse como un móvil del Ekumen. Además, las modalidades y asuntos de Karhide, las tensiones y sediciones de este dinámico reino le eran bien conocidas. A pesar de lo lejos que se encontraba Invierno del resto del género humano tanto en el espacio como en la fisiología de sus miembros, Karhide, su país dominante, había demostrado ser un miembro leal al Ekumen. Los informes de Axt se evaluaban a una distancia de ochenta años luz en las juntas centrales del Ekumen; el equilibrio del Todo descansa en cada una de sus partes.

Mientras ambos se sentaban frente al fuego en las grandes sillas duras, Axt dijo:

—Pero si abdicas no necesitarán siquiera poner en marcha la máquina.

—¿Aún si dejo a mi hijo como heredero, con un regente de mi propia elección?

—Quizá serán ellos los que entonces elegirían al regente —dijo Axt con cautela.

El rey frunció el ceño.

—No lo creo —dijo.

—¿A quién has pensado nombrar?

Se produjo una larga pausa. Axt veía cómo trabajaban los músculos de la garganta de Argaven mientras se esforzaba por hacer que una palabra, un nombre, atravesase un bloque. Una dura contracción, y por fin, en un susurro estrangulado, dijo:

—Gerer.

Axt asintió, sobresaltado; Gerer había sido regente durante un año después de la muerte de Emran y antes de la coronación de Argaven; sabía de su honestidad y total devoción por el joven rey.

—¡Gerer no trabaja para ninguna banda! —dijo. Argaven sacudió la cabeza. Parecía exhausta.

Poco después agregó:

—Lord Axt. ¿Podrá la ciencia de tu pueblo reparar lo que me han hecho?

—Posiblemente. En el Instituto de Ollul. Si mandase llamar a un especialista esta misma noche, tardaría veinticuatro años en llegar... Estás seguro entonces de que tu decisión de abdicar fue...

Un lacayo que acababa de entrar estaba poniendo una pequeña

mesa junto a la silla del plenipotenciario. La cargó de frutas, rodajas de pan de manzana, un tazón de plata lleno de cerveza. Argaven se había dado cuenta de que su huésped no había desayunado. A pesar de que las viandas de Invierno (en su mayoría vegetales y los más de estos crudos) eran sosas para el gusto de Axt, se dedicó a ellas con gratitud; y como la conversación sería no cabía mientras comían, Argaven la desvió hacia asuntos generales.

—Recuerdo que una vez dijiste que a pesar de lo distintos que somos ambos, de lo distintos que son tu pueblo y el mío, nos une un parentesco de sangre. ¿Era una aseveración moral o material, Lord Axt?

Axt sonrió ante esta forma de diferenciar tan típica de Karhide.

—Ambas cosas, señor. La gente con la que nos hemos topado en todos los lugares que conocemos, en suma un pequeño rincón del espacio polvoriento bajo las vigas del Universo, es realmente humana. Pero el parentesco se remonta a un millón de años o más, a las Edades Ancestrales de Hain. Los antiguos hainitas colonizaron un centenar de planetas.

—Nosotras llamamos «antigua» a la época de antes de que mi dinastía gobernara Karhide..., ¡hace setecientos años!

—Nosotras también llamamos «antigua» a la Era del Enemigo, que fue hace menos de setecientos años. El tiempo se estira y encoge; cambia con el ojo, con la edad, con la estrella; hace de todo menos revertirse, o repetirse...

—El sueño del Ekumen es, entonces, restaurar aquella antigua y verdadera comunidad; volver a reunir a todos los pueblos de todos los mundos en un mismo hogar.

Axt asintió mientras mascaba el pan de manzana.

—Al menos entretejer cierta armonía alrededor. La vida adora el conocerse hasta sus más lejanos límites; se deleita comprendiendo lo que es complicado. Nuestra diferencia es nuestra belleza. Todos estos mundos y las variadas formas y costumbres de las mentes y las vidas y los cuerpos que hay en ellos..., juntos constituirían una armonía espléndida.

—No hay armonía que perdure —dijo el joven rey.

—Nunca se ha logrado ninguna —dijo el plenipotenciario—. El placer se halla en intentarlo —apuró su tazón, se secó los dedos con la servilleta de hierbas trenzadas.

—Ese fue mi placer como rey —dijo Argaven—. Ha terminado.

—Debería...

—Ha terminado. Créeme. Te tendré aquí, Lord Axt, hasta que me creas. Necesito tu ayuda. ¡Eres la pieza en la cual los jugadores no repararon! Tienes que ayudarme. No puedo abdicar contra la voluntad del Consejo. ¡Rehusarán mi abdicación, me obligarán a reinar, y si reino serviré a mis enemigos! Si no me ayudas, tendré que matarme —Argaven hablaba bastante serena y razonablemente; pero Axt sabía cuánto costaba a un karhidenita mencionar el suicidio, el acto despreciable en esencia—. De una forma o de otra —concluyó el joven rey.

El plenipotenciario se ciñó un poco más la gruesa capa; tenía frío, el mismo frío de hacía ya siete años.

—Señor —dijo—, soy un extraño en tu mundo, con un puñado de ayudantes y un pequeño artefacto mediante el cual puedo comunicarme con otros extraños de mundos lejanos. Represento el poder, por supuesto, pero no tengo ninguno. ¿Cómo podría ayudarte?

—Tienes una nave en la isla Horden.

—Ah, temía esto —suspiró el plenipotenciario—. Alteza, esa nave está en disposición de partir hacia Ollul, distante veinticuatro años luz. ¿Sabes, señor, lo que eso significa?

—Mi huida del tiempo, en el que me he convertido en un instrumento del mal.

—No hay huida —dijo Axt, sin vacilar—. No, señor. Perdóname. Es imposible. No puedo consentirlo, señor.

La helada lluvia primaveral repicaba sobre las piedras de la torre, el viento gemía en los ángulos y remates del techo. El cuarto estaba tranquilo, sombrío. Una lamparilla cubierta ardía al lado de la puerta. La niñera yacía en la cama, roncando suavemente; el niño estaba en la cuna cabeza abajo. Argaven estaba al lado de la cuna. Miró el cuarto, o más bien lo vio, lo conoció por entero, sin mirar. También ella había dormido allí cuando era una niña pequeña. Había sido su primer reino. Aquí había venido a amamantar a su niña, su primogénita, se había sentado cerca de la chimenea mientras la pequeña boca le tironeaba el pecho, le había

canturreado las canciones que Burhob había canturreado para ella. Este era el centro, el centro de todo.

Con mucha cautela y suavidad deslizó la mano bajo la tierna cabecita, cálida, húmeda, blanda, y pasó por encima de ella una cadena de la que colgaba un anillo macizo con la insignia de los Señores de Harge grabada. La cadena era demasiado larga, y Argaven la anudó para acortarla, pensando que se podía enredar y ahorcar a la niña. Al dar escape a esa pequeña ansiedad, quiso vaciarse del gran miedo y la desdicha que la invadían. Se agachó hasta tocar con su mejilla la mejilla del bebé, susurrando inaudiblemente: «Emran, Emran, tengo que dejarte, no puedo llevarte; tendrás que reinar por mí. Sé buena, Emran, vive mucho tiempo, reina bien, sé buena, Emran...».

Se enderezó, se volvió, abandonó corriendo el cuarto de la torre, el reino perdido...

Conocía varias maneras de salir de Palacio sin ser vista. Siguió la más segura, y después se dirigió hacia el Puerto Nuevo, sola a través de las calles azotadas por la cellisca de Erhenrang.

Ahora no hay fotografía, al menos no se ve ninguna; ¿con qué ojos se podría observar un proceso que es cien millones de veces más lento que la luz? Ya no se puede decir que es un rey, ni un ser humano; la están trasladando. A duras penas puede ser considerada «hermano mortal» alguien cuyo tiempo pasa setenta mil veces más lentamente que el nuestro. Está más que sola. Parece que no existe, no es más que un pensamiento incomunicado. Y no obstante, viaja casi a la velocidad de la luz. Ella es el viaje. Veloz como el pensamiento. Ya ha doblado su edad cuando llega, habiendo envejecido menos de un día, a la porción de espacio que rodea una mota de polvo llamada Ollul, el cuarto planeta de un sol amarillento. Y todo esto ha sucedido en el más completo silencio.

Ruidosamente ahora, y con fuego y encandilamiento meteórico suficientes para satisfacer el anhelo de esplendor de toda una vida karhidenita, la diestra nave aterriza, colocándose entre llamas en el punto exacto del que partió hace unos cincuenta y cinco años. Al poco tiempo, el joven rey, visible, etéreo, inseguro, emerge de ella y se detiene por un momento en la salida, cubriéndose los ojos de la

luz de un sol extraño, caliente.

Por supuesto que veinticuatro años o diecisiete horas atrás, depende de cómo se mire, Axt había avisado su llegada mediante el transmisor instantáneo; y cerca había ayudantes y agentes del Ekumen para saludarle. Ni siquiera los peones eran ignorados por estos jugadores de la gran partida, y este gethiano era, después de todo, un rey. Uno de los agentes había pasado uno de los veinticuatro años aprendiendo karhideño para que Argaven pudiese hablar con alguien.

El rey preguntó inmediatamente:

—¿Qué noticias hay sobre mi país?

—Lord Axt y el sucesor que usted ha dejado mandan con regularidad resúmenes de los sucesos, y varios mensajes privados para usted; encontrará todo el material en sus aposentos, señor Harge. Muy abreviado: la regencia de Lord Gerer fue benigna y tranquila, hubo una depresión en los dos primeros años, durante la cual fueron abandonadas vuestras colonias árticas, pero en este momento la economía es bastante estable. Su heredero fue coronado a los dieciocho años, y ya lleva siete en su mandato.

—Sí. Ya veo —dijo la persona que la noche anterior había besado a aquel heredero de un año.

—Cuando le parezca conveniente, señor Harge, los especialistas de nuestro Instituto de Beltix...

—Cuando queráis —dijo el señor Harge.

Penetraron en su mente con mucha suavidad, con mucha sutileza, abriendo puertas. Para aquellas que estaban bajo llave poseían delicados instrumentos que siempre encontraban la combinación; luego se hicieron a un lado, y la dejaron entrar. Hallaron a la persona de negro que no era Gerer, y el compasivo Rebade, que no era compasivo; se pararon con ella en el balcón del Palacio, y con ella escalaron las grietas de pesadilla hasta llegar al cuarto de la torre; y por último aquel que debió de haber sido el primero, la persona de rojo y blanco, se le acercó diciendo:

—Majestad, se ha descubierto un complot...

Y el señor Harge gritó con terror abyecto, y se despertó.

—¡Bueno! Eso fue lo que impulsó el resto. La señal para empezar a saltarse las otras órdenes y determinar la causa de su fobia. Una paranoia provocada. Provocada realmente de forma maravillosa,

debo decir. Tome, beba esto, señor Harge. ¡No, no es más que agua! Bien podía haberse convertido en un monarca increíblemente depravado, cada vez más obsesionado por el temor a complots y subversiones, cada vez más desapegado de su gente. No de un día para otro, por supuesto. Esa es la maravilla. Le habría llevado varios años convertirse en un verdadero tirano; aunque sin duda planearon varias cosas favorables mientras tanto, una vez que Rebade se abriese camino, un camino hacia la confianza de usted... Bueno, bueno, ya veo por qué en el Clearinghouse se habla tan bien de Karhide. Si usted perdona mi objetividad, esta clase de habilidad y paciencia es bastante escasa...

Así siguió divagando el doctor, el arreglamentos, la persona peluda, grisásea, unisexuada de algún lugar llamado Cetians, mientras el paciente se recobraba.

—Entonces hice lo correcto —dijo por fin el señor Harge.

—Lo hizo. La abdicación, el suicidio o la huida eran los únicos actos o consecuencias que habría cometido por su propia voluntad, libremente. Contaron con que su moral no le habría permitido el suicidio, ni el voto del Consejo la abdicación. Pero al estar poseídos ellos mismos por la ambición se olvidaron de la posibilidad de la abnegación, y dejaron una puerta abierta para usted. Una puerta que sólo una persona de espíritu vigoroso, si usted perdona mi positivismo, puede elegir atravesar. Realmente debo leer sobre esta otra ciencia mental de ustedes, ¿cómo la llaman? ¿Predicción? Creía que era una especie de basura ocultista, pero evidentemente... Bueno, bueno, me imagino que estarán esperando que vaya pronto al Clearinghouse para discutir su futuro, ahora que hemos puesto su pasado donde corresponde, ¿eh...?

—Como desee —dijo el señor Harge.

En el Clearinghouse conversó con diversas personas del Ekumen para los Mundos del Oeste, y cuando le sugirieron que fuese a la escuela asintió de buena gana. Porque entre aquella gente apacible cuya cualidad principal parecía ser una tristeza fría y profunda, que no se distinguía de una hilaridad profunda y cálida, entre ellos, el ex-rey de Karhide se sabía una bárbara inculta e ignorante.

Asistía a la Escuela Ekuménica. Vivía en la ciudad Vaxtsit, en unas barracas cercanas al Clearinghouse, junto a unos doscientos extranjeros, ninguno de los cuales era ni andrógino ni ex-rey. Y

como nunca había tenido mucho que fuese solamente de ella, ni tampoco privacidad, no le molestaba la vida en las barracas; tampoco era tan malo como había creído vivir con personas de un solo sexo, aunque encontraba que su condición de estudiante perpetuo era cansadora. Nada le importaba mucho. Trabajaba y transcurría los días con vigor y competencia pero siempre con cierto descuido, como el de alguien cuyo centro está en otra parte. Lo único que encontraba incómodo era el calor, el calor terrible de Ollul que algunas veces llegaba a los 35° durante la interminable estación deslumbrante, cuando la nieve no caía por doscientos días seguidos. Aun cuando al fin llegaba el invierno sudaba, pues rara vez la temperatura afuera bajaba de 10° bajo cero, y las barracas seguían sofocantes, pensaba ella, aunque los otros extranjeros llevasen gruesos jerseys todo el tiempo. Dormía sobre las sábanas, desnuda y agitada, y soñaba con las nieves del Kargav, el hielo del Puerto Viejo, el hielo que burbujeaba en su cerveza en las frías mañanas de Palacio, el frío, el querido frío amargo de Invierno.

Aprendió mucho; ya había aprendido que la Tierra, aquí, era Invierno, y que, aquí, Ollul era llamado la Tierra: uno de esos hechos que dan vuelta el universo de adentro para afuera, como una media. Aprendió que un régimen carnívoro provoca diarrea en los intestinos no habituados. Aprendió que las personas unisexuadas, a las que procuraba denodadamente no considerar como pervertidas, trataban denodadamente de no considerarla a ella como una pervertida. Aprendió que cuando pronunciaba Ollul como si dijera «horror» alguna gente se reía. También intentó olvidar que era rey. Una vez que la Escuela la tomó por su cuenta, aprendió y olvidó muchas más cosas. Las máquinas y los artefactos y las experiencias y las palabras (más sencillas y más exigentes) de los que disponía el Ekumen la condujeron a una insinuación de lo que sería el comprender la naturaleza y la historia de un reino que tenía más de un millón de años de antigüedad y un trillón de millas de extensión. Cuando hubo empezado a adivinar la inmensidad de este reino que era la humanidad y el dolor duradero y el desperdicio monótono de su historia, también empezó a comprender lo que se hallaba más allá de sus límites en el espacio y el tiempo, y entre rocas desnudas y soles como hornos y la desolación resplandeciente que prosigue más y más, vislumbró las

fuentes de la hilaridad y la serenidad, los manantiales inagotables. Aprendió una gran cantidad de hechos, números, mitos, epopeyas, proporciones, relaciones y demás, y vio, más allá de los límites de lo que había aprendido, de nuevo lo desconocido, una inmensidad espléndida. En este acrecentarse de su mente y de su ser había una gran satisfacción; sin embargo estaba insatisfecha. No siempre la dejaban avanzar en ciertos campos tan lejos como quería; en las matemáticas, en la física cetiana...

—Ha empezado tarde, señor Harge —le decían—, tenemos que construir sobre las bases existentes. Aparte de esto, necesitamos que estudie temas a los que le pueda dar una aplicación útil.

—¿Cómo útil?

El etnógrafo Mobile Gist, escritorio por medio, la miró sardónicamente; representaba en ese momento a la pluralidad local con la que no se sentía involucrada: *ellos*, los que «le decían».

—¿Considera usted que no puede ser ya útil, señor Harge?

El señor Harge, por lo general discreto, habló con furia repentina:

—Lo creo.

—Un rey sin país —dijo Gist con su insulso acento terráqueo—, autoexiliado, supuestamente muerto, se puede sentir un poco superfluo. Pero en tal caso, ¿por qué cree que estamos perdiendo tiempo con usted?

—Por bondad.

—Oh, la bondad... Usted sabe que por más bondadosos que seamos no podemos darle nada que lo haga feliz. Excepto..., bueno. El desperdicio es una pena. Sin duda usted era el rey perfecto para Invierno, para Karhide, para los propósitos del Ekumen. Tiene un sentido del equilibrio. Quizás hasta podría haber unificado el planeta. Con seguridad que no habría dividido y aterrorizado el país, como parece ser que el rey actual lo está haciendo. ¡Qué desperdicio! Señor Harge, considere sólo nuestras esperanzas y necesidades, y sus propios atributos, antes de desesperarse por no ser útil en la vida. Deberá vivirla cuarenta o cincuenta años más, después de todo...

La última instantánea tomada bajo la luz de un sol extraño:

erguida, cubierta por una capa gris al estilo hainita, una persona hermosa de sexo indeterminado está de pie, sudando copiosamente sobre la grama verde, al lado del Agente Principal del Ekumen en los Mundos oeste, el Inamovible, el señor Hoalans de Alb, que puede entrometerse (si así lo desea) en los destinos de cuarenta mundos.

—No puedo ordenarte que vayas allí, Argaven. Tu propia conciencia... —dice el Inamovible.

—Renuncié a mi reino hace doce años de acuerdo con mi propia conciencia. Se ha llevado su merecido. Lo que basta, basta —dice Argaven Harge, y en seguida ríe inesperadamente, lo que hace reír también al Inamovible. Salen, en medio de la armonía que los Poderes del Ekumen desean para las almas humanas.

La isla Horden, en la costa sur de Karhide, fue entregada al Ekumen como feudo absoluto durante el reinado de Argaven XV. Nadie vivía allí. Generaciones anuales de aves anfibias trepaban arrastrándose por las rocas áridas, y ponían y empollaban sus huevos y criaban a sus pichones, y por último los conducían en una larga fila india al mar. Pero una vez cada diez o veinte años el fuego lamía las rocas y el mar bullía en las costas, y si en la isla había aves anfibias, morían. Cuando el mar dejó de hervir, la pequeña lancha eléctrica del plenipotenciario se acercó. La nave espacial dejó salir una plancha de telaraña de acero que se apoyó en la cubierta de la lancha, y una persona empezó a subir mientras otra empezaba a bajar, así que se encontraron a mitad de camino, en el aire, entre la tierra y el mar; un encuentro ambiguo.

—¿Embajador Horrsed? Soy Harge —dijo el de la nave espacial, pero el de la lancha ya se estaba arrodillando, diciendo en voz alta en karhideño:

—¡Bienvenido, Argaven de Karhide! —mientras se enderezaba, el embajador agregó con un rápido susurro—: Ven como tú mismo. Explica cuándo debo... —debajo y detrás de él, sobre la cubierta de la lancha, había un grupo grande de gente que observaba con atención al recién llegado. Por su apariencia, todos eran karhidenitas; varios eran ancianos.

Argaven Harge se mantuvo erguida y perfectamente inmóvil

durante un minuto, dos minutos, tres minutos, aunque su capa gris tironeaba y ondeaba en el frío viento marino. Luego miró una vez el pesado sol en el oeste, una vez a la tierra gris en el norte del otro lado del agua, de nuevo a la gente silenciosa agrupada debajo, en la cubierta. Se adelantó tan imprevisiblemente que el embajador Horrsed tuvo que hacerse a un lado con precipitación. Se dirigió sin vacilar a uno de los ancianos que había sobre la cubierta.

—¿Eres Ker rem ir Kerheder?

—Lo soy.

—Te reconocí por el brazo manco, Ker —hablaba con claridad; era imposible adivinar lo que sentía—. No podía reconocer tu rostro. Después de setenta años. ¿Algún otro que conozca? Soy Argaven.

Permanecieron en silencio. La miraron.

De pronto uno de ellos, al que los años habían llenado de marcas y cicatrices similares a las de un tronco que ha pasado por el fuego, se adelantó un paso.

—Mi señor, soy Bannith, de la Guardia de Palacio. Estuviste conmigo cuando yo era sargento y tú eras muy joven —la cabeza gris se inclinó repentinamente, como homenaje, o para ocultar las lágrimas. Después se adelantó otro, y otro; las cabezas que se inclinaban eran grises, blancas, calvas; las voces que saludaban al rey se quebraban.

Uno de ellos, Ker el manco, a quien Argaven había conocido cuando era un paje tímido de trece años, habló con ferocidad a aquellos que aún permanecían inmóviles:

—Este es el rey. Tengo ojos que han visto y que ven ahora. ¡Este es el rey!

Argaven los miró, rostro tras rostro, las cabezas inclinadas y las erguidas.

—Soy Argaven —dijo—. Fui rey. ¿Quién reina ahora en Karhide?

—Emran —le contestó uno de ellos.

—¿Emran mi hijo?

—Sí, mi señor —dijo el anciano Bannith; casi todos los rostros permanecían inexpresivos, pero Ker dijo con voz fiera y temblorosa:

—¡Argaven, Argaven reina en Karhide! He vivido para ver el retorno de los días luminosos. ¡Larga vida al rey!

Uno de los más jóvenes miró a los otros y dijo resuelto:

—Así sea. ¡Larga vida al rey!

Y todas las cabezas se inclinaron.

Argaven, imperturbable, recibió el homenaje, pero en cuanto tuvo una oportunidad de dirigirse a solas a Horrsed el plenipotenciario, le preguntó:

—¿Qué es esto? ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué me han engañado? Me dijeron que debía venir para asistirle, como ayudante, del Ekumen...

—Eso sucedió hace veinticuatro años —dijo el embajador, disculpándose—. Yo estoy aquí desde hace solamente cinco. Los asuntos de Karhide van muy mal; el rey Emran rompió relaciones con el Ekumen el año pasado. En realidad, no sé cuál era el propósito del Inamovible en la época que le mandó venir, pero en estos momentos estamos perdiendo Invierno. Así que los agentes de Hain me han sugerido que desplacemos a nuestro rey.

—Pero yo estoy *muerto* —dijo Argaven, encolerizado—. ¡Hace sesenta años que estoy muerto!

—El rey ha muerto —dijo Horrsed—. ¡Viva el rey!

Al acercarse algunos de los karhidenitas, Argaven abandonó al embajador y se dirigió a la pasarela. El agua gris bullía y se deslizaba por el costado del barco. La costa continental se veía a la izquierda, gris con manchas blancas. Hacía frío, era un día de comienzos de invierno durante la Edad del Hielo. El motor del barco ronroneó suavemente. Hacía doce años que Argaven no oía el ronroneo de un motor eléctrico, la única clase de motor que la lenta y sólida Era Tecnológica de Karhide había decidido usar. El sonido le resultó muy grato.

—¿Por qué nos estamos dirigiendo hacia el este? —Argaven hablaba resueltamente y sin volverse, como quien sabe desde la infancia que siempre ha de haber alguien para responderle.

—Nos dirigimos a las tierras de Kerm.

—¿Por qué a las tierras de Kerm?

—Porque esa parte del país está rebelada contra el... contra el rey Emran. Yo soy de Kerm: Perreth ner Sode.

—¿Está Emran en Erhenrang?

—Erhenrang fue tomada por Orgoreyn hace seis años. El rey está en la nueva capital, al este de las montañas... La Vieja Capital, en

realidad: Rer.

—¿Emran perdió las Tierras del Oeste? —preguntó Argaven, y volviéndose para enfrentar al joven noble fornido, insistió—: ¿Perdió las Tierras del Oeste? ¿Perdió Erhenrang?

Perreth retrocedió un paso, pero respondió con presteza:

—Durante seis años hemos estado escondiéndonos en las montañas.

—¿Están los Orgota en Erhenrang?

—El rey Emran firmó un tratado con Orgoreyn hace cinco años, en el que les cedía las Provincias Occidentales.

—Un tratado vergonzoso, majestad —interrumpió el viejo Ker, más feroz y tembloroso que nunca—. ¡El tratado de un idiota! Emran baila al son de los tambores de Orgoreyn. Todos los que estamos aquí somos rebeldes, exiliados. ¡El mismo embajador, aquí presente, es un proscrito que se oculta!

—Las Tierras del Oeste... Argaven I conquistó las Tierras del Oeste para Karhide hace setecientos años —dijo Argaven, que se había vuelto hacia sus hombres para contemplarlos con su mirada extraña, inteligente, perdida en la lejanía—. Emran... —vaciló—. ¿Cómo sois de fuertes en Kerm? ¿Os apoya la costa?

—La mayoría de los hogares del sur y el este están con nosotros.

Argaven permaneció pensativo por unos instantes y luego continuó su interrogatorio:

—¿Tuvo Emran un heredero alguna vez?

—No de la carne, mi señor —respondió Banith—. Procreó seis.

—Ha nombrado a Girvry Harge rem ir Orek como su heredero —dijo Perreth.

—¿Girvry? ¿Qué nombre es ese? Los reyes de Karhide se llaman Emran —dijo Argaven—, y Argaven.

Por último se ve la fotografía oscura, la instantánea que fue tomada a la luz del fuego; del fuego porque las plantas motrices de Rer están en ruinas, las tuberías cortadas, y en esos momentos media ciudad se está incendiando. La nieve cae pesadamente sobre las llamas y brilla, roja, un momento antes de derretirse en el aire, silbando sin fuerza.

La nieve, el hielo y la guerrilla mantienen acorralado a Orgoreyn

en el lado oeste de los montes Kargav. Nadie ayudó a Emran, el viejo rey, cuando su pueblo se sublevó. Sus guardias huyeron, su ciudad arde, y finalmente debe toparse cara a cara con el usurpador. Pero en el postrer instante mantiene algo del descuidado orgullo familiar. No presta atención a los rebeldes; los mira con fijeza y no los ve, porque yace en el oscuro corredor iluminada solamente por los espejos que reflejan fuegos lejanos. Muy cerca se ve el revólver con el que se mató.

Argaven se inclina al lado del cuerpo y levanta esa mano fría. Empieza a quitar del dedo índice, nudoso por la edad, el anillo macizo, grabado, de oro. Pero no lo hace.

—Guárdalo —susurra—, guárdalo.

Por un momento se inclina más aún, como si murmurase al oído muerto o apoyase la mejilla contra aquel rostro frío y arrugado. Luego se yergue y permanece quieto, y poco después se pierde por los corredores oscuros, pasa delante de ventanas brillantes por el hielo y el fuego lejano, se dirige a organizar su hogar: Argaven, el rey de Invierno.

TODOS LOS MARES CON OSTRAS

Avram Davidson

CUANDO el hombre entró en la tienda de bicicletas de *F & O*, Oscar lo saludó con un amistoso: «¡Eh! Ya voy». Luego, al mirar mejor al visitante de edad mediana y traje de comerciante, su frente se arrugó y empezó a chasquear sus gruesos dedos.

—Oiga, yo lo conozco a usted —murmuró—. El señor... mm... Tengo el nombre en la punta de la lengua pero se me escapa...

Oscar tenía la complexión de un barril y pelo color naranja.

—Claro que sí —respondió el otro. Llevaba en la solapa un emblema de Leo—. Usted me vendió una bicicleta de niña con aletas para mi hija, ¿no se acuerda? Estuvimos hablando de aquella bicicleta de carreras francesa en la que trabajaba su socio...

Oscar dejó caer pesadamente su mano sobre la caja. Levantó la cabeza y volvió los ojos hacia arriba.

—¡Señor Whatney! —El señor Whatney estaba resplandeciente—. ¡Claro! ¡Cielos, cómo pude olvidarme! Y luego cruzamos y tomamos unas cervezas enfrente. Bueno, ¿y cómo le ha ido, señor Whatney? Supongo que la bici era un modelo inglés, ¿no?, Sí. Supongo que debe haber quedado satisfecho o hubiera vuelto.

El señor Whatney dijo que la bicicleta era excelente. Luego agregó:

—Sé que ha habido un cambio. Está usted solo ahora. Su socio... Oscar bajó la vista, se mordió el labio inferior y asintió.

—¿Se lo han dicho, no? Ya pasó. Sí, ahora estoy solo. Hace ya tres meses...

La sociedad había concluido hacía tres meses, pero desde mucho antes había sufrido complicaciones y quebrantos. A Ferd le gustaban los libros, los discos de larga duración y la conversación de nivel elevado; a Oscar, por el contrario, la cerveza, las mujeres y el juego de bolos. Y de las mujeres, cualquier tipo y en cualquier momento.

La tienda estaba cerca del parque; tenían grandes ganancias con el alquiler de bicicletas a los que iban de picnic. Si una mujer era lo suficientemente mayor para que la *consideraran* mujer y no demasiado mayor como para que la consideraran una *anciana*, y si estaba sola, Oscar infaliblemente preguntaba:

—¿Qué tal le sienta ésta? ¿Bien?

—Bueno... Supongo que sí.

Entonces, tomando otra bicicleta, Oscar agregaba:

—Bien, la acompañaré un trecho para asegurarme. Enseguida estaré de vuelta, Ferd.

Ferd siempre asentía sombrío. Sabía que Oscar no volvería en seguida. Más tarde, Oscar solía decirle:

—Espero que te haya ido tan bien con el negocio como a mí en el parque.

—Claro, dejándome solo aquí todo el tiempo —gruñía Ferd.

Y por lo general Oscar se encolerizaba.

—Muy bien, la próxima vez vete *tú* y déjame *a mí* aquí. Ya verás si te reprocho un poco de diversión.

Pero sabía de sobra, claro está, que Ferd —alto, delgado, de ojos saltones— nunca iría.

—Te hará bien —decía Oscar golpeándose el esternón—. Te hará crecer el vello en el pecho.

Ferd murmuraba que tenía todo el vello que necesitaba en el pecho. Luego echaba una mirada de soslayo a sus antebrazos, cubiertos de vello negro largo y espeso, aunque tenía la parte superior blanca y lisa. Ya los tenía así en la escuela secundaria. Y algunos de sus compañeros se reían de él llamándolo «Fernandito, el pajarito». Sabían que lo fastidiaban, pero continuaban haciéndolo. Ya entonces se preguntaba, como se lo preguntaba ahora, cómo era posible que la gente hiriera deliberadamente a

alguien que no les hacía nada. ¿Cómo era posible?

Se preocupaba por otras cosas. Todo el tiempo.

—Los comunistas...

Sacudió su cabeza ante lo que leía en el periódico. Oscar le dio un consejo en dos palabras sobre los comunistas. De lo contrario, sería la pena capital.

—¡Qué terrible que un inocente tenga que ser ejecutado! —se lamentó Ferd.

Oscar comentó que era la mala suerte del pobre tipo.

—Pásame aquel alambre —agregó sin transición.

Y Ferd se preocupaba por los menores problemas de los demás. Como la vez en que aquella pareja había llegado con el tándem y la cesta con el niño. Todo lo que buscaban era un poco de aire puro. La mujer decidió cambiar los pañales y uno de los imperdibles se rompió.

—¿Por qué nunca encuentro los imperdibles? —rezongó la mujer, revolviendo en su bolso aquí y allá—. *Nunca* hay.

Ferd quiso demostrarle su simpatía y fue a ver si tenía alguno; pero aunque estaba seguro de que encontraría en el despacho, no pudo dar con ninguno. De modo que la pareja se marchó con un lado del pañal torpemente atado con un nudo.

A mediodía, Ferd dijo que lo del imperdible había sido muy mala suerte. Oscar hundió sus dientes en un bocadillo, tironeó, destrozó, masticó, tragó. A Ferd le agradaba experimentar con variedades de bocadillo (la que más le gustaba era la de crema de queso, aceitunas, anchoa y aguacate, todo mezclado con un poco de mayonesa), pero Oscar siempre comía la misma carne rosada.

—Tiene que ser difícil con un crío —dijo Ferd mientras mordisqueaba su bocadillo—. Quiero decir, no sólo viajar, sino tener que levantarlo.

—Pero si en cada manzana hay farmacias, y aunque uno no sepa leer, siempre puede reconocerlos.

—¿Farmacias? ¡Ah!, para comprar imperdibles... a eso te refieres.

—Claro. Imperdibles.

—Pero... sabes... es cierto lo que dijo... Nunca los encuentras cuando los necesitas.

Oscar destapó su cerveza, e hizo buches al tragarla.

—¡Sí! Y siempre colgadores por todas partes. Los tiras cada mes, pero al siguiente tienes los armarios llenos otra vez. Te diré lo que debes hacer en tu tiempo libre: inventar un aparato que convierta colgadores en imperdibles.

Ferd asintió con aire ausente.

—Pero en mi tiempo libre trabajo en la bicicleta de carreras francesa...

Era hermosa, liviana, rápida, de baja suspensión, roja y brillante. Uno se sentía pájaro al montarla. Pero Ferd sabía que aún podía mejorarla. Se la mostraba a todo el mundo que pasaba por allí hasta que su interés disminuía.

El último de sus pasatiempos era la naturaleza, o mejor dicho la lectura de libros sobre naturaleza. Unos niños que habían recorrido un día el parque con latas en las que habían metido sapos y salamandras, se los enseñaron con orgullo a Ferd. Desde entonces, el trabajo en la bicicleta de carreras roja se hizo más lento y Ferd dedicó su tiempo libre a los libros de historia natural.

—¡Mímica! —gritó una vez a Oscar—. ¡Qué maravilla!

Oscar levantó la vista con interés de los resultados del juego de bolos que traía el periódico.

—La otra noche vi en la tele a Edie Adams haciendo la imitación de Marilyn Monroe. ¡Para partirse de risa!

Ferd, irritado, sacudió la cabeza.

—No me refiero a ese tipo de mímica. Estoy hablando de cómo imitan insectos y arácnidos las formas de hojas y ramas para evitar que otros insectos, arácnidos e incluso aves los devoren.

Una expresión de incredulidad apareció en la pesada cara de Oscar.

—¿Quieres decir que cambian de *formal* ¿Te crees que soy idiota?

—Pero es cierto. A veces la mímica se utiliza con propósitos agresivos, también: como una tortuga marina de Sudáfrica que se asimila a una roca, y cuando el pez nada hacia ella lo atrapa. O la araña de Sumatra: de espaldas parece una deyección de ave. De ese modo caza mariposas.

Oscar rió con una risa incrédula y disgustada, que se extinguió cuando volvió a enfrascarse en el resultado de los bolos. Una mano tanteó en su bolsillo, volvió a salir, rascó distraídamente la mata de

vello naranja debajo de la camisa, y volvió a palpar su otro bolsillo.

—¿Dónde está ese lápiz? —murmuró, se puso de pie, dio vueltas torpemente por el despacho, abrió cajones. Su grito de «¡Eh!» atrajo a Ferd al cuarto.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Oscar señaló en dirección a un cajón.

—¿Te acuerdas de aquella vez que dijiste que no había imperdibles aquí? Mira: un cajón entero lleno de ellos.

Ferd miró incrédulo, se rascó la cabeza, dijo débilmente que estaba seguro de haber mirado antes allí...

Una voz de contralto preguntó desde afuera:

—¿Hay alguien aquí?

Oscar se olvidó de inmediato del escritorio y su contenido y gritó:

—Enseguida estoy con usted —y salió. Ferd lo siguió lentamente.

Había una mujer joven en la tienda, de constitución más bien robusta, con pantorrillas musculosas y un pecho profundo. Le señalaba a Oscar el asiento de su bicicleta, quien decía «¡uh-uh!» y la miraba más a ella que a cualquier otra cosa.

—Está demasiado adelante «¡uh-uh!», como puede ver. Todo lo que necesito es una llave inglesa «¡uh-uh!». Ha sido una tontería olvidar mis herramientas.

Oscar repetía «uh-uh» automáticamente, y de repente dijo:

—Lo ajustaré en un instante.

Y pese a que ella insistía en que podía hacerlo, lo ajustó él, aunque no en un instante. No quiso cobrarle. Prolongó la conversación cuanto pudo.

—Bueno, gracias —dijo la joven—. Ahora tengo que irme.

—¿Le parece que está bien ahora?

—Perfectamente. Gracias.

—Le diré algo: la acompañaré un trecho, sólo para...

Una oleada de risa hizo subir y bajar el pecho de la muchacha.

—¡No podría seguir mi paso! Es una bicicleta de *carrera*.

En el momento en que vio que el ojo de Oscar volaba al rincón, Ferd supo lo que se le había ocurrido. Dio un paso adelante. Su grito de «no» fue ahogado por el bramido de su socio:

—¡Bueno, supongo que ésta que hay aquí puede competir con la

suya!

La muchacha rió de buena gana, dijo que bueno, que habría que verlo y salió. Oscar, ignorando la mano tendida en muda súplica de Ferd, saltó sobre la francesa y se marchó a su vez. Ferd se quedó en la entrada, observando las dos figuras inclinadas sobre los manubrios hasta que se desvanecieron cuesta abajo por el parque. Regresó lentamente al interior.

La tarde había casi acabado cuando Oscar volvió, sudado pero sonriente. Sonriendo ampliamente comentó en voz alta:

—¡Eh, qué nena! —Movió la cabeza a uno y otro lado, silbó, hizo gestos y ruidos como el vapor al escapar y añadió—: ¡Qué tarde, muchacho, qué tarde!

—Dame la bici —pidió Ferd.

Oscar dijo que sí, que claro; se la entregó y fue a lavarse. Ferd miró su obra: el esmalte rojo estaba cubierto de polvo; había fango por todas partes, suciedad y trozos de hierba seca. Parecía manchada, degradada. Se había sentido como un pájaro al montarla...

Oscar salió mojado y radiante. Luego dio un grito de consternación y corrió hacia Ferd.

—No te acerques —dijo Ferd, con un cuchillo en la mano. Cortó los neumáticos, el asiento y su cubierta, clavando el cuchillo en ellos una y otra vez.

—¿Estás loco? —aulló Oscar—. ¿Se te ha aflojado una tuerca? Ferd, no, no lo hagas, Ferd...

Ferd cortó los radios, los dobló, los retorció. Cogió el martillo más pesado y la emprendió contra la armazón, y siguió hasta quedar sin aliento.

—No sólo estás chiflado —le dijo con amargura Oscar—, sino también celoso perdido. Vete a la mierda —y salió pisando fuerte.

Ferd, sintiéndose enfermo y entumecido, cerró y se marchó lentamente a su casa. No sentía deseos de leer, apagó la luz y se tumbó en la cama, donde permaneció despierto durante horas, escuchando los ruidos de la noche y formulando pensamientos rabiosos y retorcidos.

No se hablaron durante días después de aquello, salvo lo imprescindible para el trabajo. Los restos de la bicicleta de carrera francesa estaban detrás de la tienda. Durante unas dos semanas,

ninguno de los dos quería tropezarse con ella.

Una mañana, al llegar Ferd, fue recibido por su socio de modo jubiloso. Oscar empezó a sacudirle la cabeza asombrado aun antes de que Ferd pudiera decir algo.

—¿Cómo lo *has hecho*, Ferd, cómo lo *has hecho*! ¡Qué hermoso trabajo! ¡Chócala, hermano! ¡Ya no estaremos más enfadados! ¿Eh, Ferd?

Ferd tomó su mano.

—Claro, claro. ¿Pero de qué hablas?

Oscar lo llevó afuera. Ahí estaba la bicicleta roja, en una sola pieza, sin una sola marca o rasguño, con su esmalte tan brillante como siempre. Ferd quedó boquiabierto. Se agachó y la examinó. Era *su* bicicleta, con cada uno de los cambios, cada una de las mejoras que él introdujera.

Se levantó despacio.

—Regeneración...

—¿Eh? ¿Qué dices? —preguntó Oscar—. Eh, tío, estás blanco como el papel. ¿Qué es lo que has hecho, estar levantado toda la noche sin dormir? Ven. Siéntate. Todavía no consigo imaginar cómo lo lograste.

En la tienda, Ferd se sentó. Humedeció sus labios.

—Escucha, Oscar... —dijo.

—¿Sí?

—Oscar, ¿sabes lo que es la regeneración? ¿No? Escúchame. A algunas clases de lagartos, cuando se les coge por la cola, ésta se rompe y luego vuelve a crecer. Si una langosta pierde una pinza, otra se forma en su lugar. Algunos tipos de gusanos, y las hidras y estrellas de mar, si se les corta en pedazos, cada uno de éstos regenera las partes que faltan. Las salamandras pueden regenerar sus manos perdidas, y las ranas sus patas.

—No te burles de mí, Ferd. Eso de la naturaleza está muy bien; es muy interesante. Pero volvamos a la bici ahora: ¿cómo te las ingeniaste para hacerlo tan bien?

—Nunca la he tocado. Se regeneró. Como una langosta o un tritón.

Oscar reflexionó sobre lo que acababa de oír: bajó la cabeza y miró a Ferd por debajo de sus cejas.

—Y dime Ferd... mira... ¿cómo es que no todas las bicis rotas

hacen lo mismo?

—Esta no es una bici ordinaria. Quiero decir que no es real.

Al ver la mirada de Oscar, gritó:

—¡Te digo que es *cierto*!

El grito hizo cambiar la actitud de Oscar de estupefacción a incredulidad. Se puso de pie.

—Por el argumento en sí, digamos que toda esa historia sobre bichos y anguilas o lo que diablos fuera a que te referías es cierta. Pero son seres vivos. Una bicicleta no lo es.

Lo miró con aire de triunfo.

Ferd movió su pierna de un lado a otro, siguiéndola con la vista.

—Tampoco lo es un cristal, pero un cristal roto puede regenerarse si las condiciones son adecuadas. Oscar, ve a ver si los imperdibles están aún en el escritorio. Por favor.

Escuchó mientras Oscar, hablando entre dientes, abría todos los cajones, hurgaba en ellos y volvía a cerrarlos con un golpe seco. Regresó.

—No —dijo—. Ni uno. Como dijo la señora aquella vez, y como tú mismo dijiste, no hay nunca un imperdible cuando hacen falta. Desap...¿Ferd? ¿Qué estás...?

Ferd abrió de par en par la puerta del armario y dio un salto atrás cuando una enorme cantidad de colgadores saltó afuera.

—Y como *tú* dijiste —dijo torciendo el gesto— siempre hay en cambio montones de colgadores. Aquí no había ninguno antes.

Oscar se encogió de hombros.

—No sé qué quieres probar con eso. Pero cualquiera pudo entrar aquí, tomar los imperdibles y dejar los colgadores. Yo hubiera podido..., pero no lo hice. O *tú*. Tal vez... —frunció el entrecejo— tal vez lo hayas hecho sonámbulo. Será mejor que vayas a consultar a un médico. Tienes mal aspecto.

Ferd volvió a sentarse con la cabeza entre las manos.

—Me siento fatal. Tengo miedo, Oscar.

—¿Miedo de qué? —suspiró ruidosamente.

—Te lo diré. Como te he explicado antes, ¿recuerdas?, las cosas que viven en lugares salvajes imitan a otras que hay allí. Ramas, hojas... sapos que parecen rocas. Bien; supongamos ahora que hay... cosas... que viven en los lugares donde habitan personas. Ciudades. Casas. Esas cosas podrían imitar... otras cosas que se

encuentran en los lugares de las personas...

—¡Los lugares *de las personas*! ¡Cristo! ¿Qué dices?

—Tal vez son una forma de vida de tipo distinto. Tal vez se alimentan de los elementos de la atmósfera. ¿Sabes lo que *son* los imperdibles... esos otros tipos de ellos? Oscar, los imperdibles son las formas en crisálida y luego, digamos, *incuban*. En formas larvales. Que se parecen a perchas. Incluso se parecen a ellos al tacto, pero no lo son. Oscar, no lo son, no, no de veras, no, no...

Rompió a llorar. Oscar lo miraba y sacudía la cabeza.

Después de un minuto, Ferd logró controlarse. Se sonó la nariz.

—Todas esas bicicletas que los policías encuentran y retienen en espera de que aparezcan sus dueños y luego nosotros compramos en la subasta porque los dueños no han aparecido, en realidad no son de nadie. Y lo mismo pasa con las que los chicos tratan siempre de vendernos, diciéndonos que las han encontrado: en realidad las han encontrado, porque nunca se hicieron en ninguna fábrica. Crecen y crecen. Las rompes y las tiras. Pero se regeneran.

Oscar se volvió hacia alguien que no estaba allí y movió la cabeza:

—Fuera, chico —dijo. Después, volviéndose a Ferd—: ¿Quieres decir que un día hay un imperdible y al siguiente en lugar de él un perchero?

—Un día hay un capullo y al día siguiente una mariposa. —Replicó Ferd—. Un día hay un huevo y al día siguiente un pollo. Pero con... «estas cosas» eso no sucede durante el día cuando puedes verlo, sino de noche. Oscar... de noche puedes *oír* cuándo sucede. Todos esos pequeños ruidos nocturnos, Oscar...

—¿Y entonces cómo no estamos enterrados en bicis hasta el ombligo? —Replicó Oscar—. Si tuviera una bici por cada perchero...

Pero Ferd había pensado en eso también. Si cada huevo de bacalao, explicó, o cada simiente de ostra creciera hasta alcanzar la madurez, un hombre podría atravesar el océano pisando todos los bacalaos y ostras que existieran. Tantos morían, tantos eran devorados por animales de rapiña, que la naturaleza tenía que producir un máximo para que un mínimo llegara a la madurez. Y la pregunta que a Oscar se le ocurrió fue:

—¿Y entonces quién se come los percheros? ¿A ver?

Los ojos de Ferd se centraron, atravesando pared, parque, edificios y más edificios, en el horizonte.

—Tienes que tratar de captar la imagen. No hablo de colgadores o alfileres reales. Lo utilizo como nombre para los otros... «falsos amigos», así los llamo. En el francés que aprendíamos en la escuela, teníamos que estar atentos a las palabras francesas que se parecían a las inglesas, pero en verdad eran diferentes. «Faux amis», los llaman. Falsos amigos. Pseudoalfileres. Pseudocolgadores... ¿Quién se los come?

—No lo sé. Tal vez pseudolimpiadoras al vacío.

Su socio, dejando escapar un agudo gemido, se golpeó las manos sobre los muslos.

—¡Ferd, Ferd, por amor de Dios! ¿Sabes cuál es tu problema? Hablas sobre ostras, pero te olvidas de para qué sirven. Olvidas que hay dos clases de personas en el mundo. Cierra esos libros, los del francés y los de bichos. Sal, conoce gente, mézclate con ella. Bebe algo de vez en cuando. ¿Sabes qué? La próxima vez que Norma la dueña de la bici de carreras, pase por aquí, serás *tú* quien coja la bici roja e irás *tú* al bosque con ella. No me importará. Y creo que a ella tampoco. Por lo menos no *demasiado*.

Pero Ferd dijo que no.

—No quiero volver a tocar la bicicleta roja en mi vida. Le temo.

Al oír esto, Oscar le obligó a levantarse, lo arrastró pese a sus protestas afuera y lo forzó a sentarse sobre la bicicleta roja.

—¡El único modo de que le pierdas el miedo!

Ferd, pálido y temblando, partió. En un momento estuvo en el suelo, gritando y revolcándose.

Oscar lo apartó de la bicicleta.

—¡Me ha tirado! —aulló Ferd—. ¡Ha tratado de matarme! ¡Mira... sangre!

Su socio comentó que había sido el golpe y que lo que lo había hecho caer era su propio miedo. Se había roto un radio y le había arañado la mejilla. Eso era todo. E insistió en que Ferd se montara otra vez en la bicicleta para dominar su miedo.

Pero Ferd tuvo un ataque de histeria. Gritaba que ningún hombre estaba a salvo, que la humanidad tenía que ser advertida del peligro que corría. Le costó mucho tiempo a Oscar calmarlo y hacer que fuera a su casa a acostarse.

No le contó todo eso al señor Whatney, por supuesto. Simplemente comentó que su socio se había hartado de aquel asunto de la bicicleta.

—No tiene sentido preocuparse y tratar de cambiar el mundo —declaró—. Yo digo siempre que hay que tomar las cosas tal como son. Si no se las puede vencer, mejor seguir para el lado que van.

El señor Whatney dijo que esa era exactamente su filosofía. Preguntó cómo iban las cosas desde entonces.

—No muy mal. Me he comprometido. El nombre de la chica es Norma, una fanática de las bicicletas. Haciendo un balance, las cosas no marchan mal. Tengo más trabajo, claro, pero puedo hacer las cosas según mi propio criterio, de modo que...

El señor Whatney asintió. Echó una mirada a la tienda.

—Veo que aún fabrican bicis de mujer —comentó—, aunque con todas las mujeres que usan pantalones, me pregunto para qué se toman el trabajo.

—No lo sé —dijo Oscar—. Pero me gusta de esa forma. ¿Nunca se ha detenido a pensar que las bicicletas son como las personas? Quiero decir que de todas las máquinas del mundo, sólo las bicis son macho y hembra.

El señor Whatney se sonrió, dijo que tenía *razón*, y que nunca había pensado en eso antes. Entonces Oscar le preguntó si deseaba algo en especial... al margen de que siempre se le recibía con gusto.

—Bueno, quería ver lo que tiene. Está por llegar el cumpleaños de mi hijo...

Oscar asintió con aire de sabiduría.

—Aquí precisamente tengo algo que no podrá encontrar en ningún otro lugar más que en éste. Especialidad de la casa. Combina los mejores rasgos de la de carrera francesa y la norteamericana estándar, pero se fabrica aquí, y en tres modelos: júnior, intermedia y normal. Hermosa, ¿no le parece?

El señor Whatney observó que podía ser lo ideal.

—A propósito —preguntó—, ¿qué ha sido de la de carrera francesa, aquella roja, que solía estar aquí?

La cara de Oscar sufrió una contorsión. Después tomó un aspecto blando e inocente, mientras se inclinaba hacia su cliente y le decía dándole un ligero codazo:

—¡Ah, *aquella*! ¿La vieja francesa? Bueno, la puse afuera, a criar.

Y los dos rieron a más no poder. Después que se contaron algunos cuentos más, concluyeron la venta, fueron a tomar cervezas y rieron un poco más. Y por último comentaron qué lástima lo del pobre Ferd, el viejo y querido Ferd, que había sido hallado en su propio armario con un perchero rígidamente enrollado alrededor de su cuello.

TIEMPO COMÚN

Robert Sheckley

1

... los días pasaron solamente, dando vueltas sin fin y monótonas como los ciclos en el espacio. ¡Tiempo y fracciones de tiempo! Cuántas centurias contó mi hamaca, mientras como un péndulo oscilaba a compás del mecerse torpe del navío y cronometraba las horas y las épocas».

Herman Melville, en su obra «Mardi».

NO te muevas.

Fue el primer pensamiento que se adentró en la mente de

Garrard cuando despertó y quizá con él salvó la vida. Yacía sujeto contra el acolchado, escuchando el redondo zumbido de los motores. Eso en sí era equívoco; debía ser incapaz de oír totalmente la superimpulsión.

Pensó para sí: «¿Ha comenzado ya?». Por lo demás todo parecía normal. El DFC-3 había cruzado a... velocidad intestinal y él seguía vivo y la nave funcionando. El navío estaría en aquel momento a unas 224 veces la velocidad de la luz, casi a 6.700.000 kilómetros por segundo.

Sin saber por qué Garrard no dudó de que así fuese. En las tentativas previas, los navíos habían partido hacia Alpha Centauri en el adecuado momento, cuando la superimpulsión debió ser cortada; y la fracción de segundo de imagen residual después de haberse desvanecido, sujeta a la espectroscopia, mostraba un estela Dopler que seguía a la aceleración predicha por Haertel, para aquel momento.

Lo malo no era que Brown y Cellini no se hubiesen alejado en buen orden. Era simplemente que ninguno de ellos volvió a aparecer jamás ni se tuvo tampoco noticias.

Muy despacio abrió los ojos. Notaba terriblemente pesados sus párpados. Pero lo que podía juzgar de la presión del diván contra su piel, la gravedad era normal; no obstante, mover sus párpados le pareció casi una tarea imposible.

Después de larga concentración, logró tenerlos abiertos del todo. El chasis de instrumentos estaba directamente ante él, extendido sobre su diafragma a la altura de la articulación del codo. Aún sin mover nada excepto los ojos —y esos gracias a una sublime paciencia— comprobó cada uno de los instrumentos de medida. Velocidad: 22,4 c. Temperatura de operación: normal. Temperatura del navío: 37 grados centígrados. Presión del aire: 778 milímetros. Combustible: tanque núm. 1 lleno, tanque núm. 2 lleno, tanque núm. 3 lleno, tanque núm. 4 lleno nueve décimas partes. Gravedad: 1 g. Calendario: pagado.

Lo miró con atención, aunque sus ojos parecían enfocarse también muy despacio. Era, claro, algo más que un calendario... era un reloj para todo propósito, diseñado para mostrarle el paso de los segundos, también como los diez meses que su viaje se suponía que duraría hasta llegar a la estrella doble. Pero no había la menor

duda: La manecilla segundaera estaba inmóvil.

Aquello fue la segunda anomalía. Garrard no tuvo impulso de levantarse y ver si podía hacer funcionar de nuevo el reloj. Quizá la avería era temporal y no tenía importancia en el pasado. Inmediatamente sonó en su cabeza la sacudida que había estado taladrando su cerebro durante todo un mes, antes de que el viaje comenzase...

¡No te muevas!

No moverse hasta que conociese la situación, todo cuanto le permitiera el no hacer el menor movimiento. Fuese lo que fuese, lo que arrebató a Brown y Cellini irrecuperablemente más allá del conocimiento humano, tenía que ser algo potente y totalmente por encima de la anticipación. Ambos fueron hombres excelentes, inteligentes, llenos de recursos, adiestrados hasta el punto de calcular con el error mínimo de un micrón... Los mejores hombres del proyecto. En sus navíos se efectuaron preparativos para cualquier problema que se pudiese presentar previsiblemente, lo mismo que también se hizo con el DFC-3. Por tanto, si no obstante había algo malo, debía ser de una esencia tal que golpease desde un distrito en cierto modo conocido... y que golpease una sola vez.

Escuchó el zumbido. Hasta era plácido y no muy alto, pero le conturbó hondamente. La superimpulsión debía ser inaudible y las cintas de los primeros vehículos de prueba sin tripulación no registraron aquel zumbido. El ruido no parecía interferir con el funcionamiento de la superimpulsión ni indicar ningún fallo en esta. Era sólo una irrelevancia para la que no pudo hallar razones de su existencia.

Pero tal razón existía. Garrard no intentó hacer más que inspirar otra vez cuando descubrió lo que era.

Increíblemente, se dio cuenta por primera vez que no había respirado ni una sola alenada desde que recuperó el conocimiento. Sin embargo, no sentía la menor incomodidad, pero aún contando con eso, el descubrimiento evocó un fogonazo abrumador de pánico que le hizo casi sentarse rígido en el diván de aceleración. Por

fortuna, o casi, parecía después que el pánico comenzó a decrecer el curioso letargo que afectó a sus ojos y párpados parecía envolver todo su cuerpo entero, porque el impulso desapareció antes de que pudiese reunir la energía suficiente como para responder a él. Y el pánico, por muy agudo que fue durante un instante, resultó convertirse en algo totalmente intelectual. Al cabo de un momento, se encontró observando que su fracaso en respirar de ninguna manera le incomodaba por lo que hasta ahora podía decir que era sólo un hecho allí presente, que esperaba su explicación...

O que esperaba matarle.

Pero que todavía no lo había hecho.

Motores vibrando; párpados pesados; ausencia de respiración; calendario detenido. Los cuatro hechos sumados no daban nada como resultado. La tentación de mover algo —incluso fuese el dedo gordo del pie— era fuerte, pero Garrard la reprimió. Había estado despierto sólo muy poco tiempo —media hora todo lo más— y ya tenía noción de cuatro anormalidades. Deberían haber más, otras anormalidades más sutiles que esas cuatro; pero asequibles a un fácil conocimiento antes de que tuviese que moverse. No tenía nada particular que hacer, aparte de preocuparse de sus propios deseos; el Proyecto, en la posibilidad de un fracaso en regresar como el de Brown y Cellini, considerando que este fracaso pudiese producirse por manipular la superimpulsión, había hecho que todo el DFC-3 estuviese sujeto sólo a un calculador electrónico. En el sentido real de las cosas, Garrard debía limitarse a viajar. Sólo cuando la superimpulsión quedase cortada podría entonces ajustar...

Pack.

Fue un ruido suave, de tono bajo, parecido al del corcho de una botella de vino al ser destapada. Su fuente semejaba estar a la derecha del chasis de control. Contuvo un súbito sobresalto de su cabeza en los cojines en la dirección del sonido, con un fuerte acto de voluntad. Despacio, movió los ojos en aquella dirección.

No pudo ver nada que pudiese haber causado el sonido. El dial de temperatura del navío no mostraba cambio que pudiera haber indicado que el ruido salió de una diferente reacción a la contracción o a la expansión... la única explicación posible que podía traer a su mente.

Cerró los ojos —un proceso que resultó ser tan difícil como había sido abrirlos— y trató de imaginarse el aspecto del calendario cuando salió de la anestesia por primera vez.

Después de conseguir una imagen clara y segura, Garrard volvió a abrir los ojos.

El sonido procedió del calendario, avanzando la manecilla un segundo. Ahora estaba inmóvil de nuevo, en apariencia detenida.

No sabía normalmente cuanto tiempo tardaba la manecilla segunda en dar aquel salto; la cuestión era algo que no se había preguntado jamás. Ciertamente el salto, cuando se producía el fin de cada segundo, era demasiado rápido para que el ojo pudiese seguirlo.

Frustradamente se dio cuenta con todas sus facultades mentales, que todo aquel proceso de pensamiento estaba costando mucho en términos de información esencial. El calendario se había movido.

Después de todo y antes que ninguna otra cosa, tenía que saber exactamente cuanto tiempo tardaría en volverse a mover...

Comenzó a contar, dejando un margen perdido arbitrario de cinco segundos. Uno y seis, uno y siete, uno y ocho... Garrard había llegado hasta ahí cuando se encontró lanzado en el infierno. Primero, y profundamente sin razón, un miedo enfermizo le recorrió las venas, haciéndose más y más intenso. Notó en las entrañas una especie de nudo, que se formaba con infinita lentitud. Todo su cuerpo se convirtió en un campo de pequeñas y lentas pulsaciones... que no sólo le sacudían, sino que colocaban a sus miembros en movimientos contrarios y convulsos y que hacían que su piel rozara suavemente por debajo de las ropas. Contra el fundido otro sonido se hizo audible un tronar casi subsónico que parecía estar dentro de su cabeza. Aún creció el miedo y con él vino el dolor y la inquietud... un enderezarse de sus músculos hasta hacerse como madera, particularmente en su abdomen y hombros, pero afectando sus antebrazos casi con igual pesadez. Se notó comenzando, muy gradualmente, a doblarse por la mitad, un

movimiento sobre el que prácticamente no podía hacer nada... una clase terrible de parálisis dinámica...

Duró horas. A su altura, la mente de Garrard, incluso su propia personalidad, estaba limpia por completo; era sólo un navío de horror. Cuando unas cuantas pocas corrientes de razonamiento comenzaron a regresar por encima de aquel desierto quemante de emociones irrazonadas, descubrió que estaba sentado sobre el diván de aceleración y que con un brazo había hecho retroceder el chasis de control sobre su codo, de manera que ya no gravitase encima de su cuerpo. Sus ropas estaban húmedas de sudor, que tozudamente se negaba a evaporarse o a enfriarle. Le dolían algo los pulmones, aunque seguía sin poder detectar la respiración.

¿Qué demonios había pasado? ¿Fue aquello lo que mató a Brown y Cellini? Porque mataría también a Garrard... de eso estaba seguro, si sucedía con frecuencia. Le mataría incluso si tenía que ocurrir sólo dos veces más, si las dos cosas siguientes sucedían a la primera estrechamente. Y como mínimo le convertirían, con sus defectos, en un cretino idiotizado; y aunque el computador electrónico pudiese devolver a Garrard y el navío a la Tierra, no sería capaz de decir al Proyecto lo que ocurrió con este tornado de miedo insensato.

El calendario dijo que la eternidad en aquel infierno duró tres segundos. Mientras lo miraba con académica indignación, emitió su Pack y descendió a hacer la duración total hasta cuatro segundos. Con sombría determinación, Garrard comenzó de nuevo a contar.

Cuidó de establecer el conteo en un plan, absoluto de igualdad, en un proceso automático que no se detuviese allá en el fondo de su mente, no importaba qué otro problema abordase, o qué tifón emocional tratase de interrumpirle. El contar compulsivo no puede ser detenido por nada... ni por los transportes de amor ni por un cúmulo de agonías. Garrard conocía el peligro de iniciar deliberadamente tal mecanismo en su cerebro, pero también sabía lo desesperadamente que necesitaba cronometrar aquel tic tac del reloj.

Empezaba a comprender lo que le había pasado... pero necesitaba la medida exacta antes de utilizar ese conocimiento.

Claro que había habido especulación en abundancia sobre el efecto posible de la superimpulsión en el tiempo subjetivo del piloto, pero nada había llegado hasta aquel extremo.

Alguna velocidad por debajo de la luz, el tiempo subjetivo y objetivo eran exactamente iguales en lo que concernía al piloto.

Para un observador en la Tierra, el tiempo a bordo del navío parecía enormemente disminuido en la cercanía de la velocidad lumínica; pero para el propio piloto no habría cambio en apariencia.

Puesto que volar más allá de la velocidad de la luz era imposible —aunque por razones ligeramente distintas— tanto por la teoría de la nueva actividad como por las otras teorías corrientes, no se ofreció ninguna hipótesis que diese una pista a lo que ocurriría a bordo de un navío que traspasase la velocidad lumínica.

Las teorías actuales ni siquiera permitirían que existiese un navío de tal índole. La transformación a Haertel, en la que en efecto, volaba el DFC-3, era no relativista: mostraba que un tiempo en apariencia alargado de un viaje translumínico, sería idéntico al tiempo del navío y al de los observadores de ambos extremos de dicho viaje. Pero puesto que navío y piloto eran parte del mismo sistema, ambos cubrían la misma expresión en la ecuación de Haertel, por eso no se le ocurrió jamás a nadie que el piloto y el navío pudiesen conservar tiempos distintos. La simple noción imaginativa de esto era ridícula.

Mi! setecientos uno, mil setecientos dos, mil setecientos tres, mil setecientos cuatro...

La nave conservaba tiempo-navío, que era idéntico al tiempo-observador. Llegaría al sistema Alpha Centauri dentro de diez meses. Pero el piloto consideraba tiempo-Garrard y empezaba a aparecer tan duro como si no llegase en absoluto.

Era imposible, pero allí estaba. Algo —casi con certeza un insospechado efecto lateral del campo de superimpulsión en el metabolismo humano, un efecto que naturalmente no podía ser detectado en las pruebas robot preliminares de la superimpulsión— había acelerado la presión subjetiva de Garrard acerca del tiempo y había hecho un trabajo total.

La manecilla segunda comenzó con un lento y preliminar estremecimiento mientras los interiores del calendario iniciaron la

aplicación de potencia. Siete mil cuarenta y uno, siete mil cuarenta y dos, siete mil cuarenta y tres...

A la cuenta de siete mil cincuenta y ocho, el segundero comenzó a saltar hasta la graduación siguiente. Costó en apariencia varios minutos cubrir la pequeña distancia y varios más quedarse inmóvil por completo. Más tarde todavía, le llegó el sonido Pack.

En un pensamiento febril, pero sin ninguna agitación física real, su mente comenzó a manipular con las cifras. Puesto que le costaba más contar con un número individual, el número por tanteo se hacía mayor y en el intervalo entre dos tics del calendario estaban probablemente más cerca 7.200 segundos que 7.058. Una recapacitación le llevó rápidamente a la equivalencia que deseaba:

Un segundo en el tiempo-navío equivalía a dos horas en tiempo Garrard.

¿Había estado contando lo que eran para él dos horas completas? No parecía haber la menor duda en ello. Eso indicaba que tenía por delante un larguísimo viaje.

La longitud de tal viaje le golpeó con una fuerza anonadadora. El tiempo había disminuido para él teniendo en cuenta un factor de 7.200. O sea que llegaría a Alpha Centauri precisamente dentro de 72.000 meses.

Lo que significaba...

¡Seis mil años!

2

Después de aquello, Garrard permaneció sentado inmóvil durante largo rato, la camisa Nessus impregnada de cálido sudor parecía tenerlo en un baño persistente, que se negaba incluso a enfriarse. Después de todo, no había prisa.

Seis mil años. Tendría comida, agua y aire para todo ese tiempo,

o para sesenta o seiscientos mil años; el navío sintetizaría cuanto necesitase, en realidad, mientras durase el combustible y este combustible se originaba a sí mismo. Aún cuando Garrard consumiese una comida cada tres segundos de tiempo objetivo, o del navío, (lo que, comprendió de pronto, sería incapaz de hacerse porque le costaba a la nave varios segundos de tiempo objetivo el preparar y servir una comida una vez esta está; tendría suerte si lograba comer una vez al día, (tiempo-Garrard), no había motivo para tener escasez de suministros. Esa había sido una de las posibilidades previstas para evitar el desastre, por los ingenieros del proyecto que prepararon y diseñaron el DFC-3.

Pero nadie había pensado en proporcionar un mecanismo que indefinidamente repeliera a Garrard. Al cabo de seis mil años, no quedaría nada de él, excepto una débil película de polvo sobre el DFC-3, es decir, sobre la superficie horizontal del navío. Su cadáver le sobreviviría un tiempo, puesto que el propio navío era estéril, pero eventualmente se vería consumido por las propias bacterias orgánicas que llevaba en su sistema digestivo. Necesitaba tales bacterias para sintonizar parte de sus necesidades de vitamina B mientras vivía, pero ellas le consumirían sin compasión, una vez hubiese dejado de ser una cosa tan complicada y delicadamente equilibrada como piloto... o como cualquier otra cosa clase de vida.

Garrard iba, en resumen, a morir antes que el DFC-3 hubiese llegado muy lejos del Sol; y cuando después de 12.000 años aparentes el DFC-3 regresase a la Tierra, ni siquiera su momia estaría a bordo.

El escalofrío que le recorrió producido por lo que le parecía casi una aberración del pensamiento, producida después de descubrir cual eran sus posibilidades, duró una enormidad de tiempo y en sí mismo fue la fuente de un apremio y una excitación... no de la clase de emoción que debería sentir ante una virtual sentencia de muerte. Por fortuna no fue tan intolerablemente violento como la última convulsión emocional; y cuando hubo pasado, dos tics del reloj más tarde, dejó tras de sí un residuo de duda.

¿Supongamos que este efecto de prolongación del tiempo fuese sólo mental? El resto de su proceso corporal tenía aún que seguir conservando el tiempo del navío; Garrard no tenía inmediatas razones para creer otra cosa. De ser así, sería capaz de moverse

solamente con arreglo al tiempo-navío, también; le costaría aparentemente muchos meses completar la más simple de las tareas.

Pero viviría, si ese era el caso. Su mente llegaría a Alpha Centauri seis mil años más vieja o quizá más loca, que su cuerpo, pero viviría.

Si, por otra parte, sus movimientos corporales iban a ser tan rápidos como su proceso mental, tendría que tener enorme cuidado. Le sería preciso moverse más despacio y ejercer la menor fuerza como le fuera posible. El movimiento normal de la mano humana, en un trabajo como el de levantar un lápiz, tomaba dicho lápiz desde un estado de descanso, para llevarlo a otro estado de descanso, impartándole una aceleración de unos dos palmos por segundo tras segundo... y claro, decelerándolo en la misma proporción. Si Garrard tenía intención de impartir el peso de un kilo, que estaba conservando tiempo del navío, una aceleración de unos 14,440 pies por segundo al cuadrado de su tiempo, tendría que ejercitar una fuerza de unos cuatrocientos kilos sobre dicho objeto.

La cuestión no era que no pudiese hacerse... sino que costaría tanto esfuerzo como empujar a un jeep atascado. Nunca sería capaz de adelantar ese lápiz sólo con los músculos del antebrazo; tendría que aplicar la fuerza de su espalda en ese trabajo.

Y el cuerpo humano no estaba diseñado para mantener indefinidamente esfuerzos de tal magnitud. Ni siquiera los más poderosos alzadores de pesos, profesionales, se veían obligados a mostrar su potencia durante cada minuto del día.

Pack.

Era de nuevo el calendario; otro segundo había pasado. Otras dos horas. Ciertamente había parecido más largo que un segundo, pero también más corto que dos horas. Evidentemente el tiempo subjetivo era una medida intensivamente recompilada. Incluso en este mundo de microtiempo —en el que la mente de Garrard, por lo menos, parecía estar operando— podía hacer que los lapsos entre los tics del calendario pareciesen un poco más breves al interesarse

activamente en algún problema de cualquier clase. Eso ayudaría, durante las horas de vela, pero ayudaría sólo si el resto de su cuerpo no conservaba el mismo tiempo que su mente. Si no era así, entonces llevaría una vida mental increíblemente activa, pero quizá no intolerable, durante los varios siglos de su tiempo de estar despierto. Y piadosamente estaría dormido durante casi un período igual.

Ambos problemas —el de cuánta fuerza podría ejercer con su cuerpo y cuanto tiempo podía esperar estar dormido en su mente— emergieron simultáneamente a la vanguardia de su conciencia mientras permanecía sentado inerte en el diván de aceleración, sus plazos y duraciones aún muy entremezclados. Después de un simple tic del calendario, el navío —o parte de lo que Garrard podía ver desde allí— se aposentaba en completa rigidez. El sonido de los motores, también, no parecía variar de frecuencia o amplitud, por lo menos por lo que sus oídos podían discernir. Seguía sin respirar. Nada se movía, nada cambiaba.

Era el hecho de que no lograba detectar movimiento de su diafragma o de su tórax lo que le decidió por fin. Su cuerpo tenía que estar conservando tiempo del navío, de otro modo se hubiese desmayado por falta de oxígeno y hubiese muerto asfixiado hacía rato ya. Esa presunción explicaba, también, las dos increíblemente prolongadas oleadas de emoción, también en apariencia sin fuente de origen, a través de las cuales había estado sufriendo: No habían sido nada más ni nada menos que la respuesta de sus glándulas endocrinas a las reacciones puramente intelectuales que experimentó antes. Había descubierto que no respiraba, sintió entonces un fogonazo de pánico y trató de sentarse. Mucho después de que su cerebro hubiese olvidado aquellos dos impulsos ellos se deslizaron desde el cerebro a sus nervios y hasta las glándulas y músculos interesados, y entonces, el pánico físico entró en acción. Cuando hubo pasado se encontró sentado, aunque la corriente de granadina le impidió advertir el movimiento por el que cambió de posición. El último escalofrío —menos violento y en apariencia

asociado con un descubrimiento de que podía morir mucho antes de que el viaje terminase— actualmente había sido la respuesta de su cuerpo a una orden mental efectuada mucho antes... la fiebre abstracta del interés que sintió mientras calculaba el tiempo diferencial por el que había respondido a las incitaciones.

Evidentemente, iba a tener que tener mucho cuidado con los impulsos intelectuales en apariencia fríos de cualquier clase... o lo pagaría más tarde con una reacción glandular prolongada y sobrecogedora. No obstante, el descubrimiento le produjo una considerable satisfacción y Garrard permitió que se desarrollase con libertad; con certeza no podría hacerle daño el sentirse complacido unas cuantas horas, y el plazo glandular podía incluso ser de ayuda, si le alcanzaba en la carrera que se desarrollaba en su organismo en un momento de depresión mental. Seis mil años, después de todo proporcionaba un número ¡considerable de oportunidades para experimentar sensaciones y estados de ánimo de diversas clases; así que sería mejor encorajinar todos los momentos de placer y dejar que la post reacción durase tanto como pudiera. Habrían instantes de pánico, de miedo, de tristeza, que tendría que regular con firmeza nada más que apareciesen en su mente; en esos momentos Garrard se vería arrojado a cuatro, cinco, seis, quizá diez horas propias de infierno emocional.

Pack.

Ahí estaba, lo que quedaba muy bien: acababan de transcurrir dos horas-Garrard sin virtualmente dificultad de ninguna clase y sin que él especialmente estuviera consciente de su paso.

Si pudiera reajustarse y acostumbrarse a esta clase de vivir, el viaje puede que no fuera tan malo como al principio se temió.

El sueño arrancaría porciones inmensas de él y durante los períodos de vigilia podría dedicarse a una infernal cantidad de tiempo para pensar ¡creativamente. Durante un sólo día de tiempo-avión, Garrard podía pensar más que cualquier filósofo en la Tierra durante toda una vida. Garrard era capaz, si se disciplinaba a sí mismo lo suficiente, de dedicar su mente durante un siglo a

examinar las consecuencias de un simple pensamiento, hasta un último detalle y aún tener milenios de margen para seguir con la meditación de la idea próxima. ¿Qué panoplias de pura razón no podría haber reunido para el tiempo de los 6.000 años que tenía que pasar? ¡Con suficiente contracción, podría llegar a la solución del Problema del Mal entre el desayuno y la comida de un simple día de navío y al cabo de un mes también en la nave, podían hurgar con el dedo en la Primera Causa!

Pack.

No es que Garrard fuese lo bastante confiado como para esperar permanecer en estado lógico o incluso cuerdo a través de todo el viaje. El panorama era aún sombrío, en la mayor parte de sus detalles. Pero también estaban allí las oportunidades. Sintió momentáneamente el que no fuese Haertel, más que él mismo, quien hubiera tenido tal oportunidad...

Pack.

... porque el viejo podía haber hecho mejor uso de todo aquel tiempo extra de lo que haría sin duda Garrard. La situación exigía a alguien adiestrado en los más altos rigores de las matemáticas, para poder aprovecharse hasta el máximo, sin embargo y pese a todo, Garrard comenzó a sentir...

Pack.

... que extraería un buen resultado por sí mismo y eso le impulsó a darse cuenta de que (en cuanto retuviese su cordura esencial) regresaría...

Pack.

... a la Tierra después de diez meses terrestres con conocimiento avanzado en muchos siglos más allá de cualquier otra cosa...

Pack.

... más adelantado de lo que supiese Haertel, o cualquier otro...

Pack.

... que tuviese que trabajar dentro de un tiempo normal de vida. Pack. La perspectiva general de todo aquello le impresionó. Pack. Incluso el tic del reloj parecía más animoso. Pack. Sintióse ahora estupendamente seguro Pack con respecto a la orden que se fijó a sí mismo Pack prohibiendo ser el movimiento Pack, puesto que en cualquier Pack acontecimiento él Pack ya se había Pack movido Pack sin Pack sufrir Pack el menor daño Pack Pck Pck Pck Pck pckpckpckpckpcfcpcckpck...

Bostezó, se desprendió y se levantó. No debería estar demasiado complacido, después de todo. Habían muchísimos problemas que necesitaban su examen, tales como conservar el impulso hacia la consecución de la tarea según el tiempo del navío, mientras sus centros más altos seguían las ramificación es de algún punto puramente filosófico. Y además...

Y además, acabó de moverse.

¡Más aún que eso; había realizado una complacida maniobra con su cuerpo en tiempo normal. Antes que Garrard mirase al propio calendario, el mensaje que había estado pulsando emitiendo hacia él, penetró en su mente. Mientras estuvo disfrutando la oleada glandular de su anterior sentimiento de satisfacción, no advirtió, al menos conscientemente, que el calendario estaba acelerándose.

Adiós, vastos sistemas éticos que abrumarían a la humanidad

cuando los expusiera, dejando chicos a los griegos. Adiós, cálculos avanzados durante eones más allá incluso que las computaciones de un cerebro electrónico. Adiós, cosmologías preparadas por Garrard, que permitirían un trabajo casi del Todopoderoso y también permitirían la comprensión de un campo de acción n-dimensional.

Adiós, también, a un proyecto que una vez trató de abordar en el colegio... describir y contar las posiciones del amor, del que, según el mito, suponía que deberían existir unas cuarenta y ocho. Garrard nunca pudo llegar más allá de veinte y acababa de perder posiblemente su última oportunidad de intentar de nuevo el raciocinio.

El microtiempo en el que había vivido acababa de desaparecer, sólo unos pocos minutos objetivos después de que el navío hubiese entrado en la superimpulsión y él hubiera salido de la anestesia. La larga agonía intelectual con su contrapunto glandular, quedaba reducida a la nada. Garrard ahora consideraba el tiempo del navío.

Garrard se volvió a sentar en el diván, incierto entre las sensaciones de amargura o alivio. Ninguna emoción le satisfizo al final; simplemente se sintió satisfecho. El micro-tiempo había sido bastante malo mientras duró; pero ahora que había desaparecido y todo parecía normal... ¿cómo pudo sobrevivir a una cosa que debió haber matado a Brown y a Cellini? Eran hombres estables, más estables, según su propia estimación particular, que el mismo Garrard. Sin embargo, él había sobrevivido. ¿Es que había algo más que aquello?

Y si lo había... ¿Qué, inconcebiblemente, podría ser?

No hubo respuesta. A su lado, en el chasis de control que él apartó durante el primer momento de infinito pánico, el calendario continuó con su tic tac. El ruido del motor había desaparecido. Su aliento vino y se fue con un ritmo natural. Se notó ligero y fuerte. El navío estaba quieto, tranquilo, inmutable.

El calendario siguió con su ritmo cada vez más rápido. Llegó y pasó la primera hora, tiempo del navío, del vuelo en superimpulsión.

Pack.

Garrard alzó la vista sorprendido. El ruido familiar, esta vez, había sido la manecilla horaria saltando una unidad. La unidad segundera estaba ya pasando la pasada media hora. La segundera giraba como una hélice... y mientras la miraba, aceleró todavía más hasta hacerse por completo invisible...

Pack.

Otra hora. La media hora había pasado ya. Pack. Otra hora. Pack. Otra. Pack. Pack. Pack, pack, pack, pack, pck-pck-pck-pck-pck-pck-pckpckpckpcf... las manecillas del calendario giraban hacia la invisibilidad mientras el tiempo huía con Garrard. Sin embargo, el navío no cambiaba. Estaba allí, rígido inviolado, invulnerable. Cuando las saetas del reloj alcanzaron una velocidad a la que Garrard ya no pudo leer sus marcaciones, descubrió que una ver más no podía moverse... y eso, aunque su cuerpo entero parecía ligero como el de un pajarillo, impedía que nada coherente le llegase a través de sus sentidos. La habitación perdía luz, se convertía en más roja; o no, era...

Pero jamás vio el fin del proceso, nunca le fue posible mirar desde el pináculo del micro-tiempo hacia el que la superimpulsión de Haertel le estaba llevando.

3

La falsa muerte se apoderó de él primero.

Que Garrard no muriese por completo, y dentro de un tiempo comparativamente breve después de que el DFC-3 hubiese entrado en superimpulsión, fue debido al accidente más casual; pero Garrard no lo supo. De hecho, no supo nada en absoluto durante un período indefinido, en el que permaneció rígido, con la vista fija, su metabolismo disminuido hasta la casi nada, su mente casi también profundamente inactiva. De vez en cuando, una simple ola de actividad metabólica a bajo nivel, le recorría —lo que un electricista pudo haber catalogado como «contacto de mantenimiento»— en respuesta a los apremios de alguna ansia oculta de supervivencia; pero estos eran tan básicos a la naturaleza que no podían ni llegar a su consciente en absoluto. Aquello resultó ser la seudomuerte.

Y sin embargo, cuando el observador llegó actualmente, Garrard despertó. Pudo sacar poquísimo sentido de lo que veía o sentía incluso ahora; pero una cosa resultaba clara: la superimpulsión había sido cortada, y con ella las pocas alteraciones en las proporciones del tiempo y había una fuerte luz entrando en uno de los ventanales. La primera parte del viaje había pasado. Habían sido estos dos cambios en su medio ambiente lo que le restableciera a la vida.

La cosa (o cosas) que le habían restaurado la conciencia en él, sin embargo, eran...¿el qué? No tenía sentido. Era una construcción, bastante frágil, que por completo rodeaba su diván de aceleración. No, no era una construcción, sino evidentemente algo vivo... un ser viviente, organizado de una manera horizontal que se había dispuesto a sí mismo en círculo en torno a él. No, era un número de seres. Una condensación de todas estas cosas.

Cómo habían entrado en el navío era un misterio, pero el caso es que estaba allí. O allí estaban.

—¿Qué tal lo oye usted? —dijo la criatura bruscamente. Su voz o sus voces, vinieron con igual volumen de cada punto del círculo, pero no de un lugar particular. Garrard no pudo pensar en ningún motivo porque aquello fuese tan desusado.

—Yo... —dijo—. O nosotros... nosotros oímos con tus oídos. Mira.

Su respuesta, con la inintencionada larga cadena de sonidos de vocales abiertas, sonó ridícula. Se preguntó porqué estaba hablando

un lenguaje tan raro.

Nosotros —ellos— festejamos que hayas podido recuperarte tu-vosotros... de esta manera —dijo la criatura. Con estrépito un libro de la amplia biblioteca del DFC-3 cayó a cubierta, junto al diván—. Nosotros festejamos de vez en cuando y todo lugar por una multitud. Tú eres el ser Garrard. Nosotros-ellos somos las masas clinestéricas, con todo el amor.

—Con todo el amor —repitió Garrard. El uso del lenguaje de aquel ser o seres que ambos hablaban era raro; pero de nuevo Garrard no encontró razón lógica para considerarle equívoco.

—¿Sois... sois tú-vosotros de Alpha Centauri? —dijo dudoso.

—Sí, percibimos tus radiocélulas gemelas, que se muestran para ir más allá de los orificios de regalo. Nosotros-ellos captamos que el ser-Garrard tenía y tiene mucha adoración por esos órganos gemelos y que tras ellos hay un cerebro, suave y fuerte por igual. ¿Cómo oyes?

Esta vez el ser-Garrard comprendió la pregunta.

—Yo soy de la Tierra —dijo—. Pero eso es muy suave y no se muestra.

—Sí —contestó el ser—. Es una armonía como la nuestra, aunque no al principio. Los todo-devotos escuchan a los amantes de allí, no con la radio-celes. Deja que yo-mío capte lo de ti-tuyo para que mis demás hermanos y amantes estén en contacto estrecho con el canal que es fragante para el ser-Garrard.

Garrard halló que le comprendía el discurso sin dificultad. Se le ocurrió un pensamiento de que para comprender un lenguaje en sus propios términos —sin traducirlo al inglés en su propio cerebro— se requiere una habilidad que sólo se consigue con dificultad y la larga práctica. No obstante, instantáneamente su mente dijo «Pero esto es inglés», lo que era cierto en realidad. La oferta de aquellos seres que se llamaban a sí mismos masas conglomeradas había sido hecha con una enorme sinceridad y él a su vez albergaba sólo pensamientos verdaderos de amor, para su propia delicia como para la de sus visitantes; pensamientos que emanaban de él sin necesidad de decirlo en palabras.

Después de aquello hubieron muchos aparcamientos de navíos y

el ser-Garrard captó las armonías de los conglomerados, dejando su navío con una armonía precisa que penetraba por inconcebibles orificios y que portaba el amor de los Todo-Devotos, mientras que los conglomerados se mostraban ellos-suyos.

Trató, también, de decir cómo había salido hacia el amor por causa de la superimpulsión, que encerraba sólo espacios y tiempos y lo convertía todo en rasgos característicos. La asamblea de seres conglomerados festejó por tanto a la superimpulsión, pero él no captó una respuesta en él-ellos.

Entonces el ser-Garrard supo que todo el tiempo había sido devorado y que necesitaba volver a oír a la Tierra.

—Captaré para usted-vosotros el amor más pleno —dijo a los conglomerados—. Adoraré a los radioiceles de Alpha y próximo a Centauri, así en la Tierra como en el cielo. Ahora la superimpulsión debe festejarme y ganarme y hacerme adorar una creación muy parecida al silencio.

—Pero a ti te volveremos a captar de nuevo —dijo el ser conglomerado—. Después de que hayas adorado a la Tierra. Eres muy apreciado por el Tiempo, por los Todos-Devotos. Nosotros-ellos esperaremos tu nueva venida.

Particularmente Garrard no tenía mucha fe, pero dijo:

—Sí, nosotros-ellos haremos un festejo nuevo con los seres conglomerados en alguna otra radiación. Con todo nuestro amor.

A esto el ser conglomerado hizo y emitió adoraciones y en su centro se cortó la superimpulsión para volverse a reanudar de inmediato. El navío con los infinitos orificios del regalo y el ser-Garrard él-otro vio cómo los radioceles gemelos se alejaban.

Entonces, una vez más, vino la falsa muerte.

Cuando la velita se encendió en la infinita caverna de la seudomuerte de la mente de Garrard, el DFC-3 estaba bien adentro de la órbita de Urano. Puesto que el sol era aún diminuto y distante, no se manifestó espectacularmente a través del cercano ventanal y nada le llamó sacándole de su sueño post-muerte durante cerca de dos días.

Los calculadores electrónicos le esperaban pacientemente. Ya no eran inmunes a su control; ahora podía manejar el navío y dirigirlo personalmente a la Tierra, si así lo deseaba. Pero los calculadores estaban bien diseñados para hacerse cargo del hecho en el caso de que él pudiese estar verdaderamente muerto para cuando el DFC-3 volviese. Después de concederle toda una semana, durante la cual él no hizo nada más que dormir, volvieron a ocuparse de todo. Comenzaron a emitir señales de radio, sintonizadas a un canal especial.

Una hora más tarde, se recibió por respuesta una señal debilísima. Era sólo direccional y no produjo ningún sonido dentro del DFC-3... pero fue suficiente para volver a poner en movimiento el enorme navío.

Eso fue lo que despertó a Garrard. Su mente consciente aún no estaba turbada sobre la helada espuma de la pseudo-muerte; y hasta cuanto podía ver, el interior de la cabina no había cambiado ni pizca, excepto por el libro caído de la estantería... El libro. Los seres conglomerados lo hicieron caer. ¿Pero qué diablos era un ser conglomerado? ¿Y qué es lo que él, Garrard, reclamaba? No tenía sentido. Se acordó confusamente de alguna clase de experiencia allí, junto a los gemelos de Centauri...

... los radiocelos gemelos...

Había otra de aquellas palabras. Parecía tener raíces griegas, pero él no sabía griego... y además, ¿por qué los centaurianos hablarían griego?

Se inclinó hacia delante y manipuló el conmutador que alzaría la persiana de la ventanilla delantera, en realidad era un telescopio con una pantalla visera translúcida. Mostró unas cuantas estrellas y

un débil nimbo a un costado que podía ser el Sol. A la una en punto, en la pantalla apareció un planeta del tamaño de un guisante que tenía diminutas proyecciones, como mangos de cucharillas de té a cada lado. El DFC-3 no había pasado Saturno en su camino de ida; en aquel tiempo el planeta estaba al otro lado del Sol con respecto a la ruta del navío estelar. Pero el planeta era inconfundible, imposible de tomar por otro.

Garrard iba de regreso a su casa... y estaba vivo aún y cuerdo. ¿Estaba cuerdo todavía? Aquellas fantasías acerca de los centaurianos —que aún parecían tener sobre él efectos de una profunda emoción— no apoyaban muy bien a la estabilidad de su mente.

Pero con rapidez se desvanecía. Cuando descubrió, aferrándose a los fragmentos más a mano de sus recuerdos que el plural de ser conglomerado era seres conglomerados, dejó de tomarse el problema en serio. Con toda evidencia una raza de centaurianos que hablaban griego no se dedicaría a formar frases plurales latinas. Todo el asunto evidentemente había sido una creación de su semi-inconsciencia.

¿Pero qué encontró junto a las estrellas de Centaurus?

No había respuesta a aquella pregunta, sino se consideraba como respuesta a un murmullo incomprensible acerca del amor, de los Todos-Devotos y de los seres conglomerados. Posiblemente, no llegó a ver en absoluto las estrellas de Centaurus, porque estuvo yaciendo allí, frío como un cadáver, durante veinte meses enteros.

¿O habían sido 12.000 años? Después de las jugarretas que la superimpulsión le había jugado con el tiempo, no había manera de decir cuál era en realidad la fecha objetiva. Frenéticamente Garrard puso en acción el telescopio. ¿Dónde estaba la Tierra? Al cabo de 12.000 años...

La Tierra estaba allí. Lo que comprendió rápidamente, no probaba nada. La Tierra vivía durante millones de años; 12.000 años no era nada para un planeta. La Luna también estaba allí; ambas eran plenamente visibles, cerca del lado lejano del Sol, pero no demasiado lejos como para no recogerlas con claridad, con el telescopio a su máxima potencia. Garrard incluso pudo ver una clara zona soleada sobre el océano Atlántico, no lejos de Groenlandia; evidentemente los computadores estaban llevando al

DFC-3 a la Tierra desde unos 23 grados al norte del plano de la elíptica.

La Luna, tampoco había cambiado. Pudo incluso ver en su cara el enorme salpicón de blanco remedando el soleado océano terrestre, que era el hidróxido de magnesio del rayo de aterrizaje, enfocando sobre el Mare Vaporum durante los primeros días del vuelo espacial, con un manchón oscuro en el borde sur que sólo podía ser el cráter Monilius.

Pero tampoco eso demostraba nada. La Luna jamás cambiaba. Una película de polvo depositada por el hombre moderno en su superficie durante milenios... ¿después de todo, qué existía en la Luna capaz de originar una corriente de aire y borrarla? El Mare Vaporum, es decir su rayo, cubría más de 10.000 kilómetros cuadrados; el tiempo no lo disminuiría, el hombre tampoco podría borrarlo —bien accidentalmente, bien intencionadamente— en menos de un siglo. Cuando se polvorea una zona de ese tamaño en un mundo sin atmósfera, el polvo permanece fijo.

Comprobó las estrellas con referencia a sus mapas. No se había movido; ¿por qué iba a moverse en sólo 12.000 años? Las estrellas de referencia seguían señalando a la polar. Draco, como un trozo fantástico de cinta, aparecía entre las dos Osas, y Cefeo y Casiopea, como siempre habían aparecido. Esas constelaciones dijeron sólo que era primavera en el hemisferio norte de la Tierra.

¿Pero primavera de qué año!

Entonces, de pronto, se le ocurrió a Garrard que tenía un método de hallar la respuesta. La Luna causa mareas en la Tierra y las relaciones son siempre iguales y opuestas. La Luna no puede mover cosas en la Tierra sin ser afectada en sí misma... y ese efecto aparece en el momento angular lunar. La distancia de la Luna de la Tierra aumenta de manera constante unos casi dos centímetros cada año. Al cabo de 12.000 años debería estar a unos 182 metros más alejada de la Tierra y la reacción es siempre igual y opuesta.

¿Era posible medir eso? Garrard lo dudaba, pero sacó sus instrumentos de todas formas y tomó mediciones. Mientras trabajaba, la Tierra se acercó más. Para cuando hubo acabado su primer cálculo que era inseguro de comprobar, la Tierra y la Luna

estaban lo bastante cerca en el telescopio como para permitir unas medidas mucho más justas y precisas.

Lo que resultaba completamente innecesario, según comprobó con tristeza.

El cerebro electrónico había traído al DFC-3 no a un sólo observado planeta, sino simplemente a un punto calculado. Que la Tierra y la Luna no estuviesen cerca de ese punto cuando el DFC-3 regresase era una conjetura que el calculador no podía efectuar. Que la Tierra fuese visible desde aquí, ya resultaba bastante bueno y prueba suficiente de que no había pasado más tiempo que el calculado desde el principio.

Esto apenas era nuevo para Garrard; lo tenía como grabado en el fondo de su cerebro. En realidad había estado haciendo los cálculos por un motivo, uno sólo: porque en lo hondo de su mente, ajustada para trabajar por sí sola, había un mecanismo que exigía que se contase. Hacía mucho tiempo, mientras estaba tratando de cronometrar el tiempo del calendario del navío, inició un contoneo compulsivo... y parecía que había estado contando desde entonces.

Ese había sido uno de los peligros conocidos al provocar deliberadamente la actividad de tal mecanismo mental; y ahora fructificaba, en aquellos perfectamente inútiles ejercicios astronómicos.

La vista interior se cicatrizaba. Terminó con las cifras bruscamente y aquel zumbido interior de su cerebro dejó por último de contar. Había estado manejando el ábaco mental durante veinte meses y Garrard se imaginó alegre al ver que se retiraba, si suspendía la función contadora y él advertía un inmenso alivio.

Su rayo chirrió y dijo con ansiedad:

—DFC-3, DFC-3. ¿Garrard, me oyes? Estás vivo todavía? Todo el mundo está frenético aquí abajo. Garrad, si me oyes, ¡respóndenlos!

Era la voz de Haertel. Garrard cerró los divisorios tan convulsivamente, que una de las puntas se clavó en la palma de la mano.

—Haertel, estoy aquí. DFC-3 del Proyecto. Aquí Garrard —y luego, sin saber por qué, añadió—: Con todo el amor.

Haertel, después de que hubo pasado todo el bullicio, estuvo

más que interesado en los efectos del tiempo.

—Eso con certeza aumenta la multiplicidad de lo que constituye mi trabajo —dijo—. Pero creo que tendremos que tenerlo en cuenta para la transformación. Quizá incluso factorizar lo que le iluminaría en cuanto concerniese al piloto. De todas maneras, ya veremos.

Garrard giró entre sus dedos el refresco que tenía mientras meditaba. En el viejo y atestado despacho de Haertel, el cobertizo de la administración del proyecto, se sentía extraño, viejo, comprimido, reducido. Dijo:

—Yo no creo que haré eso, Adolph. Me parece que así logré salvar la vida.

—¿Cómo?

—Ya te dije que me pareció morir al cabo de un rato. Puesto que volví a casa, desde entonces he estado leyendo; y he descubierto que los psicólogos se preocupan menos de la individualidad del psique humana que tú y yo. Nosotros dos somos científicos físicos, así que pensamos en el mundo como algo exterior a nuestra dermis... algo que tiene que ser observado, pero que no altera el yo esencial. Evidentemente, esas viejas posiciones solipsísticas no son ciertas. Nuestras mismísimas personalidades, realmente, dependen en gran parte de todas las cosas a nuestro alrededor, grandes y pequeñas, cosas que existen más allá de nuestras dermis. Si por algunos medios que fueran posible hallar uno pudiese arrancar al ser humano de toda sensación e impresión que le venga del exterior, dejaría de existir como personalidad al cabo de dos o tres minutos. Probablemente moriría.

—Según dijo Harry Stack Sullivan —repuso con sequedad Haertel—. ¿Y qué?

—Pues —prosiguió Garrard— piensa en lo monótono que es el medio ambiente dentro de una espacionave. Todo resulta perfectamente rígido, quieto, inmutable, sin vida. En el vuelo ordinario interplanetario, con tal medio ambiente, incluso el más endurecido hombre espacial puede salirse de sus casillas de vez en cuando. Conoces tan bien como yo la psicosis típica de los viajeros espaciales, supongo. La personalidad del hombre se pone rígida, al igual que cuanto le rodea. De ordinario se recuperan en cuanto llega a puerto y toma contacto con el mundo más o menos normal.

»Pero en el DFC-3 yo me vi cortado del mundo que me rodeaba

de manera mucho más severa. No podía mirar por las ventanillas... iba en superimpulsión y ahí no hay nada que ver. No podía comunicarme con la patria porque iba mucho más de prisa que la luz. Y entonces descubrí que no podía tampoco moverme, durante un rato enormemente largo; y que incluso los instrumentos que están en cambio constante para el viajero espacial ordinario no parecían estar en movimiento con respecto a mí. Hasta ellos estaban fijos.

Después de que la proporción del tiempo comenzó a reanimarse, me encontré todavía en un encierro más imposible. Los instrumentos funcionaban, de acuerdo, pero se movían demasiado rápidos para que yo los leyera. Toda la situación estaba ahora infinitamente rígida... y, en efecto, morí. Me quedé helado tan sólido como el navío que me rodeaba y permanecí de ese modo mientras la superimpulsión estuvo en marcha.

—Por lo que muestra eso —dijo Haertel, con sequedad—, los efectos del tiempo no pudieron ser muy amigos tuyos.

—Pues lo fueron, Adolph. Mira, tus motores actúan en tiempo subjetivo; lo mantienen variando a lo largo de continuas curvas... desde muy despacio hasta excesivamente rápidos... y, supongo, vuelta a empezar de nuevo. Ahora, esto es una situación de cambio continuo. No estaba marcado lo suficiente, a la larga, para conservarme en la falsa muerte; pero sí lo bastante como para protegerme de morir del todo, que es lo que creo que les ocurrió a Brown y a Cellini. Sus hombres sabían que podían cortar la superimpulsión si llegaran a alcanzar el interruptor y se mataron a sí mismos al intentarlo. Pero yo sabía que no tenía más remedio que estar sentado y aceptarlo... y, por mi gran buena suerte tu variación sinuosa de la curva del tiempo hizo para mí que sobreviviese.

—Ajá —exclamó Haertel—. ¡Un punto que vale la pena considerar... aunque dudo que haga muy popular el viaje espacial!

Se quedó sumido en silencio y luego su boca se frunció. Garrard tomó un sorbo de su bebida.

Por último, Haertel dijo:

—¿Por qué estás tú molesto con esos centaurianos? Me parece que hiciste un buen trabajo. No es que resultes un héroe... cualquier estúpido puede ser valiente... pero también veo que pensaste donde Brown y Cellini evidentemente reaccionaron sólo. ¿Hay algún

secreto en lo que hallaste cuando llegaste a esas dos estrellas?

—Sí —dijo Garrard—, lo hay. Pero ya te he dicho lo que es. Cuando salí de la falsa muerte, yo era una especie de palimpsesto de plástico en el que cualquier ser hubiese podido hacer una marca. Mi propio medio ambiente, mi ordinario ambiente terrestre, estaba infernalmente lejos. Cuando conocí los centaurianos —si lo hice, y no estoy muy seguro— ellos se convirtieron en la cosa más importante de mi mundo y mi personalidad cambió para acomodarse y comprenderles. Eso fue un cambio en el que no pude hacer nada en absoluto.

«Posiblemente les comprendí. Pero el hombre que les comprendió no era el mismo al que estás hablando ahora, Adolph. Estoy de regreso a la Tierra, y yo mismo tampoco conozco a aquel hombre. El incluso hablaba inglés de un modo que me produce escalofríos. Si no puedo comprenderme a mí mismo durante aquel período... y es verdaderamente que no puedo; ni siquiera me será posible creer que aquel hombre era el Garrard que conozco... ¿qué esperanza tengo de poderte decir a ti o al proyecto lo que son centaurianos? Me encontraron en un medio ambiente controlado y me alteraron al entrar en él. Ahora que se han ido, nada penetra a través; ¡ni siquiera comprendo por qué pienso que ellos hablaban inglés!

—¿Y tenían ellos un nombre propio, los centauriones?

—Claro —contestó Garrard—. Eran los seres conglomerados.

—¿A qué se parecían?

—Jamás les vi.

Haertel se inclinó hacia delante.

—Entonces...

—Les oí. Creo —Garrard se encogió de hombros y volvió a dar un sorbo de whisky escocés. Estaba en su casa y se sentía complacido del todo.

Pero en su mente maleable oyó que alguien decía: Así en la Tierra, como el en Cielo; y luego, con otra voz, que podía también, haber sido la suya misma (¿por qué él ha pensado en «él-otro»?), Es más tarde de lo que te piensas.

—Adolph —dijo—. ¿Está ya todo? ¿O vamos a seguir adelante desde aquí? ¿Cuánto tiempo te costará construir un navío espacial mejor que el mío?, un DFC-4?

—Muchos años, muchos años —contestó Haertel, sonriendo con amabilidad—. No te muestres ansioso, Garrard. Has vuelto, que es mucho más de lo que consiguieron los otros y nadie te pedirá que vuelvas a salir de viaje. En realidad, creo que es puramente improbable que construyamos otro navío durante el tiempo que te reste de vida; incluso si lo hacemos, será pronto para lanzarlo al espacio. Realmente tenemos escasa información acerca de lo que has encontrado por allá fuera.

—Iré —dijo Garrard—. No tengo miedo de volver... me gustaría ir. Ahora que se cómo el DFC... se comporta, podría despegar de nuevo, traerte mapas adecuados, cintas, fotos.

—¿De veras crees que podríamos dejar que saliese de nuevo el DFC-3? —dijo Haertel con el rostro serio—. Garrard, vamos a desmontar ese vehículo, prácticamente molécula por molécula; ese es el trabajo preliminar para construir un DFC-4. Y no podemos dejarte ir. Mi intención no es ser cruel, pero ¿se te ha ocurrido a ti que ese deseo de volver puede ser el resultado de alguna clase de sugestión post-hipnótica? Si es así, cuanto más desees volver, más peligroso para nosotros serás. Vamos a hacer que te examinan tan enteramente como examinaremos al navío. Si esos seres conglomerados quieren que vuelvas, deben tener un motivo... y queremos conocer ese motivo.

Garrard asintió, pero se dio cuenta de que Haertel podía ver el ligerísimo movimiento de sus cejas y las arruguitas que se formaron en su frente, las contracciones de los músculos pequeños que contenían la emisión de las lágrimas sólo para hacer patente en el resto de su cara el sufrimiento y la pena que sentía.

—En resumen —dijo—. No te muevas.

Haertel pareció educadamente turbado. Garrard sin embargo, no pudo decir más. Había vuelto al tiempo común de la humanidad y nunca se apartaría de él otra vez. Ni siquiera, pese a la promesa débilmente recordada, con todo lo que quedase en él de amor.

CUANDO SE QUIERE, CUANDO SE AMA

Theodore Sturgeon

ESTABA hermoso en la cama de ella.

Cuando hay interés, cuando hay amor, cuando se atesora a alguien, puede contemplarse al amado dormido como se contempla todo, cualquier otra cosa: su risa, sus labios fruncidos, una mirada incluso ausente; una zancada, el sol enredado en un mechón de pelo; una bufonada o un gesto: incluso la inmovilidad, incluso el sueño.

Ella se inclinó un poco más, conteniendo el aliento, y contempló sus pestañas. A veces las pestañas son recias, abarquilladas, rubias; todo eso eran aquéllas, y satinadas por añadidura. Miradas muy de cerca... allí donde se curvan, vive la luz en diminutas y apretadas cimitarras.

Todo tan bueno, tan intensamente bueno, que ella se permitió deliciosamente a sí misma dudar de su realidad. Dentro de unos instantes se permitiría a sí misma creer que era real, que era cierto, que estaba ahí, que había ocurrido al fin. Todas las cosas que la vida le había dado hasta entonces, todo lo que había deseado, lo habla obtenido con sólo pedirlo. Cualquier deleite, orgullo, placer, incluso gloria en la nueva posesión de un regalo, un privilegio, objeto o experiencia: un anillo, un sombrero, un juguete, un viaje a Trinidad; sin embargo, todo ello se le había presentado siempre (hasta ahora) sobre la bandeja llamada vaya, naturalmente, con la

cual le eran servidas aquellas cosas. Aunque, ¿acaso no las había deseado? Pero lo de ahora... él, ahora... el mayor de todos sus deseos de siempre; en toda su vida, lo primero que trascendía el propio deseo y se convertía a sabiendas en necesidad: lo tenía al fin, por mucho, mucho tiempo (cuánto, ahora), lo tenía de verdad y por entero para siempre, por siempre y sin nada de vaya, naturalmente. Él era su milagro personal, él en esta cama ahora, apasionado y amándola a ella. Él era la razón y la recompensa por todo: su familia y sus antepasados, conocidos por tan pocos y sufridos por tantos, y en realidad, toda la historia del género humano había conducido a ello, y todo cuanto ella misma había hecho y experimentado; y amarle, y perderle, y verle como muerto y devolverle a la vida: todo era para este momento y porque el momento tenía que llegar, él y esa cúspide, ese calor en esas sábanas, ese ahora de ella. Él era todo vida y toda la belleza de la vida, hermoso en la cama de ella; y ahora ella podía estar segura, podía creerlo, creer...

—Lo creo —suspiró ella—. Le creo.

—¿Qué es lo que crees? —le preguntó él. No se había movido.

—¡Diantre! Creí que dormías.

—Bueno, sí. Pero noté que alguien estaba mirando.

—Mirando, no —dijo ella suavemente—. Contemplando.

Ella contemplaba todavía las pestañas, y no las vio agitarse, pero entre ellas asomaba ahora una rendija brillante del aluminio gris y frío de sus sorprendentes ojos. Dentro de unos instantes él la miraría —sólo eso—, dentro de un momento sus ojos se encontrarían y sería como si nada nuevo hubiese ocurrido (ya que sería el mismo proyectil metálico que la había traspasado la primera vez) y también como si todo, todo, estuviera ocurriendo de nuevo. Dentro de ella, la pasión hirvió como una bola de fuego incandescente, tan enorme, tan bella...

y como la cosa más terrible de la tierra, sin pausa, el resplandor cambió, variando desde los matices de todas las clases de amor hasta todas las tonalidades del terror y los colores del cataclismo.

Ella gritó el nombre de él...

Y los ojos grises se abrieron de par en par asustados por los temores de ella y asombrados, y se incorporó riendo, y la mueca de sus rientes labios se transformó sin pausa en la pálida contorsión de

la agonía, y los labios se separaron uno de otro, excesivamente, mientras los blancos dientes chocaban y mientras entre ellos él gritaba su dolor. Cayó de costado y doblado sobre si mismo, gimiendo, jadeando fatigosamente, gimiendo, jadeando, arrastrado lejos de ella, incluso de ella, inalcanzable incluso para ella.

Ella gritó. Ella gritó. Ella...

Una biografía de los Wyke es difícil de obtener. Esto ha sido cierto durante cuatro generaciones, y más cierto a cada una de ellas, pues cuanto más crecían las propiedades de los Wyke menos visible se hacia la familia Wyke, ya que tal fue la última voluntad del capitán Gamaliel Wyke cuando hubo escuchado la voz de su conciencia. Como era un hombre prudente, esto no ocurrió hasta que se hubo retirado de lo que eufemísticamente llamaban comercio de melazas. Su barco —más tarde su flota— había transportado a Europa excelente ron de Nueva Inglaterra, hecho con las melazas traídas de las Indias Occidentales a Nueva Inglaterra. Evidentemente, la travesía hacia el Oeste requería una carga remuneradora para cerrar con un tercer lado aquel provechoso triángulo. ¿Y qué mejor carga para las Indias Occidentales sino los africanos, para recolectar la caña y trabajar en los molinos que producían las melazas?

Definitivamente rico y retirado, durante algún tiempo se limitó a vivir entre sus iguales, llevando su casaca de paño fino y su nivea ropa blanca de opulento hacendado, sin más adorno personal que un macizo anillo de oro y unas pequeñas hebillas cuadradas de oro en sus rodillas. Sus conversaciones versaban sobre negocios de melazas, a menudo; raras veces sobre el ron, y nunca sobre los esclavos. Vivía con una esposa atemorizada y un hijo silencioso, hasta que ella murió y algo —quizá la soledad— restableció la conexión entre su cerebro y sus viejos y sagaces ojos, y le hizo mirar a su alrededor. Empezó a disgustarle la hipocresía humana, y fue lo bastante sincero como para sentir disgusto también de si mismo, y esto fue algo nuevo para el capitán; no podía olvidarlo, pero tampoco soportarlo, conque dejó al muchacho con la servidumbre y, llevándose un solo criado, se retiró al desierto a bucear en su alma.

El desierto era el «Viñedo de Martha»; durante todo un crudo invierno el anciano se acucilló al fuego cuando el mal tiempo no le

permitía salir y, embozado en cuatro grandes chales grises, paseó por las playas cuando lucía el sol, con su telescopio de latón debajo del brazo y sus inflexibles y sagaces pensamientos batallando duramente con sus convicciones. Al terminar la primavera regresó a Wiscassett, su áspero carácter y su laconismo incrementados casi hasta la mudez. Liquidó (según la descripción de un desconcertado contemporáneo) «todo lo que era ostentación», y se llevó a su hijo, como acoquinado y obediente discípulo, al Viñedo; allí, con acompañamiento de fragorosas rompientes y chirriantes gaviotas, el muchacho recibió una educación comparada con la cual, todas las enseñanzas recibidas por los Wyke durante cuatro generaciones iban a ser simples suplementos.

Pues, en su retiro a las tormentas y la soledad del yo interior y del Viñedo, Gamaliel Wyke había hecho las paces con el Decálogo, nada menos.

Nunca habla puesto en tela de juicio los Diez Mandamientos, ni los había desobedecido a sabiendas. Como otros muchos antes que él, atribuía el calamitoso estado del mundo y el pecado de sus habitantes a su negativa a observar aquellas Normas. Pero en sus mandatos, concluyó al final devotamente, Dios habla subestimado la estupidez del género humano. De modo que Gamaliel Wyke decidió enmendar el Decálogo por sí mismo, añadiendo «... ni ser causa...» a cada Mandamiento, sencillamente para que resultará más fácil regirse por ellos:

«... ni ser causa de que el nombre de Dios sea tomado en vano.

... ni ser causa de que se cometan robos.

... ni ser causa de deshonor para tu padre y tu madre.

... ni ser causa de la comisión de adulterio.

... ni ser causa de que se cometa asesinato».

Pero la revelación se produjo cuando llegó al final. Vio con súbita claridad que toda la insensatez del género humano: voracidad, lujuria, guerras, deshonor, procedían del desprecio casi absoluto de la humanidad hacia este mandamiento y su enmienda: «No codiciarás... ni serás causa de codicia».

Se le ocurrió entonces que despertar codicia en otro era un

pecado tan mortal como matarle o ser causa de su asesinato. Sin embargo, en todo el mundo se alzan imperios, se ostentan grandes yates y castillos y jardines colgantes, mausoleos y trusts y títulos universitarios, con el propósito de despertar la envidia o la codicia de los menos dotados... o ejerciendo tal efecto al margen de otra motivación.

Ahora bien, un hombre tan rico como Gamaliel Wyke podía resolver el problema, por lo que a él concernía, a la manera de San Francisco; pero era capaz de renunciar al Decálogo y sus enmiendas, a todas las Escrituras y a su nudoso brazo derecho antes que desprenderse a su congénita y arraigada adquisividad yanqui (aunque esto no lo confesaba, ni siquiera a sí mismo). Y otra solución habría sido coger sus riquezas y enterrarlas en la arena del «Viñedo de Martha», para evitar que causaran codicia. Sólo el pensarlo le producía sensación de ahogo, como si tuviera las fosas nasales obturadas con arena; el dinero era para él una cosa viva y no debía ser enterrado.

Y llegó a esta conclusión definitiva: Amasa tu dinero, disfrútalo, pero no dejes que nadie lo sepa. El desear la esposa de un vecino, o el asno de un vecino, o cualquier otra cosa, concluyó, presuponía conocer la existencia de tales bienes. Ningún vecino podía desear algo suyo si no podía darle un nombre.

Por eso Gamaliel pesó con la fuerza de la gravedad y con el peso del granito en la mente y en el alma de su hijo Walter, y Walter engendró a Jedediah, y Jedediah engendró a Caifás (quien murió) y Samuel, y Samuel engendró a Zebulón (quien murió) y Sylva; así que tal vez el verdadero comienzo de la historia del muchacho que se convirtió en su propia madre ha de buscarse en el capitán Gamaliel Wyke y en su revelación, azotada por la arena, profunda como el mar, dura como la roca.

... cayó de costado sobre la cama y se dobló sobre sí mismo, gimiendo, jadeando fatigosamente, gimiendo, jadeando, arrastrado lejos de ella, incluso de ella, inalcanzable incluso para ella.

Ella gritó. Ella gritó. Se incorporó y se apartó de él y corrió desnuda hacia la sala de estar, descolgó el teléfono de marfil:

—¡Keogh! —gritó—. ¡Por el amor de Dios, Keogh!

... y regresó al dormitorio donde él yacía con la boca abierta de la que brotaba un ronco y horrible uh uh, mientras ella se retorció las manos. Trató de coger una de las suyas y la encontró tensa de agonía e inconsciente. Ella le llamó, le llamó y luego volvió a gritar.

El zumbador sonó con imperdonable discreción.

—¡Keogh! —gritó ella, y el cortés zumbador sonó de nuevo... La cerradura, ah, maldita cerradura... cogió su salto de cama y llevándolo en la mano corrió a través del gabinete y la sala de estar y el salón y el vestíbulo y abrió la puerta de par en par. Tiró de Keogh sin darle tiempo a volverse, metió un brazo por una manga de la prenda y gritó:

—Keogh, por favor, por favor, Keogh, ¿qué le pasa? —y voló hacia el dormitorio, obligando a Keogh a acelerar el paso para no quedarse atrás.

Entonces Keogh, presidente del consejo de administración de siete grandes corporaciones, consejero de una docena más, director general de una modesta empresa familiar que durante más de un siglo se había especializado en la tenencia de acciones de compañías subsidiarias, se acercó a la cama y fijó su fría mirada azul en la figura que agonizaba allí.

Meneó la cabeza.

—No has llamado al hombre adecuado —dijo secamente, y corrió hacia la sala de estar, empujando a un lado a la muchacha con un gesto mecánico. Descolgó y dijo—: Envíame a Rathburn aquí. Ahora. ¿Dónde está Weber? ¿No lo sabes? Bueno, localízale y envíale aquí... No me importa. Alquila un avión. Compra un avión.

Colgó y regresó al dormitorio. Se acercó a la muchacha por detrás y suavemente cubrió con el salto de cama su otro hombro, y sin dejar de hablarle en tono cariñoso dio la vuelta en torno a ella y le ató el cinturón.

—¿Qué ha pasado?

—Nada... Él estaba...

—Vamos, muchacha, sal de aquí. Rathburn está a punto de llegar, y he mandado llamar a Weber. Si hay un médico mejor que Rathburn sólo puede ser Weber, conque tendrás que dejar el asunto en manos de ellos. ¡Vamos!

—No me separaré de él.

—¡Vamos! —repitió Keogh con autoridad; luego murmuró,

mirando hacia el lecho por encima del hombro de la muchacha—: Él lo desea, ¿no te das cuenta? No quiere que le veas así. ¿No es cierto? —inquirió.

El rostro vuelto a un lado y medio hundido en la almohada brilló sudoroso; un calambre atenazó los músculos de la boca, del lado que ellos podían ver. La cabeza asintió rígidamente; fue como un estremecimiento.

—Y... cierra... bien... la puerta... —logró susurrar.

—Vamos —dijo Keogh, y repitió—: Vamos.

Tiró de ella hacia la salida del dormitorio; ella dio un traspiés. Miró hacia atrás con una expresión anhelante en el rostro hasta que Keogh, sujetándola con las dos manos, dio un puntapié a la puerta y ésta se cerró. La cama desapareció de su vista. Keogh se apoyó de espaldas contra la puerta como si la aldaba no fuera suficiente para mantenerla cerrada.

—¿Qué le ocurre? ¿Qué le ocurre?

—No lo sé —dijo Keogh.

—Lo sabes, lo sabes. Siempre lo sabes todo... ¿Por qué no dejas que me quede con él?

—Él no lo desea.

Ella profirió un grito inarticulado.

—Tal vez él también preferiría gritar —susurró Keogh.

Ella luchó... Era fuerte; ágil y fuerte. Quiso apartar a Keogh de la puerta, pero no lo consiguió, de modo que al fin no le quedó sino llorar.

Keogh la sostuvo en sus brazos de nuevo, como no hacía desde que ella era una niña y se sentaba en su regazo. La sostuvo en sus brazos y miró sin ver la impasible y gloriosa mañana, desdibujada a través de la nube de los cabellos de la muchacha. Y deseó detener la mañana, el sol y el tiempo, pero...

... pero sólo hay una cosa cierta sobre la mente humana, y es que actúa, se mueve, trabaja incesantemente mientras hay vida. La acción, el movimiento y el trabajo difieren de los de un corazón o de una célula epitelial en que estos últimos tienen funciones, y en cualquier circunstancia realizan sus funciones. En vez de una función, la mente tiene un deber, el de convertir a un mono desnudo en un ser humano... Sin embargo, como para demostrar cuán trivial es la diferencia que existe entre la mente y el músculo,

la mente ha de moverse hasta cierto punto, cambiar siempre hasta cierto punto, mientras hay vida, como una apestosa glándula sudorípara...

Sosteniendo a la muchacha, Keogh pensó en Keogh.

La biografía de Keogh es algo más difícil de obtener que la de los Wyke, y no es a pesar de media vida transcurrida a la sombra del dinero, sino precisamente a causa de ello. Keogh era un Wyke en todo, menos en la sangre y en la casta. Los Wyke le poseían a él y a todo lo que él poseía, que no era poco.

Sin duda fue niño alguna vez, y joven; podía recordarlo si se lo proponía, pero no se molestaba en hacerlo. La vida empezó para él cuando la *summa cum laude*, la graduación en negocios y en leyes y (tan joven) el año y medio con Hinnegan y Bache, y luego la increíble oportunidad en el Banco Internacional; cuando se le exigió lo imposible en el asunto Zurich-Plenum y su afortunada gestión, y la distancia que aumentó entre él y sus socios año tras año, mientras para él la luz crecía y crecía, lo mismo que las dimensiones de su trabajo, hasta que al fin fue admitido con los Wyke, y le fue permitido comprobar que los Wyke eran Zurich y Plenum, y el Banco Internacional, y Hinnegan y Bache; eran en realidad su Facultad de Derecho y su escuela y mucho, muchísimo más. Y por fin, hacia dieciséis años... no, dieciocho años, exactamente, llegó a ser el Director General, y las distancias se habían convertido en abismos entre él y el resto del mundo, mientras la luz, su propia y enorme iluminación personal, le revelaba casi a él solo un complejo financiero-industrial sin precedente en su país, y virtualmente único en el mundo.

El comienzo, el otro comienzo, fue cuando el viejo Sam Wyke le llamó de repente aquella mañana, cuando (aunque Director General, con muchos presidentes de consejos de administración), era todavía el hombre más joven de aquella inaccesible oficina.

—Keogh —le dijo el viejo Sam—, te presento a mi niña. Sácala a pasear, dale todo lo que quiera, y regresa a las seis.

Luego había besado a la niña en la coronilla de su sombrero de paja de color oscuro, se había dirigido a la puerta y se había vuelto antes de llegar a ella, para ladrar:

—Si ves que se pavonea o hace algún alarde de ostentación, Keogh, mano dura con ella, ¿entendido? No me importa lo que haga, pero no permitas que se enorgullezca de algo que ella posea frente a alguien que no lo tenga. Ese es mi Primer Mandamiento.

Y se había marchado, dejando que un silencioso y desconcertado movedor de montañas cruzase miradas con una tímida chiquilla de once años. Ella tenía la piel luminosa y pálida, los cabellos negro azabache, sedosos y brillantes, y las cejas pobladas y negras.

La *summa cum laude*, el ingreso en Hinnegan y Bache... todas aquellas cosas fueron comienzos y él sabía que lo eran. Durante algún tiempo no supo que lo de ahora lo había sido también, como asimismo ignoraba que había asistido a la versión contemporánea del «No serás... causa de codicia» del capitán Gamaliel. En aquel momento sólo pudo permanecer perplejo unos instantes; luego se excusó y se dirigió a la oficina del tesorero, donde firmó un recibo y alivió de su contenido a un modesto cofre de dinero que distaba mucho de ser modesto. Cogió su sombrero y su chaqueta y regresó a la oficina del Presidente. Sin pronunciar palabra, la niña se puso en pie y le acompañó hacia la puerta.

Almorzaron y pasaron la tarde juntos, y regresaron a las seis. Keogh le compró a la niña todo lo que ella quiso, en una de las tiendas más caras de Nueva York. La llevó únicamente a los lugares de diversión a donde ella le pidió que la llevara.

Cuando terminó todo, Keogh devolvió el fajo de billetes al modesto cofre, menos el dólar y veinte centavos que había gastado. Ya que en la tienda —la mayor juguetería del mundo— ella se había limitado a elegir una pelota de espuma de goma, que empaquetaron para ella en una caja cuadrada. La llevó cuidadosamente cogida por el cordel durante el resto de la tarde.

Adquirieron su almuerzo a un vendedor ambulante: él comió un bocadillo con lechuga, y ella comió dos, con gran fruición.

Subieron a la parte alta de la ciudad viajando en la imperial del autobús de la Quinta Avenida.

Visitaron el zoológico de Central Park y compraron una bolsa de cacahuetes para la muchacha y las palomas, y una bolsa de buñuelos para la muchacha y los osos.

Luego tomaron otro autobús para regresar, y eso fue todo. Así pasaron la tarde.

Keogh recordaba bien lo que ella parecía entonces: una especie de pequeño príncipe muy limpio, con su sombrero de paja. No podía recordar de qué habían hablado, ni si realmente habían hablado mucho. Estaba dispuesto a olvidar el episodio, o por lo menos a archivarlo en el departamento de Trivialidades Varias de su cerebro cuando, una semana después, el viejo Sam le entregó un fajo de documentos y le dijo que los leyera todos y luego le formulara las preguntas que creyera necesarias. La única pregunta que se le ocurrió fue: «¿Está usted seguro de si quiere seguir adelante con esto?», pero al viejo Sam no se le podía ir con esa clase de preguntas. Conque lo pensó detenidamente y se limitó a preguntar: «¿Por qué he de ser yo?», y el viejo Sam le miró de arriba a abajo y gruñó: «Porque le has caído bien a ella. Por eso».

Y así fue cómo Keogh y la muchacha vivieron juntos durante un año en un pueblo algodónero del Sur. Keogh trabajaba en el almacén de la Compañía. La muchacha trabajaba en la factoría de algodón; en aquella época, en las algodóneras del Sur empleaban muchachas de doce años. Hacía el turno de la mañana y medio turno de noche, y tenía tres horas de clase por las tardes. Los sábados por la noche, hasta las diez, asistían al baile sólo para mirar. Los domingos acudían a la iglesia bautista. Su apellido, mientras estuvieron allí, fue Harris. Keogh solía preocuparse cuando la muchacha estaba lejos de su vista; un día, mientras ella cruzaba la pasarela que discurría por encima del depurador de agua de la factoría, la barandilla cedió súbitamente y la muchacha cayó al pozo. Casi antes de que su cuerpo llegase a tocar el líquido elemento, apareció un fogonero negro surgido de no se supo dónde —en realidad de lo alto de la tolva de carbón—, se lanzó al agua y sacó a la muchacha hasta la orilla del pozo, donde se había reunido una pequeña multitud. Keogh llegó corriendo del almacén mientras sacaban al fogonero y, después de comprobar que la muchacha no había sufrido ningún daño, se arrodilló al lado del hombre, que tenía una pierna rota.

—Soy el señor Harris, el padre de la niña. Tendrás una recompensa por esto. ¿Cómo te llamas?

El hombre le hizo seña de que se acercara y cuando se hubo inclinado, el fogonero, aunque debía estar sufriendo, sonrió y le guiñó un ojo.

—No me debe usted nada, señor Keogh —murmuró.

Más tarde Keogh se habría enfurecido ante tal atrevimiento y habría despedido al hombre inmediatamente: aquella primera vez se sintió sorprendido y aliviado. Después las cosas fueron más fáciles para él, pues había comprendido que la chiquilla estaba rodeada de empleados especiales de los Wyke, trabajando en las posesiones de los Wyke, en una factoría de los Wyke y pagando alquiler en un inmueble de los Wyke.

El año terminó y Keogh se vio relevado de su obligación. La muchacha, apellidada ahora Kevin, con antecedentes completamente cambiados por si alguien hacía preguntas, fue enviada a completar su educación a un pensionado suizo muy distinguido, desde donde, obediente, escribía al señor y la señora Kevin, grandes hacendados de las montañas de Pennsylvania que le contestaban con puntualidad.

Keogh volvió a su trabajo, el cual encontró en perfecto orden, con todos los documentos del año transcurrido en regla, y una suma extra, aparte de su astronómico sueldo, ingresada en una de sus cuentas corrientes: una suma que asombró incluso a Keogh. Al principio echó de menos a la muchacha, como era de esperar. Pero siguió echándola de menos todos los días durante dos años enteros, y esa anomalía no pudo explicársela ni comentarla con nadie.

Todos los Wyke, le gruñó un día el viejo Sam, hacían algo por el estilo. Sam, había sido leñador en Oregon, racionista en un teatro durante un año y medio, y luego marino en un pequeño petrolero de cabotaje.

En su fuero interno, Keogh tal vez pensaba que cuando ella regresara de Suiza volverían a pescar en un viejo bote de fondo plano, o que ella volvería a sentarse en su regazo mientras él padecía los duros bancos del cinematógrafo pueblerino. Cuando la vio a su regreso de Suiza, supo que nada de aquello volvería a ocurrir. Supo que empezaba una nueva fase; le turbaba y le disgustaba y quiso olvidarlo: podía hacerlo, era lo bastante fuerte. Y ella... Bueno, ella le echó los brazos alrededor del cuello y le besó; pero cuando le habló con su nuevo vocabulario, producto de la refinada escuela Suiza, le pareció extraña y temible, como un ángel. Hasta el ángel más encantador es extraño y temible...

Entonces convivieron de nuevo durante largo tiempo, aunque

sin mimos ni caricias. Él se convirtió en el señor Stark, dueño de una agencia comercial de Cleveland, y ella se hospedó con una pareja de ancianos, asistía a la Universidad y trabajaba unas horas en los archivos de la oficina de Keogh. Estaba aprendiendo los intrínquilis del negocio, su verdadera magnitud. Iba a ser suyo, y lo fue cuando estaban en Cleveland: el viejo Sam murió de repente. Asistieron al funeral, pero el lunes volvieron al trabajo. Permanecieron allí durante ocho meses más; ella tenía mucho que aprender. En otoño ingresó en una academia particular, y Keogh pasó otro año sin verla.

—¡Chitón! —le susurró Keogh a la llorosa joven. ¡Chitón!, dijo el zumbador.

—El médico...

—Ve a tomar un baño —dijo Keogh, empujándola.

Ella se volvió a medias bajo su mano, y le miró con el rostro de nuevo encendido.

—¡No!

—No puedes entrar; ya lo sabes —dijo Keogh, dirigiéndose hacia la puerta.

Ella le miró con ira, pero su labio inferior temblaba.

Keogh abrió la puerta.

—En el dormitorio —dijo.

—¿Quién...?

Entonces el médico vio a la joven, con las manos crispadas y el rostro desencajado, y eso le bastó. Era un hombre alto, gris, de manos rápidas, paso rápido y dicción cortante. Cruzó directamente el vestíbulo, el salón y las demás habitaciones y entró en el dormitorio. Cerró la puerta tras de sí. No hubo ninguna discusión, ninguna petición ni negativa; el Dr. Rathburn se había limitado a dejarles fuera, sencillamente.

—Ve a tomar un baño.

—No.

—Vamos.

La cogió de la muñeca y la condujo al cuarto de baño. Metió la mano en la ducha y abrió los grifos. Había cuatro en cada esquina; el segundo chorro empezando por arriba estaba perfumado: flor de

manzano.

—Vamos.

Keogh se dirigió a la puerta. Ella permaneció dónde él la había dejado, retorciéndose las manos.

—Vamos —repitió Keogh—. Una ducha te sentará bien. ¿O quieres que te duche yo mismo? Apuesto a que todavía puedo hacerlo.

Ella le miró, enfurecida; pero su indignación fue desvaneciéndose a medida que comprendía su intención. Una infrecuente chispa de malicia apareció en sus ojos y, en una perfecta imitación barriobajera, dijo:

—Intenta meterme mano, mochales, y te daré pal pelo.

Pero el esfuerzo fue demasiado para ella y estalló de nuevo en llanto. Keogh salió y cerró suavemente la puerta.

Esperaba junto al dormitorio cuando Rathburn se asomó y cerró rápidamente la puerta sobre el gemido, el jadeo.

—¿Qué tiene? —inquirió Keogh.

—Espere un momento —Rathburn se dirigió hacia el teléfono.

Keogh dijo:

—Ya he enviado a por Weber.

Rathburn se detuvo en una postura casi ridícula.

—¡Vaya! —dijo—. No es mal diagnóstico para un profano. ¿Hay algo que usted no sepa hacer?

—No sé de qué me habla —replicó Keogh.

—¡Ah! Creí que lo sabía. Si, temo que pertenece a la especialidad de Weber. ¿Qué le hizo sospechar?

Keogh se estremeció.

—En cierta ocasión vi a un peón de una fábrica recibir un golpe bajo. Y sé que a él no le han golpeado. ¿De qué se trata?

Rathburn echó una mirada a su alrededor.

—¿Dónde está ella?

Keogh señaló el cuarto de baño.

—La he mandado tomar una ducha.

—Bien —dijo el doctor. Bajó la voz—. Naturalmente, no puedo asegurar nada sin un reconocimiento más detenido y unos análisis de labo...

—¿Qué tiene? —insistió Keogh, no en voz alta, pero con tal violencia que Rathburn retrocedió un paso.

—Podría ser un coriocarcinoma.

Keogh meneó la cabeza con aire de cansancio.

—¿Y yo he diagnosticado eso? Ni siquiera sé pronunciarlo... ¿Qué es? —Y se apresuró a añadir, como si quisiera demostrar que su ignorancia no era fingida—: Desde luego, sé lo que significa la última parte de la palabra.

—Una de las... —Rathburn tragó saliva, y probó de nuevo—: Una de las formas de cáncer más malignas. Y... —Volvió a bajar la voz—. No siempre ataca con tanta fuerza.

—¿Hasta qué punto es grave?

Rathburn hizo un gesto de impotencia.

—Muy grave, ¿eh, doctor?

—Tal vez algún día podamos... —musitó Rathburn, en tono casi inaudible.

Los dos hombres guardaron silencio unos instantes, mirándose con aire abatido. Por último, Keogh inquirió:

—¿Cuánto puede durar?

—Unas seis semanas, tal vez.

—¡Seis semanas!

—Calle —dijo Rathburn nerviosamente.

—Weber...

—Weber sabe de fisiología interna más que nadie. Pero no sé si eso servirá de algo. Es como si... bueno, como si la casa de uno fuese alcanzada por un rayo y consumida hasta los cimientos. Se pueden examinar las ruinas, y los informes meteorológicos, y saber exactamente lo que ha ocurrido. Tal vez algún día podamos... —repitió, pero lo dijo con tanta desesperanza que Keogh, a través del velo de niebla de su propio terror, sintió lástima de él y le tendió la mano casi instintivamente. Tocó la manga del doctor con una torpeza reveladora de lo desacostumbrado que estaba a aquella clase de gestos.

—¿Qué va usted a hacer?

Rathburn se volvió hacia la cerrada puerta del dormitorio.

—Lo que he hecho. —Hizo un gesto con el pulgar y el índice—. Morfina.

—¿Y eso es todo?

—Mire, yo me dedico a la medicina general. Pregúntele a Weber, ¿quiere?

Keogh comprendió que había empujado al hombre hasta el límite en busca de una migaja de esperanza; si no existía ninguna, era inútil seguir apretándole. Preguntó:

—¿Hay alguien que trabaje en ello? ¿Puede usted localizarlo?

—Lo haré, lo haré. Pero Weber sabrá decirle de memoria más de lo que yo podría descubrir en seis me... en mucho tiempo.

Se abrió una puerta y apareció la joven, ojerosa, pero sonrosada y envuelta en una larga bata de terciopelo blanco.

—Doctor Rathburn...

—Él está durmiendo.

—Gracias a Dios. ¿Cree que...?

—No, no siente ningún dolor.

—¿Qué tiene? ¿Qué le ha pasado?

—No puedo aventurar un diagnóstico sin estar seguro... Estamos esperando al doctor Weber. Él se lo dirá.

—Pero ¿está...?

—Durmiendo, ya se lo he dicho.

—¿Puedo...? —La timidez, la cautela, pensó Keogh, no encajaban con ella—. ¿Puedo verle?

—Está dormido.

—No importa. Me estará quieta. No... le tocaré ni diré nada.

—Adelante —dijo Rathburn.

Ella abrió la puerta del dormitorio y entró impaciente y silenciosamente.

—¿No le parece que quiere convencerse de que él sigue ahí? —inquirió Rathburn.

—Exactamente —dijo Keogh.

La biografía de Guy Gibbson si que es realmente difícil de obtener. Porque no era ningún ejecutivo excepcional, de ésos que a pesar de su cauto anonimato tienen tanto poder que puede ser descubierto por quienes saben cómo buscar y dónde buscarlo y cómo deducir los detalles significativos de la masa de datos obtenidos. Y Guy Gibbson tampoco había nacido heredero de incontables millones, heredero directo de una dinastía de gigantes.

Procedía de donde procedemos la mayoría de nosotros: la clase media alta, o la clase media baja, o la clase media intermedia, o

como se llamen esas enrevesadas clasificaciones de la sociedad (cuanto más se estudian, menos significado tienen). Después de todo, sólo hacía ocho semanas y media que pertenecía al imperio de los Wyke. Los datos esenciales podrían ser relativamente fáciles de obtener (fecha de nacimiento, ficha escolar), y ciertos hechos señalados (profesión del padre, nombre de soltera de la madre), así como, quizás, un par de puntos culminantes (un divorcio, tal vez, o una muerte en la familia); pero una biografía, una verdadera biografía, la que hace algo más que describir, la que explica al hombre —pocas lo hacen—, eso es harina de otro costal.

La ciencia, hay que admitirlo, puede más que «todos los caballos del rey y todos los hombres del rey», y recomponer al enanito que se cayó del muro. Dadle material suficiente, y tiempo suficiente... Pero ¿no es esto un modo de decir «dadle suficiente dinero»? Ya que el dinero puede dar no sólo los medios, sino también el móvil. De modo que si se invierte suficiente dinero en un proyecto biográfico, tal vez lo desconocido, el último vestigio de anonimato, podría ser eliminado de la historia de la vida de un hombre, aunque sea un joven don nadie (como dicen los snobs), sin importar si es poco (aunque íntimamente) conocido.

Sin duda lo más importante que le ocurrió a Guy Gibbson en su vida fue su primer encuentro con el imperio de los Wyke y, como muchas personas antes y después, no tuvo conciencia de ello. Fue cuando aún no había cumplido los veinte años, y Sammy Stein y él invadían propiedades ajenas.

Sammy era un compañero de estudios, y aquel día particular tenía un secreto; había insistido mucho en la excursión del día, pero se negó a decir por qué. Era un muchacho corpulento, bondadoso, bastante callado, cuya estrecha amistad con Guy se basaba casi exclusivamente en la atracción de los polos opuestos. Y como de las muchas clases de diversiones que compartían, la más divertida era la de invadir propiedades ajenas, quiso practicarla también en aquella ocasión.

«Invadir propiedades ajenas» como diversión era algo que había empezado casi espontáneamente cuando los dos muchachos contaban doce o trece años. Vivían en una gran ciudad, rodeada (al contrario de la mayoría de las actuales) por suburbios antiguos, no nuevos. Aquellos suburbios tenían grandes fincas y mansiones —

algunas, inmensas—, y el mayor placer de los muchachos consistía en escalar a través de una cerca o una valla y, muy sobrecogidos ante su propia osadía, explorar campos y bosques, parques y senderos, como guerreros indios en tierra de colonos. Habían sido capturados dos veces; en una ocasión les echaron los perros —tres boxers y dos mastines, que les hubieran destrozado si los muchachos no hubiesen sido más afortunados que rápidos—, y en otra fueron víctimas de una cariñosa anciana que llegó a empalagarles con sus emparedados de membrillo y su afecto de solterona. Pero en la saga de sus aventuras, aquellas dos capturas servían de condimento: dos fracasos contra cientos de éxitos (ya que muchos de aquellos lugares eran visitados más de una vez) eran una buena marca.

Por ello tomaron el tranvía hasta el final de la línea, y anduvieron una milla, y llegaron al recodo donde había un rótulo de Prohibido el paso muy bien pintado, aunque deteriorado por el tiempo. Se metieron en un bosquecillo silvestre, y por último llegaron hasta una pared de granito aparentemente inexpugnable.

Sammy había descubierto aquella pared la semana anterior, en una correría solitaria; quiso que Guy le acompañara para abordarla, y Guy se sintió agradecido. Quedó también profundamente impresionado por la pared en sí. Un obstáculo tan importante debía haber sido descubierto, estudiado, combatido y conquistado mucho antes. Pero al mismo tiempo que una pared alta, y larga y misteriosa, era una pared lejana, una pared discreta. Ningún sendero la flanqueaba salvo el propio camino de acceso a la finca, que era rústico, tortuoso y conducía a un herrado portal de roble macizo sin grieta ni resquicio que permitiera atisbar el interior.

No podían abrir brecha en la pared ni escalarla... pero la cruzaron. Un viejo arce de fuera cruzaba sus ramas con un castaño de dentro, y así pasaron al otro lado como un par de ardillas.

En sus correrías habían visto fincas bien cuidadas, pero nunca habían visto un parque tan mimado, tan acicalado, tan pulido y, como dijo Sammy mientras notaba enfriársele su habitual talante emprendedor, escondidos ambos en una pérgola de mármol que dominaba acres y acres de verde césped, árboles perfectamente

podados, arroyos con pequeños puentes japoneses y, en sus orillas, graciosos y diminutos jardines que parecían nacer de la roca:

«... y esto tiene millas enteras».

Aquella primera vez habían correteado un poco y se habían enterado de que allí vivía alguien después de todo. Vieron un tractor a lo lejos, arrastrando una segadora sobre el césped (los propietarios lo llamaban indudablemente un calvero, pero era un césped). La máquina, rara en aquella época, segaba una faja de hierba de treinta pies de anchura «y aquello», dijo Sammy maravillado, «no era heno». Y luego habían visto la casa...

Bueno, la habían vislumbrado entre los árboles y Guy se sintió fuertemente atraído.

—La casa está allí —dijo Sammy—. Pueden vernos.

Entrevieron una especie de monumento blanco, que era la propia casa o parte de ella, con torres, torreones y almenas: un palacio de cuento de hadas en aquel paisaje de leyenda. No pudieron ver más; estaba emplazada de modo que nadie pudiera acercarse sin ser visto ni espiarla desde ningún escondrijo. Quedaron literalmente mudos ante el espectáculo y durante casi una hora guardaron silencio, limitándose a menear expresivamente la cabeza de cuando en cuando. Más adelante solían referirse a la casa como «la choza», y con el mismo espíritu llamaron luego «la vieja charca» a su descubrimiento final.

Estaba más allá de un arroyo, sobre una colina boscosa. Dos colinas más se erguían al encuentro del bosque, y formando copa entre las tres había un estanque, quizás un lago. Tenía forma de L, y a su alrededor había sombreadas caletas, grutas, abrigadas escaleras de piedra que conducían aquí a un rústico pabellón adornado con flores, allí a un oculto claro que albergaba un diminuto jardín.

Se lanzaron al agua, procurando no llamar la atención con sus chapoteos y permanecer cerca de la orilla. Exploraron dos caletas a la derecha (una cascada en miniatura y una minúscula playa de arena dorada, evidentemente artificial) y tres a la izquierda (una cuadrada, revestida de azulejos de color patinado, con una torre sumergida de cristal negro cuyos cimientos debían de estar a veinte pies de profundidad; una pequeña playa de arena blanca como la nieve; y otra donde no se atrevieron a entrar, por miedo a estropear la flota de perfectos veleros en miniatura, ninguno de ellos de más

de un pie de longitud, anclados allí; pero permanecieron en el agua, mientras el frío les calaba hasta los huesos, contemplando el muelle en miniatura con pequeños carritos de mano, y calles, y faroles, y casas antiguas). Luego, cansados, hambrientos y atemorizados, se volvieron a casa.

Y Sammy reveló el secreto que se guardaba y que le había inducido a convertir aquel día en una fecha señalada: al día siguiente iba a enrolarse como voluntario para acompañar a Chennault en China.

Guy Gibbson, abrumado, hizo el único gesto que juzgó apropiado a las circunstancias: juró solemnemente que no volvería a invadir una propiedad ajena hasta que Sammy regresara.

La muerte por coriocarcinoma —empezó el doctor Weber— es el resultado de...

—Pero él no morirá —dijo ella—. No lo permitiré.

El doctor Weber era un hombre bajito, de hombros redondos y rostro de halcón.

—No quiero ser descortés; podría hablar con eufemismos y alimentar una falsa esperanza, o bien hacer lo que usted me pidió que hiciera: explicar la situación y establecer mi diagnóstico, pero no ambas cosas a la vez.

El doctor Rathburn intervino, conciliador:

—¿Por qué no descansa un poco? Iré a verla cuando hayamos terminado aquí, y le comunicaré lo que sea preciso.

—No quiero descansar —replicó ella bruscamente—. Y no le pido que me ahorre ningún detalle, doctor Weber. Me limito a decir que no permitiré que él muera. En mi afirmación no hay nada que le impida a usted decirme la verdad.

Keogh sonrió. Weber notó aquella sonrisa y se sintió desconcertado. Entonces Keogh observó su sorpresa.

—La conozco mejor que usted —dijo, con cierto orgullo—. No es necesario que se ande con rodeos.

—Gracias, Keogh —dijo ella. Se inclinó hacia delante—: Continúe, doctor Weber.

Weber la miró. Arrancado de su trabajo a dos mil millas de distancia y conducido a un lugar desconocido para él, de un lujo

que le hacía desconfiar de sus propios ojos, para conocer a una mujer de un poder tan ilimitado que le resultaba casi incomprensible... todo esto turbaba a Weber. Conmoción, pena, miedo y frustración como los de ella, los había visto antes, desde luego: ¿qué médico no los conoce? Pero cuando Keogh le dijo a ella sin rodeos que aquella enfermedad mataba en seis semanas, sin remisión, ella había vacilado, había cerrado los ojos durante largo rato y luego había dicho serenamente: «Cuéntenos todo lo que sepa de esta... esta enfermedad, doctor». Y después había añadido: «Él no va a morir. No lo permitiré». Y lo había dicho con tanta seguridad, irguiendo la cabeza y con una voz tan firme, que Weber casi lo creyó. Y pensó que ojalá pudiera creerlo de veras. Y así descubrió que no había agotado aún su capacidad de asombro.

Hizo un esfuerzo para hablar con imparcialidad, como si fuese, no un hombre ni el médico de este paciente en particular, sino una especie de libro de consulta, y repitió:

—La muerte por carcinosarcoma es distinta a otras muertes producidas por tumores malignos. Por regla general un cáncer empieza localmente, y dispersa células en crecimiento desordenado a través del órgano donde se ha originado. La muerte puede ser consecuencia del fallo de dicho órgano: hígado, riñón, cerebro, etc. En otros casos, el cáncer aparece de súbito y prolifera por todo el cuerpo, implantando colonias en todo el organismo. Estas reciben el nombre de metástasis. En tal caso, la muerte sobreviene por colapso de varios órganos, en vez de uno solo. Desde luego, pueden ocurrir ambas cosas: la destrucción casi completa del órgano canceroso, y los efectos metastásicos al mismo tiempo. El corion, por otra parte, no representa en principio un órgano vital. Vital para la especie, quizá, pero no para el individuo. —Se permitió una seca sonrisa—. Este concepto probablemente sería desconcertante para la mayoría de la gente, hoy por hoy, mas no por ello deja de ser cierto. Ahora bien, las células sexuales tienen ciertas propiedades básicas que no poseen las demás células del organismo.

—¿Ha oído usted hablar alguna vez del estado conocido como embarazo ectópico? —Dirigió la pregunta a Keogh, quien asintió—. El óvulo fecundado no logra descender hasta el útero, quedando adherido a la pared del tubo muy fino que conduce de los ovarios a la matriz. Y al principio todo marcha perfectamente, y este es el

punto que deseo comprendan ustedes. Porque, si bien el útero es el único órgano verdaderamente apto para esa función, la pared del tubo no solamente aloja al óvulo fecundado, sino que lo alimenta. De hecho forma lo que nosotros llamamos una placenta secundaria, que envuelve al embrión y lo nutre. El embrión, desde luego, tiene gran capacidad de supervivencia y es capaz de desarrollarse en la placenta secundaria. Y crece... crece con rapidez. El tubo es tan fino que resultaría muy difícil pasarle una aguja de coser; por tanto no puede contener al feto y se rompe. Si el embrión no es extraído en ese momento, los tejidos exteriores se aplican a la tarea de suplir el útero y la placenta; a los seis o siete meses, si la madre sobrevive tanto tiempo, causarán verdaderos estragos en el abdomen. Así pues, volvamos al corion. Como las células enfermas son células sexuales, se multiplican desordenadamente, sin control ni forma definida. Se desarrollan en una infinita variedad de formas y tamaños. Por ley estadística, cierto número de ellas (el número de células afectadas es astronómico) se asemejan a óvulos fecundados. Algunas de ellas se parecen tanto al embrión que personalmente me costaría distinguirlas. Y el organismo tampoco sabe distinguirlas: cualquier cosa que tenga un parecido, por leve que sea, Con un óvulo fecundado, puede provocar la formación de una placenta adventicia. Consideremos ahora la fuente de esas células. Fisiológicamente hablando, es tejido glandular: una masa de tubos capilares y vasos sanguíneos. Todos y cada uno de ellos hacen lo posible para admitir y nutrir a aquellas imitaciones de embriones, hasta la más diminuta de ellas. Sin embargo, las delgadas paredes de los capilares se rompen fácilmente bajo semejante esfuerzo, y las imitaciones, mejor dicho, las más logradas, que son toleradas por los tejidos con más facilidad, pasan a los capilares y luego a la corriente sanguínea. Hay sólo un lugar donde puedan sobrevivir, con abundancia de oxígeno, linfa, sangre y plasma: los pulmones. Los pulmones se dedican muy pronto a la tarea de formar placentas para aquellas células y nutrirlas. Pero cada zona de pulmón dedicada a gestar un falso embrión significa una zona sustraída a la tarea de oxigenar la sangre. En último término, los pulmones fallan y se produce la muerte como resultado de una carencia de oxígeno.

Rathburn intervino:

—Durante años, el coriocarcinoma fue considerado como una

afección pulmonar, y el cáncer de los testículos se confundía con una metástasis.

—Pero el cáncer de pulmón... —quiso objetar Keogh.

—No se trata de cáncer de pulmón, ¿no se da cuenta? Con tiempo suficiente podría serlo, por metástasis. Pero nunca hay tiempo suficiente. Los enfermos mueren antes... —Trató de no mirar a la joven, sin conseguirlo, y dijo de todos modos—: De manera inevitable.

—¿Qué tratamiento les da usted exactamente?

Weber levantó las manos y las dejó caer. Era el mismo gesto que Rathburn hizo antes, y Keogh se dijo distraídamente que tal vez lo enseñaban en las facultades de medicina.

—Intentamos paliar el dolor. Una orquidectomía podría alargar un poco la vida del paciente, al suprimir la afluencia de células malignas a la corriente sanguínea. Pero no le salvaría. Cuando se observan los primeros síntomas ya se ha producido la metástasis; el cáncer se ha generalizado... y tal vez la muerte por insuficiencia pulmonar sea lo más clemente.

—¿Qué es una «orquidectomía»? —preguntó Keogh.

—La amputación de... ejem... la fuente —dijo Rathburn con cierto apuro.

—¡No! —gritó la joven.

Keogh le dirigió una mirada compasiva. Se sentía un poco cínico, desengañado; quizá la envidiaba por haber vivido como él nunca había podido vivir, por poseer lo que él nunca pudo tener. Era una manifestación del antiguo pecado que el viejo capitán Gamaliel había descubierto en sus perspicaces meditaciones. Desde luego amputar, si servía de ayuda. ¿Qué crees que estás protegiendo?, pensó. ¿Su virilidad? ¿Qué puede significar ahora para ti? Pero, al mirarla, descubrió algo distinto del horror y la conmoción romántica que esperaba hallar. Las pobladas cejas de la joven estaban muy juntas y en su rostro se reflejaba una intensa concentración.

—Déjenme pensar —dijo, sorprendentemente.

—Debería usted... —empezó Rathburn, pero ella le redujo al silencio con un gesto impaciente.

Los tres hombres cambiaron una mirada y guardaron silencio, como si hubieran recibido una misma orden tácita. Lo que estaban

esperando, no podían suponerlo.

La joven se sentó con los ojos cerrados. Transcurrió un minuto.

—Papá solía decir —murmuró finalmente, en voz tan baja que parecía estar hablando consigo misma— que siempre hay un camino. Lo único que hay que hacer es encontrarlo.

Hubo otro largo silencio, y ella abrió los ojos. En el fondo de ellos ardía una llama que inquietó a Keogh. La joven añadió:

—Y en cierta ocasión me dijo que yo podía tener cualquier cosa que deseara, siempre que fuese algo... posible... La única manera de descubrir si una cosa es imposible consiste en intentarla.

—Eso no lo dijo Sam Wyke —dijo Keogh—. Lo dijo Keogh.

Ella se humedeció los labios y miró sucesivamente a los tres hombres, aunque parecía no verles.

—No voy a dejarle morir —dijo—. Ya lo verán.

Sammy Stein regresó dos años más tarde, de permiso y proyectando reengancharse en las Fuerzas Aéreas. En China, dijo, había encontrado un infierno, y algo de aquella maldad infernal se le había quedado dentro. Pero aún era el antiguo Sammy capaz de maravillosos planes para la invasión de propiedades ajenas; y los dos jóvenes sabían exactamente a dónde iban a ir. Pero antes el nuevo Sammy quería correr una buena juerga.

Guy, salido hacía dos años de la Universidad, trabajaba para ganarse la vida, y por naturaleza no era ni juerguista ni mujeriego, pero asintió de buena gana. Al principio, Sam parecía olvidado de «la vieja charca» y a media noche, en el baile, Guy estuvo a punto de desesperarse ante la falta de memoria de su amigo. De pronto, el propio Sam reaccionó y le recordó a Guy que en cierta ocasión le había escrito preguntándole si todo aquello había ocurrido realmente. Guy había olvidado la carta a su vez; pasaron unos momentos estupendos evocando «¿recuerdas cuando...?», e hicieron planes para salir de excursión al día siguiente, llevándose el almuerzo. Y saldrían temprano.

Luego se liaron con algunas chicas, y bebieron mucho, y de madrugada Guy se encontró sentado en una acera mirando cómo Sammy metía a una muchacha en un taxi.

—¡Eh! —grito—. ¿Qué hay de lo que tú sabes, de la vieja

charca?

—Puedes contar conmigo —dijo Sammy, y rió inmoderadamente.

La muchacha le tiraba del brazo; Sammy se desprendió de ella y se volvió hacia Guy.

—Oye —dijo, tratando de guiñar un ojo—, si esto sale bien (y saldrá bien), no podremos empezar demasiado temprano. Te diré lo que haremos. Tú irás directamente allí y me reuniré contigo junto a aquel cartel que dice Prohibido el Paso. Digamos a las once. Si a esa hora no he llegado, es que me habré muerto o algo por el estilo. — Se volvió hacia el coche—. ¿Vas a matarme, cariño? Y la muchacha replicó:

—Lo haré si no subes ahora mismo a este taxi.

—¿Comprendes lo que quiero decir? —continuó Sammy con exagerada seriedad de borracho—. Me estoy jugando la vida.

Desapareció en el interior del taxi, y Guy no volvió a verle durante aquel permiso.

Fue difícil de encajar, especialmente porque en ningún momento estuvo seguro de que Sammy no fuese a presentarse. Guy llegó con diez minutos de retraso, después de hacer un esfuerzo sobrehumano para ser puntual. Tenía acidez de estómago a causa del exceso de bebida, le dolían las articulaciones y los ojos por falta de sueño. Sabía que posiblemente Sammy no habría llegado aún o no se presentaría; pero también era posible que hubiese llegado antes y hubiera entrado en la finca sin esperarle. Guy aguardó una hora y algunos minutos más, hasta que la pequeña carretera quedó desierta de tráfico y de ruidos de tráfico. Luego se adentró solo en el bosque, pasó junto al rótulo de Prohibido el Paso y llegó a la pared. Tropezó con ciertas dificultades para franquearla, incomodado por la bolsa de provisiones. Quedó complacido, desde luego, al redescubrir el césped increíblemente perfecto y los acicalados senderos que discurrían limpiamente a través de las arboledas. Sin embargo, aquel placer era una simple confirmación de su recuerdo y nada más. Le hablan estropeado el día.

Guy alcanzó el lago casi a la una de la tarde, acalorado y cansado, con un hambre devoradora y un desagradable nerviosismo. Ambas sensaciones le afectaban el estómago; se sentó en la orilla y comió. Devoró la comida que había traído para Sammy y para él,

Provisiones heterogéneas descuidadamente metidas en una bolsa de papel a primeras horas de la mañana. La torta estaba rancia, pero se la comió de todos modos. El zumo de naranja estaba caliente y había empezado a fermentar. Tozudamente, decidió nadar, puesto que había ido para hacerlo.

Escogió la playa con la arena dorada. Debajo de un espeso bosquecillo de juníperos encontró un banco y una mesa de piedra. Se desnudó allí, cruzó la playa y se metió en el agua.

Pensaba darse un simple chapuzón, para poder decir que lo había hecho. Pero a su izquierda asomaba la caleta rectangular con la torre sumergida; y recordaba el puerto con los veleros de juguete. Nadó diagonalmente a través del pie de la L del lago y vio unas embarcaciones: esta vez no eran veleros anclados, sino blandros de competición que salían de una caleta, cruzaban la bocana y penetraban de nuevo en ella; debían de estar montados sobre algún tipo de rueda submarina o cadena sinfín, y se mecían a impulsos de la brisa. Guy tuvo ganas de acercarse, pero decidió ser prudente y dio media vuelta.

Nadó hacia la izquierda cerca de la playa rocosa, y se puso a contornearla. Acercándose más (el agua parecía aquí sin fondo), rodeó el espigón y se encontró cara a cara (literalmente, se tocaron) con una muchacha.

Era joven —casi de su misma edad—, y la primera impresión de Guy fue la de unos ojos de expresión demasiado compleja, unos dientes blancos con caninos puntiagudos, completamente distintos de la regularidad de teclas de piano que se consideraba hermosa en aquella época, y una amplia melena de bellos cabellos oscuros flotando alrededor de sus hombros. Guy abrió la boca, asombrado, pero al hacerlo se olvidó de sacarla del agua, de modo que se halló desconectado de las impresiones exteriores por una sensación de asfixia; luego se notó firmemente sujeto por el brazo izquierdo y se halló al lado de la roca.

—Gracias —dijo Guy roncamente, mientras ella retrocedía un trecho nadando—. Supongo que no debería estar aquí —añadió absurdamente.

—Supongo que yo tampoco. Pero pensé que vivías aquí. Creí que eras un fauno.

—Me alegro de oírte decir eso. Acerca de ti, me refiero. Yo lo

que soy es un intruso, hombre.

—No soy un hombre.

—Sólo era un modo de hablar —dijo Guy.

Ella le miraba fijamente y de pronto dijo, muy seria:

—Tienes los ojos más bonitos que he visto nunca. Parecen hechos de aluminio. Y tus cabellos son ondulados.

A Guy no se le ocurrió nada que decir, aunque lo intentó; lo único que le salió fue:

—Es temprano, ¿verdad?

Y de pronto ambos se echaron a reír. Ella era tan rara, tan distinta... Hablaba de un modo grave, sin énfasis y sin matiz alguno, como acostumbrada a manifestarse siempre sin rodeos.

—También tienes unos labios encantadores —dijo ella—. Están de color azul pálido. Será mejor que salgas del agua.

—¡No puedo!

Ella lo pensó unos instantes, alejándose de él y regresando luego a poca distancia.

—¿Dónde están tus cosas?

Guy señaló al otro lado del lago que había rodeado.

Espérame allí —dijo ella, y súbitamente se le acercó, tan cerca, que hundió la barbilla en el agua y le miró derecho a los ojos—. Quiero que me esperes —le conminó.

—Si, lo haré —prometió Guy, y empezó a nadar hacia la orilla opuesta.

Ella se colgó de una roca, contemplándole.

El esfuerzo realizado al nadar le calentó, y disminuyeron los escalofríos y el vago malestar que los acompañaba. Luego sintió una punzada de dolor en el estómago y encogió las rodillas para combatirlo. Cuando trató de extenderlas de nuevo, el dolor se intensificó. Volvió a doblar las rodillas, y esta vez el dolor no cedió, por lo que no se le ocurrió extenderlas de nuevo; al contrario, las encogió todavía más, pero el dolor fue en aumento. Entonces le faltó el aire, sacó la cabeza del agua y quiso flotar de espaldas, pero con las rodillas encogidas todo le salía mal. Inhaló al fin por necesidad, y se proyectó hacia arriba en busca de aire hasta que la presión en sus oídos le dijo que estaba nadando hacia abajo. La negrura cayó sobre él y Guy se dejó envolver por ella durante un terrible instante, y luego le envolvió la luz, y tragó una bocanada de

aire y una de agua, y volvió de nuevo la oscuridad; esta vez se quedó con él...

Todavía hermoso en la cama de ella, aunque amodorrado por la morfina y sumido en inquieto sueño, yacía allí con unos monstruos agitándose en sus venas...

En voz baja, en un rincón del dormitorio, ella hablaba con Keogh:

—No me comprendes. No me comprendiste ayer cuando grité ante la idea de aquella... aquella operación. Keogh, yo le amo, pero yo soy yo. El hecho de que le ame no significa que haya dejado de pensar. Amarle a él significa que soy más igual a mí misma que nunca, no menos. Significa que puedo hacer cualquier cosa que haya hecho antes, sólo que más y mejor. Por eso me enamoré de él. ¿Has estado enamorado alguna vez, Keogh?

Keogh contempló su melena y el trazo firme de sus cejas, y dijo:

—No he pensado demasiado en ello.

—«Siempre hay un camino. Lo único que hay que hacer es encontrarlo» —citó ella—. Keogh, he aceptado lo que dijo el doctor Rathburn. Ayer, después de despedirnos, fui a la biblioteca y escudriñé algunos libros... Rathburn y Weber están en lo cierto. Y he pensado... tal como lo hubiera hecho papá, tratando de barajar todas las condiciones, buscando un nuevo camino. Él no morirá, Keogh; no voy a dejarle morir.

—Dijiste que lo habías aceptado...

—Sí, en parte. En su mayor parte, si lo prefieres. Todos morimos poco a poco, continuamente, y no nos importa porque la mayoría de las partes muertas son reemplazadas. El... él perderá más partes, con más rapidez, pero... cuando todo haya pasado, volverá a ser él mismo.

Lo dijo con soberbia confianza, y consiguió que la idea no pareciera pueril.

—Algo estás tramando —afirmó Keogh. Tal como les había dicho a los médicos, la conocía muy bien.

—Todas esas... esas cosas en su sangre —dijo ella quedamente—. La lucha en que están empeñadas... tratando de sobrevivir. ¿Has pensado en ese aspecto de la cuestión, Keogh? Quieren vivir.

Desean terriblemente seguir viviendo.

—No se me había ocurrido.

—Su cuerpo también desea que vivan. Las acoge dondequiera que se alojen. El doctor Weber lo dijo.

—Algo estás tramando —repitió Keogh—, y sea lo que sea no creo que me guste.

—No quiero que te guste —dijo ella en el mismo tono de voz extrañamente tranquilo. Keogh le lanzó una rápida mirada y vio de nuevo la llama que ardía en sus ojos. Tuvo que desviar los suyos. Ella continuó—: Quiero que lo odies. Quiero que lo combatas. Tienes la inteligencia más maravillosa que he conocido, Keogh, y quiero que pienses todos los argumentos posibles contra ello. Para cada argumento yo encontraré una respuesta, y entonces sabremos lo que tenemos que hacer.

—Será mejor que te expliques —dijo Keogh de mala gana.

—Esta mañana me he peleado con el doctor Weber —dijo ella de súbito.

—¿Esta ma... cuándo? —Keogh consultó su reloj; aún era temprano.

—Alrededor de las tres, tal vez las cuatro, en su habitación. Fui allí y le desperté.

—¡Oye! ¡No puedes hacerle eso a Weber!

—Lo hice. De todos modos, se ha ido.

Keogh se puso en pie, con las mejillas enrojecidas por la cólera, cosa muy rara en él. Respiró hondo y volvió a sentarse.

—Será mejor que me lo cuentes todo.

—En la biblioteca —dijo ella— hay un libro sobre genética, y menciona algunos experimentos llevados a cabo con cobayos. Las hembras fueron fecundadas sin semen, con algún tipo de solución salina o alcalina.

—Recuerdo algo acerca de ello.

Keogh estaba acostumbrado a su modo de plantear algo importante dando un rodeo. Construía los temas de conversación, no como un contratista a sueldo, sino como un arquitecto. A veces tomaba partes de la argumentación ajena y las incorporaba a la suya. Cuando hacía eso, era material que necesitaba y que utilizaría. Keogh guardó silencio.

—Los cobayos dieron a luz varias crías. Lo interesante es que

todas ellas eran idénticas a la madre y entre sí. Hasta la configuración de los capilares en el globo ocular era tan similar que un experto podía engañarse al ver sus fotografías. Uno de los experimentadores habló de «un parecido increíble». Tenían que ser idénticas, porque todo lo habían heredado de la madre. Desperté al doctor Weber para hablarle de eso.

—Y él te dijo que había leído el libro.

—Lo había escrito él —contestó ella con sencillez—. Y entonces le dije que si podía hacer aquello con un cobayo, podría hacerlo con... —señaló con la cabeza su amplio lecho— con él.

Luego calló, mientras Keogh luchaba con la idea y descubría que se había pegado a su cerebro y no podía sacudírsela. La examinó en su fuero interno y la rechazó con un estremecimiento; intentó olvidarla de nuevo y fracasó; luego, poco a poco, empezó a familiarizarse con ella y a darle vueltas.

—Tomamos uno de esos... de esas cosas semejantes a óvulos fecundados... lo hacemos crecer...

—No lo hacemos crecer. Eso que parece un óvulo fecundado desea desesperadamente crecer. Y no uno de ellos, Keogh. Tenemos millares. Tendremos centenares más a cada hora que pase.

—¡Dios mío!

—Se me ocurrió cuando el doctor Rathburn sugirió la operación. Se me ocurrió de repente un milagro. Si se ama lo suficiente —dijo ella, mirando al hombre dormido—, pueden ocurrir milagros. Pero hay que estar dispuesta a ayudar a que ocurran.

Miró a Keogh directamente, con una intensidad que le hizo removerse en su asiento.

—Yo puedo tener cualquier cosa que desee... con tal de que sea posible. Sólo nos falta hacerlo posible. Por eso acudí al doctor Weber esta mañana, para preguntárselo.

—Él dijo que no era posible.

—Lo dijo al principio. Al cabo de media hora dijo que las probabilidades en contra eran del orden del millón o del billón... Pero ¿te das cuenta?, al decir eso admitía que era posible.

—¿Qué hiciste entonces?

—Le desafié a intentarlo.

—¿Y por eso se marchó?

—Sí.

—Estás loca —dijo Keogh sin poder evitarlo. Ella no pareció tomárselo en cuenta. Permaneció sentada, impasible, esperando.

—Mira —añadió Keogh, finalmente—. Weber dijo que esas... ejem... cosas anormales parecían óvulos fecundados. Nunca dijo que lo fueran. Pudo haber dicho... Bueno, lo diré yo por él: no son óvulos fecundados.

—Pero él dijo que algunas de ellas, especialmente las que alcanzan los pulmones, eran parecidas a óvulos. La diferencia real puede ser tan mínima como para considerarla insignificante.

—No es posible. No puede ser.

—Weber dijo eso. Y yo le pregunté si lo había intentado alguna vez.

—¡De acuerdo, de acuerdo! Es imposible, pero sólo para seguir con esta absurda discusión, admitamos que obtienes algo capaz de crecer. No lo obtendrás, desde luego, pero si lo hicieras, ¿cómo mantendrías su crecimiento? Tendría que ser alimentado, tendría que ser mantenido a una determinada temperatura crítica. Una determinada cantidad de ácido o de álcali lo mataría... Una cosa así no se planta en un jardín.

—Se han tomado ya óvulos de una vaca, se han implantado en otra y se han obtenido terneros. Hay un hombre en Australia que planea criar de ese modo ganado selecto con vacas normales.

—Has estudiado el asunto a fondo.

—Ah, eso no es todo. Hay un tal doctor Carrel de Nueva Jersey que ha sido capaz de cultivar durante meses (él asegura que podría hacerlo indefinidamente) células de pollo en una solución nutritiva, en un recipiente de temperatura controlada de su laboratorio. ¡Y crece, Keogh! Crece tanto, que tiene que recortarlo de cuando en cuando.

—Esto es absurdo. Es... una locura —gruñó Keogh—. ¿Qué crees que obtendrías si llegaras a desarrollar uno de esos monstruos?

—Desarrollaremos millares de ellos —dijo ella sin perder la calma—. Y uno de ellos será... él.

Se adelantó de súbito, y su tono de voz, monótono hasta entonces, se hizo más agresivo, con una agresividad que se reflejó también en su rostro y que impresionó a Keogh:

—Será su carne, su propia substancia renacida. Sus cabellos, Keogh. Sus huellas dactilares. Sus... ojos. Su... su yo.

—No puedo... —Keogh se sacudió como un perro mojado, pero aquello no remedió nada; seguía todo allí: él, ella, la cama, el durmiente, y esa idea espantosa, inconcebiblemente horrible.

Ella sonrió entonces, alargó la mano y le tocó. Increíblemente fue como una sonrisa maternal, cálida y reconfortante, como el contacto protector de una madre cariñosa; su voz estaba llena de afecto.

—Keogh, si no ha de dar resultado, no lo dará, hagamos lo que hagamos. Entonces, habrás tenido razón. Yo creo que dará resultado. Es lo que deseo. ¿No quieres concederme lo que deseo?

Keogh tuvo que sonreír, y ella le devolvió la sonrisa.

—Eres un diablillo —dijo Keogh con énfasis—. Te gusta dominarme, ¿verdad? ¿Por qué quieres que me oponga a tu idea?

—No es que lo quiera —dijo ella—, pero si te opones se te ocurrirán problemas que a nadie más podrían ocurrírsele, y una vez que hayamos pensado en ellos conseguiremos resolverlos, ¿comprendes? Lucharé contigo, Keogh —añadió, borrando la ternura de su voz y hablando en tono de convencida e invencible seguridad—. Lucharé contigo, me enfrentaré a todos los obstáculos, compraré y venderé y mataré si es preciso, pero voy a devolverle la vida. ¿Sabes una cosa, Keogh?

—¿Qué?

Ella movió la mano en un gesto que le incluía a él, a la habitación, al castillo y los terrenos y todos los demás castillos y terrenos; los títulos, los barcos y los trenes, las factorías y los mercados, las montañas y las minas y los bancos y los millares y millares de personas que, en conjunto, formaban el imperio de los Wyke.

—Siempre supe que esto existía —dijo—, y he llegado a entender que era mío. Pero a veces me preguntaba para qué existía todo esto. Ahora lo sé. Ahora ya lo sé.

Una boca sobre su boca, un peso sobre su estómago. Se sentía fofo y mareado, blando como mantequilla recalentada. A su alrededor la luz era verde, y todas las formas borrosas.

La boca sobre su boca, el peso sobre su estómago, una bocanada de aire, bienvenido pero demasiado caliente, demasiado húmedo.

Lo necesitaba desesperadamente pero no le gustó, y pudo reunir sus energías para almacenarlo en sus pulmones y expulsarlo; pero su debilidad acusó tanto aquel esfuerzo que el aire emergió en un leve suspiro burbujeante.

La boca sobre su boca otra vez, y el peso sobre su estómago, y otra bocanada de aire. Trató de volver la cabeza, pero alguien le sujetaba la nariz. Expulsó el aire necesario e insatisfactorio y lo reemplazó por una pequeña bocanada que inhaló él mismo. Le hizo toser; era demasiado exquisito, demasiado puro, demasiado bueno. Tosió como se tose al aspirar sobre un barril de salmuera. El aire bueno lastimaba sus pulmones.

Notó que su cabeza y sus hombros estaban siendo levantados, y por ello supo que había permanecido de espaldas sobre una piedra, o sobre algo plano y duro, y ahora descansaba en algo blando y firme al mismo tiempo. El aire bueno entró y salió, sus toses se hicieron más espaciadas, hasta que cayó en un semidesmayo. El rostro inclinado sobre el suyo estaba demasiado cerca para poder enfocararlo, o quizás había perdido la capacidad de enfoque; de cualquier modo, no le importaba. Fijó una mirada soñolienta en los borrosos rasgos de aquel rostro y oyó el sonido de la voz...

... la voz canturreaba sin palabras, consoladora, y a falta de palabras creaba nuevas expresiones de alegría y deleite que no precisaban palabras. Finalmente oyó palabras, medio salmodiadas, medio susurradas; y él no pudo captarlas, no conseguía entenderlas y luego... y luego creyó oír: «Cómo es posible un milagro así, todo esto y además los ojos...». Luego preguntaba: «Eres la forma del notú: dime, ¿estás tú ahí?».

Él abrió los ojos de par en par y por fin vio claramente el rostro de ella y los cabellos oscuros, y los ojos verdes: de un profundo verde-mar. Sus enmarañados cabellos húmedos la coronaban como enredaderas, y el techo de hojas muy cerca de su cabeza parecía formar parte de ella y de los verdes ojos, y proyectaba luz verde sobre la rubia transparencia de sus mejillas. Él no conoció, de momento, lo que era. Ella le había dicho (¿cuántos años hacía?): «Pensé que eras un fauno...». Pero, de momento, a ella no la relacionaba con ninguna de sus experiencias.

De repente tuvo conciencia de un dolor opresivo, un retortijón que crecía, a punto de estallar en la parte superior de su abdomen. Algún grueso alambre se había anudado dentro de él, y sabiendo que necesitaba enderezarlo hizo un esfuerzo furioso y obstinado. La explosión llegó, pero fue la náusea, no la agonía. Volvió convulsivamente la cabeza, se incorporó y lo dejó salir.

Demasiado compungido para darse cuenta de lo que hacía, vio como el vómito caía sobre la rodilla de la muchacha, y se deslizaba por el pliegue, entre muslo y pantorrilla, de la pierna que ella tenía doblada debajo de su cuerpo, y los cuajarones quedaron allí mientras el líquido caía al suelo. Y ella...

Ella se sentó, sostuvo su cabeza, le meció en sus brazos, le apaciguó y le habló y dijo que aquello le hacía bien; él se sintió mejor entonces. La debilidad empezó a ceder; entonces se apartó de ella, se sentó, sacudió la cabeza y aspiró profundamente.

—¡Uf! —exclamó.

—Muchacho —dijo ella, al unísono con él.

Él se apoyó en sus piernas y sobre sus rodillas se secó las lágrimas provocadas por la náusea.

—¡Muchacho, muchacho! —repitió ella.

Al fin la miró.

La miró, y nunca olvidaría lo que vio exactamente tal como lo vio. La luz del sol, filtrándose entre el ramaje, la revestía con un halo de luz. Se inclinó hacia él, con una mano apoyada en el suelo, un débil apoyo para el brazo recto y tenso. Su peso proyectaba hacia arriba el hombro de aquel lado y su cabeza se inclinaba hacia él como vencida por el peso de su oscura melena. Producía una impresión de delicadeza, como si ella fuera frágil, cosa que él sabía era falsa. Su otra mano descansaba abierta sobre una rodilla, con la palma vuelta hacia arriba y los dedos no relajados del todo, como si sostuvieran algo; y en realidad lo hacían, ya que una mancha de Sol, oro convertido en coral sobre su carne, descansaba en su palma. Ella la tocaba sin darse cuenta, y su mano revelaba aquella rara sensibilidad que una mano cerrada no puede comunicar ni recibir. Mientras viviera lo recordaría todo, hasta el menor detalle, hasta el dedo gordo del pie al final de la otra pierna. Y ella estaba sonriendo, y sus enigmáticos ojos le adoraban.

Guy Gibbson conoció el momento más importante de su vida al

mismo tiempo que transcurría (una experiencia inefable) y supo que era el momento de decir algo inolvidable, ya que cualquier cosa que dijera ahora lo sería.

Se estremeció, y luego le devolvió la sonrisa.

—Oh... muchacho —suspiró.

Y otra vez rieron juntos hasta que, intrigado, él se interrumpió y preguntó:

—¿Dónde estoy?

Ella no contestó, por lo que él cerró los ojos y trató de recordar. Entre pinos... desnudo... nadando. ¡Si, nadando! Y luego el lago, y había encontrado... Abrió los ojos, miró a la muchacha y le dijo: «tú». Luego el regreso, sintiendo el frío, su intestino demasiado lleno de comida y zumo caliente y torta agria por añadidura, y... «me has salvado la vida».

—Alguien tenía que hacerlo. Estabas muerto.

—Ojalá lo estuviera.

—¡No! —gritó ella—. ¡No vuelvas a decir eso nunca más!

Y él se dio cuenta de que lo decía completamente en serio.

—Quiero decir, por mi estupidez. Comí mucho tasajo, y un trozo de tarta que creo estaba agria. Estaba acalorado y cansado, y luego me metí en el agua como un mentecato, conque me estuvo bien empleado...

—Ya sabes lo que te he dicho —le interrumpió ella bruscamente—. No vuelvas a decirlo. ¿No has oído hablar de la antigua tradición del campo de batalla? Cuando un hombre salva la vida a otro, aquella vida pasa a ser suya para disponer de ella a su antojo.

—¿Qué quieres hacer tú con la mía?

—Eso depende —dijo ella pensativamente—. Tú debes ofrecérmela. No puedo limitarme a cogerla.

Entonces se arrodilló y se sentó sobre sus talones, arrastrando agujas de pino con las manos sobre el suelo de piedra. Incluyó la cabeza y sus cabellos le velaron el rostro como una cortina. Él pensó que le miraba a través de ella, pero no estaba seguro.

La idea le pareció tan enorme que sofocó su voz y la convirtió en un susurro:

—¿Tú me quieres?

—¡Ah, sí! —dijo ella, susurrando también.

Cuando él se acercó más y le recogió los cabellos hacia atrás

para comprobar si le estaba mirando, vio sus ojos cerrados y llenos de lágrimas. Alargó una mano cariñosa, pero antes de que pudiera tocarla ella se incorporó de un salto y corrió hacia la espesura. Su esbelto cuerpo dorado la cruzó de un salto, sin ruido alguno, y pareció flotar un segundo al otro lado; luego desapareció. Él asomó la cabeza por entre las hojas y la vio sumergirse en el agua verde.

Vaciló y luego notó una vaharada ocre de su propio vómito. El agua parecía limpia y la arena dorada era lo que necesitaba para frotarse con ella. Salió de la enramada, se encaminó a la orilla y se bañó.

Después de su primer chapuzón irguió la cabeza y miró a su alrededor, buscando a la muchacha, pero ésta había desaparecido.

Nadó despacio hasta la pequeña playa y, arrodillándose, frotó su cuerpo con la menuda arena. Se sumergió en el agua para limpiarse la arena de su cuerpo, y luego, sin dejar de esperarla a ella, se bañó de nuevo. Pero no la vio más.

Se sentó en la arena bajo los últimos rayos del sol para secarse paseando la mirada por el lago. Su corazón dio un salto cuando vio algo blanco que se movía, pero tuvo una decepción al comprobar que era sólo la rueda de barcos de juguete pasando por la bocana de la caleta.

Salió afuera. Ahora descubría la especie de glorieta detrás de la cual se había desnudado y se dejó caer sobre un banco.

En aquel lugar, peces tropicales nadaban en agua de mar lejos de cualquier costa, y flotas de embarcaciones diminutas y perfectas navegaban sin nadie que las gobernara y vigilara; estatuas de valor incalculable se alzaban en claros de césped cuidadosamente recortado y oculto en lo profundo del bosque, y... aún no lo había visto todo. ¿Qué otros prodigios encerraría aquel lugar encantado?

Había estado enfermo. Frunció la nariz. Casi... ahogado. Desmayado al menos por algún tiempo, desde luego. Ella no podía ser real. ¿No había observado un tinte verdoso en su carne, o era sólo la luz? Quien hubiera edificado un lugar como aquél, concebido un refugio así, podía inventar algún tipo de máquina para hipnotizar a uno, como en un cuento fantástico.

Se removió, inquieto. Tal vez estaban vigilándole, incluso ahora. Empezó a vestirse apresuradamente.

Seguro que ella no era real. Tal vez nada de lo ocurrido era real.

Había tropezado con aquella otra intrusa al otro lado del lago y eso fue real, pero luego, cuando estuvo a punto de ahogarse, había soñado lo demás.

Sólo que... Se tocó la boca. Había soñado que alguien le insuflaba su propia respiración. Lo había oído mencionar en alguna parte, pero, desde luego, tales procedimientos no se enseñaban aquel año en la Asociación de Jóvenes Cristianos.

Tú no eres la forma del no-tú. ¿Estás tú ahí?

¿Qué significaba eso?

Terminó de vestirse, aturdido. Murmuró: «¿Por qué diablos me comería aquella maldita tarta?». Se preguntó qué le iba a contar a Sammy. Si ella no era real, Sammy no lo entendería; y si era real, el único comentario de Sammy sería: «¿Quieres decir que estuviste allí con ella y sólo se te ocurrió vomitar?». No... no se lo contaría a Sammy. Ni a nadie.

Y se quedaría soltero toda su vida.

Muchacho, qué principio. Primero ella te salva la vida y luego no sabes qué decir y luego, mira lo que hiciste. Pero, de todos modos, ella no era real.

Se preguntó cuál sería su nombre, aunque no fuera real. Muchas personas no usan sus nombres verdaderos.

Salió de la glorieta, cruzó la silenciosa alfombra de agujas de pino que se extendía detrás de ella, y lanzó una exclamación. No fue una palabra, ni él había tratado de formarla al gritar.

Ella estaba allí esperándole. Llevaba un sencillo vestido marrón y tacones bajos y una cartera de cuero marrón, y había trenzado sus cabellos en forma de corona. También parecía como si hubiera desconectado algún mando interno para que su piel no brillara.

Parecía preparada para desaparecer, no en el aire, sino entre una multitud: cualquier multitud, dondequiera que la encontrase. En una multitud él habría pasado a su lado sin fijarse en ella, desde luego, salvo por sus ojos. Ella se acercó a él rápidamente, le puso una mano en la mejilla y le miró riendo. El vio de nuevo la blancura de aquellos colmillos, tan afilados...

—¡Te estás ruborizando! —dijo ella.

A ningún ruboroso le ha remediado jamás esa clase de observación. Él preguntó:

—¿Qué camino vas a tomar?

Ella le miró a los ojos, luego juntó sus largas manos sobre la correa de su cartera y bajó la mirada hacia ellas.

—El que tomes tú —murmuró.

Esta fue solamente una de las cosas que ella le dijo, poco a poco, y que ganaron significado para él a medida que transcurría el tiempo. La llevó a la ciudad y a cenar, y luego a la dirección del West Side que ella le dio, y permanecieron despiertos toda la noche, hablando. Seis semanas después estaban casados.

—¿Cómo podía oponerme? —le dijo Weber al doctor Rathburn. Ambos contemplaban el pequeño ejército de obreros que hormigueaba alrededor del gigantesco hórreo de piedra alzado a un cuarto de milla del castillo. Este, dicho sea de paso, no se veía desde aquel lugar, siendo desconocida su existencia para los hombres. El trabajo había empezado a las tres de la tarde del día anterior y había continuado toda la noche. Nada de lo que el doctor Weber había exigido dejó de serle concedido, e incluso se encontraba allí o instalado ya.

—Lo sé —dijo Rathburn, haciéndose cargo.

—Y no sólo no podía oponerme —dijo Weber—. ¿Por qué razón iba a hacerlo? Todos tenemos proyectos, ambiciones. Ese Keogh sabe hacer bien las cosas. Lo primero que solucionó fueron mis propios proyectos. Me dio carta blanca, por así decirlo. Así, de repente, todo lo que uno deseaba hacer o ser o tener le es entregado o prometido, sin que haya engaño en las promesas.

—¡Ah, no! Ellos no necesitan engañar a nadie. ¿Quiere usted adelantar un diagnóstico?

—¿Se refiere al joven? —miró a Rathburn—. No, no ha querido decir eso... Me está preguntando si puedo desarrollar uno de esos sucedáneos de feto. Sería un tonto si arriesgara una opinión definitiva, y éste no es trabajo para un tonto. Lo único que puedo decirles es que lo intentaré... y que ni siquiera habría soñado hacerlo a no ser por ella y su descabellada idea. Salí de aquí a las cuatro de la mañana con algunos frotis de garganta, y a las nueve tenía media docena de ellos aislados en una solución nutritiva. Plasma sanguíneo de buey, lo que tenía más a mano. Y obtuve mitosis. Se dividieron, y al cabo de pocas horas pude ver a dos de

ellos ahuecándose para formar la gástrula. Eso fue una prueba suficiente para continuar, y así se lo dije a ellos por teléfono. Y cuando llegué aquí —añadió con un gesto de la mano hacia el inmenso hórreo—, hallé un laboratorio suficiente para el centro médico de una ciudad, ya construido en sus cuatro quintas partes. ¿Oponerme? —repitió, acordándose de la pregunta del doctor Rathburn—. ¿Cómo podía oponerme? ¿Por qué habría de hacerlo? Y esa muchacha. Es una fuerza, como la gravedad. Puede ejercer tanta presión, y quiero decir personalmente, que sin duda sería capaz de conseguir cualquier cosa que se propusiera, aunque fuese el mundo entero. ¡Deje eso en la puerta nordeste! —gritó, dirigiéndose a un capataz—. Voy a mostrarle dónde debe ponerlo.

Se volvió hacia Rathburn; sus ojos expresaban excitación y entusiasmo.

—Debo irme.

—Si necesita ayuda —dijo el doctor Rathburn—, no tiene más que decirlo.

—Eso es lo más estupendo —dijo el doctor Weber—. Aquí todos dicen lo mismo, y les sale del corazón.

Se encaminó con paso ligero hacia el hórreo, y Rathburn dio media vuelta en dirección al castillo.

Un mes después de su última aventura como invasor de propiedades ajenas, Guy Gibbson regresaba a su casa, al término de su jornada de trabajo, cuando un hombre que le esperaba en la esquina bajó su periódico y, mientras lo doblaba, dijo:

—¿Gibbson?

—El mismo —dijo Guy, con cierta desconfianza.

El hombre le miró de arriba abajo, rápidamente, pero daba tal impresión de eficacia y experiencia que a Guy no le habría sorprendido enterarse de que el hombre no sólo había catalogado sus ropas y, su procedencia, su nivel de ingresos y sus hábitos personales, sino hasta su estado de salud y su tipo sanguíneo.

—Mi nombre es Keogh —dijo el hombre—. ¿Significa algo para usted?

—No.

—¿No ha mencionado Sylva mi nombre?

—¡Sylva! No, no lo hizo.

—Vámonos a tomar una copa. Quiero hablar con usted.

El examen, por lo visto, había satisfecho a aquel hombre: Guy se preguntó quién podía ser.

—De acuerdo —dijo— No tengo costumbre de beber, pero bueno.

Encontraron un bar cercano, con reservados al fondo. Keogh encargó un whisky con soda y Guy, tras pensarlo un poco, pidió cerveza. Luego dijo:

—¿La conoce usted?

—Desde hace muchos años. ¿Y usted?

—¿Qué? Bueno, desde luego. Vamos a casarnos. —Contempló pensativamente su cerveza y añadió, con evidente desazón—: De todos modos, ¿quién es usted, señor Keogh?

—Digamos que actúo in loco parentis —dijo Keogh. Esperó respuesta, y, en vista de que no llegaba, añadió—: Una especie de tutor.

—Ella nunca me dijo nada de un tutor.

—Lo comprendo. ¿Qué le ha contado acerca de sí misma?

La desazón de Guy descendió hasta un nivel de timidez, de desconfianza e incluso de temor... lo cual no alteró la firmeza de sus palabras ni le impidió pronunciarlas.

—No le conozco a usted, señor Keogh. No creo que deba contestar a ninguna pregunta acerca de Sylva, ni de mí, ni de nada.

Miró al hombre a los ojos. Keogh estudió pensativamente el rostro del joven, y luego sonrió. Era un gesto al que no estaba acostumbrado y por lo visto le resultaba un poco penoso, pero en esta ocasión la sonrisa era sincera.

—¡Bien! —ladró, y se puso en pie—. Vamos.

Salió del reservado y Guy le siguió más desconcertado que nunca. Se encaminaron a la cabina del teléfono, en una esquina del local. Keogh metió una moneda en la ranura, marcó un número y esperó, con los ojos clavados en Guy. Luego Guy oyó la parte de la conversación a cargo de Keogh:

—Estoy aquí con Guy Gibbson.

Guy se dio cuenta de que Keogh se identificaba con sólo la voz.

—... Desde luego que estoy enterado. Es una pregunta absurda, niña... Porque es asunto mío. Tú eres asunto mío... ¿Impedirlo? No

trato de impedir nada. Pero tengo que saberlo, eso es todo... De acuerdo, de acuerdo... Él está aquí. No quiere hablar de ti ni de nada, lo cual está bien. Sí, muy bien. ¿Quieres hacer el favor de decirle que se muestre más comunicativo?

Y entregó el receptor a un desconcertado Guy, que dijo con voz trémula, mientras contemplaba el impassible rostro de Keogh:

—¿Sí? Hola.

La voz de Sylva le inundó, trocando aquella experiencia completamente inesperada en algo distinto y estupendo.

—Guy, querido.

—Sylva...

—Todo va bien. Supongo que debí decírtelo antes. Este momento tenía que llegar de todos modos. Guy, puedes decirle a Keogh todo lo que quieras. Cualquiera cosa que te pregunte.

—¿Por qué, cariño? ¿Quién es él?

Siguió una pausa, luego una extraña risita.

—El te lo explicará mejor que yo. ¿Quieres que nos casemos Guy?

—¡Desde luego!

—Entonces, no te preocupes. Nadie puede cambiar eso, nadie sino tú. Y oye, Guy: viviré en cualquier parte y tal como tú desees vivir. Esa es la única verdad y toda la verdad. ¿Me crees?

—Siempre te creo.

—De acuerdo entonces. Eso es lo que haremos. Ahora, habla con Keogh. Dile todo lo que quiera saber. Necesita saberlo de todos modos. Te amo, Guy.

—Yo también —dijo Guy, contemplando el rostro de Keogh—. De acuerdo, entonces —añadió al ver que ella no decía nada más—. Adiós.

Y colgó.

Keogh y él conversaron largamente.

—Está sufriendo —le susurró ella al doctor Rathburn.

—Lo sé. —Rathburn sacudió la cabeza comprensivamente—. Pero la tolerancia del organismo a la morfina tiene un límite.

—Sólo un poco más...

—Muy poco —dijo Rathburn tristemente.

Se acercó a su maletín y sacó la jeringuilla. Sylva besó tiernamente al durmiente y salió de la habitación. Keogh la estaba esperando. Dijo:

—Esto tiene que terminar, muchacha.

—¿Por qué? —inquirió ella con desafío.

—Salgamos de aquí.

Sylva conocía a Keogh desde hacía tanto tiempo y tan bien, que estaba segura de que no reservaba sorpresas para ella. Pero aquella voz, aquella mirada, eran algo nuevo en Keogh. Este sostuvo la puerta, cediéndole el paso, y luego volvió a adelantarse a ella silenciosamente.

Salieron del castillo y se adentraron por un sendero que discurría entre espesos matorrales y bordeaba la colina que dominaba el hórreo. La zona de aparcamiento, que en otro tiempo había sido una gran era, estaba llena de automóviles. Una ambulancia blanca se acercaba, y otra descargaba en la plataforma que daba al nordeste. Un grupo electrógeno ronroneaba en alguna parte detrás del edificio y una gruesa columna de humo se alzaba por el lado de la nueva cámara de calderas. Sylva y Keogh contemplaron con interés el edificio, pero no hicieron ningún comentario. El sendero, después de rodear la cresta de la colina, descendía hacia el lago. Llegaron a un pequeño claro del bosque en el que se erguía una Diana de casi tres metros, la cazadora Diana, casta y de pies alados, tan maravillosamente perfecta que no parecía de mármol, ni tenía el aspecto de un objeto frío y estático.

Siempre me ha parecido —dijo Keogh— que nadie podía mentir estando cerca de ella.

Sylva alzó la mirada hacia la Diana.

—Ni siquiera a sí mismo —añadió Keogh, y se dejó caer sobre un banco de mármol.

—Suéltalo ya —dijo Sylva.

—Quieres lograr que Guy Gibbson viva otra vez. Es una idea descabellada y una idea grandiosa también. Pero muchas cosas que eran más descabelladas, y algunas más grandiosas, ahora son moneda corriente. No voy a discutir lo descabellada ni lo grandiosa que es.

—¿Qué, entonces?

—Durante las últimas veinticuatro horas he intentado alejarme

un poco de todo esto, por así decirlo, para verlo con cierta perspectiva. Sylva, has olvidado una cosa.

—Bien —dijo ella—. ¡Sí, muy bien! Sabía que tú te darías cuenta antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Para que tú pudieras encontrar una solución? —meneó lentamente la cabeza—. Esta vez no. Reúne todo el valor de los Wyke, muchacha, y hazte a la idea de abandonar.

—Continúa.

—Se trata sencillamente de lo siguiente. No creo que consigas tu copia en papel carbón, pero cabe la posibilidad. He hablado con Weber, y he descubierto que no es tan pesimista como yo. Pero, aunque la consigas, lo único que obtendrás será un recipiente, sin nada con que llenarlo. Mira, muchacha, un hombre no es sólo la sangre y los huesos y las células corporales.

Keogh hizo una pausa, hasta que ella dijo:

—Continúa, Keogh.

—¿Amas a ese hombre? —preguntó él.

—¡Keogh! —exclamó Sylva, entre asombrada y divertida.

—¿Qué es lo que amas? —gritó Keogh—. ¿Ese pelo alborotado? ¿Los músculos, la piel? ¿Sus atributos viriles? ¿Los ojos, la voz?

—Todo —dijo ella tranquilamente.

—¿Todo? ¿Y eso qué significa? —inquirió Keogh, implacable—. Porque si ese todo es lo que he dicho, podrás tener lo que deseas y toda la ayuda que haga falta. No sé gran cosa acerca del amor, pero te diré esto: si eso es todo, al diablo con ello.

—Bueno, desde luego hay algo más.

—¡Ah! ¿Y dónde lo encontrarás, muchacha? Un hombre es la piel y el hueso de que está formado, más lo que hay en su cerebro, más lo que hay en su corazón. Tú quieres reproducir a Guy Gibbson, pero no lo conseguirás duplicando su físico. Si quieres duplicar al hombre entero, tienes que hacerle vivir otra vez su misma vida. Y eso no puedes hacerlo.

—¿Por qué no?

—Voy a decírtelo —dijo Keogh, furioso—. Ante todo, tienes que descubrir quién es él.

—¡Yo sé quién es él!

Keogh escupió bruscamente sobre el verde musgo junto al banco. Era un gesto impropio de él y realmente sorprendente.

—No sabes ni palabra de él, y yo todavía menos. Le tuve acorralado durante más de dos horas, tratando de descubrir quién era. Es un muchacho más, sencillamente, Nada notable en la escuela, nada notable en deportes, los mismos gustos y sentimientos que otros seis millones de jóvenes como él. ¿Por qué tuvo que ser él, Sylva? ¿Por qué él? ¿Qué pudiste ver en un individuo como ése para creer que valía la pena casarte con él?

—No... no sabía que le odiabas.

—¡Ah, diantre! Muchacha, yo no le odio. Nunca he dicho eso. No puedo... ni siquiera puedo encontrar un motivo para odiarle.

—Tú no le conoces del mismo modo que le conozco yo.

—En eso estamos de acuerdo. No le conozco ni podría conocerle del mismo modo que tú. Porque tú confundes el sentir con el conocer. Si quieres ver a Guy Gibbson otra vez, o una reproducción aproximada, tendría que vivir con arreglo a un guión desde el día que naciera. Sería necesario duplicar todas las experiencias que ese muchacho haya tenido en el curso de su vida.

—De acuerdo —dijo Sylva tranquilamente.

Keogh la miró, aturdido. Dijo:

—Y para hacer eso, tendríamos que escribir el guión. Y para escribirlo, tendríamos que reunir el material necesario. ¿Qué pretendes hacer? ¿Crear una Fundación o algo por el estilo, dedicada a descubrir todos y cada uno de los momentos que ha vivido ese... ese insignificante joven? ¿Sabes cuánto costaría eso, cuántas personas se necesitarían?

—Es una buena idea —dijo ella.

—Y supongamos que consigues una biografía en forma de guión. Veinte años de una vida, día a día, hora a hora; tendrías que arreglártelas para que el niño, desde el instante de nacer, estuviera rodeado de personas encargadas de poner en práctica el guión... para impedir que le ocurriera algo que no figurase en el guión, evitando al mismo tiempo que él llegara a enterarse.

—¡Eso es! ¡Eso es! —exclamó Sylva.

Keogh se puso en pie de un salto y blasfemó en voz baja. Luego dijo:

—¡No estoy planeando esto, lunática enamorada! ¡Estoy formulando objeciones!

—¿Hay algo más? —inquirió ella con avidez—. Piensa, Keogh,

piensa... ¿Cómo vamos a empezar? ¿Qué haremos en primer lugar? Rápido, Keogh.

Keogh la miró, anonadado, y por último se dejó caer de nuevo sobre el banco y empezó a reír débilmente. Ella se sentó a su lado y le cogió una mano, con los ojos brillantes. Al cabo de unos instantes Keogh se tranquilizó y se volvió hacia ella. Contempló el brillo de aquellos ojos por un momento, y después su cerebro empezó a funcionar de nuevo... en otro asunto de los Wyke...

—La principal fuente de información sobre quién es y lo que ha hecho —dijo finalmente— no estará con nosotros mucho tiempo... Será mejor que Rathburn suprima la morfina. Le necesitamos en condiciones de pensar.

—De acuerdo —dijo ella—. De acuerdo.

Cuando el dolor se hacia demasiado intenso para permitirle recordar, le inyectaban un poco de morfina. Durante algunos días encontraron un equilibrio entre los recuerdos y la agonía, pero luego la agonía venció. Entonces seccionaron su médula espinal para que no pudiera sentirla. Contrataron a mucha gente: psiquiatras, taquígrafos, incluso un historiador profesional.

En el reconstruido hórreo, Weber ensayó con animales, con vacas incluso, y con primates: lo intentó todo. Obtuvo algunos resultados, aunque no demasiado buenos. Ensayó también con seres humanos. No pudo vencer el obstáculo de las defensas orgánicas: el útero no toleraba un feto ajeno, del mismo modo que una mano rechaza el injerto del dedo de otra mano.

Probó soluciones nutritivas. Probó muchísimas. Finalmente descubrió una eficaz: plasma sanguíneo de mujeres embarazadas.

Colocó los mejores cuasi-óvulos entre pliegos de gamuza esterilizada. Inventó máquinas automáticas para gotear el plasma a un ritmo arterial, hacerlo circular en una proporción venosa y mantenerlo a la temperatura del cuerpo.

Un día murieron cincuenta de ellos, debido al cloroformo utilizado en uno de los adhesivos. Cuando la luz pareció perjudicarles, Weber inventó contenedores de bakelita. Cuando la fotografía normal resultó ineficaz, diseñó un nuevo tipo de película sensible al calor, la primera película infrarroja.

A los sesenta días los fetos viables mostraban el ojo embrionario, la espina dorsal, los brotes de los brazos y un corazón que latía. Todos y cada uno de ellos consumían, directamente o en baño, más de un galón de plasma diario, y en un momento dado llegaron a ser ciento setenta y cuatro mil. Luego empezaron a morir: algunos por malformación; otros eran químicamente desequilibrados, y muchos por motivos demasiado complicados incluso para Weber y su estado mayor.

Cuando hubo hecho cuanto pudo, cuando lo único que podía hacer era esperar, le quedaron veintitrés fetos de siete meses que crecían normalmente. Guy Gibbson había muerto hacía ya bastante tiempo, y su viuda se presentó a Weber, le entregó con gesto de cansancio un fajo de documentos y de informes, le apremió para que los leyera y le rogó que le avisara cuando hubiera terminado.

Weber los leyó y visitó a Sylva. Se negó en redondo a lo que ella pedía.

Sylva recurrió a Keogh, el cual se negó a secundarla en aquella idea. Ella le hizo cambiar de opinión, y Keogh convenció a Weber.

En el hórreo de piedra se reanudó la actividad, con nuevas construcciones y nuevas máquinas. El tanque de congelación tenía cuatro pies de anchura por seis de longitud en su parte interior, y estaba rodeado de serpentines e instrumentos. Introdujeron a Sylva en él.

Para entonces, los fetos tenían ocho meses y medio de vida. Quedaban cuatro.

Uno de ellos llegó a término.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

HUEVO DE ÁNGEL, *Angel's Egg* (1951), Edgar Pangborn

PARTIDA DE RESCATE, *Rescue Party* (1946), Arthur C. Clarke

FORMA, *Shape* (1954), Robert Sheckley

BOULEVARD ALPHA RALPHA, *Alpha Ralpa Boulevard* (1961),
Cordwainer Smith

EL REY DE INVIERNO, *Winter's King* (1969), Ursula K. Le Guin

TODOS LOS MARES CON OSTRAS, *Or All the Seas With Oysters*
(1958), Avram Davidson

TIEMPO COMÚN, *Common Time* (1953), Robert Sheckley

CUANDO SE QUIERE, CUANDO SE AMA, *When You Care, When
You Love* (1962), Theodore Sturgeon